tencia por el estilo, en cuanto a la presentación habitual y corriente de la vida anímica, también a los autores de libros de psicología juvenil.

A la formación de tales criterios equivocados han contribuido las tesis de la moderna Psicología Médica, y ante todo el Psicoanálisis. Y el silencio con que se pasa por alto esta clase de problemas en los libros no es, según se dice, sino la consecuencia de una falta de valentía y sinceridad; se pretende que en todos los tiempos tales problemas, y sólo ellos, han llenado el ánimo de los jóvenes de ambos sexos. Sin embargo, quien enfoque el asunto desprovisto de todo prejuicio verá que las cosas aparecen de muy otro modo. Desde luego, como es natural, la sexualidad constituye a menudo un núcleo en torno del cual se van ordenando fantasías, pensamientos y problemas. No obstante, en numerosísimos casos, los problemas que mueven el ánimo de los jóvenes son de una índole completamente distinta. Ahí está, por ejemplo, la cuestión siempre candente de las relaciones con la generación anterior, el tema problemático de cómo formar y dirigir la propia vida, la propia personalidad, el problema de la elección de un oficio o profesión, la tarea de encontrar un camino hacia y a través de la vida, y tantos y tantos problemas de cariz teorético y filosófico. Allí está, ante todo, también el impulso de conocerse y comprenderse a sí mismo. Una «interpretación» dispuesta a violentar las cosas podrá encontrar renovadamente «tras» todo ello lo sexual; sin embargo, nosotros negamos que haya derecho a un procedimiento interpretativo semejante. Del mismo modo que los excesos de preguntas del niño pequeño no se refieren «en último análisis» al tema sexual, así también los problemas del adolescente no son «en realidad» de origen sexualista. No hay, pues, ninguna razón para considerar el interés filosófico de la juventud como una máscara antepuesta a otra cosa distinta. La difusión universal de que gozan las ideas psicoanalíticas ha ejercido una influencia nefasta, en la que, naturalmente, también las demás escuelas de Psicología Médica tienen su parte de culpa; nadie cree ya

que algo pueda ser lo que aparenta; todo, absolutamente todo, debe tener necesariamente otro significado «más profundo» y ser signo o símbolo de algo aún desconocido o hasta inconsciente.

«Dos psicoanalistas estaban reunidos; se les acercó alguien y les declaró airado: "Verdaderamente, ¡mi jefe es un tipo asqueroso!" Los dos augures cambiaron una mirada de entendimiento y pensaron: "Claro, claro: ¡el complejo de Edipo!" Sin embargo, el jefe en cuestión era realmente un tipo asqueroso.» Esta anécdota imaginaria no es más que la reproducción condensada de numerosas escenas que tuvieron lugar realmente, y que no sería difícil encontrar por doquier en la vida y la literatura. Tendremos que volver a aprender, en verdad, a saber mirar las cosas sin prejuicios.

Si se toma la vida de la juventud tal como realmente es, sin investigar casi policialmente cosas sexuales allí donde no las hay, entonces tampoco se debe caer en el error contrario e ignorar la existencia de problemas de orden sexual en el ánimo de nuestros hijos e hijas, sólo porque nos complacería creer que «tales cosas» no les afectan para nada.

Se trata por lo pronto de saber si el no verse afectado por problemas sexuales es un signo de desenvolvimiento normal o anormal. Acaso sería importante saber si una situación semejante es frecuente o no. Pasemos por alto, de momento, los casos patentes de anomalía; en los primeros estadios de no pocas enfermedades mentales, y años antes de su estallido, pueden surgir toda clase de anomalías, y así también en el aspecto de lo sexual. Esto es particularmente cierto en los enfermos mentales de tipo esquizofrénico. Ahora bien, el hecho indudable de que personas que más tarde enferman de psicosis hayan acusado ya durante sus años mozos un desenvolvimiento sexual anormal no nos interesa como tal. Sin embargo, ello apunta hacia otro sector de problemas que aquí no podemos dejar de rozar a causa de su importancia pedagógica. Me refiero al problema de una eventual determinación del período de maduración y de la conducta sexual en general por los así llamados «tipos».

El que pudiera o no verse coronada por el éxito la distribución de los seres humanos en tipos claramente diferenciados entre sí es una cuestión que aún no ha sido completamente aclarada. Pero incluso en el caso de una respuesta afirmativa a esta pregunta, todavía no se nos permitiría sin más la aplicación inmediata de una tal tipología sobre la educación. En efecto, ignoramos completamente a qué edad, a partir de qué escalón del desarrollo los tales tipos llegan a ser diagnosticables de una manera inequívoca y asimismo si las características tipológicas que se puedan determinar en los niños son y serán efectivamente duraderas, o bien pueden transformarse en otros tipos distintos y quizá diametralmente opuestos.

Así como durante los años infantiles y sobre todo en el período de la maduración ocurren unos cambios completamente inesperados en cuanto al tipo somático, del mismo modo podemos dar por seguro que se producen cambios correspondientes también al tipo caracterial y temperamental. Hemos mencionado ya cómo durante la juventud pueden alternar perfectamente fases de una actitud vuelta hacia dentro (actitudes de introversión) con otras diametralmente opuestas (actitudes o posturas de extraversión). Ahora bien, son precisamente estas dos posturas las que, bajo nombres distintos y enfocadas desde puntos de vista diversos, constituyen hoy la base de no pocas clasificaciones tipológicas por el estilo.

También en los niños se presentan tales oscilaciones entre dos polos opuestos. Por ahora, el material de hechos reales de que se dispone aún no permite de ninguna manera sacar cualquier clase de conclusiones acerca de cómo dirigir la educación a raíz de tales clasificaciones tipológicas. Toda educación digna de este nombre debe ser preservada del peligro de dejarse arrastrar con excesiva precipitación por el hechizo de alguna que otra de tales teorías tipológicas, que acaban por mostrarse insostenibles, pero que bien podrían anidar en la Pedagogía.

Preguntémonos ahora, volviendo a la línea principal de nuestra exposición, si el sentirse inquieto por problemas relacionados

con la sexualidad debe ser considerado un fenómeno normal, y si la ausencia de tal fenómeno debe ser considerado el signo de una evolución más o menos normal, o a lo sumo retrasada.

Contestar a esta pregunta resulta algo difícil por el hecho de que sobre este tema se han manifestado médicos o pedagogos fuertemente influenciados por la moderna Psicología Médica. Toda medicina parte necesariamente de observaciones realizadas con un material anormal. Todas las teorías de la Psicología Médica — un hecho que no debería de olvidarse ni por un momento — fueron deducidas del estudio de personas de una u otra manera anormales.

Ahora bien, quizá sea cierto que entre personalidades sanas y neuróticas no subsiste ninguna diferencia esencial, y que, como promedio, cada cual podría enfermar de una neurosis en determinadas circunstancias; no obstante, al transferir sobre los sanos unos resultados obtenidos en la observación de anormales es preciso proceder siempre con la máxima cautela y crítica. Por lo pronto no podría decirse de ninguna manera qué rasgos son comunes por igual al neurótico y al sano; tampoco hasta qué grado y a qué respecto la neurosis conduce a la deformación de propiedades normales. Sin embargo, en demasiadas ocasiones se comete el grave error de pensar que la salud no es más que un grado mínimo de enfermedad. Es este modo de ver el que permite, sin escrúpulos de ninguna clase, la transferencia de conocimientos pertenecientes al sector de lo enfermizo sobre lo sano. (Un ejemplo muy patente de tal contrasentido es la frase de Hipólito Taine, antaño muy citada: *Le monde* — *se* trata del mundo de las percepciones sanas — *est une hallucination vraie*.)

Por regla general, los médicos suelen ver ante todo los casos anómalos. Por consiguiente, nuestros conocimientos acerca del desarrollo normal de la sexualidad son relativamente escasos. Obtener también en personas normales una visión tan pormenorizada y profunda de la estructura de su personalidad, tal como se consigue con los enfermos en la consulta médica, no resulta

muy fácil. Aún hoy en día, pese a tanta habladuría sobre esta clase de temas, no pocos individuos tienen la sensación de que las dificultades de esta índole deben ser resueltas por ellos mismos, sin necesidad de solicitar el consejo de un psicólogo o un neuropsiquiatra. Sin embargo, en la actualidad, la difusión de teorías médico-psicológicas y una intolerancia bastante divulgada contra toda clase de sufrimientos y dificultades han conducido a que un número cada vez mayor de personas vaya experimentando una necesidad creciente de ayuda, y esto ya en situaciones tales que en realidad podrían y tendrían que ser resueltas por el mismo interesado a solas. En nuestro mundo actual existen sin duda demasiados consultorios. Acaso se abusa hoy demasiado de «tratamientos» de toda índole, y se «educa», en cambio, demasiado poco. Puesto que, por regla general, los jóvenes de ambos sexos completamente normales no suelen acudir a los diversos consultorios, las experiencias que se realizan en éstos tampoco serían capaces de brindarnos mucho material acerca del desenvolvimiento sexual normal.

También la literatura novelística, fuente a menudo muy valiosa de conocimientos psicológicos, se ve hoy día inundada por las diversas corrientes de la Psicología médica moderna, y no pocas veces profundamente influenciada por ella. Por consiguiente, el «problema sexual» aparece en muchas descripciones de la evolución de una muchacha o de un muchacho como la preocupación central y primordial. ¿Debemos suponer que tales personajes de novelas y dramas son figuras verdaderamente representativas de la juventud actual, tal cómo ésta es efectivamente hoy? ¿O bien que el autor es sólo víctima, consciente o no, del hechizo de una moda del día, que parece haberse enseñoreado de la literatura, el cinema y la ciencia? Si actualmente el número de jóvenes de ambos sexos interesados por problemas sexuales es, en efecto, extraordinariamente elevado, esto puede ser acaso más bien consecuencia de una tal postura universal, pero sin que esté completamente justificado por los hechos. No sabemos con seguridad mucho acerca de ello.

Acaso los psicoanalistas freudianos opinen que una ausencia de problemas y dificultades sexuales debería de considerarse como un síntoma anormal, como el signo de una «represión afectiva» dañina, y esperen ver que una persona caracterizada por dicha falta de preocupación tenga que enfermar tarde o temprano de una neurosis. Una biografía que nada supiera relatarnos de esa clase de vivencias y dificultades, aun cuando describiera la historia de una vida llena de éxitos, libre de toda neurosis, con una evolución completamente sana, tendría que ser considerada por cualquier crítico formado en el psicoanálisis freudiano como mentirosa e incompleta: o bien al describir la juventud del biografiado, o bien al relatar su vida madura.

Por lo demás, existe una gran falta de claridad no sólo acerca del tema mismo, sino también en torno a los conceptos de «¿dificultad o trastorno?» A este respecto, tanto el Psicoanálisis de Freud como la Psicología del Individuo de Adler hacen gala de un optimismo muy *sui generis*. Ambas teorías parecen creer que mediante una educación adecuada, la evitación de «represiones» equivocadas, el infundir ánimo a los niños, el cultivo del espíritu comunitario, etc., se podría crear una forma de vida desprovista de conflictos. Entre tan injustificado optimismo y el de determinadas ideologías sociológicas se observa un parentesco muy notable. Al igual que dichas teorías, nacidas a su vez del espíritu del materialismo, también esta ideología pedagógica pasa por alto el hecho de que el conflicto, por muy penoso que ésto sea a veces, forma parte de los elementos esenciales de la existencia humana y es fuente de todos los esfuerzos por el progreso moral y cultural. Podríamos preguntarnos, sin embargo, hasta qué punto tal o cual conflicto, como, por ejemplo, aquél que se inicia en lo sexual, resulta típico e inevitable para un determinado estadio evolutivo.

Sobre esta cuestión ni siquiera la literatura de nuestros días puede emitir una opinión digna de confianza. Sin duda, las formas de vida de la juventud descritas por ellas existen. Sin embargo, es muy poco probable que las novelas de otras épocas

hubiesen podido pasar por alto esta problemática sexual por causa de alguna gazmoñería imperante. No cabe duda de que la sexualidad ha venido desempeñando un papel importante en la vida de la juventud desde siempre; probablemente, el mismo papel que desempeñaría también hoy de no haber sido colocada en primer término.

La diferencia entre entonces y ahora debe buscarse sobre todo en la distribución de los acentos; la importancia que hoy se le reconoce a lo sexual dentro de la estructura total de la vida y la personalidad ha cambiado. Ahora bien, todo cuanto llegamos a conocer está determinado siempre por dos factores: por la estructura de la experiencia en sí y por la influencia que nosotros mismos le atribuimos a ésta a raíz de nuestras tablas de valores. El filósofo estoico no sólo llegaba a superar no pocos dolores y no pocas dificultades mediante un heroísmo brotado de su concepción del mundo, sino que en realidad tropezaba con menos contrariedades en la vida, porque al considerar muchos hechos como indignos de su atención, inexistentes en cierto modo, ni siquiera se preocupaba de obtener un conocimiento de ellos.

Si continuamente se le va repitiendo a la juventud que la sexualidad es el problema central de la vida (en una ocasión incluso hemos leído que es el eje propiamente dicho en torno del cual gira toda la existencia), que la imposibilidad de llegar a una satisfacción sexual constituye un motivo ineluctable para sentirse desgraciado, que es preciso buscar en ello la raigambre de todos los males y desgracias que aquejan a la humanidad y al mundo actual, si la literatura de nuestros días trata preferentemente esta clase de temas, desgarrando así la sublime vivencia del amor hasta tal punto que ya no es más que un mero acontecimiento sexual, entonces, ¿cómo nos puede extrañar que la juventud se ocupe y preocupe efectivamente de modo tan activo en y por el «problema sexual»? Todo ello es, sin embargo, más bien consecuencia de las influencias del mundo circundante que no un auténtico rasgo de la vida juvenil.

Podría decirse, pues, que para la educación — cuyo deber es tomar al ser humano y su mundo circundante tal como son — resulta indiferente si un modo de ser peculiar se debe a la esencia intrínseca de la persona, o si es mera consecuencia de unos momentos externos de civilización y cultura. Contra este modo de ver es preciso preguntar: ¿no sería una tarea más idónea de la educación el conducir a la persona a que adquiera siempre la forma que mejor le convenga? Todo ser propende a un grado de perfección máximo en relación con sus posibilidades; en nuestro papel de educadores, nos hallamos al servicio de esta tendencia y esta tarea. Nuestro deber estriba, en la medida en que una «erotización» más intensa de la juventud obstaculiza esta propensión o tendencia a la perfección, en hacer todo cuanto nos sea posible para encontrar el remedio adecuado, aun en medio de este nuestro mundo pecador actual. Desde luego, cambiar este mundo no es misión de la educación, ni ésta lo conseguiría. La educación puede formular deseos, postular y criticar, pero no intervenir. Sin embargo, es su deber intentar siempre de nuevo el logro de sus objetivos, sin importarle un comino cómo está conformado el mundo circundante. Ni el apelar a una «disposición» desfavorable ni tampoco el excusarse con el «mundo circundante» justificarían el decaimiento de nuestros esfuerzos educativos.

Contra ello se podría objetar: «Muy bien; pero la juventud, en efecto, padece conflictos sexuales, y éstos son precisamente la causa de unas desviaciones caracteriales ulteriores, así como de trastornos neuróticos; y nosotros tenemos que emprender alguna tarea, sobre todo porque la vida actual, con todas sus dificultades de carácter económico, impide que los jóvenes se casen pronto». Detrás de una objeción de esta índole se esconde en parte aquella intolerancia para con las dificultades que ya hemos esbozado más arriba; y por otra parte, la ideología futurista, ya igualmente mencionada, de una vida libre de conflictos. No puede ser nuestro cometido educar con vistas a una ausencia utópica de conflictos, sino hacia la aptitud de saber resistir a los conflic-

tos y construirse una vida idónea, no «a pesar» de tales conflictos, sino valiéndose de ellos y partiendo de ellos.

La sexualidad ha venido constituyendo desde siempre una fuente de dificultades; no sin razón los moralistas de todos los tiempos ponían en guardia a sus semejantes contra las tentaciones de este aspecto de la vida, aunque muchos de ellos veían la «flaqueza humana» exclusivamente en las infracciones del sexto mandamiento. Probablemente, toda época histórica tiene sus propios vicios y virtudes típicas; pero ninguna ha sido provista nunca ni de pecado ni de santidad. A veces se cree que la reacción contra algún pecado muy divulgado en tal o cual época ha sido una virtud; las épocas en que se cultivaba y ensalzaba con peculiar esmero la fidelidad eran precisamente aquéllas en las que la ruptura de lo prometido, de los tratados, de la lealtad corría parejas con la traición. Sin embargo, acaso el enfoque opuesto dé en el blanco: el mundo va pecando precisamente en aquellos puntos concretos en los que en algún momento se distingue. Es como si el Malo procurase establecer una nivelación equivalente a la injusticia infligida, desde su punto de vista, por ejemplo, la pureza, procurando reducir a cuantos puede a una vida de impureza, o como si intentase en lo posible equilibrar la humildad de muchos incitando a otros a una altanería monstruosa.

Del mismo modo que estos temas históricos admiten interpretaciones de muy varia índole, así también la admite la circunstancia de que la juventud de hoy aparezca preocupada por los asuntos sexuales en unas proporciones inimaginables para los tiempos de hace sólo dos o tres generaciones. El que antaño la «presión» de la moral cristiana impidiera formular este hecho, acaso ya a la sazón existente, o le imposibilitase al individuo confesárselo a sí mismo, no es más que una de las interpretaciones posibles. Propendemos más bien a creer que si bien el despertar de la sexualidad representa un rasgo objetivamente muy importante dentro del proceso total de maduración, ello no obstante, el ánimo juvenil no aparece ocupado siempre en tales temas, salvo en el caso de que se vea impulsado e influenciado fuertemente en este sentido por la «atmósfera» imperante. Por lo demás, aún habría que probar esta preocupación preponderante por los asuntos de carácter sexual. Una parte de las aseveraciones correspondientes no se fundamenta siquiera en una observación directa, sino tan sólo en determinadas interpretaciones. Sin embargo, incluso las manifestaciones directas y aparentemente espontáneas de muchos jóvenes deben ser acogidas con cierta cautela y reserva; hoy día, un mozo o una muchacha que no «sufran» del problema que nos ocupa, o que por lo menos no se muestren dispuestos a preocuparse por él, fácilmente podrían pasar a los ojos de sus amistades por todavía inmaduros, infantiles, u otra cosa por el estilo. No pocas respuestas obtenidas mediante cuestionarios idóneos son juntamente cuestionables en su sinceridad subjetiva, al igual que en su exactitud objetiva. Hace pocos años, una muchacha hubiera sentido intensas resistencias a hablar de sus pensamientos y dificultades relacionados con lo sexual. Casi se tiene la impresión de que representa un signo de inferioridad el que, hoy, esta misma muchacha nada tenga que decir sobre este tema.

Desde que el hecho de ocuparse de temas sexuales y sufrir conflictos de esta índole es considerado como característica de la adolescencia, etapa en la que el joven se considera apto para realizar el anhelo que venía acariciando desde hacía tiempo, antes de tener figura de adulto, las vivencias sexuales son deseadas con nostalgia, esperadas e incluso provocadas. Ahora bien, el mero pensar o imaginar una determinada función corporal bien puede provocarla; así, por ejemplo, representarse alimentos produce una secreción de saliva y de jugos gástricos, cuya composición resultará diferente en el caso de que imaginemos en nuestra fantasía pan o carne. Apenas existe función somática alguna que no pudiera ser desencadenada o dirigida mediante influjos psíquicos; por consiguiente, se halla sometida de alguna manera, aunque sólo indirectamente, a nuestra voluntad. La concatenación entre procesos somático-sexuales y la fantasía es,

como se sabe, particularmente estrecha, y esto ya por la sola razón de que aquéllos se convierten de un modo inmediato en contenido de nuestra experiencia, cosa que no sucede en la secreción de jugos gástricos.

EL DESPERTAR DE LA SEXUALIDAD

Es necesario intercalar aquí algunas consideraciones acerca del *despertar de la sexualidad*. Entendemos por él la aparición paulatina o brusca de unas vivencias sentimentales o afectivas de carácter sexual. Es posible que se hayan tenido sensaciones sexuales ya anteriormente. Si las puede haber en la primera infancia, en correspondencia con unos estados de excitación corporales efectivamente surgidos, por regla general vuelven a desaparecer en los años siguientes (Freud habla por esta razón de un período de «latencia sexual»). Sin embargo, también en el comienzo de la adolescencia pueden surgir sensaciones sexuales, pero sin desencadenar aún la correspondiente resonancia anímico-afectiva, o sin convertirse en objeto de la reflexión ni de dificultades íntimas.

Entre los objetivos de la moralidad y los de la naturaleza no podría haber discrepancia alguna. Desde luego, los mandamientos de la moral reducen ciertas tendencias primigenias a unos cauces determinados y conducen así a conflictos entre los motivos vitales y los motivos morales; sin embargo, es insostenible el aserto de que entre Naturaleza y Moral pueda haber un antagonismo esencial y que éste produzca inevitablemente un creciente empobrecimiento de vitalidad. Este criterio proviene en parte de un modo de ver unilateralmente biologista; en el reino de lo meramente viviente no puede haber todavía nada que se aproxime a lo que se llama moral. A nadie se le ocurriría poner en duda el valor de la investigación y del pensamiento de tipo biológico; pero es preciso salvaguardar siempre las fronteras que se deben imponer a toda ciencia.

Por lo demás, aquella aseveración es insostenible por el mero hecho de que parte de unas ideas equivocadas acerca de la naturaleza «auténtica» y «primigenia» del Hombre; muchos de sus partidarios se valen de hechos entresacados de los resultados de la Etnología y de la observación de los pueblos llamados «primitivos», pero que en realidad fueron encontrados en poblaciones que ya hacía tiempo se habían alejado de todo primitivismo, y esto por el camino de la degeneración. Los estudios de Etnología más recientes, y sobre todo los del grupo capitaneado por el R. P. W. Schmidt, S. V. D., han corregido no pocos errores a este respecto. Vemos, en efecto, cómo en los pueblos etnológicamente más antiguos rigen unos mandamientos morales que se parecen mucho y bajo varios aspectos a los del Cristianismo. Ahora bien, es imposible suponer que en aquellos peldaños verdaderamente primitivos de la civilización pudieran existir unos mandamientos morales «contrarios a la naturaleza». Cuando el Cristianismo inició su marcha triunfal, de aquella altura «primigenia» de la moralidad ya no subsistía ni lo más mínimo; la moral cristiana constituía, frente a la falta de moral de la civilización mediterránea, un contraste no menos grande que el que existe hoy entre la «nueva moral» de un paganismo moderno, tal como lo vemos predicar en nuestros días, y el Cristianismo; sin embargo, las enseñanzas de Cristo no hubieran chocado con los criterios morales de aquellos verdaderos primitivos.

El grito de Juan Jacobo Rousseau, *Retournons à la Nature!* parece haber sido adoptado hoy por más de un nuevo profeta en un sentido modificado. (Nuestro tiempo es rico en profetas y nos recuerda la palabra del Apóstol: *Coecervabunt sibi magistri, prurlentes auribus.*) Sin embargo,, esa «naturaleza» que se nos predica no es en realidad la del Hombre, tal como existía en los comienzos de la civilización, sino un ídolo malformado, creado a imagen de la degeneración y no a la de los orígenes verdaderamente primigenios.

Para nosotros, tal como ya queda expuesto, no podría haber entre los postulados de la moral y las leyes de la vida ningún

antagonismo esencial. El cumplimiento de aquéllos se nos aparece más bien como una condición de la realización plena y completa de todas las posibilidades que yacen en una persona humana. Si entendemos por «personalidad» el conjunto completo de las posibilidades (potencias) transpuestas en la realidad (acto), entonces podemos decir: un desenvolvimiento según los postulados de la buena moral garantiza la formación de una personalidad más rica y plena que cualquier desviación de aquélla. Ahora bien, para ahondar en esta aseveración será preciso tratar con más detalle la esencia de la pureza, lo que a su vez hace imprescindible una observación previa sobre la Virtud.

ACERCA DE VIRTUD Y PUREZA

Exponer la *esencia de la virtud* no es tarea de la Psicología en un sentido estricto. Virtud es una forma del comportamiento, de la opinión y de la motivación, forma que se hace visible en ellos y funda la elección de un fin y el rechazo de otro; estas sus manifestaciones y consecuencias son, desde luego, permeables a la investigación psicológica y constituyen una tarea para ésta. Sin embargo, tales estudios aún no se referirán a la esencia misma de la virtud en cuanto tal. Una vez más, la Psicología se ve obligada aquí a rebasar sus fronteras y por lo menos recurrir a la Filosofía. En efecto, sólo podrá cumplir con su tarea más idónea, describir las formas de eficacia y manifestación de la virtud, si no pregunta por la virtud misma ni por la esencia íntima de ésta.

Describir meramente el estado anímico de una persona virtuosa o la estructura psíquica de un acto de virtud es todo menos una tarea fácil. En efecto, la virtud no es nunca un comportamiento instantáneo en tal o cual situación, sino una postura duradera, un *habitus*, y como tal ni siquiera es necesario que llegue expresamente a la conciencia de la persona. Si alguien está

dispuesto a organizar su vida de acuerdo con una estricta observación de los mandamientos, entonces el orden del acto particular ni siquiera será objeto de una ponderación especial; poseerá un carácter de algo que «se entiende (o se sobreentiende) sin más», y la pregunta «¿Por qué has obrado así?» provocará a menudo, y no sin cierta sorpresa, la réplica: «Pero, ¡si ello se sobreentendía!» Llevar una vida moral consiste en que alguien tenga constantemente presentes todos los mandamientos y los vaya aplicando uno por uno sobre toda situación particular concreta; significa una *visión de conjunto* del «mundo de los valores» y con ello una regla más o menos fija, según la cual se vayan prefiriendo o postergando valores. Efectivamente, lo que se suele llamar «carácter» es —tal como hemos expuesto en otra ocasión (1)— esta forma de visión de los valores y la regla de conducta deducida de ella. El problema de una Psicología del hábito es ya sumamente difícil en sí, y lo será tanto más cuanto que un *habitus* por el estilo impregna y penetra todo el *sí-mismo* de una persona; precisamente éste es el caso de la virtud, la cual no determina tan sólo tal o cual acto, sino el obrar en general.

Buena moral o virtud significa, pues, una característica universal y formal de todas las maneras de la conducta, o bien la actitud o postura en que éstas se fundamentan; ahora bien, la conducta se dirige hacia objetos de muy diversa índole y se realiza en situaciones sumamente diversas. Es de presumir que la estructura de un tal *habitus* —enfocado como realidad anímica— no seguirá siendo completamente la misma frente a los objetos cambiantes. Las consecuencias (aun dentro del propio sujeto) de un acto en consonancia con la conciencia moral no son las mismas que en el caso de una decisión tomada en contra de ésta. Seguir nuestra conciencia significa ser virtuoso subjetivamente. Es probable, sin embargo, que la obediencia a una

(1) En *Heilerziehung des Charakters* y otras obras del autor. (*Nota del Traductor.*)

conciencia objetivamente equivocada tenga consecuencias a su vez diferentes que el obedecer a un dictado de la conciencia que se halla en consonancia incluso con las normas de vigencia objetiva. Es preciso suponerlo así, ya que, 1.º, las leyes de vigencia universal son reconocidas más o menos por todo el mundo, y, por consiguiente, toda infracción de ellas recibe su castigo; y 2.º, porque las leyes de la buena moral no son sino *un* aspecto de las normas que rigen el mundo y la realidad en general, y, por lo tanto, todo obrar en contra de ellas equivale automáticamente a una contradicción con la realidad. Mas como quiera que la persona humana forma parte de dicha realidad y se halla estructurada en ella, las leyes de esta realidad serán asimismo y al propio tiempo las leyes de la persona misma; por consiguiente, todo obrar contra los mandamientos de la buena moral (es decir, contra las normas del Ser en general) representará simultáneamente un obrar contra el propio *sí-mismo* y un peligro para éste.

Si la Psicología pretende emprender la tarea de describir la postura moral, entonces tendrá que enfocar también el objetivo (*Gegenständlichkeit*) hacia el que tienden y se orientan los actos morales. Es preciso, pues, que un tal intento vaya precedido de una Axiología o Teoría de los Valores. La Psicología puede valerse de la Ética como de una ciencia auxiliar, que es al mismo tiempo un supuesto necesario a todo examen de la conducta moral. Sin referirse a las leyes axiológicas previas a toda Psicología, tampoco podría procederse a un examen de la pureza como postura íntima y meta de la educación.

Al hablar de *pureza* no se entiende tan sólo la pureza sexual; aunque muchas veces se la conciba en tan estricto sentido, su importancia es mucho mayor. En primer lugar, dicho concepto existe igualmente fuera del reino moral. Se dice que una cosa es «pura» cuando su materia no contiene ninguna mezcla de otra que le sea esencialmente extraña. Se habla de este modo de agua «pura», de alcohol «puro», de oro «puro», etc. Lo contrario de pureza es suciedad, o, aún mejor, *contaminación* (con

este último término se pretende designar el contacto con una substancia ajena y la permanencia de huellas). Una substancia química que haya quedado contaminada, mancillada, ensuciada por el contacto con otras substancias, debe ser limpiada: un vaso sucio debe ser lavado, etc. Hablamos luego en Psicología de un acto «puramente» intelectual, al que, por ejemplo, no se le mezcla ninguna clase de momentos de orden afectivo; hablamos de un sentimiento «puro» de placer cuando no se observa en él la menor huella de un sentimiento contrario. O, para citar ejemplos de índole distinta: una medida administrativa «pura», una música de orquesta «pura»; un lenguaje «puro», y otras cosas por el estilo.

Ahora bien, acaso dentro de la persona, aquella esfera en la que el concepto de pureza está plenamente justificado y se halla en ella «como «en su propia casa» desde un principio, y no es ninguna metáfora, sea la de la buena moral. Giros como «acto intelectualmente puro», «sentimiento puro», etc., nos producen el efecto de meras metáforas, aunque debidamente motivadas, pero sin que el adjetivo «puro» produzca el efecto, en tales casos, de una propiedad esencial de lo que designa. Bondad pura, altruismo puro, amor puro al prójimo, sin la menor mancilla de segundas intenciones egoístas que lo puedan empañar, pureza de la intención y del carácter, todos los giros de esta índole — por lo menos así nos parece — dejan de producirnos la impresión de algo metafórico, como si, en tales casos, una manera de hablar acuñada para otra clase de temas se dejase emplear como un recurso último. Cuando proferimos expresiones como pureza, impureza, contaminación, tenemos la sensación de que tales palabras bien podrían tener su sentido y origen propios precisamente en este sector, viéndose transpuestas luego de éste a otros. (Seguramente el origen histórico de ellas debe buscarse en el reino de los objetos, ya que todo parece indicar que habrán sido éstos los primeros en ser manejados y en cobrar nombres.)

No es posible definir, en rigor, la pureza. La traducción «li-

bre de toda substancia extraña» es tan sólo una traducción y no una definición. Lo mismo ocurre, para escoger un ejemplo análogo en otro plano, con el concepto de *salud;* también «salud» es algo positivo que no podría ser determinado mediante la mera negación de algo ya negativo. Así también en cuanto a «pureza»: *integer vitae scelerisque purus* (1); ser «puro» significa: no hallarse rozado ni afectado por algo. Ahora bien, en lo anímico, «pureza» significa manifiestamente una cierta unidad o unificación de la postura íntima; si somos impermeables a roces, si (para expresarlo mejor) no admitimos que se nos roce o afecte, entonces no habrá contacto alguno entre nosotros y otra esfera. Por esta razón, tampoco la mera ignorancia o inexperiencia es, en realidad, suficiente para fundar la pureza. Se podrá designar como «pura», en cierto sentido, también a una persona que permanezca pasivamente inafectada; mas su estado es, sin duda alguna, muy distinto del que «conserva su pureza». Una pureza meramente pasiva, como la inocencia natural y primigenia en el niño, no es la misma cualidad que la pureza del adulto o del adolescente que la hayan conservado.

Aun cuando solemos decir que «la» pureza del niño debe conservarse, y aunque ésta puede ir transformándose paulatinamente en la pureza de la vida madura, ello no obstante, estas dos formas de pureza no son exactamente de la misma esencia. Una persona que se haya conservado libre de toda contaminación o contacto con lo impuro por un destino favorable, que se mueva durante años, sin saberlo ni percatarse de ello, en medio de cosas impuras, pertenece —por lo menos desde el punto de vista de la Psicología— a una categoría distinta a la de otro individuo que no se haya «visto preservado», sino que se conserva puro *él mismo*. Este «conservarse a sí mismo» se puede describir como una evitación de rebasar determinadas fronteras. «Pureza» es siempre y en primer lugar una postura

(1) *De vida íntegra y pura de todo crimen*, Horacio. (*N. del T.*)

íntima homogénea. Los dos sectores —en uno de ellos se mueve el individuo puro, pero sin penetrar en el segundo—, podrían designarse bajo el aspecto formal como, respectivamente, el del valor y el del sinvalor. Sin embargo, esta determinación, en sí completamente clara, resulta todavía insuficiente si queremos captar algo más profundamente la esencia misma de la pureza.

Valor y sinvalor cobran otra apariencia según se les enfoque desde el punto de vista de la Psicología o el de la Axiología. Para esta última teoría, un sinvalor es la negación de un valor y por consiguiente un no-ser, en el sentido propio. «Sinvalores» no son más que la ausencia *(privatio)* de valores y no podrían ser determinados de otra forma. Un valor en cuanto tal nunca podría convertirse en objetivo de un acto o de una tendencia. El Hombre sólo puede tender hacia valores y anhelar la realización de ellos: *omne ens appetit bonum* («todo ser apetece lo bueno»). Anhele lo que anhele, ello debe aparecérsele como valioso, como dotado de valor. Y cuando ello no sea valioso en sí, su apariencia de valor debe ser consecuencia de una ilusión valorativa (más exactamente de una ilusión en la percepción de los valores: *Wertnehmungstäuschung*). Tales ilusiones son extraordinariamente frecuentes; su estudio cobra por tanto una importancia tanto teorética como práctica muy considerable. Sin entrar en este tema, observemos de paso que la existencia de una tal ilusión no debe suprimir de ningún modo la libertad ni la responsabilidad (aun cuando lo pueda hacer). Y del mismo modo que en el sector de las cosas solemos convencernos a *posteriori* de que «nuestra visión era justa», así, la misma posibilidad —y el mismo deber— subsiste también para nosotros en nuestra calidad de «veedores de valores».

Las ilusiones valorativas se hacen posibles por el hecho de que los valores se nos aparecen en una doble perspectiva. Un determinado valor no sólo posee un puesto más elevado o más bajo en el conjunto de la estructura objetiva de valores, sino que le corresponde también una mayor o menor proximidad al yo. Bastante a menudo, las «situaciones» en estas dos dimen-

siones no coinciden; un valor más próximo al yo bien puede ser al mismo tiempo uno inferior en rango. De ello brota un antagonismo entre nuestros juicios valorativos teoréticos y los deseos o tendencias que surgen en nosotros; los valores que reconocemos sin más como inferiores ejercen a menudo una intensa seducción. (La causa de ello debe buscarse en las estructuras axiológicas últimas del Hombre y ante todo en el hecho de la Caída.) Mas ello no significa en modo alguno que nuestros juicios valorativos resulten ilusorios o falsos por el hecho de que en nuestras motivaciones nos dejemos influir con frecuencia por la atracción de los valores inferiores; nuestros actos revelan, desde luego, qué motivos incidían en nosotros, pero no nos descubren qué valores poseen una validez objetiva. Si se pretendiese, tal como lo hacen algunos, «leer» el orden objetivo de valores en los actos de los humanos, entonces se volvería a caer una vez más en el error metodológico de una construcción «desde abajo».

Ahora bien, si «pureza», en el sentido más amplio, significa un permanecer en el reino de lo valorativo y lejos de lo desprovisto de valor, entonces la misma idea podría formularse también en el sentido de que podemos designar a una persona como «pura» si su obrar está determinado por un orden de valores *objetivamente* válido. Y puesto que la preferencia de valores objetivamente inferiores se debe más o menos a la mayor proximidad del yo respecto a ellos, de esto se deduce que ambos sectores, cuya «contaminación» representa el supuesto previo para la producción de la impureza, podrían ser designados también como el del no-yo (aquí: el mundo objetivo de valores) y el del yo. Y si intentamos llevar el análisis de la esencia de la pureza hasta sus últimos fundamentos subyacentes, entonces parece llegarse al siguiente resultado: la pureza le niega al yo toda posición de preferencia que no le corresponda dentro de lo existente en general; mas esto significa también un reconocimiento de la postura que le corresponde al yo en el orden total del Ser —y con ello de los valores—, descartándosele apriorísticamente como sentido y fin últimos de la existencia. Fácilmente se ve

que deben reinar entonces, entre la pureza por un lado y por el otro la abnegación y la humildad (sobre todo esta última), unas relaciones estrechas. Se pone igualmente de manifiesto que otra relación no menos estrecha debe existir entre pureza y amor auténtico (éste, a su vez, acusa un parentesco esencial con la humildad). Caracteriza al amor auténtico el que no busca nunca lo suyo: *non quaerit quae sua sunt*. La relación esencial que se establece entre la humildad y la pureza no necesita sin duda ninguna explicación más pormenorizada.

Sin embargo, es preciso aclarar aún otro punto más importante dentro de la educación sexual, a la luz de las lucubraciones que anteceden. La pureza, como ya se ha dicho, no queda limitada a la mera conducta sexual; sin embargo, se suele emplear la palabra preferentemente en este sentido. Se suele ver en la pureza sexual «la» pureza por excelencia, y en la conservación de aquélla el camino más seguro para conservar también ésta. Pues bien, una tal limitación no está completamente justificada; aún quedan otras cosas cuya conservación sin mancilla es tarea de la vida moral. No obstante, el insistir tanto en la pureza sexual tiene un sentido más profundo. Habrá que destacar, sin embargo, que la pureza sexual no es ni un camino hacia la pureza general ni tampoco una suposición que baste, siempre y cuando se propenda a ella por ella misma y no tan sólo por un aspecto parcial de la pureza en general, y siempre que la preservación de la pureza también en lo sexual no brote de una comprensión auténtica del orden de los valores, sino de algún obscuro sentimiento de defensa, o de motivos tradicionales. La impureza o la «contaminación» que provoca ésta se produce como consecuencia de un conocimiento insuficiente de las relaciones entre los dos sectores ya descritos del yo y el no-yo. No se debe concebir esta vez «conocimiento» en el sentido de algún proceso racional; sólo significa aquí aquella comprensión (*Einsicht, insight*) que se opone al conocimiento meramente teorético. Ahora bien, lo sexual aparece como especialmente predeterminado a convertirse en un sector de expresión

de todo lo *egoico* (1) y su hiperacentuación. El valor vital del placer sensual, que en este punto se coloca en el primer plano con especial viveza, la facilidad con que se puede alcanzar la satisfacción y la posición preferencial indebidamente reconocida al yo, brotando de ciertas actitudes profundas, encuentran aquí un campo adecuado para realizarse y expresarse. Por consiguiente, las posturas de pureza o impureza que pertenecen a la personalidad total se hacen mucho más claras en el sector de lo sexual, y también mucho más visibles que en cualquier otro. Este hecho justifica la tendencia de equiparar pureza sexual con pureza en general y concebir, por tanto, la castidad como sinónimo de esta última. Sin embargo, es preciso tener conciencia siempre de que se trata en ello de una *dominatio a potiori*.

Desde el punto de vista de la educación, tiene importancia la pregunta: ¿hasta qué punto la conservación de la pureza en un sector determinado de la vida es capaz de orientar a la persona toda hacia la preservación de la pureza general, o influenciarla en este sentido? Una pureza «parcial» es algo que no puede existir; en cuanto dicha postura se haya perdido en alguna parte, estará perdida también en general. Si una persona tiene las manos sucias, ha dejado de ser limpia, aun en el caso de que todo el resto de su cuerpo lo esté.

La pregunta que acabamos de formular hace necesaria una reflexión de doble carácter. Primero: en la esfera de lo sexual van imponiéndose unos valores vitales — los del placer sexual y por tanto *egoicos* — con una intensidad particular; de este modo, el peligro de la pérdida de la pureza es probablemente

(1) El adjetivo *Ichhaft* y el sustantivo derivado de él: *Ichhaftigkeit*, acuñado por el psicólogo adleriano Fritz Künkel (*Introd. a la Caracterología*), se han traducido al castellano de muy diversas maneras. Generalmente *ichhaft* ha tenido los equivalentes de egoísta, egocéntrico, egótico, yoísta; sin embargo, con el fin de conservar su matiz peculiar, proponemos traducirlo aquí por *egótico*, reservando para *Ichhaftigkeit* el término tradicinal *egoísmo*. (*N. del T.*)

y por regla general mayor que en cualquier otro sector. En este sentido, la preservación de la pureza en lo sexual contribuirá, por decirlo así, de una manera preventiva, a la conservación de dicha cantidad también en general; mas esto no será suficiente. Todos conocemos o podemos imaginarnos fácilmente a personalidades que se comportan de una manera impecable en lo sexual, pero que en otros aspectos — así, por ejemplo, en los asuntos pecuniarios — distan mucho de tener «las manos limpias». En segundo lugar, la pureza en otros sectores de la vida tampoco garantiza a su vez, de ninguna manera, la existencia de una pureza también sexual. Esto no requiere siquiera ser demostrado. «Pureza» es siempre *una postura central de la personalidad total*, y ésta pierde dicha cualidad en cuanto irrumpe en ella alguna impureza. Así, pues, la pureza sexual no es más que un fenómeno parcial de la pureza general, en vez de ser su fundamento y base. Naturalmente, el concepto de «pureza sexual» debe ampliarse más; se refiere no sólo a la conducta sexual en sentido propio, sino en general a todas las formas y modos de aproximarse a lo sexual o de aceptarlo, o sea pensamientos, fantasías, deseos, etc. Una pureza de la que se haga gala tan sólo hacia fuera, y que a lo mejor no es más que una consecuencia del miedo a un castigo, no es ninguna pureza, o no es pureza todavía.

La educación no debe cometer nunca el error de limitar su tarea de conservación de la pureza en los educandos estrictamente sobre lo sexual. Sin duda resulta más fácil para el ser humano el conservarse puro en lo sexual, una vez adquirida la postura íntima de la pureza en general, que el pasar de una actitud limitada tan sólo a lo sexual a una pureza general auténtica.

PUREZA Y PERSONALIDAD

Las relaciones mutuas entre pureza general y pureza sexual dejan sentados toda una serie de problemas y dificultades pedagógicos. De entre ellos será preciso exponer aquí por lo menos uno.

Pureza significa, como acabamos de observar, algo más que abstenerse meramente de determinados actos; su contenido esencial es una actitud espiritual que impera en toda la vida de la persona. Será a menudo difícil determinar si la pureza que creemos observar en una persona es tan sólo un modo más bien superficial de comportarse, o bien un signo de pureza auténtica. Como nadie ignora, hay personas que sólo llevan una máscara de la pureza. Se pueden establecer varias graduaciones; así, por ejemplo, fingir como si se fuera puro, pero sólo al verse observado, y pecar en lo secreto; o abstenerse de actos impuros, pero entregarse a fantasías y deseos turbios. Representa ya un problema mucho más difícil el papel desempeñado «inconscientemente». He aquí, por ejemplo, una persona que está sinceramente convencida de su pureza, mientras que tras esta máscara suya, inconscientemente para ella misma, está en acecho la impureza. En tales casos, neurosis y autoengaño son una misma cosa. Schleiermacher observa en alguna parte que cierta forma de conducta exageradamente gazmoña puede ser la máscara de una impureza en lo más íntimo. La propensión a buscar por doquier impurezas, la sospecha que constantemente se cierne sobre los asuntos de tipo sexual, el escudriñar con ahinco motivos de tal índole pueden brotar de aquellas mismas fuentes que una persona está aparentemente empeñada en descubrir y cegar. Al famoso lexicógrafo británico Dr. Johnson le dijo una vez una dama: «¡Ah, estoy tan contenta de ver que en su libro no aparece consignada ninguna expresión escabrosa!» A lo cual él contestó: «¿De modo que estuvo usted buscándolas?»

Desde luego, Nietzsche fue demasiado lejos al llamar a los ascetas unos «marranos frustrados» (por lo demás, tanto en este como en muchos otros aspectos, era un precursor directo del psicoanálisis freudiano). Sin embargo, tendríamos que darle toda la razón de haberse limitado sólo a determinados tipos que se escandalizan en cualquier ocasión, buena o mala, y creen tener ante sí algo impuro. Una postura tal en un educador tendría que surtir consecuencias fatales; la atención de los jóvenes quedaría atraída muy especialmente sobre lo sexual en vez de verse desviada de ello.

Es tarea de la educación ir formando a partir del estado de «inocencia», es decir de la pureza impoluta pasiva, la pureza conscientemente afirmada. Por esta misma razón, el conocimiento del desenvolvimiento de la sexualidad es sumamente importante para todo aquel que quiera conducir a la juventud a través de las dificultades de la edad de transición en que se halla.

La transformación de la pureza pasiva en la conscientemente intencionada depende, pues, de modo esencial de que el educando pueda llegar a un conocimiento adecuado del orden de los valores. La preferencia injustificada de los valores inferiores ejerce una influencia en gran manera perniciosa no sólo sobre la vida moral, tal como la concebimos nosotros, sino asimismo sobre la evolución de la personalidad. Hildegard Hetzer pudo mostrar cómo un conocimiento prematuro de las cosas sexuales en la muchacha adolescente puede ahogar y matar todo interés por temas superiores, especialmente por valores de orden cultural, y desde luego por los de la moral y la religión.

La causa de tal inhibición del despertar normal de intereses más elevados no estriba tan sólo en que la experiencia sexual prometa y procure un placer vivo y fácil de conseguir. Parece ser más bien una verdadera ley del desenvolvimiento de la personalidad que el conocimiento de determinados valores, el cual debe trabarse en fases igualmente determinadas. Si el niño está leyendo un libro que plantea unos postulados para él aún inalcanzables, entonces no sólo le producirá instantáneamente el

aburrimiento, sino que también, más tarde, provocará en él una falta de interés hacia tales temas; se observa a veces que una orientación de los intereses se halla, por decirlo así, bloqueada por las huellas de una experiencia anterior realizada en un momento inoportuno.

Un mecanismo análogo parece intervenir aparentemente también en los influjos nocivos de un contacto prematuro con lo sexual o, mejor dicho, de una experiencia sexual precoz. Por consiguiente, aquellas medidas educativas que están destinadas a aplazar todo conocimiento prematuro de las cosas sexuales tienen mucho sentido, aun cuando su manejo torpe y exagerado haya podido causar a veces daños no insignificantes. La Educación se halla hoy enfrentada con la tarea de encontrar caminos adecuados para evitar toda experiencia sexual dañina, pero sin producir por el otro lado desventajas a raíz de limitaciones inoportunas, presiones y desconfianzas. Puesto que la «atmósfera» en que van creciendo nuestros hijos se ha transformado en más de un aspecto, y puesto que las ocasiones de encontrarse con lo sexual son hoy día extraordinariamente numerosas, ya que toda la vida se halla muy «erotizada», es preciso encontrar una respuesta nueva al problema de la prevención de experiencias sexuales excesivamente precoces.

A este respecto es preciso hacer aquí una observación de carácter teorético. Acabamos de diferenciar, de paso, entre trabar conocimiento con lo sexual, o el saber de ello, y la experiencia sexual. Es esta última la que representa el verdadero peligro. Saber y conocimiento aún no son experiencia; el primero sólo muy difícilmente podría evitarse, pero la segunda debe ser aplazada *por nosotros*. De la apreciación justa de esta diferencia depende también el injuciamiento del problema, muy a menudo discutido, relativo a la finalidad, necesidad y modo de la tan cacareada «información sexual».

Acaso valga más hablar de un «saber teórico» y de «experiencia concreta»; así, los adjetivos añadidos esclarecerán lo que pretendemos decir. Pero incluso en este caso, las demarcaciones seguirán siendo confusas; especialmente el concepto de la «experiencia concreta» continúa siendo demasiado vago.

Nos hemos erigido más arriba contra el criterio de que una persona tenga que experimentar todo cuando debe comprender o vivenciar; citamos en el párrafo correspondiente el ejemplo de los sentimientos maternos que se dan en toda muchacha joven. Sin duda alguna, existen vivencias que seríamos incapaces de hacernos presentes anticipadamente, ya que su producción depende de momentos externos; un ciego de nacimiento no puede hacerse ninguna idea de lo que significa «ver». Mas no por este defecto el ciego se ve privado de ningún rasgo universal de la naturaleza humana. Para ésta resulta esencial poder percibir en general — es decir, entrar en relación, conociéndolo, con el mundo exterior —, aun cuando no precisamente mediante la vista. Ver es tan sólo una forma peculiar de una disposición esencial general. Hay que diferenciar entre lo que es verdaderamente esencial en la naturaleza humana y las peculiaridades más o menos accidentales. Si todos los aspectos y modos de comportamiento reales o posibles poseyeran la misma dignidad y esencialidad, entonces una separación entre conocimiento y experiencia, tal como acabamos de establecerla hace un momento con respecto a lo sexual, perdería su sentido. Sin embargo, «conocimiento teórico» aún no es «experiencia», y ni siquiera una experiencia atenuada.

Con vistas a un esclarecimiento suficiente, se impone aquí otra observación previa. Se suele establecer una diferencia entre la *persona* humana y su *naturaleza* universalmente humana. Dicha naturaleza abarca y engloba los momentos peculiares e imprescindibles del ser que se llama «hombre», junto a otros que son más bien accesorios. Estos últimos son modificaciones, variaciones y peculiaridades de los primeros, ya que la estructura básica esencial en el Hombre es siempre la misma por doquier (de otro modo no se podría hablar de ninguna manera de «dos personas»). Todo ser humano es portador de toda la naturaleza humana; mas no todas las variantes posibles se hallan representadas en

cada cual. Las diferencias entre los individuos humanos —que sólo a ideólogos ciegos ante los hechos se les ocurriría negar— son: o bien meramente *graduales* (no poseemos ningún otro término idóneo, mas no se debe pensar aquí en nada «mensurable») o *peculiares*. Puesto que los momentos básicos esenciales están presentes en todo ser humano, y como quiera que todas las demás propiedades, formas de conducta, actitudes, vivencias, etc., son tan sólo otras tantas variaciones de dichas estructuras fundamentales, así, todo y cada uno participa en el conjunto llamado «naturaleza humana en general»; mas esto no de tal modo que le cayese en suerte un determinado segmento de ella, sino que cada cual participa en todos sus aspectos. Por consiguiente, todo ser humano posee por principio los supuestos previos desde los cuales se puede echar una mirada sobre todas las variaciones posibles de rasgos esencialmente humanos. La frase *nil humanum a me alienum puto* expresa perfectamente lo que acabamos de decir (aunque por regla general se suele entender por lo *humanum* tan sólo lo más profundo, lo extravagante y lo perverso). Si no nos fuera dable comprender también lo que nos es superior: la vida, los móviles, la sensibilidad y el pensar incluso de los más grandes, entonces jamás entrarían en nuestra existencia cosas como la admiración de un héroe, el levantar el alma y la mirada hacia un santo o el brillo de un ideal.

Entre esta facultad de establecer alguna forma de contacto, a pesar de todo, con cosas que nos son francamente superiores y toda clase de tendencias en nosotros existe una relación profunda. Toda tendencia se dirige siempre hacia algo futuro, aún desconocido y, sin embargo, ya aceptado de algún modo y englobado en nuestro fuero interno. El profundo anhelo de perfección y el obscuro deseo que empieza a inquietar a la persona al despertarse la sexualidad, en planos distintos en ambos casos, acaso no sean sino tan sólo dos modos de aparición de ese mismo intento de captar cosas que yacen más allá de la esfera (por lo menos de la esfera actualmente dada) de la personalidad. También esta vez la idea de la analogía del ser induciría a equiparaciones precipitadas y falsas; aun cuando el impulso hacia un ideal, que acaso sólo se manifiesta por causa de una confusa insatisfacción respecto a la conformación momentánea del yo, y la inquietud aún incomprendida que brota de la apetencia sexual tengan algo en común, no obstante no son de ninguna manera «una y la misma» cosa; el intento de «rebajar» los impulsos del plano superior de la existencia humana viene a ser una simplificación completamente inmotivada, o más bien una falsificación de la realidad.

Sin embargo, esta anticipación —en último análisis sumamente misteriosa— de experiencias aún desconocidas, ¿no podría ser ya a su vez cierta modalidad de experiencia? En tal caso, el mero «saber acerca de lo sexual» vendría a ser ya experiencia, o la forma previa e introductoria de ésta, factible de transformarse en cualquier instante, tan pronto como la ocasión se presentase, en experiencia concreta. La observación cotidiana nos enseña que esto no ocurre así; en efecto, hay muchísimas personas que disponen de un conocimiento extenso de temas sexuales, pero que no han realizado nunca experiencias concretas y que ni siquiera se sienten impulsadas a realizarlas.

No podemos invocar aquí la diferencia obvia entre fantasía y realidad. Jóvenes que sueñan con el amor descubren con bastante frecuencia que la realidad es muy distinta: o rebasa sus más atrevidos ensueños, o les desengaña dolorosamente. Nuestras sensaciones ante la imagen de un ser querido, incluso ante alguna cosa deseada, son muy distintas de las que provoca en nosotros la presencia real de ellos y al mismo tiempo de aquellas otras que acompañan al mero pensar en una realidad posible. Cien monedas realmente poseídas, observa Kant, establecen una diferencia considerablemente mayor en nuestro patrimonio que cien imaginadas; y esto no sólo en nuestro patrimonio, sino también en nuestra vivencia. La fantasía es un espejismo de la realidad (como si fuese real) y sumamente distinta del «saber».

Un momento que separa el mero «saber de lo sexual» (y hasta a veces el sentir y desear) de la experiencia de dicho campo es

evidentemente el de la *satisfacción*. «Satisfacción» significa realización de un determinado valor que hayamos reconocido como vital; no es sino la correlación subjetiva de ese acontecer objetivo. Deben ser tenidos en cuenta ambos aspectos: tanto el subjetivo como el objetivo. La diferencia por un lado entre representación, sueño, fantasía, y aún más, «saber», y por el otro experiencia concreta no estriba acaso tanto en la estructura de los estados de conciencia correspondientes como en los acaeceres del mundo objetual. Las vivencias durante un sueño despierto de una fantasía con contenido sexual, incluso de representaciones abstractas, no se desvían demasiado, en muchos casos, de aquellas que acompañan a la experiencia concreta; en cambio, el efecto sobre la personalidad puede acusar diferencias muy profundas. En efecto, y no nos cansaremos de repetirlo, el ser humano no existe nunca aislado de todos los demás sectores existenciales; al contrario, se halla entrelazado y como entretejido en todos ellos y no le es dable disolver tales lazos. Por consiguiente, tampoco podría haber en él unos cambios aislados; siempre que en su ser, y sobre todo en aquellas regiones de éste que se hallan en un contacto más estrecho con la existencia del individuo, se produce alguna modificación, u ocurre algo, entonces no puede por menos que ejercerse una influencia retroactiva sobre la persona en cuestión, cambiándose también ésta, aun en el caso de que no se percate de lo ocurrido. La realización de valores es, pues, un acaecer dentro del mundo objetual. He aquí por qué toda acción, buena o mala, acarrea siempre consecuencias ineludibles para el que actúa:

Das ist der Fluch der bösen Tat,
Das sie fortzeugend Böses muss gebären.

(«He aquí la maldición de la mala acción: el continuar engendrando continuamente aún más males.»)

Este nacer de males siempre nuevos de una sola mala acción no sería posible si «acción» no fuese más que mera «expresión», o tan sólo un restablecimiento del equilibrio de pulsiones e instintos. Obrar significa *estructurarnos a nosotros mismos en la estructura total del Ser*. El Hombre posee de antemano su puesto dentro de la jerarquía del ser o del cosmos, pero le es dable afirmar o negar ese su puesto: he aquí la esencia de la libertad. Realiza progresos (labora por su propia perfección óntica) en cuanto sus actos se hallan en consonancia con las leyes de la Creación sentadas desde el comienzo de los tiempos; obra contra sí mismo y contra su propio ser en cuanto se desvía de estas leyes.

También en la Teoría de la Educación encontramos a menudo unos *slogans* como «El Yo y el Mundo», «El Individuo y la Comunidad», etc. Tales antítesis sólo son justas dentro de la esfera de la vivencia y por consiguiente dentro de una consideración psicológica. En cambio, resultan completamente falsas cuando se las quiere relacionar con el ser de la persona. En este último caso, tales fórmulas deben rezar así: «El Yo en el mundo», «El Mundo con el Yo englobado en él», «El Individuo en la comunidad» y «La Comunidad, comprendiendo al individuo». Ver a este respecto con toda la debida claridad es de suma importancia para todos los esfuerzos en materia de formación de seres humanos. En efecto, desde esta atalaya se comprenderá que es ilícito querer construir una educación únicamente sobre la Psicología, puesto que el Hombre es una realidad entre otras realidades y su existencia queda enlazada con todo lo demás existente, debe hallarse implicada en los acaeceres que se realizan en éste. El que *él mismo* experimente o no la vivencia de tales efectos es algo completamente secundario. (Nótese que nos referimos aquí a una vida anímica «inconsciente», que todavía entraría en el campo de la mera observación psicológica; los efectos mencionados se realizan en el núcleo de la personalidad, sin el cual ni el Ser ni el Ser-Así *(Sosein)* serían susceptibles de ser vivenciados, núcleo en que finalmente se verifica también el ataque de la Gracia, que allí reside, y a partir del cual ésta eleva la naturaleza a Supernaturaleza, si bien tampoco

esta vez es necesario que trascienda algo en la vivencia en cuanto tal.)

Si al tratarse de cualquier comportamiento sólo enfocáramos el aspecto subjetivo y vivencial, entonces llegaríamos a una comprensión tan sólo incompleta de los procesos verdaderos. La satisfacción, vista desde el punto de vista del sujeto, es exactamente lo que la misma palabra expresa; pero enjuiciada desde el lado objetivo significa realización de valores vitales. Ahora bien, ¿qué influencia ejerce un tal acaecer objetivo sobre la personalidad y — puesto que de educación se trata — especialmente sobre el desenvolvimiento? La contestación a esta pregunta exige que se esclarezca primero la relación entre el desarrollo y la realización de valores en el obrar.

Obviamente, a las fases singulares les corresponden determinados valores. Y no es que el valor íntimo de la persona sea siempre distinto en la infancia, la adolescencia y la edad madura. Reconocerle a un niño un valor inferior que a un adulto, resultaría tan injusto como estúpido. El valor personal en cuanto tal es independiente de los estadios evolutivos. La coordinación de valores en cada una de las fases evolutivas significa, por decirlo de una manera trivial y, por tanto, expuesta a equívocos, que a toda edad le corresponden sus tareas peculiares. Nadie esperará de un niño los mismos actos y obras, al igual de un adulto; sin embargo, postulamos a ambos que rindan siempre «lo mejor de sí mismos»; esto es, que resuelvan adecuadamente las tareas que les son propias en la medida en que sean capaces de hacerlo. La diferencia entre el obrar infantil y el obrar adulto no estriba en el momento formal de la perfección — conseguida o no conseguida —, sino en el contenido material. Lo que decide no es la magnitud de la performancia o rendimiento, sino su relación con las posibilidades del individuo. Esto vale para todos los humanos sin excepción. Y puesto que en la mayoría de los casos nada sabemos de esta relación, se nos pone en guardia ante juicios precipitados: *nolite judicare*! ¡No juzguéis!

«Hacer lo mejor» significa tender al grado de perfección alcanzable en cada caso, conforme a las posibilidades existentes. Todo peldaño evolutivo posee una perfección que le es peculiar. Se comprende automáticamente que un niño pueda ser exactamente tan perfecto, o más perfecto a su manera, que un adulto. Todas y cada una de las edades están investidas de unos valores determinados que son distintos de los de otras edades. Lo que se debe postular no son actos cuyos valores (todo acto recibe su valor de la esencia del valor) yacen en un nivel más bajo del grado evolutivo ya alcanzado, ni tampoco los que son propios de una edad superior, sino los que deben adaptarse a las fases evolutivas (deben ser «adecuados a las fases»).

Puesto que obrar (lo que significa realizar valores) produce efectos retroactivos, como acaecer que es en el mundo objetual, sobre la personalidad actuante, la evolución de ésta puede quedar inhibida, frenada e incluso correr un peligro serio cuando los postulados exigidos a una persona no se correspondan con los valores adecuados al grado evolutivo concreto. Si se trata a un joven como si aún fuera un niño, podrá verse gravemente dañado y volverse incapaz de satisfacer más tarde las exigencias de la vida. Sin embargo, el peligro no será menor tampoco si se introducen en el pequeño mundo del niño unos valores que correspondan a una fase todavía no alcanzada por él. Frente a tales peligros, la misma naturaleza tiene erigido un valladar: la incomprensión. Mas ésta no representa una protección absoluta.

A un niño, por ejemplo, ciertos problemas intelectuales no le dicen nada, pues aún no comprende que puedan existir problemas tales. Por esta razón es inocuo, aunque desprovisto de sentido, hablarle a un niño de geometría analítica. Podríamos aducir aquí analogías acerca de no pocos problemas de valores. Existen, sin embargo, ciertos estadios intermedios, grados de transición, que permiten una cierta comprensión de no pocos problemas, pero sin que la mente los pueda concebir verdaderamente y menos aún resolverlos. En algunos casos de educación mal dirigida, se observa una cierta superficialidad o una seudocomprensión que pone en peligro o impide la comprensión verdadera y provoca la

esta vez es necesario que trascienda algo en la vivencia en cuanto tal.)

Si al tratarse de cualquier comportamiento sólo enfocáramos el aspecto subjetivo y vivencial, entonces llegaríamos a una comprensión tan sólo incompleta de los procesos verdaderos. La satisfacción, vista desde el punto de vista del sujeto, es exactamente lo que la misma palabra expresa; pero enjuiciada desde el lado objetivo significa realización de valores vitales. Ahora bien, ¿qué influencia ejerce un tal acaecer objetivo sobre la personalidad y — puesto que de educación se trata — especialmente sobre el desenvolvimiento? La contestación a esta pregunta exige que se esclarezca primero la relación entre el obrar y la realización de valores en el obrar.

Obviamente, a las fases singulares les corresponden determinados valores. Y no es que el valor íntimo de la persona sea siempre distinto en la infancia, la adolescencia y la edad madura. Reconocerle a un niño un valor inferior que a un adulto, resultaría tan injusto como estúpido. El valor personal en cuanto tal es independiente de los estadios evolutivos. La coordinación de valores en cada una de las fases evolutivas significa, por decirlo de una manera trivial y, por tanto, expuesta a equívocos, que a toda edad le corresponden sus tareas peculiares. Nadie esperará de un niño los mismos actos y obras, al igual de un adulto; sin embargo, postulamos a ambos que rindan siempre «lo mejor de sí mismos»; esto es, que resuelvan adecuadamente las tareas que les son propias en la medida en que sean capaces de hacerlo. La diferencia entre el obrar infantil y el obrar adulto no estriba en el momento formal de la perfección — conseguida o no conseguida —, sino en el contenido material. Lo que decide no es la magnitud de la performancia o rendimiento, sino su relación con las posibilidades del individuo. Esto vale para todos los humanos sin excepción. Y puesto que en la mayoría de los casos nada sabemos de esta relación, se nos pone en guardia ante juicios precipitados: *nolite judicare*! ¡No juzguéis!

«Hacer lo mejor» significa tender al grado de perfección alcanzable en cada caso, conforme a las posibilidades existentes. Todo peldaño evolutivo posee una perfección que le es peculiar. Se comprende automáticamente que un niño pueda ser exactamente tan perfecto, o más perfecto a su manera, que un adulto. Todas y cada una de las edades están investidas de unos valores determinados que son distintos de los de otras edades. Lo que se debe postular no son actos cuyos valores (todo acto recibe su valor de la esencia del valor) yacen en un nivel más bajo del grado evolutivo ya alcanzado, ni tampoco los que son propios de una edad superior, sino los que deben adaptarse a las fases evolutivas (deben ser «adecuados a las fases»).

Puesto que obrar (lo que significa realizar valores) produce efectos retroactivos, como acaecer que es en el mundo objetual, sobre la personalidad actuante, la evolución de ésta puede quedar inhibida, frenada e incluso correr un peligro serio cuando los postulados exigidos a una persona no se correspondan con los valores adecuados al grado evolutivo concreto. Si se trata a un joven como si aún fuera un niño, podrá verse gravemente dañado y volverse incapaz de satisfacer más tarde las exigencias de la vida. Sin embargo, el peligro no será menor tampoco si se introducen en el pequeño mundo del niño unos valores que correspondan a una fase todavía no alcanzada por él. Frente a tales peligros, la misma naturaleza tiene erigido un valladar: la incomprensión. Mas ésta no representa una protección absoluta.

A un niño, por ejemplo, ciertos problemas intelectuales no le dicen nada, pues aún no comprende que puedan existir problemas tales. Por esta razón es inocuo, aunque desprovisto de sentido, hablarle a un niño de geometría analítica. Podríamos aducir aquí analogías acerca de no pocos problemas de valores. Existen, sin embargo, ciertos estadios intermedios, grados de transición, que permiten una cierta comprensión de no pocos problemas, pero sin que la mente los pueda concebir verdaderamente y menos aún resolverlos. En algunos casos de educación mal dirigida, se observa una cierta superficialidad o una seudocomprensión que pone en peligro o impide la comprensión verdadera y provoca la

NULO

pugna con los problemas, en cuanto llegue luego el tiempo para ello. En tales casos, la mente estará cargada de ideas inadecuadas, que se habían producido en un momento en que las adecuadas no podían ser asimiladas.

La señalada inhibición en el desenvolvimiento intelectual tiene su analogía también en el sector de lo moral y de la comprensión de los valores. Ya nos hemos referido en una ocasión anterior a la tesis: *omne ens unum, verum, bonum.* Esta vez tenemos que habérnoslas con el último miembro de la frase: el atributo *bonum*, que tiene por lo menos un triple significado. Todo ser posee, en cuanto tal — *ens qua ens* —, un valor que le corresponde precisamente al ser en general y que es indestructible; hasta el mismo demonio posee esta *bonitas essendi*. En segundo lugar, en todo ser creado, existencia y esencia se bifurcan; ninguna esencia de una caricatura cualquiera encierra en sí la necesidad de existir; puede ser o no ser, y ninguna agota completamente todas las posibilidades de su esencia ni es realmente la totalidad de ésta. Cuanto más cerca pueda llegar una cosa a la perfección o realización de su esencia, tanto más alto será su valor. Un cristal de calcita expresa mejor, por decirlo así, la esencia del calcio ácido-carbónico que un trozo de tiza. La esencia del viviente se halla realizada en un grado superior en el mono antropoide que en el gusano. Sin embargo, la plenitud de la esencia llamada «viviente» sólo está representada en la totalidad de toda vida; y en este sentido al chimpancé no le corresponde ninguna dignidad superior a la del gusano. Luego las configuraciones que bajo el impulso de su ley interior, sin la compulsión de fuerzas externas, sean capaces de tender hacia una realización cada vez más amplia de sus posibilidades, alcanzarán con cada nuevo paso dado hacia dicha meta un valor superior. El Hombre es portador de un valor por el hecho de ser un mero existente; es asimismo portador del valor peculiar del ser-humano, y este su valor irá en aumento conforme la esencia humana se haga cada vez más visible en la persona concreta en cuestión. Dicho valor depende por un lado de los dispositivos primigenios de que está «equipada» la persona (con lo cual pensamos menos en la «constitución» y en las disposiciones biológicas heredadas que en las peculiaridades condicionadas por la manera de ser individual de toda alma nuevamente creada.) Por otro lado depende de la conducta de la persona misma, puesto que la actualización de las posibilidades no se realiza tan sólo en un pasivo dejarse vencer por los influjos del mundo circundante, sino que depende mucho de las actitudes volitivamente adoptadas y de los actos escogidos. La parte que corresponde a la conducta propia y volitiva se hará cada vez mayor conforme aumenten el sabor, la experiencia, etc.; es pequeña en la infancia, y en el adulto es probablemente mucho mayor que la que corresponde a la «disposición» primigenia. De todas estas posibilidades peculiares a cada una de las fases, a raíz de la actualización por una adquisición de valores voluntaria o impuesta, cada una posee su valor propio. La concepción de que el varón tenga un valor mayor que una mujer o un niño (lo que se manifestaba al asignar castigos en casos de homicidio), brota de un pensamiento muy materialista que sólo fue superado por el Cristianismo; la inclinación (por lo demás múltiplemente extendida) a enjuiciar temas morales a la luz de criterios económicos es una de las más fatales, tanto para la vida individual como para la comunidad. El valor propio de un grado de edad no aumentará al pasar al grado inmediatamente superior, sino que tan sólo se hará otro, distinto; en efecto, el valor propio no es inherente al «estadio evolutivo», como «peldaño previo» del ser vivo completamente desarrollado, sino que es inherente al grado de perfección, tal como queda alcanzado dentro de un estadio determinado. Se cae fácilmente en errores si se olvida que «desarrollo», empleado en relación con algo anímico o con la personalidad total, no es más que un término «análogo» respecto al sentido que le corresponde a esta palabra en lo somático. Así como un obrar libre no es consecuencia del mero obrar reflejo (sino que es voluntad y libertad que se añaden a los dispositivos meramente organísmicos), así tampoco un determinado grado evolutivo ulterior significa tan sólo una mera transforma-

ción de otro anterior, sino algo completamente nuevo comparado con éste.

El valor que le corresponde a una persona en cuanto ente queda siempre incólume. Los procesos que determinan los otros dos aspectos de la valencia (*Werthaftigkteit*) personal entran, sin embargo, en múltiples relaciones mutuas entre sí; en un caso concreto apenas resulta posible diferenciar entre los rasgos que deben atribuirse a uno u otro. La diferenciación que acabamos de establecer es, pues, por lo pronto, sólo conceptual; a nuestro parecer, resulta sumamente útil, no obstante, para descubrir las razones que justifican el querer mantener alejados de la experiencia sexual a niños y a adolescentes.

El mero saber y la experiencia se dan a conocer sin más como dos cosas distintas. Es preciso preguntarse cómo ejercen ambos su influencia en el desenvolvimiento de la personalidad. «Experiencia sexual» significa la relación de determinados valores vitales. Éstos sólo podrán ser realizados de una manera adecuada en cuanto los dispositivos organísmicos que se hallan al servicio de tal finalidad se hallen completamente desarrollados. Un niño saca placer de corretear o de jugar a la pelota, pero no del atletismo ni del tenis, puesto que todo deporte requiere unas habilidades, una inteligencia y una supeditación completa a un sistema de reglas, factores todos que no se acomodan a la vida anímica infantil. Del mismo modo que el niño pequeño aún no es capaz de realizar los valores peculiares inherentes a los deportes, así también, la experiencia sexual, antes de que las funciones correspondientes se hayan desarrollado completamente, puede procurar algún placer, mas éste no puede ser todavía el valor correlativo a la realización de valores vitales específicos; sólo se llega, por decirlo así, a una «seudorrealización». El intento de asir un pedazo de realidad, mientras ésta resulte inalcanzable por las aptitudes ya existentes, conduce a una falsificación tanto de la realidad externa como de la interna; tanto de su aspecto objetivo como del

subjetivo. Sabido es que una experiencia sexual demasiado precoz corre a menudo parejas con la falta de interés para con muchos aspectos de la realidad. Suele creerse generalmente que tal actitud «introvertida» sea consecuencia directa de los «malos hábitos» o de una vida de lujuria. Tal modo de ver no da precisamente en el blanco. Recuérdense las observaciones de la doctora Hildegard Hetzer, ya citada. La pérdida de intereses estéticos, culturales y morales debe interpretarse en dos sentidos distintos. En primer lugar, una experiencia sexual precoz erige una barrera entre el sujeto y la realidad, puesto que una seudorrealidad acaba de introducirse como una intrusa junto a la verdadera; y en segundo lugar, la realidad propiamente dicha se vuelve a su vez indiscernible a causa de la apariencia deformadora que se le ha impuesto; pierde, por tanto, la fuerza de impresión, aun cuando la incapacidad de llegar hasta ella se experimente como algo doloroso.

Esta situación, difícil de diagnosticar y aún más difícil de describir, podría acaso ilustrarse últimamente con un ejemplo, el cual, aunque se escoja de un sector sumamente distante, resultará aleccionador. Tengamos presentes determinados efectos del *teatro*, no como los experimenta el espectador, sino desde el punto de vista de las vivencias del actor. Para no pocos actores, las fronteras entre escenario y vida se borran por completo. Lo que ocurre en las tablas nunca es completamente «real», a pesar de que el papel que desempeña el actor llegue a representar el único contenido de su existencia, hasta el punto de que en tales instantes tiene la sensación de vivir «realmente»; no obstante, es imposible ahogar por completo la sensación de irrealidad. No pocos actores profesionales sienten una nostalgia muy viva de «realidad»; sin embargo, la seudorrealidad en la que transcurre su existencia ha destruido su facultad de captar lo real, incluso los procesos de su vida de cada día se convierten en escenas de comedia, y todos los actos y sentimientos tienden renovadamente a la acción no deseada de deslizarse, experimentada recalcitrantemente, pero irresistible en la «teatralidad». Suele

contarse de muchos actores, y aún más frecuentemente de una actriz célebre, que siempre «parecen estar representando»; que en la vida habitual son «poco naturales»; que se engañan a sí mismos, como «si estuvieran continuamente en el escenario». A menudo, tales críticas dan en el blanco; mas resultaría injusto considerar dicho comportamiento de muchos actores como si fuese consciente e intencionado. Muchos de estos artistas sufren no poco por su propia incapacidad de llegar hasta la realidad y por el hecho de que se hayan convertido, por así decirlo, en prisioneros de la seudorrealidad de la escena. Este ejemplo nos muestra con extraordinaria claridad la esencia del «enmascaramiento de la realidad por una seudorrealidad». Efectivamente, tan trágico destino de muchos grandes actores no está muy alejado de aquel estado que hemos intentado ilustrar mediante un ejemplo.

A este respecto, podemos enlazar nuestra exposición una vez más con la observación de Carlota Bühler de que la «sexualidad» infantil se relaciona con la sexualidad adulta como el juego con la «obra». No carece de un sentido más profundo el que, en muchas lenguas, la actividad de los niños y la de los actores se designe con la misma palabra: «juego» (*Spiel, jeu, play,* etc.).

La sexualidad debe servir como expresión para la relación amorosa entre hombre y mujer. Sólo al servicio de esta postura fundamental será capaz de lograr la realización de valores supremos. Sin embargo, precisamente esta realización les es negada muchas veces a personas que realizaron experiencias sexuales en una edad en que su desenvolvimiento aún no les permitía el brotar de un auténtico amor. La equiparación de amor con sexualidad, o la «reducción» de aquél a ésta, suele hacer pasar por alto los peligros que acarrea la experiencia sexual precoz o prematura. La incapacidad para el amor auténtico se relaciona estrechamente, en el aspecto subjetivo, con la creación de una seudorrealidad. Tal como ésta llega a recubrir la realidad auténtica hasta desfigurarla por completo, así la capacidad de amar quedará a su vez soterrada en las honduras del *sí-mismo*. La seudorrealización de valores (y nos excusamos de tener que valernos de este giro, puesto que «seudovalor» significaría una *contradictio in adjecto*) constituye una de las inhibiciones más graves del desarrollo normal.

La obediencia frente a los mandamientos y una conducta de la vida que corresponda a los postulados de la buena moral sirven no sólo para la salvación del alma en el sentido teológico, sino también para el desenvolvimiento de la personalidad. No es necesario que una vida «inmoral» ponga en peligro la salud del cuerpo para que pueda parecerse sobremanera a un estado enfermizo. Los propugnadores de una moral «más libre» suelen invocar el hecho de que una vida sexual no regulada e incluso ciertas aberraciones sexuales pueden compaginarse completamente con la salud física, la perfomancia intelectual y los éxitos sociales o económicos. Hasta cierto punto no les falta razón. Sin embargo, este argumento pasa por alto que la vida humana es algo más que los aspectos acabados de mencionar. Precisamente el estudio de las aberraciones neuróticas, hoy tan frecuentes, nos conduce inexorablemente al descubrimiento de que el ser humano es, en efecto, más que un mero funcionamiento de su organismo, y que la vida humana significa algo más que la salud física y el éxito social.

No cabe duda de que las deficiencias morales no ponen forzosamente en peligro ni la salud ni el éxito. Sin embargo, tales peligros pueden surgir también, y no tan sólo como secuela de aberraciones de tipo sexual. Como ya queda dicho, no creemos que a la sexualidad en cuanto tal le corresponda una importancia esencial como causa de deformaciones caracteriales y trastornos neuróticos; si bien el factor sexual puede producir no pocas dificultades y sufrimientos a una persona mal adaptada a la realidad, la sexualidad no sería aún el terreno exclusivo para ello. El hecho primario es *la adaptación insuficiente a la realidad;* las dificultades sexuales y los desequilibrios psíquicos sólo son consecuencias, síntomas, expresiones de deficiencias más profundas. Sin embargo, entre todos los

aspectos de la vida humana existen tantas y tan complejas relaciones recíprocas y efectos mutuos, que en ningún lugar se pueden cometer errores sin que inmediatamente queden afectadas a su vez todas las demás funciones o formas de conducta. La aparente salud y el éxito en la vida no deben engañarnos. Aun cuando la vida de no pocas personas pueda aparecernos, vista desde fuera, como normal, sana, llena de éxitos, y aunque el propio interesado opine que es así (ya que la mayoría de las personas no se ven a sí mismos, sino tan sólo el reflejo de su persona en la opinión de terceros), frecuentemente todo ello no es más que el resultado de unas circunstancias favorables; sólo falta que aumente un poco la presión de cada día que existe en todos nosotros para que se produzca un «derrumbamiento nervioso»; es decir, para que el desequilibrio oculto se ponga de manifiesto.

Una persona sana en todos los estratos de su ser soporta muchas y muy graves contrariedades, pero una existencia interiormente ya minada y socavada se derrumba con suma facilidad. La pretendida salud física de personalidades moralmente deficientes no prueba nada mientras no se conozca el peso que deben soportar. Sin embargo, el médico vuelve a descubrir una y otra vez que los casos de «derrumbamiento nervioso» que llegan a su conocimiento tienen su causa en la disarmonía entre sujeto y realidad, la cual hunde sus raíces a su vez en juicios valorativos equivocados, en desviaciones de las normas de la buena moral. Tales experiencias prueban más que todas las habladurías de quienes quisieran reformar la moral «en un sentido moderno», y esto tanto más cuanto que tales pretendidas reformas, muy a menudo, no son sino expresión de sus propios desequilibrios y falta de adaptación, además de serlo desde un punto de vista ético deformado.

ALGO MÁS SOBRE SUEÑOS Y FANTASIAS

La experiencia sexual prematura no representa tan sólo un grave obstáculo, que más tarde apenas podrá ser superado por el despliegue de la madurez sexual normal y una auténtica capacidad de amar, sino que pone en peligro el desarrollo de toda la personalidad moral. Este peligro es tan grande tal vez porque ningún otro sector de la vida hace posible con tamaña facilidad la creación de una seudorrealidad. La seudorrealidad resulta sumamente peligrosa precisamente porque aparece como si fuera la realidad; esto es, como algo objetivamente existente, independientemente de sentimientos, pensamientos y ensueños del sujeto. Los sueños pueden contribuir también en parte a la construcción de una tal seudorrealidad, aun cuando en este caso ésta nunca sea considerada —salvo muy raras excepciones— como «realidad real»; conservará su nota característica de subjetividad; creada por el soñador, será experimentada por éste como tal, y existirá la posibilidad de entrever tras ella la realidad propiamente dicha. No obstante, tales fantasías y ensueños no están desprovistos de peligros. En efecto, pueden conducir fácilmente a aguzar la postura «introvertida», reclinada sobre el propio yo, que constituye a menudo el fundamento del soñar; entonces el sujeto se irá alejando cada vez más de la realidad y se hará cada vez menos apto para la lucha en la vida. Los sueños suelen producir muy a menudo una idea completamente falsa de la manera de ser y la personalidad del soñador, puesto que aparentan performancias o la idea de grandeza y poder que se consiguen sin hazañas reales. Un tal soñador pierde con facilidad suma, al primer choque con la realidad, todo ánimo y se retira de la vida: «huida en la enfermedad», neurosis, misantropía y amargura serán las consecuencias lógicas. El soñar despierto produce también con frecuencia —precisamente porque se suplanta a la realidad y, sin embargo, se es incapaz de subs-

tituirla verdaderamente — una propensión a realizar completa o parcialmente su contenido; no será necesario recordar aquí cómo muchas fechorías de delincuentes juveniles brotan de una inclinación a soñar despierto (el material necesario proviene no raras veces, como es sabido, de la lectura o de las películas). En sueños despiertos de contenido sexual se llega efectivamente a actos sexuales propiamente dichos y a toda la secuela desfavorable antes aludida.

Las *fantasías sexuales* son bastante frecuentes durante la edad juvenil, en cuanto la apetencia sexual se haya despertado y quedado comprendida más o menos en su sentido. La mera sensación sexual apenas conduce a esta clase de fantasías, puesto que se circunscribe al plano de la tendencia meramente organísmica y aún no ha establecido ninguna combinación con otros contenidos de la conciencia. Por lo demás, la sensación misma en cuanto tal es experimentada con mayor frecuencia más bien como displicente e inquietante, y ni siquiera es relacionada con cierta dosis de conocimientos teóricos eventualmente ya adquirida. Así, por ejemplo, una muchacha puede «saber» bastante acerca de las relaciones entre los sexos y, sin embargo, ignorar el significado de determinados fenómenos corporales.

El hecho mismo de las fantasías sexuales aparece por lo pronto como sumamente libre de problemática. Apetencias y deseos de esta índole cobran cierta apariencia de objetos en representaciones, imágenes y escenas vivas que pintan situaciones en las que la satisfacción pulsional se vivencia como posible; nada podría parecer más sencillo. Sin embargo, a esta interpretación general creemos tener que oponernos en un cierto sentido. El impulso a la satisfacción desempeña desde luego un gran papel en la producción de tales fantasías; no obstante, existen razones para admitir la existencia de otros momentos que pueden resultar más significativos incluso que aquél. Si se quiere ver con la debida claridad la manera como se entretejen los momentos sexuales con los no-sexuales en tales fenómenos, no se debe olvidar que la personalidad es siempre

íntegra y unitaria, de modo que dentro de ella no puede haber nunca nada aislado y que en todo rasgo particular está siempre presente y actúa el todo.

Debemos recalcar una vez más que la idea de que lo pulsional y sus «mecanismos» son los últimos elementos a los que hay que reducir todo lo demás nos resta visión para la realidad de los hechos. En la naturaleza humana existen aún otras cosas no menos primigenias y en las que también lo «sexual» aparece como medio o esfera de expresión.

Es preciso recordar esta circunstancia si se quiere llegar a la comprensión de las fantasías sexuales y su significado dentro de la vivencia total. Si lo sexual fuese el único contenido de tales sueños despiertos (que desde luego se construyen a base de un material anímico), entonces el único objetivo y el momento portador del acento principal sólo podría ser una satisfacción sexual. Sin embargo, todo enfoque libre de prejuicios de tales fenómenos en adolescentes y adultos nos convencerá de que el comportamiento indicado no existe; acaso no se pueda afirmar decididamente que la satisfacción sea, por decirlo así, un subproducto de las fantasías, y que este momento experimentado como placer, buscado asimismo como tal, no encierra aún en sí todo el sentido del fantasear.

Resultará útil acordarse aquí de la existencia de una orientación contraria de tendencias, que se manifiesta, paralelamente con la apetencia, como una *aversión contra lo sexual*, y que se fusiona con aquélla en una estructura sumamente compleja. William James pone de relieve que al lado de la necesidad tan viva en el ser humano de intimidad y de la compañía de sus semejantes, hay todavía algo más, que él designa como «instinto de aislamiento». El psicoanálisis se sentiría tentado a hablar aquí de una «ambivalencia», término con el que Freud designa la subsistencia simultánea de dos instintos o impulsos antagónicos. También este concepto cobra inmediatamente otro aspecto en cuanto se enfocan los fenómenos desde un punto de vista no exclusivamente psicológico. Llegamos a un cuadro más justo y

más completo de la situación real si —en conformidad con nuestras disquisiciones anteriores— aducimos también el aspecto objetual de las vivencias. El que una vivencia sea «ambivalente» significa que el objeto «intencionado» en ella es concebido de algún modo en contradicción consigo mismo (es decir, como atractivo y repelente al mismo tiempo). Ahora bien, concebir de este modo un objeto cualquiera aparece a la luz de la validez del principio de contradicción como desprovisto de sentido. Tampoco se eludirá esta dificultad con poner en duda el carácter simultáneo de los aspectos contradictorios; sin tener en cuenta que muchas veces son experimentados como simultáneos, en realidad son inherentes a todas las circunstancias del mismísimo objeto. De manera semejante no sería lícito afirmar que el objeto en cuestión se juzga atractivo en una de sus «partes» y repulsivo en otra (tal como un libro que tiene un lomo marrón y una tapa azul), sino que tales momentos caracterizan el hecho como un todo, en su totalidad. Los valores no son característicos para una parte, sino sólo para un todo. Allí donde esta vinculación del valor salta más claramente a la vista es en la conducta amorosa: el amor no se relaciona con tal o cual propiedad, ni con sólo un aspecto de lo amado, sino siempre con la persona toda, con sus lados buenos y malos. El amor verdadero no nos vuelve ciegos, sino videntes, como dijera Max Scheler; el amor que idealiza, el amor que pasa por alto las cualidades negativas que no faltan en ningún ser humano, acaso no sea el amor más auténtico, porque aún se mezcla con él algún rasgo egoísta (por ejemplo, en el sentido de que se quiera poseer en lo amado la perfección misma). Por consiguiente, el amor no es una vivencia «ambivalente» (1).

(1) Para que no se crea que esta afirmación se refiere exclusivamente al amor propiamente dicho (el que se establece entre dos personas de sexo contrario), citaremos también otros ejemplos. El *amor a la Patria* no es ambivalente por el mero hecho de que encontremos también defectos en esta última: *Right or wrong, my country!*, dice el anglosajón («Justo o injusto, bueno o malo, ¡se trata de mi país!»). Y si acaso nuestra madre cometiera un delito, incluso monstruoso, haciéndose culpable, verbigracia, de una asesinato, nuestro amor filial no se aminoraría por mucho que execráramos su crimen. (*N. del T.*)

Es lícito suponer que esta ausencia de «alegría sin mezcla de la vida» (1) es en realidad el reflejo en el espejo de la vivencia de un rasgo fundamental, objetivamente dado, de todo ser creado. Nada creado es absolutamente bueno. El creerlo así es siempre una ilusión; esta falta de perfección suprema es la consecuencia del hecho de que nada de lo que existe en nuestro mundo íntimo sea completa y totalmente lo que podría ser, puesto que precisamente la esencia no contiene, en sí, de modo necesario la existencia; por consiguiente, nada «creatúrico» representa una realidad pura y completa, sino que siempre oculta en sí unas posibilidades aún irrealizables, que acaso nunca lleguen a convertirse en realidad. Ahora bien, una cosa nos atrae en cuanto resulta perfecta y real, y nos repele en la medida de la deficiencia debida a la «distancia» que media entre la perfección posible y su grado efectivamente alcanzado. Incluso la cosa más fea acusa aún cierto grado de perfección (recuérdese aquí la hermosa leyenda del Redentor, que alaba los blancos dientes de una carroña); tampoco lo bello está desprovisto de defectos. Los santos suelen quejarse amargamente —de una manera que a menudo nos extraña— de su propia falta de perfección; lo hacen por la distancia que separa toda realidad de aquella posibilidad que siempre queda por realizar. Para explicar la «ambivalencia» no se necesita inventar Dios sabe cuán complicadas hipótesis acerca de la «dinámica de los instintos»; se trata más bien de un fenómeno que arraiga en las estructuras esenciales de la «creaturidad». El principio de la contradicción no roza con la ambivalencia, ya que de hecho no se producen impre-

(1) Alusión a un célebre verso de SCHILLER: *Des Lebens ungemischte Freude / ward keinem Irdischen zuteil* (Alegría sin mezcla de la vida no es patrimonio de ningún ser terrenal). (*N. del T.*)

siones contradictorias del «mismo» objeto (es decir, del objeto dentro de una y la misma modalidad de ser), sino que el antagonismo sólo surge entre el ser actual y el ser potencial. Mientras la Psicología se obstine en enfocar las vivencias sólo «desde dentro», tiene que llegar a interpretaciones equivocadas y a explicaciones forzadas, puesto que un enfoque tal es esencialmente insuficiente.

Desde luego, señalando las estructuras correspondientes de la realidad, el problema que nos ocupa —a saber, la existencia de «contrapulsiones», de instintos antagónicos— no se habrá simplificado en lo más mínimo; sin embargo, simplificar las cosas no es tarea de la investigación ni de la ciencia. Las *simplificaciones*, por muy justificadas que puedan resultar por motivos didácticos o como hipótesis de trabajo, no dejan de ser, al fin y al cabo, falsificaciones de la realidad. En Psicología nos vemos obligados a apuntar el hecho de la existencia de tendencias antagónicas, sin que podamos aducir para ello (y dentro del marco reducido de este modo de enfocar las cosas) unas causas últimas. Emprender un intento de esta índole no es misión de la Psicología, sino de una Antropología filosófica.

Consignemos, pues, la presencia de una resistencia a lo sexual junto a su atracción. No entendemos por ello el hecho trivial y cotidiano de que una persona pueda parecer a unos atractiva y a otros repelente. Este hecho no nos ofrece ningún interés. En cambio, nos interesa mayormente el estado anímico en que una y la misma persona (o también una acción, una vivencia) sea experimentada *simultáneamente* como atractiva y repulsiva. En los primeros años de la naciente sexualidad, cuando ésta, como se suele decir, aparece aún indiferenciada, la apetencia ni siquiera se dirige en muchísimos casos hacia una determinada persona. Durante dicha edad se puede observar efectivamente una actitud en general ambivalente para con lo sexual. Muchos jóvenes de uno y otro sexo se sienten impulsados hacia la experiencia sexual y al mismo tiempo se horrorizan ante ella. Se ha intentado aducir como causa de

este fenómeno antagónico el miedo ante lo desconocido. Sin embargo, una tal explicación no nos parece suficiente, ya que la postura «pensada» puede subsistir aun cuando la experiencia sexual concreta se haya producido ya.

La aversión señalada, que es mucho más frecuente en los jóvenes, y también más pronunciada de lo que se cree corrientemente, nos hace considerar como dudoso que el objetivo primordial, o por lo menos único, del soñar despierto sea simplemente la satisfacción sexual. El que oigamos hablar tan poco de la aversión es una de las consecuencias del modo de ver «moderno»; en efecto, en determinados círculos sociales forma parte, por así decirlo, del «buen tono» hablar de cosas sexuales como si éstas careciesen de importancia y perteneciesen a las trivialidades más grandes de la vida de cada día. No saber nada de ellas o no querer hablar sobre ellas es considerado a menudo como «propio de tontos». Por consiguiente, los jóvenes ocultan una aversión eventualmente experimentada, y no sólo ante otros, pues llegan incluso tan lejos como para no notarla ya siquiera en ellos mismos. Así, pues, la existencia de este rasgo de la aversión sexual sólo se descubre a raíz de una amistad bastante prolongada y suficientemente íntima: sólo en cuanto hayamos logrado la más plena confianza del joven y podamos dirigirle preguntas o escudriñar en honduras que a él mismo le hayan quedado por lo pronto desconocidas, o hayan llegado a serlo. En tal caso, un muchacho o una muchacha nos confesarán que hubo un tiempo en que experimentaron la aversión más intensamente que la atracción, y que para superar la primera se veían obligados a violentarse en cierto modo, por la sola razón de querer «sentir como los demás». Esta fase de la aversión se halla quizá muy pronunciada en aquellas personas que consultan al psicólogo médico a raíz de sus dificultades, sexuales o de otro tipo; no pocos fenómenos «inmorales» o aberraciones se le revelan entonces a éste como una forma de «supercompensación» (1).

(1) Recordemos aquí que el concepto de «supercompensación» es

Será útil echar una ojeada sobre aquellos sueños despiertos cuyo contenido *no* es sexual. La teoría de que las figuras y situaciones que surgen en ellos sólo podrían ser «símbolos» de algo sexual no merece la pena que la discutamos aquí; no se podría aportar ninguna prueba a su favor. ¿En qué sueñan las personas? Lo menos que se puede decir es que las fantasías suscitan en su espíritu visiones de cosas mejores y más hermosas de cuanto el mundo circundante efectivo les pueda brindar. Siempre los humanos venían soñando «el dulce ensueño de una vida mejor». Los sueños despiertos realizan los deseos con respecto a la realidad circundante, pero también en cuanto a la situación en éste del propio yo. En efecto, el soñador crea su mundo de ensueños y lo conserva, y los acontecimientos de éste transcurren según su voluntad; en aquel mundo aparente él es todopoderoso y omnisciente, e incluso su omnipotencia es muy peculiar: hasta puede hacer que no haya ocurrido lo que ocurrió. Sin embargo, tal creación libremente intencionada se halla sumamente alejada de la realidad de la otra; en estado de vigilia todo el mundo posee un mundo común, mientras que el soñador sólo tiene su mundo propio, enseñaba Heráclito. He aquí, pues, el peligro de soñar: a saber, que seduce al soñador llevándolo a un reino que, si bien es el suyo más propio, sin embargo no es más que un reino de «polvo, viento, humo, nada»; quien haya vivido una vez en el reino de los espíritus y fantasmas, nos dicen los cuentos de hadas, se queda aislado de los humanos y a solas, aun cuando le sea dable regresar a la vida de los demás.

Doble es, por tanto, el *peligro de soñar:* induce al ser humano a la ilusión de la omnipotencia y le aleja cada vez más del mundo real. Desengañado por la vida de cada día, que no le brinda ni un ápice de la omnipotencia anhelada, el hombre vuelve a sus sueños, y con cada retorno al reino de los cuentos de hadas se va aislando más; el dolor del choque con la dura realidad se hará cada vez más agudo, la huida en la apariencia siempre más apetecida, hasta que por fin se pierde todo contacto con la vida de cada día, a lo sumo con la sola excepción de unos pocos puntos, muy contados, que resultan imprescindibles para poder continuar viviendo. Esto vale para todas las formas del soñar despierto, y los de contenido sexual no constituyen ninguna excepción. Sin embargo, el Hombre no ha sido creado para soñar, sino para obrar. Tan sólo como una especie de preparación para la vida dentro de lo real poseen algunos sueños y fantasías un sentido (1). En cambio, sueños y fantasías con un contenido francamente irrealizable no representan ninguna clase de preparación. Incluso aquellas imágenes de la fantasía que se refieren a una realidad aún posible, pero excesivamente alejada en el tiempo, están desprovistas de todo sentido, pues hacen que el soñador caiga en la negligencia de los pasos intermediarios, imprescindibles y necesarios (2).

---

debido a Alfred ADLER. Sin embargo, mientras éste sólo habla generalmente de «supercompensaciones» de carácter positivo y útil (por ejemplo: DEMÓSTENES no sólo «compensa» su deficiencia de la palabra aprendiendo a hablar como los demás, sino que incluso la «supercompensa» haciéndose orador), en los países de habla alemana se emplea el mismo término frecuentemente — como aquí — en un sentido negativo: el de una mera compensación aparente y ficticia destinada a encubrir una deficiencia real. (*N. del T.*)

(1) Véase con más pormenores esta teoría de los sueños en *El Sentido de la Vida*, de Alfred ADLER (Ed. Miracle), y en *Cómo interpretar los sueños* (agotado), de F. OLIVER BRACHFELD. (*N. del T.*)

(2) En este punto concreto sentimos no poder estar completamente de acuerdo con el autor; nos parece necesario matizar algo más los hechos. Sabemos desde ADLER que los sueños — tanto los dormidos como los despiertos — sirven a menudo no sólo *para prepararnos a la acción* — refiriéndose en su contenido concretamente a lo que debemos o deseamos hacer —, sino también para preparar en nosotros una *tonalidad de ánimo* favorable y positiva *en general*, aun *independientemente* de su contenido concreto. Quien acaba de tener un sueño placentero, que le ha despertado por tanto «con la sonrisa en los labios», estará más dispuesto a enfrentarse en la vida real con las tareas a menudo duras de ésta que aquel que se despierte deprimido por un sueño de prefijo negativo, o aterrado por una pesadilla (cuya «finalidad biológica» es la de desanimarle e inhi-

Entre soñar y jugar existe cierto parentesco. También el juego infantil es preparación, ejercicio previo para el porvenir. En efecto, en muchísimas formas de jugar se trata de la ficción de «ser adulto»: se es soldado, madre, maestro, cacique indio, un caballero de las Cruzadas; y numerosísimos juguetes — un caballito, un muñeco, un ferrocarril, etc. — son en parte sólo un medio auxiliar para poder construir aquella realidad anticipada. Sin embargo, no se podría afirmar que, por ejemplo, a los ensueños sexuales les corresponda la «finalidad» de una preparación para más tarde, con vistas a la viva realidad.

Un «entrenamiento», una preparación sólo son posibles en un sentido estricto allí donde el objetivo ya haya quedado entrevisto de alguna manera, aun cuando su imagen sea más o menos equivocada. Los niños observan bastante la vida de los adultos; interpretan erróneamente muchas cosas, pero, no obstante, captan algo de su realidad. También las fantasías más desbocadas de fama, poder, grandeza y riquezas, que jóvenes y viejos van tejiendo, no son más que el resultado de un aumento de la realidad. Es fácil imaginarse una fortuna diez veces mayor que la de Rockefeller, mas no puede idearse una experiencia que fuese completamente distinta de la que se haya realizado ya en algún sentido. Todo parece indicar que ello se aplica también a las fantasías sexuales; he aquí por qué la admisión de su significado como «entrenamiento» es inservible.

Las fantasías sexuales, experimentadas antes de haber tenido experiencias de tipo sexual, no podrían ser consideradas

birle). Habría que decir, pues, que la «*dosis*» (si se puede emplear esta palabra) de los sueños y fantasías llenos de rosadas ilusiones tiene mucha importancia; tal como la primera cucharadita de una confitura de rosas que se ofrece al visitante en los países balcánicos resulta deliciosa, la segunda empalagosa y la tercera repulsiva, así también ocurre con los «dulces» ensueños: un *mínimo de sueños o fantasías* ilusos puede ser *útil*, mientras que toda dosis que rebasa ese mínimo resulta contraproducente y peligrosa, como acertadamente apunta el autor de este libro *(Nota del Traductor.)*

como una forma anticipada y aún no desarrollada de ellas. Tampoco se puede buscar su significado exclusivamente en la satisfacción sexual o el placer, ya que se verifican a pesar de una resistencia a menudo muy viva. Se puede preguntar, por tanto, si unas fantasías sexuales no podrían ser, por lo menos en ocasiones, tan sólo el disfraz de otro contenido distinto. O tal vez habría que formularlo mejor: ¿acaso una fantasía construida con imaginaciones sexuales no puede apuntar ante todo y primordialmente hacia otras cosas, en vez de apuntar hacia el placer sexual? Este último se presenta muy a menudo como secuela del soñar despierto (1); pero no pocas observaciones nos muestran cómo el acento principal no debe relacionarse precisamente con el «motivo» del placer específico. (Ello ocurre también en adultos, y no sólo en el comportamiento sexual fantaseado, sino también en el real.)

Si el psicoanálisis no hubiera partido del supuesto, aceptado sin pruebas previas, de que las pulsiones son los elementos últimos y que «detrás» de lo sexual ya no se puede descubrir nada más, entonces Freud no hubiera podido construir toda una teoría para interpretar los «momentos» de poder y grandeza — imposibles de ser pasados por alto — en muchos ensueños despiertos como una mera transformación o «sublimación» del deseo de satisfacción sexual. Hemos insistido ya en que esta interpretación no se apoya ni en las observaciones psicológicas obtenidas en adultos o niños ni tampoco en los datos que nos aporta la Etnología acerca de la vida anímica de los «primitivos». (Una crítica tan divertida como acertada de las ideas corrientes acerca

(1) Sobre el «sueño despierto *dirigido*» véase Oliver BRACHFELD, *Ueber gelenkte Tagträume* (en Acta Psychotherapeutica, Psychsomatica et Orthopaedagogica, II, 1, 1954) y *Gelenkte Tagträume als Hilfsmittel der Psychotherapie* (en Zsch. f. Psychotherapie u. mediz. Psychol., IV, 2, 1954). — Cómo motivos «sexuales» en nuestros sueños pueden tener un significado no sexual lo muestra también Paul BJERRE *(Die Träume als Heilungsweg der Seele*, 1936). *(N. del T.)*

del «hombre primitivo» se puede leer en *El hombre inmortal*, de G. K. Chesterton.)

LA SITUACIÓN ÍNTIMA DE LA JUVENTUD

Es más que probable que buena parte de las fantasías sexuales de los jóvenes tenga por objeto presentarles a éstos engañosamente, además de la satisfacción de unos deseos de tipo específicamente sexual, la satisfacción de otros de índole diversa. Consideremos un poco la situación general de la juventud.

El acontecer central, partiendo del cual es preciso concebir todo lo demás, es el encuentro y fortalecimiento del propio yo definitivo. Tal como todo otro proceso dentro de la personalidad, también éste debe ser enfocado desde dentro y desde fuera, o sea desde el punto de vista del mundo objetual; por otra parte, teniendo en cuenta las circunstancias objetivas, hay que compararlo con la imagen que el sujeto posee de lo real. El joven ve necesariamente el mundo, el no-yo, como repleto de factores desconocidos y con unos rasgos apenas sospechados. La infancia sólo conocía un futuro que se parecía al presente («Mañana es como hoy», se dice en la *Canción de cuna* puesta en solfa por Brahms); lágrimas y risas, placer y actividad serían idénticos; el niño evolucionaba y abandonaba los juegos viejos, inventando o aprendiendo otros nuevos, que postergaba a su vez; el niño iba a la escuela y llegaba a conocer los aspectos agradables y desagradables de ésta; pero nunca nada se presentaba como algo radicalmente distinto. «El futuro» significaba tan sólo otro año escolar y luego otras vacaciones, estudiar y jugar, todas experiencias archiconocidas; en toda aquella vida no había jamás nada totalmente desconocido. Una vez descubierto el mundo, adquiridos ya ciertos conocimientos de cosas y personas, del idioma y de las costumbres — experiencias de las que el niño ya apenas se acuerda —, la vida aparecía, por lo menos en casos y circunstancias corrientes, como sencilla y

ordenada, incluso cuando estaba llena de sufrimientos. Surgían, desde luego, impresiones nuevas; el niño podía realizar descubrimientos nuevos, pero incluso éstos eran, en el fondo, meras variantes de otros, familiares desde tiempos inmemoriales. El mundo no le representaba al niño o a la niña nada inquietante.

Con la entrada en la edad juvenil todo cambia de repente. Esta vez sí tenemos un futuro ante nosotros que aún resulta desconocido y que sólo se puede adivinar en sus contornos más aproximados y toscos. Algo nuevo va alboreando en el horizonte: el obscuro saber de una vida desprovista de la ayuda de los adultos, una vida de responsabilidad propia y personal, la tarea de colaborar en la construcción del mundo, aunque sea tan sólo dentro de unas limitaciones modestísimas. Tales rasgos no son aún reconocidos con claridad, y todavía menos podrían ser comprendidos en su verdadero sentido. Quedan envueltos en un velo nebuloso más o menos impenetrable, cuyos movimientos inquietantes sólo de vez en cuando permiten una ojeada, demasiado fugaz para descubrir un cuadro claro, y por ello mismo más excitante que incluso el saber que lo que por ahora está encubierto algún día llegará a ser visible. Para los niños, el giro consabido: «Cuando seas mayor; cuando ya seas un adulto como nosotros...», no contiene ningún sentido concebible; saben que irán creciendo, pero esos tiempos son todavía tan lejanos, sus rasgos esenciales resultan aún tan incomprensibles, que tales frases les producen poca impresión. Para los adolescentes, en cambio, la misma fraseología está repleta de un significado gravísimo; se van percatando de con qué rapidez se está acercando el momento en que llegarán a ser adultos, y que el día de mañana ya tendrán que rebasar el umbral de un desconocido porvenir. Una puerta condenada en una mansión desconocida incluso es capaz de llenar de presentimientos estremecedores el espíritu del adulto; nadie sabe en verdad lo que le espera allende aquel umbral. Nadie de nosotros sabe verdaderamente lo que nos deparará el porvenir, y ni siquiera el día de mañana; sólo confiamos en que el mundo continuará también ma-

ñana su marcha monótona habitual, pero no poseemos de ello la menor seguridad.

En demasiadas ocasiones, la seguridad aparente de que gozamos se derrumba bruscamente; volcanes entran en erupción, se producen inundaciones, en alguna parte suena un tiro y la paz del mundo se rasga hecha pedazos durante largas décadas. La «confianza en la marcha regular del mundo» se fundamenta más en la experiencia empírica exterior — la Historia haría ya aparecer aquella confianza como sumamente problemática —, que en la constancia y la homogeneidad de nuestra propia vida interior. En cuanto ésta se sacuda en sus cimientos, bien por alguna enfermedad grave o también por la debilidad de la convalecencia, cuando el cuerpo no se sienta de nuevo seguro de sus fuerzas, entonces también nuestra confianza en la marcha regular de los acontecimientos quedará socavada. Ahora bien, la juventud realiza la experiencia de que en ella misma todo se va transformando continuamente; no existe para ella regularidad alguna en el mundo, puesto que el aspecto de éste irá transmutándose paralelamente con las metamorfosis. La cándida confianza del niño cede entonces el paso a la desconfianza, y su seguridad a la inseguridad. Cuantas veces el adolescente reconozca todo esto con claridad y se lo confiese a sí mismo (y de ningún modo a algún otro), más profundamente se resentirá de ello. La inseguridad se hará más torturadora cuando el (o la) joven vea acrecentarse sus fuerzas, ampliarse su visión de las realidades y al mismo tiempo se sepa llamado a entrar en éstas a fin de aportar su grano de arena a la formación de lo real. El desbordamiento del joven en forjar planes y anhelos no es producto de una sobreestimación inmadura del propio *sí-mismo*, sino de este conflicto interior que acabamos de bosquejar. La inconstancia tantas veces observada, e incluso censurada por personas incomprensivas, el rápido cambio de ideas brotan a su vez de este conflicto íntimo, que hace predominar más ya el sentimiento del crecimiento de la propia pureza, ya la seguridad.

Es tan fácil de comprender que el adolescente huya a gusto

de una realidad para él aún desconocida, y por tanto temida, en un mundo del soñar. Allí, todo antagonismo desaparece; la fuerza propia ya experimentada (y aún más la anhelada) puede obrar a sus anchas, y es fácil olvidar las asperezas del choque con la realidad y el dolor de la propia falta de adaptación a ella.

La sexualidad no es más que *una* de las facetas de aquel mundo nuevo y aún insuficientemente explorado. Siempre, en todas las direcciones de la vida — o mejor, en toda dimensión suya, si se puede decir así —, tenemos que luchar con resistencias. Poco importa lo que hagamos: nuestro actuar cobra siempre de alguna manera el cariz de una lucha. Igual si intentamos vencer una dificultad intelectual o si queremos escalar un risco; lo mismo si procuramos ganar la atención, el amor o el interés de una persona o plegar su voluntad a la nuestra; igual si queremos crearnos un puesto en la vida o asimilarnos la técnica de un determinado juego deportivo, o de una ciencia, o de un arte: siempre tropezamos con resistencias, como si el no-yo nos fuera hostil y toda realización de un deseo de nuestro corazón equivaliera a una victoria sobre un contrincante. Y cuanto menos confiemos en nosotros mismos, tanto más poderoso se nos aparecerá el enemigo, y tanto más la «oposición» cobrará un colorido de hostilidad. (Será muy útil aclarar que «oposición» significa «estar enfrente», pero también «volverse contra»; lo que está enfrente de nosotros: el *ob-jeto*, ya está de alguna manera «dirigido en contra de nosotros»). Y si el propio adulto tiene la impresión de que el mundo representa para él al adversario que tiene que volver a vencer siempre de nuevo, y que se levanta siempre otra vez, dotado de nuevas fuerzas después de cada victoria, esta misma sensación debe producirse en el adolescente con intensidades especiales.

Esta concepción del mundo como potencia que se ha de vencer, y de la vida como de una pugna por la victoria, tiñe también los sueños y fantasías de la juventud. Hay pocos, casi ninguno, que no contengan de alguna manera una idea de «gran-

deza». También las relaciones sexuales, o actos sexuales, aparecen entonces como un medio más para el logro de una superioridad sobre aquel mundo extraño y aterrador. También el otro sexo es todavía — bastante a menudo también en un aspecto teórico, y en la mayoría de los casos en el práctico — una idea incógnita, una magnitud desconocida. Se va formando un pedazo — y a causa de la sexualidad que se está despertando, un pedazo importante — del mundo desconocido y del porvenir aún envuelto en nieblas. Como en general todo lo desconocido, también la sexualidad en general, y el otro sexo en particular, se convierte en fuente de vivencias más o menos teñidas de miedo. Miedo o angustia significan percatarse de un peligro; y peligro viene a ser la intimidación a defenderse de la fuerza para triunfar.

Sin duda debemos reconocerles a todos estos aspectos de la producción de las fantasías sexuales una importancia muy grande. Ante todo a la necesidad de superioridad (la *voluntad del poder*, como dice la Psicología del Individuo de Adler, con un giro famoso de Nietzsche). Lo que vale para el soñar despierto en general y otras fantasías similares será válido asimismo para los actos de contenido sexual. Ahora bien, aun cuando lo sexual venga a añadirse más bien desde fuera, o como mero material, al sentido más profundo de esta clase de vivencias, no deja de acarrear un peligro peculiar y no pequeño. El placer y hasta la satisfacción misma que consienten tales fantasías, en no pocos casos, pasan a ocupar paulatinamente el centro de éstas; los sueños son buscados cada vez más por el placer sexual, y ya no sólo por la satisfacción del afán de superioridad. Un tal desplazamiento de meta y sentido es frecuente en el decurso de no pocas vidas humanas y en más de uno de los fenómenos de ellas.

Se preguntará ahora: ¿por qué, para satisfacer la necesidad del sentimiento de superioridad, las fantasías de los adolescentes necesitan precisamente de ese material y de ese medio de expresión de lo sexual? Bien podría haber aún otras posibilidades distintas. A ello hay que contestar: primero, la sexualidad misma es un sector en el que es preciso lograr «superioridad»; en

segundo lugar, presentes están ya ciertas sensaciones y vivencias de tipo sexual y reclaman que se haga algo con ellas; en tercer término, hay que recordar que el adolescente no dispone de la misma facultad ilimitada de producir fantasías de que disponía aún el niño. Si al niño pequeño le era suficiente en un principio el más nimio pedacito de realidad, más tarde necesitaba ya cosas más parecidas a las reales, puesto que la fuerza creadora de la fantasía — uno se sentiría tentado a llamarla, ateniéndose al significado etimológico de la palabra, fuerza «poética» o *poiética* — va disminuyendo con la edad; finalmente ni siquiera cuadros concretos de la realidad servirán para nada, puesto que es esta misma la que se ha convertido en objeto del anhelo. Sin embargo, la realidad provoca al mismo tiempo terror, y es además recalcitrante, no se pliega a la voluntad, y sobre todo acusa una característica peculiar: sus acontecimientos transcurren en el tiempo; ninguna magia sería capaz de realizar un deseo al instante, pero la fantasía sí es capaz de hacerlo. Entonces la sexualidad suministra a la fantasía un pedazo de realidad dispuesto en todo momento, que está siempre a la orden, que es obediente y que no hay que ir a buscar afuera ni amaestrarla para valerse de ella. Las sensaciones sexuales son sumamente reales; surgen con una cuasi-autonomía; se presentan hasta sin ser llamadas, con machacona insistencia y, por decirlo así, arbitrariamente, como la misma «realidad real». Ese carácter de ser-real de lo sexual en nosotros hace que las huidas en tales sueños despiertos se le aparezcan como más perdonables al mismo soñador, más «arrancadas a la fuerza», y no como algo muy alejado de lo real.

No es posible desvirtuar la propensión a esta clase de soñar despierto, una vez que se haya apoderado de una persona, meramente con prohibiciones; tampoco con llamar la atención sobre la poca conveniencia de un hábito de esta índole. Por regla general será preciso penetrar en la personalidad para sacar a la superficie las energías impulsoras reales que a menudo provienen de otros estratos, y no del estrato sexual.

Describir las diversas variantes de fantasías sexuales o intentar una clasificación de aquéllas nos parece superfluo. Aun cuando sean un tema de investigación psicológica, no tienen ningún significado directo para la educación. Sólo queremos referirnos a un único punto.

No siempre resulta fácil determinar si se trata o no de sueños despiertos con contenido sexual. Habría que reservar esta denominación exclusivamente para aquellas fantasías en las que desempeñan un papel notable unas sensaciones sexuales y unas vivencias del mismo tipo. La dificultad no estriba tan sólo en la aversión de la mayoría de las personas a hacer manifestaciones sobre este particular —como, en general, acerca de sus sueños a ojos abiertos—, sino también en el hecho de que muchas veces el propio soñador no se percata de la nota sexual. Éste es el caso frecuente de muchachas que sólo años más tarde se dan cuenta del carácter sexual de sus vivencias anteriores. Por otra parte, conocemos también fantasías cuyo carácter sexual aparece como indudable y que a pesar de ello no deben ser clasificadas entre los fenómenos sexuales propiamente dichos. Muchas chicas sueñan en el matrimonio, un hogar propio, hijos, sin que a estas sus imaginaciones se mezole nada verdaderamente sexual. Sin embargo, acaso una diferenciación en este sentido resulte muy importante desde el punto de vista educativo, puesto que, en general, toda propensión algo más marcada a soñar despierto debería movernos ya a intervenir. Las fantasías sexuales acarrean, como ya se ha dicho, peligros peculiares, pero no son más que un caso especial del fantasear en general.

El mayor peligro de los sueños despiertos sexuales consiste en su característica ya mencionada: a saber, que contienen, en las sensaciones que los acompañan o los provocan, un pedazo de realidad. Las fantasías de vivencias afectivas con raigambre orgánica provocan, además, con suma facilidad, los correspondientes fenómenos corporales. El recuerdo de un afecto —no vamos a entrar aquí en el debate de si existe o no una tal «memoria afectiva» — es susceptible de reavivar de nuevo el afecto en cuestión («Siempre que pienso en ello, vuelvo a encolerizarme...»). Las representaciones sexuales conducen con suma facilidad a sensaciones correspondientes. En esta misma dirección, no sólo las sensaciones más vivas van en busca de un mayor placer inherente a ellas, y no sólo tienden a liberarse mediante una solución final de una tensión que a pesar de todo placer resulta torturadora, sino que también el carácter busca forjarse una realidad independiente, que se va marcando cada vez más, conforme al aumento de la vivacidad de las fantasías. Hemos observado ya que los sueños, fantasías e imaginaciones impulsan hacia su realización; por consiguiente, los sueños despiertos sexuales son bastantes veces el pródromo de alguna clase de autoerotismo (masturbación) o de otros deslices.

Si oímos a educadores indicar que un educando, en el cual ha surgido un hábito malo, ha sido «seducido», o ha caído en «malas compañías», no cabe duda de que frecuentemente todo ello es cierto. Sin embargo, «seducción» es un fenómeno no demasiado sencillo, cuya psicología requeriría cierta aclaración psicológica, tarea que no podemos emprender en este lugar. Habrá que tener muy en cuenta que para que pueda haber seducción se necesitan siempre dos personas: el seductor y quien se deja seducir. Todo hábito de soñar despierto crea un terreno abonado para la seducción, la cual, en muchos casos, no hace más que realizar lo anticipado por la fantasía.

EL PUDOR

Para preservar a los niños y adolescentes de que se contaminen con temas sexuales, la Educación considera generalmente como uno de los medios educativos más importantes el *pudor*. Tal aserto es certero o falso, según lo que se entienda por esta palabra. Como ya queda dicho, tras la gazmoñería sexual puede ocultarse también una sexualidad sumamente des-

pierta y codiciosa, la cual puede pasar inadvertida incluso al propio interesado. Un comportamiento púdico que, visto desde fuera, no acusa la menor diferencia, puede fluir de fuentes íntimas sumamente diversas y por lo mismo de la impudicia. La conducta cándida de niños que corretean completamente desnudos, sin inhibición alguna ni escrúpulos, es sin duda fundamentalmente distinta de la de un adulto que hiciera lo mismo. Sabido es, además, hasta qué punto las costumbres y opiniones influyen en las cuestiones de pudor. Distamos mucho de abogar en lo más mínimo por las tendencias modernas que claman por una «cultura del cuerpo desnudo», mas no debe pasarse por alto que a veces actúan también motivos moralmente impecables. No pocos pueblos de profunda cultura virgen viven en un impudor sin duda cándido que — prescindiendo de determinados ritos, danzas, etc. — apenas tendríamos el derecho de designar como tal. Por otro lado, no es cierto que los primitivos desconozcan la sensación de pudor; allí donde ello ocurre, se trata de «culturas» ya degeneradas. Los primitivos auténticos tampoco conocen la promiscuidad sexual, ni la poligamia ni otras costumbres esencialmente amorales.

El problema de una educación del pudor es de no poca importancia. Es preciso, por consiguiente, que dediquemos algunas consideraciones a la psicología de la vivencia del pudor. También esta vez es preciso observar que si bien el pudor encuentra en la sexualidad su manifestación más característica, no por ello se circunscribe a ésta con carácter exclusivo; y que naturalmente no está demostrado, ni mucho menos, que la sexualidad sea el suelo nativo, primigenio, del que brotan todas las vivencias de pudor. Tenemos que formular aquí consideraciones paralelas con las ya manifestadas en torno al tema de la pureza. Entre pureza y pudor existen, por lo demás, relaciones estrechas. La pureza irá siempre enlazada con un pudor auténtico; sin embargo, la impureza no acarrea siempre impudor; al contrario, puede llevar incluso la máscara de un comportamiento púdico.

La pureza se nos ha aparecido como una postura que evita la «contaminación» de los aspectos del yo y del no-yo. Ello implica por un lado una acentuación de las tareas planteadas por la realidad (objetos, sociedades, personas particulares, verdades, buenas costumbres, fe), en vez del éxito, y una tendencia más bien hacia la «obra» (1) efectiva, que no hacia la vivencia del triunfo; por otro lado comporta también una cierta consideración precisamente del Yo, puesto que también las cosas de las que apartamos la mirada deben solicitar de algún modo nuestra atención. Si alguien debe *no* mirar hacia algo, entonces — aun cuando la atención se dirija con intensidad suma sobre otra cosa distinta — es preciso que conserve la conciencia del objeto que la mirada debe evitar. Así también la entrega de sí a tareas objetivas y la superación de inclinaciones egoicas requiere cierta consideración del yo. Esta forma de estar atento al Yo — mediante la paradoja de dejar de prestarle atención — se manifiesta en varios actos de autodefensa o de protección de los que el pudor es probablemente el primordial.

Puesto que no nos es posible dar fe a ninguna de aquellas teorías que «reducen» conductas humanas cualesquiera a comportamientos animales, no vamos a perder el tiempo en discutir aquí tales criterios en relación con el pudor; además, una tal «reducción» (aunque tuviera sentido) nada nos podría decir acerca de la estructura de ésta ni de su papel dentro de la personalidad toda.

La conducta pudorosa es esencialmente de defensa y protección. Toda defensa protege algo contra otra cosa distinta;

---

(1) «Obra»: en alemán *Werk*, de la raíz etimológica indoeuropea *uarg* (ing., *to work*, «trabajar»; lat., *opus*, etc.). Recordemos que ALLERS y OSW. SCHWARZ (la «tercera escuela vienesa») emplean este término siempre en el sentido que le diera la «Psicología Evolutiva» de los esposos BÜHLER: «obra» es una actividad apuntada hacia una finalidad *objetiva*, más allá de esta actividad misma, en oposición clara a «juego», una actividad que lleva su fin en sí, en la misma actividad (finalidad meramente *subjetiva*). (*N. del T.*)

así protegemos, por ejemplo, un secreto contra la curiosidad, o una fortaleza contra un enemigo, o nuestro honor y nuestra vida contra un ataque que los amenaza; defendemos nuestro derecho contra una injusticia, y nuestro tesoro contra los ladrones. Los gestos típicos de la conducta pudorosa revelan claramente que ésta es una modalidad de la autodefensa: retroceder asustado, cubrirse, ocultarse, esconder el rostro tras las manos, volver la cabeza, evitar un encuentro, etc. Ahora bien, ¿qué es lo que el pudor defiende, y contra quién?

Para ser breves, diremos que el pudor protege la «intimidad de la personalidad» y la defiende contra alguna «indiscreción». Todo ello es aparentemente muy sencillo. Sin embargo, es preciso aclarar por qué la intimidad requiere protección, y qué clase de peligros la amenazan. Esta tarea no está desprovista de dificultades, ya que no resulta fácil desenmarañar los motivos múltiples que se entretejen aquí, ni encontrar las palabras adecuadas. «Discreción» significa originariamente el acto o la facultad de una discriminación certera (recuérdese el empleo del término en las Reglas de San Benito o en el capítulo *De discretione spirituum*, en el libro de ejercicios de San Ignacio). Por extensión, este término se puede aplicar también sobre una persona que sepa guardar un secreto y evitar preguntas inoportunas. Indiscreción es, pues, falta de discriminación. Allí donde resulte necesario discriminar, es preciso que existan por lo menos dos cosas discriminables. Es preciso recordar aquí que existe también una indiscreción de que el sujeto mismo se hace culpable; resulta no sólo indiscreto revelar a terceros un secreto que se le ha confiado a uno, sino también, y a veces en un grado mayor, descubrir nuestra propia vida íntima. Desde luego, no debería de haber nada en nosotros que, llegado el caso, no estuviésemos dispuestos a revelar, ni tampoco giros como éste: «Hay cosas que yo no podría decir nunca a nadie», u otras propensiones exageradas a ocultaciones que no forman forzosamente parte de las cualidades positivas de las personas. Toda persona puede verse confrontada en ocasiones con el postulado de sinceridad suprema, no sólo en el confesonario, sino también en no pocas situaciones de la vida de cada día. Sin duda nos será posible mover a otra persona a una confesión imperiosamente necesaria y ayudarle a que se libere de un peso, haciendo que se explique, cuando nosotros mismos sepamos mostrarnos absolutamente sinceros. Sin embargo, tales casos constituyen una excepción; en la vida cotidiana debe reinar una discreción en torno a nuestros sentimientos, experiencias y vivencias. El indiscreto es incapaz de diferenciar entre una situación que permite o hasta impone decirse en todas partes y otras que sólo pueden manifestarse bajo determinadas condiciones. Lo mismo se aplica también a las preguntas indiscretas, de una manera análoga; al espiar indiscretamente la vida de terceros, etc. Aclarado ya este punto, debemos preguntar ahora qué motivos pueden ser aducidos en general a favor de la existencia de una esfera «privada» o «íntima». Puesto que tales cosas, indiscutiblemente, existen en la vida de cada día, podría parecer superfluo preguntar por su justificación y derecho; todo ello «se sobreentiende», según se cree. Sin embargo, acaso propendamos demasiado a considerar ciertas cosas como naturales, creyendo que se sobreentienden, aunque en verdad no sea así y acaso ni siquiera se las entienda; sólo nos son familiares y corrientes a raíz de la experiencia de cada día, pero al examinarlas más de cerca se nos revelan a menudo como sumamente misteriosas. Tal parece ser el caso de la «intimidad».

El Hombre es *un ser consociado*, tal como lo hemos oído afirmar innumerables veces desde Aristóteles. Ahora bien, toda consociación se fundamenta en una comunicación y participación mutuas, y por lo pronto no se comprende por qué debería de haber cosas comunicables y otras no comunicables, o grados distintos de comunicabilidad. Sin embargo, se pueden descubrir fácilmente cosas cuya naturaleza estriba en su incomunicabilidad. Ahí están ante todo pensamientos, imaginaciones, experiencias, etc., que ni siquiera a nosotros mismos nos resultan claros y que, por consiguiente, se resisten a ser formulados en

palabras o mediante otros signos (naturalmente, ninguna vivencia o estado íntimo se deja traducir completamente por signos). Luego hay también cosas que no quisiéramos decir, ni ver adivinadas por otros, y que no siempre se refieren a algo capaz de producirnos una desventaja. Nos resistimos a revelar todo cuanto sea susceptible de zaherir nuestro amor propio o que nos pueda hacer aparecer bajo una luz desfavorable; la vanidad es uno de los móviles más eficientes de la reserva discreta. Todo ello no fundamenta aún, sin embargo, la existencia de la intimidad, y aún menos el por qué ésta lleva tan claro acento valorativo para que la «indiscreción» sea experimentada como ofensa grave. La insuficiencia de nuestros medios de expresión nos impide a menudo revelarnos a otra persona; mas ello justifica tan poco el deseo de una esfera íntima, que incluso solemos sufrir por nuestra incapacidad de comunicarla; y la vanidad no podría representar una legitimación, puesto que lleva una clara nota de «sin-valor».

Tener una «vida privada», separada de la del vecino, impenetrable y vedada para éste, parece ser un «derecho natural» de la persona humana. También aquellas personas que se ven obligadas y están acostumbradas a habitar en viviendas atestadas de gentes desean a veces hallarse a solas y sin que se las observe. (Otros sufren, al contrario, de soledad. Un mundo bien ordenado debería de brindar a todo el mundo ambas posibilidades.) Es tarea esencial del Hombre: entrega de sí a la «obra», olvido de sí mismo y el estar al servicio de la realidad. Sin embargo, para poder donar, primero es preciso poseer. Si perdiéramos por completo nuestro *sí-mismo*, tampoco nos quedaría ya nada que pudiéramos donar. La antinomia aparente que acaba de surgir aquí se resuelve de la manera siguiente: el *sí-mismo* es un eslabón de la realidad; la antítesis «Yo y Mundo» ha quedado demostrada ya más arriba como falsa, puesto que el mundo que se nos «opone» en verdad nos engloba en sí como parte suya, hasta tal punto que ni siquiera se nos podría concebir sin el mundo que nos circunda. De modo que el problema debe

complementarse en el sentido siguiente: puesto que el *sí-mismo* es parte del mundo, surgen en él tareas que deben ser resueltas y satisfechas. La región del *sí-mismo* en que arraigan las tareas que se relacionan con nuestra persona debe ser salvaguardada de contaminación. Todo individuo debe ejecutar su labor él solo. «Colaborar» no significa que dos personas ejecuten el *mismo* trabajo, sino que cada cual aporte su propia labor a la obra completa. Si otro efectúa mi trabajo por mí, éste deja ya de ser «mío»; si dos hicieran exactamente la misma labor, entonces nada se haría. Solemos ayudar a los niños en «su» trabajo y dejamos que crean que es efectivamente «suyo». Ello es justo porque debemos acostumbrarlos a trabajar y prepararlos para tal fin, desarrollando así su confianza en sí mismos. Es una de las características esenciales del crecimiento el que la ayuda de los demás se vaya haciendo cada vez menor, que nos veamos cada vez más abandonados a nuestro propio esfuerzo y que tengamos que cumplir nuestra labor nosotros solos.

Toda la vida humana se parece de algún modo a un trabajo por cumplir, a una obra por crear. Uno de los rasgos más significativos — y al mismo tiempo más misteriosos — de la existencia humana estriba en el hecho de que el Hombre no sólo está «dado» a sí mismo como un objeto que puede ser percibido y juzgado, sino también «propuesto como una tarea» (1) que debe *per-formarse:* es una performancia (*Leistung*) por realizar. Pues bien, en esto hallamos la raíz propia del deseo de una «vida privada», de una impenetrable «intimidad» y la

(1) Retruécano en alemán que se pierde en la traducción y que se basa en un *slogan* que Alfred ADLER solía repetir a menudo: *Das Leben ist uns nicht gegeben, sondern aufgegeben...* («La vida no nos es dada, sino planteada como una tarea»). La frase que solía repetir ORTEGA y GASSET, a partir de 1934 más o menos: «*La vida no nos está impuesta, sino propuesta...*», bien parece haber sido sugerida por este *slogan* de la escuela adleriana, y acaso provenga directamente de ALLERS, cuando estuvo en España y en contacto con ORTEGA. (*N. del T.*)

fundamentación y justificación de un derecho a ello. Si quiero realizar verdaderamente mi obra, y alguien intenta quitármela para efectuarla él, entonces brota en mí el enfado y escándalo y declaro que no tiene ningún derecho a ello. Y si se presenta otro y quiere ver mi obra, y se pone a criticarla, me sentiré otra vez molesto y diré lo mismo. En ambos casos, el otro parece obrar injustamente: me ha quitado lo que era lo más propiamente *mío, mi* trabajo, o intentado separarme de él, desvalorizándolo con su crítica y desanimándome de este modo (1).

(1) He aquí un punto de suma importancia sobre el que nunca se insistirá suficientemente, precisamente en nuestro tiempo tan «colectivista» en todo. Por un lado, existen personas que se sienten incapaces de llevar a cabo cualquier trabajo a solas: constantemente solicitan y hasta imploran ayuda. Hay comerciantes que sólo trabajan siempre con un «socio», un asociado, etc.; todas estas personas sufren en el fondo de un complejo de insuficiencia de «ex-niños mimados», acostumbrados desde pequeños a «no hacer nunca nada solos». Ahora bien, por la sencilla razón de que actualmente en muchísimas esferas de la vida, en una Gran Sociedad Industrial de Masas, el «trabajo de equipo» — *team-work*, uno de los grandes lemas de hoy, de factura norteamericana — se impone efectivamente con imperiosa necesidad, aquel «complejo de niño mimado» aparece a primera vista plenamente justificado, cuando en verdad no lo es. Recientemente, uno de los mayores inventores técnicos de nuestra época, VON BRAUN — el «padre del cohete a la Luna» —, manifestó con palabras muy crudas su desprecio por el *team-work*, abogando por el trabajo creador individual. La verdad no está «en el medio», sino *por encima* de ambos modos de ver: una persona «ideal» desde el punto de vista del trabajo es aquélla que sea capaz de laborar tanto en plena autonomía e independencia, abandonada a su propio esfuerzo, como *también*, llegado el caso, «articulándose» armoniosamente y estructurándose «orgánicamente» en cualquier equipo o *team*. El «equipo» no debe ser nunca el refugio o el «salvavidas» del individuo atormentado por un «complejo de inseguridad» personal, por una falta de confianza en sí mismo, ya que este tipo humano — hoy día desgraciadamente demasiado frecuente — procura ya «instintivamente» rehuir toda responsabilidad personal. Y como quiera que el «complejo de inseguridad» es indivisible, el «tímido sexual» será tímido también en su trabajo, y viceversa. Debemos agradecerle al autor de este libro que insista aquí en un tema casi siempre pasado por alto y que nos obligue a meditar un poco sobre problema de tamaña importancia, problema que el *slogan* del «trabajo de equipo» suele hacernos olvidar. (*Nota del Traductor.*)

Sin embargo, incluso la alabanza dirigida a una labor aún sin terminar puede ser experimentada como desplazada, salvo que nos venga formulada por un maestro, por una persona verdaderamente ducha en la materia. Queremos vernos alabados por cosas que hayamos realizado, y no por algo todavía no efectuado, ya que una tal alabanza anticipa un resultado final del que no podemos estar completamente seguros; todo el que trabaja — es igual en qué campo de actividades — sabe que nadie puede fiarse por completo de sí mismo. La indiscreción es, pues, en el plano moral, más o menos lo mismo que el comportamiento injusto al que acabamos de aludir. El ser humano nunca es perfecto; viene obligado a laborar hasta su último respiro en la obra que no es otra cosa que él mismo. No se muestra la obra inacabada a nadie, salvo al Maestro. La revelación indiscreta de sí mismo viene a ser en cierto modo lo mismo. Debemos entregarnos al mundillo de las tareas que se nos plantean en la medida en que estemos «listos», o sea acabados en el sentido de *per-fectos;* ahora bien, nunca estamos «listos» en toda la extensión de nuestro ser, y por tanto tampoco nos podríamos entregar al mundo por completo y sin reserva alguna. Entregar las «partes» aún inacabadas — no hay manera de evitar metáforas tan insuficientes — significaría donar nada más que un incompleto fragmento.

El pudor es una postura que debe impedir, pues, la revelación de algo inacabado, de algo que aún va formándose, igual si se trata de las miradas «indiscretas» del prójimo, como de nuestra propia franqueza extemporánea. Ahora bien, la Sexualidad abarca todo un grupo de comportamientos que están destinados a la expresión del amor para con una persona del sexo opuesto. Sin embargo, el amor nunca es *per-fecto:* nunca se acaba; no tiene término, a condición de que se trate de un au-

téntico amor y no un mero enamoramiento, ni una pura vanidad personal, ni ninguna de aquellas posturas que el «amado» — y bastantes veces también el «amador» — confunde con el amor. He aquí por qué el pudor aparece sobre todo como una postura enlazada con lo sexual, cuando en realidad está relacionado con lo postrero y lo más profundo del ser humano. Tal como el amor no *es* sexualidad primigenia, sino que *se vale* de ésta como de un medio de expresión, así tampoco el pudor es un comportamiento «sexual», sino que mana del meollo más central de la Persona, precisamente de una de aquellas capas más íntimas de las que fluye también el Amor, y sólo «a continuación» (palabra que no debe ser tomada en un sentido de consecución en el Tiempo) se convierte en una conducta en la esfera sexual.

Si se concibe el pudor como enlazado primariamente con el Sexo, entonces algunos de sus rasgos sumamente característicos quedan inexplicables. Así, por ejemplo, una persona puede comportarse púdicamente en una relación, pero con impudicia en otra; mostrarse extremadamente reservada en asuntos sexuales, pero manifestarse en ocasiones acerca de defectos morales cualesquiera, con una franqueza que ni reclaman ni toleran tamaña «sinceridad». Por otra parte, podemos ver a personas que se confiesan incapaces de formular con palabras ciertas cosas, por no poder superar el pudor, pero que, en cambio, no sufren la menor inhibición en cuanto a la sexualidad. Sabemos, además, que el pudor puede ser sumamente vivo ya en una época de la vida en que la sexualidad aún no desempeña el menor papel; los niños suelen comprender muy bien que deben avergonzarse de determinadas acciones que no se relacionan para nada con el sexo. (La interpretación de que en tales casos sólo se trata de transferencias de la esfera de las prohibiciones que se relacionan con algo sexual o con las funciones excretorias ya la hemos demostrado como insostenible más arriba.)

Sólo cuando se conciba el pudor como una postura fundamental primigenia e inherente a capas profundísimas de la personalidad, se podrá llegar a comprender el paralelismo de la

repulsa con la atracción o curiosidad en materias sexuales. Y aunque una persona no posea de ello una conciencia clara, siempre se percata de que la sexualidad tiene que conducir en último análisis a una relación muy íntima con otra persona, y que debe concedérsele a un *Tú* el derecho a penetrar en las secretas recámaras del alma y en la formación de ésta. El miedo a lo desconocido contribuye sin duda a fortalecer el pudor; en efecto, toda relación sexual, por muy grande que sea el saber teórico en torno suyo, continúa siendo siempre una experiencia que debe realizarse de una manera concreta, y que nunca podría ser comprendida de ningún modo *previamente*, de una manera viva.

Se suele atribuir generalmente al sexo femenino un sentido más desarrollado del pudor, «por naturaleza». Es difícil formarse un criterio acerca de este tema, ya que las inclinaciones primigenias quedan múltiplemente encubiertas por las costumbres y la influencia de la educación. No se debe subestimar la importancia de *motivos externos*. Una educación adecuada puede conducir a que un muchachito se comporte «como una niña»; existe actualmente la propensión a borrar cada vez más las diferencias — que antes eran consideradas imprescindibles — entre uno y otro sexo. La educación debe intentar establecer un punto de vista claro con respecto a estos temas. Debemos saber si las habladurías de que la educación de las muchachas está «retrasada» o «anacrónica» en muchos aspectos, o el postulado de suprimir como superfluas y hasta como dañinas determinadas limitaciones, poseen o no cierta razón de ser, o si sólo brotan como mero aspecto parcial de una injustificada inclinación a nivelar indebidamente las cosas, o de la propaganda de un enfoque «más libre» de las relaciones eróticas. No cabe duda de que muchos aspectos de la conducta femenina son resultado de la educación y de la tradición, y que no pocos pueden aún cambiarse en el decurso de un desarrollo ulterior de nuestra civilización. Sin embargo, siempre subsistirá un resto de particularidades esenciales que nunca podrían ser suprimidas sin violentar y

perjudicar la naturaleza femenina, ni sin inhibirla en el logro de su verdadero destino. Acaso la mayor resistencia a las relaciones sexuales en la muchacha hunda sus raíces en el presentimiento inconsciente, o apenas consciente, de las graves consecuencias que pueden acarrearle, que son, efectivamente, distintas en ella que en el varón. Sin duda, una mujer puede adaptarse exteriormente a las modalidades de comportamiento masculinas hasta tal punto que no se llegue a reconocer ya su sexo; conocemos casos, observados una y otra vez, de mujeres que consiguen llevar durante largos años una vida de varón sin verse descubiertas y cuya secreto sólo se pone de manifiesto por un azar. No se trata siempre forzosamente de personalidades enfermizamente desviadas; en cambio, la conducta análoga en el varón es, por regla general, expresión de una aberración. Sin embargo, por mucho que en el ser femenino pueda ser resultado de una adaptación a factores ambientales, siempre subsistiría en ella un núcleo de rasgos específicamente femeninos, inmutables.

Ni la mayor animadversión para con las relaciones sexuales ni la posición peculiar que la sexualidad ocupa dentro de la personalidad total femenina podrían ser consideradas como una mera consecuencia de la educación (en el sentido más amplio de esta palabra). Tales rasgos pertenecen de un modo manifiesto, por principio, a la esencia de la naturaleza femenina. El que el comportamiento de pudor esté más marcado en la mujer, siendo más característico de ella, o que por lo menos pueda desarrollarse más fácilmente en ella, debe ser concebido sin duda como un rasgo fundamental. Naturalmente, el desenvolvimiento de toda posibilidad puede quedar inhibido, y toda inclinación primigenia, ahogada. La afirmación de una mayor propensión natural al pudor en la mujer tampoco queda refutada por el argumento de que determinada forma de educación puede conducir a algunas muchachas a sobreponerse más o menos a la vergüenza; de una persona que nunca haya cogido papel ni lápiz no puede decirse que carezca de aptitudes para el dibujo.

En algunos casos de enfermedad mental se puede observar la

supresión completa del comportamiento púdico. (No entraremos aquí en la interpretación psicoanalítica de tal síntoma por razones ya expuestas.) Hemos citado la frase de Heráclito de Éfeso de que los que velan tienen un mundo común, mientras que el soñador se halla a solas en su propio mundo; ello vale también para el enfermo mental. Podrá conservar acaso una cierta relación con el prójimo, pero en verdad vive en un mundo para sí solo, cuyo centro de supremacía es el propio yo. El contacto con la realidad circundante se pierde en bastantes casos casi completamente. No sin razón los frenópatas de antaño admitían un paralelismo entre locura y ensueño. Ahora bien, la impudicia aparece, especialmente en lo sexual, a primera vista como una exageración de la postura que propende al contacto interhumano. En el fondo, su sentido es diametralmente opuesto a ello. La *agresividad sexual*, tal como se la observa no raras veces en enfermos mentales, es algo completamente indiferenciado; no puede haber en ella ninguna elección de un semejante humano amado, aun cuando sólo de una manera fugaz, sino únicamente una disposición de establecer relación sexual con una persona «cualquiera»; tampoco aparece la menor voluntad de una entrega de sí a otra persona, sino tan sólo una busca egoísta de satisfacción (1). Hay que designar una postura así como completamente desprovista de amor, en el sentido más estricto, que *rebaja al semejante a un mero medio de obtención de placer*. Ahora bien, un contacto interhumano sólo es posible cuando y mientras se tenga todo el debido respeto a la dignidad

(1) Es un hecho trivial el que los «latinos meridionales» se crean «obligados» a *reaccionar* ante *toda* mujer como «machos» que se sienten ser, a raíz de una especie de tradicional «protesta varonil»: igual si la mujer es poco agraciada, superior en edad a uno mismo (o incluso una menor), o si pertenece a una clase o capa social completamente distinta de la propia. En cambio, entre los varones de civilizaciones menos «espontáneas», existen criterios mucho más «selectivos», no sólo en la atracción amorosa, sino incluso en la mera apetencia sexual (más o me-

humana del semejante. Por esta razón se hallaban fuera de la Sociedad los esclavos; en cuanto un ser humano se haya convertido en mercadería, ya no le puede corresponder ningún puesto en la Sociedad. (Compárese con este acontecer de la naturaleza la postura iluminada por lo Sobrenatural del Cristianismo.) La *apetencia sexual del enfermo mental*, con su total indiferencia para con la persona cuyo cuerpo desea, no es de ningún modo un signo de una «necesidad de contacto social», sino un hallarse amputado y separado de la comunidad. *La falta de pudor es un comportamiento disocial o incluso antisocial.*

Hemos observado que el Pudor es una postura esencialmente *social*. He aquí por qué razón la educación no puede modelar las formas de comportamiento correspondientes sin exigir simultáneamente, como condición previa, que apunten también hacia las relaciones interhumanas.

---

nos «animal»). En realidad, no se podría calificar este «hallarse siempre en disposición» a la apetencia, y la ya proverbial «mayor potencia sexual de los meridionales», como algo *animal*, puesto que precisamente los animales sólo reaccionan mediante una apetencia frente a hembras de su *propia* especie; el Hombre vence mucho más fácilmente determinadas limitaciones que deberían de circunscribir su «elección» a un círculo más bien reducido: su propia raza, capa social, nivel cultural, etc., en vez de propender a ciertas promiscuidades, indudablemente absurdas. Las malas lenguas propagan la especie de que, en Portugal, si un joven se queda a solas durante media hora con una mujer y no la «posee», debe suicidarse, por considerarse «deshonrado». *Se non è vero...* Sólo en una civilización que parece exigir a sus varones que «reaccionen» ante *toda* mujer y se hallen «dispuestos» en cualquier momento a la «actividad sexual» pueden surgir y propagarse tales «leyendas». Por suerte, la «protesta varonil latina» —es decir, la propensión a sentirse siempre «muy macho» y, sobre todo, *demostrar* por todos los medios que se es, ya que lo contrario rebajaría el nivel de la conciencia autoestimativa— tiende hoy a desaparecer también en los países «latinos», como consecuencia de la transformación de las formas de vida «rurales» en «urbanas»; también la Iglesia combate ese «machismo» mal comprendido. (*Nota del Traductor.*)

La disocialidad se halla igualmente, de una manera u otra, en la base de todas las demás formas de *aberraciones sexuales*. Una presentación pormenorizada de éstas estaría aquí fuera de lugar. Sólo nos interesan en la medida en que su evitación constituya una tarea educativa y porque pueden representar unas perturbaciones —afortunadamente sólo pasajeras, en la mayoría de los casos— durante los años juveniles.

EL AUTOEROTISMO (1)

El fenómeno más frecuente entre tales aberraciones es el *autoerotismo* en sus formas más variadas. Los síntomas por los que su existencia se traiciona no nos interesan en este lugar, y sí únicamente sus aspectos anímicos. Desde luego, actos afectivos de autosatisfacción pesan más gravemente en la balanza que meras fantasías o sueños despiertos; sin embargo, estos últimos son, tal como ya hemos expuesto, desde el punto de vista psicológico, a menudo el factor más importante en el conjunto del fenómeno. Sin duda se podrían extirpar más fácilmente los hábitos autoeróticos de no mezclarse en ellos la fantasía, la cual es mucho más difícil de suprimir, ya que sirve de expresión a tendencias y conflictos de una raigambre más profunda. Meros actos, sin imaginaciones vivas que los acompañen, son más frecuentes durante los primeros años de la adolescencia, si bien se producen en todos los grados de edad.

---

(1) El lector comprenderá, sin duda, fácilmente que este término es empleado por el autor, tanto en este capítulo como en los sucesivos, como un eufemismo, en evitación de otros términos más crudos. Para evitar toda mala inteligencia, observemos de todos modos que *no* se refiere nunca, mediante el término «autoerotismo», a lo que hoy está de moda designar así, en un sentido más general, incluyendo *todas* las conductas eróticas cuyo centro es el propio yo, tal como la palabra es empleada en el Psicoanálisis freudiano y en todo cuanto se deriva de él. «Autoerotismo» significa aquí lo que en alemán y recientemente en muchos otros idiomas se entiende por «onanismo». (*N. del T.*)

Los actos autoeróticos deben ser enfocados siguiendo la línea empleada para las fantasías y los sueños. Por lo demás, el placer conseguido en el acto concreto no tendrá que ser forzosamente siempre más intenso que el que se logra con el soñar despierto. El acto final se produce a menudo no tanto por el placer postrero, sino como consecuencia de la peculiar lógica de la fantasía, que reclama un acabamiento. La transición de un hasta entonces exclusivo soñar despierto al acto se efectúa, en algunos casos, sobre todo para extender la «base real» del mundo imaginario y aparente, así como a raíz de la tendencia inherente a toda fantasía de convertirse en realidad (ya quedó explicado este punto).

Será preciso hacer algunas observaciones acerca de los pretendidos daños que los actos autoeróticos pueden causar en la salud física. Hoy se sabe que éstos, en sí, *no acarrean peligro alguno*. El autor del criterio contrario fue el médico francés Tissot, famoso en el siglo XVIII, el cual pretendía explicar todas las dolencias imaginables como consecuencia de actos autoeróticos. Sus asertos, superficiales incluso desde el punto de vista del nivel de la ciencia de su tiempo, y excesivamente precipitados, causaron muchísimo daño y llegaron a ser punto de partida de un sinnúmero de teorías falsas. Tissot llegaba a confundir a menudo causa y efecto. Así, por ejemplo, un autoerotismo muy marcado no conduce a enfermedades mentales; puede aparecer, en cambio, como un *síntoma precoz* de dichas enfermedades, mucho antes de que empiece a manifestarse cualquier trastorno mental propiamente dicho. Tales hábitos no son, por regla general, sino un fenómeno parcial dentro del marco de una personalidad *anormal* bajo otros aspectos, y aparecen paralelamente con otros rasgos nerviosos o caracteriales anómalos; mas con ello no está dicho de ningún modo que el comportamiento autoerótico tuviera que ser anormal en algún sentido que excluyera la libertad. No son los mismos «actos» los causantes de efectos nefastos, sino los conflictos psíquicos que con ellos se enlazan: los de la conciencia, la preocupación por la salud (en cuanto el

joven haya oído a leído amenazas en este sentido, especialmente a raíz de textos dedicados a este tema y que en su mayoría son inservibles), la sensación de una derrota que se repite continuamente. Con ello acabamos ya de formular implícitamente una alusión a una dificultad educativa peculiar: es preciso combatir y vencer estos malos hábitos, pero sin provocar angustia ni mortificar la confianza en sí mismo del joven. Tales hábitos deben desaparecer porque son inmorales y representan infracciones al sexto mandamiento, pero también porque la persona que pretende seguir éstos se enmaraña en conflictos que ponen en peligro su equilibrio anímico; éste — ya socavado y amenazado — no debe ser expuesto a una nueva carga, ya que entonces la conciencia del valor propio, la autoestimación, quedaría aún más destrozada, y todavía más menguada la capacidad de volver a erigirla.

Por muy erróneos que fueran los criterios de Tissot y sus numerosísimos continuadores, no obstante, llegaron a prender el cabo suelto de la verdad. Aunque los actos autoéróticos no causen ninguna enfermedad somática ni mental, sí pueden conducir a un estado que se podría designar como una dolencia de la personalidad (sólo en un sentido metafórico o, mejor, analógico). Existe la enfermedad del cuerpo y la muerte somática; existe la enfermedad mental y un «caer fuera» de la comunidad e incluso de la humanidad toda, de forma que el individuo se convierte en un «cadáver viviente», como se viene llamando a los habitantes de los manicomios; existe también la enfermedad moral, por ejemplo, el crimen, y su consecuencia es la «muerte cívica»; y hay enfermedades del alma — la «enfermedad hacia la muerte, como la llama S. Kierkegaard —, la cual muere por toda la eternidad en esta vida y pierde la unión con Dios (1) en la otra. (Por lo demás, la analogía se extiende

(1) *Gotteskindschaft*, en el original: literalmente «filialidad de Dios». Las traducciones propuestas a veces — como «obediencia filial a Dios» — no nos parecen suficientes, desgraciadamente, ya que la «filialidad» expresa una relación de doble vía, y no sólo de vía única: comporta la pro-

incluso por debajo del nivel de la vida; así, se habla de «enfermedades» de ciertos metales o de «perlas enfermas».)

Acaso no son propiamente «enfermedades» las derivadas de las aberraciones sexuales, ya que no ponen en peligro la salud física ni la vida. Resultan «malsanas», sin embargo, en otro sentido, puesto que acarrean conflictos con la realidad y la adaptación a ésta. A raíz de tales hábitos se produce un círculo diabólico y vicioso: una adaptación insuficiente produce las aberraciones sexuales, y éstas ensanchan a su vez el abismo que se abre entre el sujeto y el mundo.

La vida humana depende no sólo de condiciones «biológicas». Si hoy día se habla a menudo de una «reforma sexual» que se apoya pretendidamente en «hechos científicamente probados», entonces no debe olvidarse que no se trata en absoluto de hechos ni de ciencia; se trata sobre todo de que ni siquiera hechos auténticos de la Biología ejercen ninguna clase de influencia sobre las costumbres y la moral. Podemos pasar por alto sin contemplaciones tales habladurías, nacidas de un materialismo sumamente pedestre.

Las personas que son víctimas de vicios autoeróticos suelen designar el deseo de placer sexual y satisfacción como el objetivo propio de su proceder. Sin embargo, a veces oímos manifestar que dicho placer no es tan apreciado, y que ni siquiera las «tentaciones» son tan intensas; no obstante, tales individuos vuelven a «caer»; declaran que los remordimientos, la contrición, la vergüenza, el sentimiento de dejarse vencer son tan torturadores, que ello no queda compensado para nada por el placer conseguido. Otros se dan clara cuenta de que su finalidad verdadera no es el simple placer sexual, sino más bien las fantasías, y en ocasiones tales personas se percatan de que lo sexual es, efectivamente, tan sólo el «material» a través del cual se expresa

---

funda fe y la sensación de hallarse protegido, del mismo modo que el niño no sólo ama a sus padres, sino que se siente también amparado por ellos. (*Nota del Traductor*).

y se traduce otra cosa. Tales descubrimientos inducen a preguntarse si acaso la estructura del comportamiento autoerótico no sería más complicada de lo que pudiera parecer a primera vista. Apunta en la misma dirección la experiencia de que no pocas veces se llega a una «curación», aun cuando la aberración no haya constituido el punto de ataque de la influencia nueva, sino que se dirigía a posturas más profundas de la personalidad.

La sexualidad es, como ya queda dicho, una de las formas de rebasar la persona las fronteras propias en dirección al no-yo: en este caso en la figura de un «Tú» del otro sexo. A este aspecto del orientarse hacia el semejante, el comportamiento autoerótico le opone un «no» categórico. Es como si dijera: también allí donde la misma Naturaleza me ha orientado, expresamente más allá de mí mismo y en dirección al prójimo, yo me niego a seguir su llamada; me quedo encerrado en mí mismo, me basto a mí mismo, me satisfago a mí mismo. En una postura tal de «autarquismo», el Yo queda elevado a una especie de «absoluto». De ahí la propensión al aislamiento, al carácter cerril, a la insociabilidad en personas así orientadas, y cuyo sentido es fácil de entrever en su totalidad. Timidez, malhumor, etc., que sin duda podemos observar sobre todo en adolescentes, son a menudo consecuencias no del comportamiento autoerótico mismo, sino de los intensos remordimientos que con éste se enlazan, y esto en cuanto sólo tomen la forma de una obscura sensación de que algo no está bien; sin embargo, en lo esencial, no se trata en tales rasgos caracteriales de consecuencias, sino de fenómenos paralelos de una y la misma actitud fundamental, que se puede designar como un exagerado amor propio, y de la negativa a los requerimientos que surgen del exterior. (Designar este amor propio con el nombre poco placentero de «narcisismo» resulta completamente superfluo; y para comprender esta postura de la Naturaleza «caída» no hay necesidad alguna de referirse a «mecanismos instintuales»). Hay personas que por tal o cual razón llegaron a superar sus propensiones autoeróticas, y que no obstante quedaron muy lejos de una estructu-

ración verdadera en el seno de la comunidad de sus semejantes; también ello demuestra que su postura asocial era la causa, que no la consecuencia, de su conducta sexual. Sin embargo, quien pueda ser movido a salir de su aislamiento íntimo podrá también, por regla general, superar y echar por la borda sus hábitos autoeróticos.

La característica del comportamiento autoerótico que acabamos de subrayar nos explica también su frecuencia precisamente en la juventud. La vida anímica juvenil oscila, como ya hemos visto, constantemente entre dos polos: la tensión vivamente experimentada por una superacentuación del propio yo y la depresión a causa de la tensión entre las tareas obscuramente ya percibidas y la todavía subsistente insuficiencia frente a ellas (1). El autoerotismo es un camino fácil para salir de este dilema; no es naturalmente ninguna solución, y sí la posibilidad de una huida.

(1) Años atrás, un joven y ya brillante abogado levantino español me reveló que durante su servicio militar, cada vez que se le arrestaba por alguna infracción a la disciplina, su primera reacción estribaba en proceder a un acto «autoerótico». Ello nos muestra la estrecha relación del «autoerotismo» — como lo llama el autor — no sólo con la depresión en general, sino con la menor «depresión» del nivel autoestimativo: al menor rebajamiento de éste, se intenta restablecerlo en tales casos, cuando se trata de individuos jóvenes vanidosos, y por tanto incapaces de soportar la menor humillación, mediante ese «acto gratuito» (como si se dijera: «Pese a que me hayan humillado, ¡yo soy todo un hombre!»), empleando lo que Adler denominara certeramente la «jerga sexual» (*Sexualjargon*), modalidad caricatural del «dialecto de los órganos», otro de sus descubrimientos importantes —. El «autoerotismo», que desde el punto de vista biológico es lo que la moderna Etología llama una *fonction à vide*, es uno de los medios más fáciles para «reparar» momentáneamente cualquier lesión del nivel autoestimativo; claro está que los sentimientos de culpabilidad que a menudo siguen al acto representan una nueva lesión, que a su vez reclama otra «compensación gratuita» por el estilo; así suele establecerse el hábito «malo», en forma de una «espiral viciosa» o «diabólica», ya que no en la de un «círculo vicioso». (*N. del T.*)

Esta misma actitud anímica fundamental de la juventud conduce, con la misma facilidad, también a una sublevación general contra toda forma de imposición o limitación, y así también contra todo mandamiento que se oponga a cualquier deseo sentido como momentáneo. Una persona reconoce un mandamiento y se supedita a éste si su vivencia autoestimativa no sufre merma alguna. Para poder obedecer un mandamiento es preciso haberlo afirmado primero, y afirmarlo desde lo más íntimo del propio ser. Ahora bien, nadie podría asentir al completo aniquilamiento de sí mismo, que tendría que producirse como secuela de la supresión total de la autoestimación. Para una persona que a raíz de intensas dudas acerca de su propia valía haya quedado ya vaciada interiormente, todo acercamiento a una conducta que le parezca amenazar su autoestimación le tiene que resultar imposible; el valor que ya se halla en entredicho debe quedar preservado ansiosamente de cualquier puesta a prueba imaginable, y tanto más de un peligro cualquiera. Una abnegación sólo es posible allí donde el valor personal de uno esté seguro. La llamada al Hombre: *abnege te ipsum!*, sólo puede ser formulada, en efecto, una vez se haya consolidado, gracias a las enseñanzas de Cristo, la seguridad inquebrantable de la propia valía, en tanto que valía de tal y cual persona individual concreta. En cambio, cuanto más la conciencia del valor propio haya quedado debilitada y socavada, tanto más imposible se hará no sólo la abnegación, sino también su contrapartida: la afirmación de sí mismo en forma de una rebelión abierta. Toda persona débil experimenta siempre con vivacidad cualquier opresión, pero no se atreve a manifestarse, sino que debe ocultar su sublevación íntima impotente. (Piénsese en el subordinado que, acabado de ser reprendido por su superior, blande el puño tan pronto como éste ha cerrado la puerta y murmura palabras soeces.)

Toda infracción corresponde a un secreto deseo de ser mayor que el que dicta un mandamiento, tal como lo viera ya San Agustín con suma claridad. Cuanto más débil se siente un niño,

tanto más fácilmente infringirá en secreto las prescripciones de sus educadores; la rebelión abierta, aun cuando aparezca como un signo de la desvergüenza o de la hostilidad declarada, y hasta de odio, lo es también, pese a todo, de valentía. En tales casos, volver a conducir al educando descarriado a una conducta ordenada resulta a menudo más fácil que el evitar que infrinja órdenes en secreto. Quien no tenga conciencia de su propia valía tampoco tiene ánimo y valor; donde no hay valor, hay cobardía. Lo que ahuyenta al pusilánime no es la rebelión como tal, sino el manifestar esta actitud y las consecuencias que ella le pueda acarrear. Perseguido, oprimido, procurará ejercer su influencia negativa en la obscuridad; con bastante frecuencia será un intrigante, y éste es generalmente cobarde. Cuanto menos seguro resulte alguien, tanto más le afectarán la limitación, las leyes y las prohibiciones, y tanto más se verá obligado a precaverse de las manifestaciones abiertas. Una persona de esta índole sólo ve en las leyes, tanto divinas como humanas, una limitación que contradice la naturaleza y dignidad del Hombre. (En la mayoría de los casos, niños y jóvenes nada saben acerca de ello, pero más frecuentemente los adultos.) Ahora bien, apenas es posible sublevarse contra alguno de los mandamientos de Dios sin atraer sobre sí alguna que otra consecuencia visible, con la sola excepción del sexto mandamiento. Este sí puede quedar infringido sin que nadie lo note. Un joven que haya perdido su conciencia autoestimativa y como consecuencia el ánimo y el valor, o que está a punto de perderlos, que no se atreve a conferir expresión a su actitud rebelde, aunque ésta le tenga impregnado en todo su ser, y que va dudando cada vez más si podrá conquistarse un puesto en la vida y el mundo —porque «no es nada» —, caerá fácilmente, añadido el impulso de la naciente sexualidad, en el autoerotismo.

Esta visión que acabamos de exponer encuentra su confirmación más plena en numerosas experiencias concretas. Fundamenta asimismo nuestra opinión (que profundizaremos luego) de que, y por qué tan a menudo, la intervención pedagógica

directa que intente eliminar el autoerotismo tiene que fracasar, mientras que el mismo objetivo se logra plenamente *por caminos indirectos*, que en realidad no lo son, puesto que dan en el blanco del problema central. En cuanto una persona recupere su conciencia autoestimativa, dejará de sentirse limitada y oprimida por las imposiciones, y en tal caso no sentirá ya ninguna necesidad de sublevarse.

Y entonces se podrá romper el círculo nefasto: huida ante el desánimo en el defecto y acentuación del desánimo por éste.

También para el enjuiciamiento del comportamiento autoerótico, como *un* aspecto de la conducta total de la persona, es preciso enfocar no sólo el rasgo concreto en cuestión, o el acto particular, sino que es necesario tener asimismo en cuenta las consecuencias directas e indirectas ulteriores.

Por ejemplo, los actos autoeróticos *cansan;* el interesado comprueba que su trabajo se le hace más difícil y penoso, su rendimiento, por tanto, menor y cualquier fracaso suyo más excusable. Una muchacha de diecinueve años sucumbía siempre de nuevo a las tentaciones (como ella decía) «irresistibles»; se sentía agotada, era incapaz de trabajar, aun cuando afirmase que anhelaba el trabajo. Resultó bien pronto que la joven en realidad *no* quería trabajar, pues consideraba las tareas que se le asignaban como «inferiores a su dignidad». Así, las dificultades «irresistibles» pudieron ser superadas rápidamente, tras el esclarecimiento correspondiente del caso.

«Caer» siempre de nuevo, pese a intentos renovados de resistencia, significa sufrir toda una serie de derrotas. La persona irá dándose cuenta de que es completamente incapaz de lograr nunca una victoria; se va convenciendo cada vez más de una esencial e irremediable «debilidad de su voluntad», ya que no consigue dominar sus pulsiones ni obrar según sus propósitos; ni siquiera en *este* aspecto, que experimenta como sumamente serio y en el que su conciencia y su fe le recomiendan tan insistentemente la victoria. «¿Cómo puedo yo resolver los problemas de la vida (así se preguntan tales personas) si no con-

sigo ni siquiera dominarme a mí mismo?» La falta de energía que atestiguan tan a menudo las personas caídas en el autoerotismo es — una vez más — no una consecuencia de su defecto, sino más bien un corolario e incluso la causa de éste, puesto que precisamente les permite argumentar del modo que acabamos de indicar.

Hay incluso personas que necesitan — por paradójico que ello pueda parecer — la sensación de la propia abyección, ya que sacan de ella (a sus propios ojos como a los de los demás) una excusa para no proponerse ningún objetivo más elevado, sobre todo cuando fracasan en esto o aquello, o también cuando están desocupadas. (Por lo demás, de una postura tal pueden brotar otras acciones abyectas; por ejemplo, los hurtos en niños y adolescentes.)

Para otro tipo distinto, el problema de la «imposibilidad» de triunfar, la «irresistibilidad» de las tentaciones, se convierte en preocupación incesante. Se sienten compulsados a pensar constantemente en «su problema». Están convencidos de que tienen que resolver primero ese problema antes de poder intentar la solución de cualquier otro. Por dondequiera que encontremos esta actitud — puede tratarse también de problemas de otra índole —, no resultará infundada la sospecha de que tales personas *huyen* en realidad ante el problema probablemente más urgente que tendrían que resolver. En el *Sinnierer*, de Anzengruber, el protagonista, «meditabundo», se entrega durante la siega a lucubraciones de «por qué el saltamontes sabe brincar y volar...», y deja de segar. El problema verdaderamente candente es dejado a un lado, a veces tan completamente que llega a hacerse invisible. A veces, la impertérrita lucha por la solución del problema propiamente dicho de la vida hace desaparecer los hábitos autoeróticos. Ahora bien, la juventud se suele ver acosada por problemas y por todos los lados, y generalmente por problemas que de momento tienen difícil solución. La relación con la huida en el autoerotismo es obvia. Hay aún otras posibilidades de huida, naturalmente; intereses de todas clases pueden ocupar

el centro de la atención y hacer el mismo servicio, igual si se trata de deportes, de coleccionar sellos de correos, de lecturas u otras cosas.

No nos parece necesario decir nada acerca de otras aberraciones sexuales. En primer lugar, el autoerotismo es el trastorno considerablemente más frecuente con el que tenga que habérselas la educación, y su estructura revela ya, más o menos, los demás que puedan surgir; en segundo lugar, las formas graves de aberración sexual constituyen, a fin de cuentas, más un tema para la investigación y las preocupaciones de tipo médico que no un tema exclusivamente de tipo educativo.

EL HOMOSEXUALISMO

Nos ocuparemos, pues, únicamente del homosexualismo, a causa de la importancia práctica que tiene este tema, sobre todo en los internados educativos. No podemos tratar aquí de la exacta psicología de este fenómeno, pero puede darse por seguro que *no* se trata de desviaciones congénitas o constitucionales que podrían resultar incurables o ineluctables. En muchos casos resulta fácil descubrir las actitudes fundamentales y estructurales anímicas que condujeron a una conducta sexual anormal; en otros, este intento puede tropezar con grandes dificultades. El comportamiento homosexual debe ser observado primero como un substitutivo: un *ersatz*, un *surrogat* del heterosexual (así en cárceles, a bordo de barcos en alta mar, etc.); en tales casos, la actitud anormal vuelve a ceder generalmente el paso a la normal tan pronto como tiene ocasión para ello. Sólo raras veces persiste, una vez adquirida, por lo cual se podrá encontrar siempre la motivación suficiente (sin que exista la menor necesidad de suponer una disposición hasta entonces «latente»). En segundo lugar, puede aparecer una conducta homosexual en el caso de una sexualidad aún indiferenciada y como consecuencia de una seducción, combinándose a menudo estos dos factores; así se produce el fenómeno entre los internados de las ins-

tituciones educacionales. Mas también tales jóvenes acaban por desembocar en su mayoría, tarde o temprano, en la sexualidad normal. Cuando éste no sea el caso, entonces intervienen ya aquellos móviles que encontramos en los demás homosexuales, llamados habitualmente «verdaderos».

El resultado final de una actitud homosexual es manifiestamente la desvalorización completa del otro sexo, la negación de toda relación sexual con personas pertenecientes a éste, y una huida potenciada hasta más no poder ante el sexo opuesto. El homosexualismo es siempre un fenómeno parcial dentro de una personalidad desviada *en general* y fracasada en su adaptación a la realidad.

Vale también para la actitud homosexual el que ella y sus afectos no arraigan realmente en lo sexual, sino que están íntimamente enlazados con la postura completa y las estructuras más profundas de la personalidad. Así, por ejemplo, las relaciones homosexuales entre un joven algo mayor y otro de menor edad no sólo le brindan al primero la posibilidad «subrogada» de encontrar satisfacción sexual, sino también la de desplegar su poder personal, la tiranía, o también de desarrollar unos cuidados de protección preocupada (esto, sobre todo, entre muchachas).

El *autoerotismo mutuo* no tiene nada en común con la homosexualidad. Los contenidos de las fantasías de los interesados, por regla general, nos informan claramente acerca de ello. Resulta sumamente difícil obtener datos certeros sobre dichas fantasías.

Las demás aberraciones sexuales no tienen cabida en este libro. Desde el punto de vista educativo acaso sólo corresponda otorgarle importancia al así llamado *exhibicionismo:* el placer en desnudar determinadas partes pudendas. Tales actos no son muy unívocos; pueden producirse a raíz del placer provocado inmediatamente por su ejecución, o sólo por la reacción correspondiente de un tercero. Pueden explicarse, sobre todo en niños más pequeños, meramente por el deseo de hacer algo prohibido.

En niños mayores, sobre todo en muchachos, se añade a ello la necesidad de mostrar que se es independiente y «varonil». La juventud bien sabe, además, que madurez sexual y «ser ya un adulto» corren parejas; por consiguiente, todos los signos de que esta meta ha sido alcanzada son significativos, y esto tanto más cuanto que con ello parece acercarse considerablemente el acabamiento de la inseguridad e incertidumbre, a menudo muy penosa (si bien aquel término aún desconocido es al mismo tiempo también temido). Independientemente del saber de aquella relación, que según toda probabilidad arraiga profundamente en la naturaleza humana — piénsese en los ritos de iniciación (1) de los púberes en muchos pueblos primitivos —, intervienen aquí aún otros momentos y factores; entre éstos es preciso mencionar la laxitud, fácil de observar en el comportamiento y hablar de los adultos, que despierta la impresión de que todas las limitaciones posibles, hoy aún impuestas, van a perder más tarde toda su vigencia.

---

(1) Recordamos aquí que aún, en la juventud actual, parecen subsistir ciertos «micro-ritos», variables de un grupo a otro, de algo que recuerda lejanamente aquellos «ritos de iniciación»: las novatadas. Para ser admitido en un grupo juvenil constituido, todo novel debe pasar por alguna «prueba» real o por su simulacro, aun cuando sólo se trate de una clase de Instituto. Tales pruebas suelen contener casi siempre algún aspecto velado, de carácter sádico sexual. En un colegio, todo nuevo alumno — pero también todo alumno de otra clase que entrara como nuevo — tenía que ser «pulido»: se le colocaba en la mesa del profesor, estirándolo de un lado a otro un determinado número de veces, sujetándolo por hombros y pies. En otra clase, al incorporarse a ella un muchacho mayor, por tener que repetir el año, y del cual se sabía que, contrariamente a sus nuevos compañeros menores, no sólo fumaba ya, sino que incluso tenía lances amorosos y sexuales, se le arrastró a los excusados, se le desabrochó el pantalón y se le escupió sobre las partes pudendas. Todo ello sin violencias y más bien «en son de broma», llevado a cabo por jóvenes completamente normales, y sobre todo sin dar aparentemente la menor «importancia» al hecho. ¿Expresión de «envidia» frente al mayor «más experimentado» y (la expresión está

Con ello acabamos aquí este capítulo, que acaso haya podido parecer desproporcionadamente extenso, y que, sin embargo, ha resultado más bien insuficientemente explícito. Y esto no sólo porque, pese a todo, eran necesarias ciertas limitaciones, sino también porque muchos puntos no han sido aún aclarados debidamente por la investigación. Esperamos, no obstante, haber puesto debidamente de manifiesto los hechos e ideas que fundamentan la educación sexual.

---

aquí sin duda muy en su lugar) «desprecio de sexo»? Sin duda, todo educador podría relatarnos experiencias semejantes: muchachos que se retiran al excusado para mostrarse mutuamente su órgano, discutiendo cuál es ya «más varonil», etc.; al descubrirse luego tales cosas, debe cuidarse de que no se repitan ni degeneren, pero — mientras sean «inocentes» — no hay razón para darles mayor importancia de la que generalmente les otorgan los jóvenes mismos. El pedagogo hará un mayor bien a sus educandos «*bagatelizando*» que mostrándose muy impresionado y preocupado, con lo cual sólo corre el riesgo de «inflar» algo en sí pasajero y que, en tal caso, podría convertirse en «problema» (*N. del T.*)

IV. EDUCACIÓN

No podría ser finalidad de estas páginas desarrollar en ellas unos principios fundamentales de la Ciencia de la Educación. Sin embargo, precisamente por surgir continuamente los criterios más encontrados en torno a cuestiones de principios, y no existiendo acuerdo ni siquiera dentro de un sistema basado en una determinada concepción del mundo, parece necesario formular previamente algunas observaciones de contenido más general.

Una educación en el sector sexual no constituye una «parte» especial de la educación en general que pudiera determinarse por modos de proceder peculiares y dirigirse a un «punto» aislado y aislable de la personalidad del educando; las reglas fundamentales son siempre las mismas para toda educación y lugar, y su objeto es siempre la *personalidad* completa, aun cuando esta vez se la enfoque desde un «lado» determinado o, mejor dicho, a través de éste. Más exactamente, dado el carácter inmutable de las reglas fundamentales, será preciso decir algo acerca de ellas.

Con vistas a una mayor claridad, será útil partir del *sentido literal* de la palabra «*educación*». Ésta expresa, tanto en la etimología germánica como en la románica, que a un objeto se le comunica un movimiento, el cual se podría determinar con exactitud al decir que conduce de un estado primitivo a otro estado de algún modo superior o más perfecto; unas meras potencialidades y posibilidades pasan a ser actualidad y realidad, provocando el despliegue de disposiciones innatas y su conversión

en funciones. Más que la palabra alemana *Er-ziehung*, la palabra latina *e-ducatio* expresa aún otro segundo rasgo esencial: la correlación etimológica con el vocablo *dux*, «jefe, ductor», revela que se trata de un «movimiento» *sui generis*, a saber, no de un mero «arrastrar», sino de «conducir», lo que subentiende una colaboración autónoma, un «moverse con...» del conducido, o sea del educando. Se ha creído que el origen de la palabra latina *educare* provenía de algo mucho más trivial y que el sentido ideal que quisiéramos encontrar en ella no lo traducía originariamente; *educare* hubiera significado simplemente «conducir de paseo», por el hecho de que los ayos de los jóvenes romanos de buena familia, que eran en muchos casos esclavos, estaban obligados no sólo a instruir a los educandos, sino también a acompañarles en sus caminos. De modo que *educatio* no significaría la tarea de orientar en el saber y en un humanismo perfecto, sino tan sólo la orientación, sumamente prosaica, por las calles de la ciudad natal. Sin embargo, aun en el caso de que tuviera razón esta interpretación del vocablo, ello no nos podría impedir que viéramos en él también el sentido que acabamos de comentar. Las palabras experimentan a menudo cambios de sentido; recuérdese el término «metafísica», que, si bien en un principio sólo significaba la posición de los libros correspondientes a Aristóteles dentro de su obra completa (1), desde hace siglos, e incluso milenios, ha cobrado un sentido sumamente profundo.

Si educación significa algo semejante a un movimiento, entonces debe tener — como todo movimiento — un punto de partida, una meta y un camino. En efecto, sin un objetivo determinado de antemano, por lo menos en rasgos generales, no podría haber educación. Quien se proponga educar a alguien deberá inspirarse forzosamente en alguna forma ideal del ser y de la vida

(1) *Meta ta física*: «después de [los libros que tratan de] las cosas físicas». Del mismo modo, *pedagogo* (paidagogos) era el esclavo que «conducía a los niños» a la escuela. (*N. del T.*)

humanos y procurará realizarla en sus educandos. Esta imagen ideal determina la orientación de todo esfuerzo educativo; acaso nunca podrá verse realizada por completo, pero aquel *mínimo* es la medida que debe realizarse absolutamente. En efecto, el giro «educación suficiente» no significa alcanzar una determinada distancia calculada desde un punto cero, o sea desde el estado de la ineducación total, sino más bien la distancia del ideal. Podríamos valernos de la siguiente comparación: el alpinista que escala una montaña se detiene un poco antes de llegar a la cumbre, en un lugar desde donde se domina una vista hermosa, un panorama suficientemente amplio; también esta vez se trata de contentarse con lo alcanzado, pero esto no viene determinado por la falta de todo panorama en el valle, sino por la idea de un panorama perfecto, tal como podría abrirse éste desde la cumbre.

No resulta demasiado difícil determinar la meta ideal y la aproximación «suficiente», mientras se enfoque tan sólo una mera transmisión de conocimientos, o sea la enseñanza o la instrucción. Sin embargo, educación es mucho más que la mera enseñanza de la lectura, el cálculo, los idiomas extranjeros, la historia. Instrucción o enseñanza no es, en un sentido estricto, más que una mera transmisión de conocimientos: algo sumamente desprovisto de vida y asimismo de satisfacción, y ello tanto para el maestro como para el alumno. También el profesor que da clase a un alumno durante tres veces por semana sentirá necesidad de brindar a éste más que meros conocimientos; pero aun en el caso de no sentir tal necesidad íntima, tendría que ejercer, a pesar de todo, una influencia educativa, por poco que se mostrase a la altura de su tarea: lo hará necesariamente, sólo con tal de mantener un cierto orden y disciplina, velando por la puntualidad, la atención del alumno durante la enseñanza, etc. El profesor bien sabe que el niño «debe ser» puntual, ordenado, tranquilo, disciplinado; de modo que en todos los casos se orienta ya en un determinado ideal educativo, al que procurará ajustar a los alumnos que le están confiados. Hay más todavía: ni siquiera aquella

teoría de la educación que preconiza un desenvolvimiento «desinhibido» de la personalidad y pretende reducir todas sus medidas tan sólo a impedir reacciones peligrosas podría estar desprovista de un ideal bien circunscrito, aun cuando sus partidarios afirmen no profesar ninguno y se preocupen única y exclusivamente por evitar toda perturbación de las disposiciones primigenias del niño. Sin embargo, ese sacro horror a todo ideal educativo claramente preestablecido — por considerarse que todo ideal por el estilo tendría que resultar fatal para el desenvolvimiento de la personalidad —, supone y abarca ya de antemano una meta ideal claramente circunscrita, aunque sólo borrosamente formulada.

Efectivamente, no hay *ninguna educación* que pudiera reclamar el derecho de designarse como «*desprovista de prejuicios*», puesto que es innegable que todo influjo educativo se deriva en cierto modo de algún ideal preconcebido, al igual que de una idea determinada y supuesta de la esencia y manera de ser del Hombre. Es esta idea la que forma e informa el parecer que el educador tiene del «punto de partida» del movimiento que debe verificarse en la educación; la meta ideal designa su punto final. Sin fijar estos dos puntos — aun cuando ello no se haga explícitamente —, la educación, de cualquier índole que sea, no podría ser ni definida ni realizada.

Las consideraciones, sin duda muy pormenorizadas, que hemos creído necesario dedicar, en los capítulos que preceden, a la cuestión del «puesto» de la sexualidad en el conjunto del *ser* humano y en los fenómenos que con ella se relacionan, perseguían el objetivo de poner mejor de manifiesto el «punto de partida». Por consiguiente, no podríamos dispensarnos tampoco de la tarea de determinar algo mejor, asimismo, el «*punto final*» o «*meta*», aun cuando tengamos que contentarnos con unas pocas alusiones. En efecto, sólo cuando hayamos logrado una visión un tanto clara del objetivo, podremos formarnos una idea de las medidas educativas requeridas; éstas corresponden, en el símil aducido del movimiento, a la forma peculiar del decurso

cinético entre los dos polos inicial y final, por decirlo así, de una curva.

Ahora bien, entre nuestra representación íntima de la manera de ser esencial del Hombre, tal como ésta se manifiesta en el niño, y la meta a alcanzar no existe de ningún modo una independencia. En efecto, la idea de lo que podría «hacerse» de un niño estará siempre muy esencialmente influida por aquella que nosotros tengamos formada del ser humano en general. Es imposible propugnar una visión o concepción determinada de la esencia del Hombre, adherirse a una teoría antropológica claramente circunscrita, y al mismo tiempo creer firmemente en la aplicabilidad de un sistema educativo cualquiera. A toda concepción del ser del Hombre le corresponde estrictamente una y la misma teoría pedagógica, puesto que toda teoría da ya lugar a una teoría del ser humano y es su expresión o consecuencia. Es imposible poner de acuerdo con la fe, en la naturaleza espiritual del Hombre, un sistema educativo cualquiera que parta de consideraciones materialistas; las relaciones recíprocas indebidas e imposibles sólo deben su existencia a la falta de capacidad discriminatoria de sus partidarios, así como a la aversión demasiado extendida contra el esclarecimiento de unos principios fundamentales últimos. Desafortunadamente, estas combinaciones contradictorias son bastantes frecuentes; uno se ve obligado a asombrarse de la capacidad que no pocos tienen de soportar tamañas contradicciones o, mejor dicho, de pasarlas por alto. ¿No debe uno asombrarse acaso al observar que varios autores que profesan decididamente la concepción del mundo católico toman prestadas, sin reflexionar, frases del sistema del Psicoanálisis freudiano, cuya teoría del ser humano nunca podría concebirse sino como consecuencia de una postura fundamentalmente materialista? En general, sólo un materialista convencido puede aceptar una tesis cualquiera del sistema freudiano. El teólogo protestante Runestam supo ver mucho más claramente a este respecto al afirmar la incompatibilidad del Psicoanálisis con el Catolicismo. (En cambio, lo que el citado autor afirma acerca de las posibles relacio-

nes entre Psicoànálisis y Catolicismo adolece de un modo de ver monstruosamente falso y sólo prueba una incomprensión total del espíritu de la Iglesia) (1).

Podría determinarse la tarea de la educación en general en el sentido de que se trata del fomento de la transformación de posibilidades de la naturaleza humana en realidades: de la orientación y el apoyo de la actualización de potencias. Hemos insistido ya en que nunca podría surgir una oposición esencial entre los postulados de la ética o la buena moral, tal como las concebimos

(1) El primer intento de «conciliación» entre Catolicismo y Psicoanálisis fue realizado en 1923 por L. BOPP (*Moderne Psychoanalyse u. kathol. Beichte*) y luego por RHABAN LIERTZ, de Colonia, en varias obras suyas (*Seelenaufschliessung*, 1927; *Harmonien und Disharmonien des menschl. Trieb u. Geisteslebens*, 1926). Éstas fueron tan enérgicamente criticadas por Rudolf ALLERS en publicaciones católicas (por ejemplo, *Hochland*), que durante mucho tiempo no pudo haber cuestión de una «versión católica» de las teorías psicoanalíticas más o menos freudianas. La situación parece haber cambiado después de la publicación de la monumental obra de Roland DALBIEZ sobre FREUD y el método psicoanalítico. Desde entonces, numerosos psicoterapeutas, psicólogos y pedagogos católicos opinan que, aun cuando la «*filosofía*» materialista que informa el Psicoanálisis sea inaceptable, el *método* sí puede emplearse. S. S. el Papa aprovechó la ocasión de uno de los Congresos de Psicoterapeutas Católicos celebrados en Roma (1953) para precisar el punto de vista de la Iglesia (v. *Razón y Fe* del mismo año). Muy característicamente, tan memorable y claro discurso fue interpretado tendenciosamente; unos hablaban de «condena» y otros de «aprobación» del empleo del psicoanálisis por parte de los católicos, cuando en realidad separaba el trigo de buen costal de la cizaña. El autor del presente libro se ha visto reprochar a menudo su severidad excesiva frente al Psicoanálisis de FREUD, al que dedicó su libro *The Sucessful Error* («El error que tiene éxito»), ya que considera que siendo falaz la teoría, tampoco puede ser aceptable el método que de ella se deriva. Es, pues, una cuestión de conciencia para cada cual si puede ser efectivamente «católico ortodoxo y psicoanalista ortodoxo» al mismo tiempo (como, por ejemplo, Maryse CHOISY. Véase el librito de ésta, *Psicoanálisis y Catolicismo*, en nuestra traducción (Barcelona, 1949), y su otro texto, más extenso, publicado bajo el mismo título en Buenos Aires). (*Nota del Traductor.*)

nosotros y la naturaleza humana. Sometiéndola a las leyes de la fe y la moralidad, no se violenta de ninguna manera a ésta. La idea de un tal antagonismo entre naturaleza y moral es del todo hija del individualismo, el cual ha sido siempre incapaz de comprender el carácter omnifacético de las relaciones que unen todo lo existente y se ha mostrado tanto más incomprensivo frente a este hecho primigenio cuanto más se perdía en el laberinto de sus propios errores. La misma palabra «individualismo» está hoy sumamente desprestigiada. Sin embargo, debemos cuidarnos de no caer tampoco en el error contrario. Hoy día se propende a sobreestimar siempre el punto de vista «integralista» y «totalista»; se proclama el modo de ver «universalista» como el único justo y aceptable. Pero por muy justificado que éste nos pueda parecer como reacción plausible ante los absurdos del individualismo, acarrea, no obstante, un cierto peligro: a saber, que un enfoque tal se le pase completamente por alto al individuo. Un universalismo exagerado no resulta menos erróneo que un individualismo llevado a su extremo. Es preciso encontrar un modo de ver que sepa establecer un justo equilibrio entre ambos extremos y haga debidamente justicia tanto al «todo» como al individuo. La necesidad de no perder de vista ninguno de los dos enfoques es un postulado imperioso para la educación, que, por consiguiente, no debe adherirse a ninguna de estas teorías igualmente unilaterales; su tarea estriba en educar a personas individuales, y formar a éstas de cara a la Comunidad u otro «todo» cualquiera.

También en el campo católico encontramos a tal o cual especialista que parece ir más lejos en la dirección «universalista» de cuanto sea conciliable con las enseñanzas de la Iglesia y sus pensadores más importantes. Existe el criterio de que todas las relaciones interhumanas tienen que fundamentarse en la participación del cuerpo místico de Cristo (*corpus Christi mysticum*). Sin embargo, un tal modo de ver no parece tener en cuenta la circunstancia de que la unidad del cuerpo místico de Cristo es puramente supranatural y que, por consiguiente, el ser miembro

de ella no podría ser rasgo esencial de la naturaleza humana, mientras la existencia de las relaciones interhumanas y de la Sociedad se fundamenta en rasgos esenciales de orden sólo natural. En cuanto a la pertenencia a aquella unidad supranatural, a la naturaleza humana sólo le corresponde una *potentia oboedientialis;* es decir, que no está reñido con la naturaleza humana el verse elevado por la gracia de Dios en el sector de aquélla (lo que, por ejemplo, ya no podría ser el caso de otras clases de existentes, como «piedra» o «árbol»). La naturaleza humana, tomada en sí, abandonada a sí misma, no podría llegar, sin embargo, nunca a tanto. En cambio, es capaz de vivir en relaciones interhumanas y constituir conjuntos y «todos» diversos, superiores al individuo. Queda dicho con ello que el individuo tiene subsistencia aun fuera del Todo supremo: el *corpus Christi mysticum,* y que no recibe su ser, por decirlo así, tan sólo gracias a su participación en éste. Degradar el ser de la persona individual únicamente a un mero «miembro» o «eslabón» corresponde tan poco a la situación real como la amputación completa o el aislamiento de una persona del Todo, en el sentido del individualismo. Una superacentuación de la «Comunidad» o de otro «todo» cualquiera debe conducir, a fin de cuentas, forzosamente a despojar a su persona de sus derechos y valor.

Toda educación que no quiera alejarse de la realidad tiene que enfocar al individuo al mismo tiempo en su autonomía y en sus relaciones con el prójimo y la comunidad. Ninguno de estos dos conceptos debe cobrar preponderancia sobre el otro. La educación para y dentro de la Comunidad se ha ido convirtiendo recientemente en una especie de *slogan* y lema para muchos. La tendencia que se manifiesta en ello se comprende, por un lado, como una reacción contra un individualismo excesivo, y por el otro como consecuencia de nuestra comprensión más profunda acerca del significado importantísimo que le corresponde a la relación personal en la Comunidad y la intensa vivencia de ésta — durante los años de la infancia y adolescencia — para la

formación del carácter. Sin embargo, por necesario que pueda ser el cultivo muy cuidado de la «voluntad a la Comunidad», no hay que exagerar la insistencia en este aspecto hasta tal extremo que se olvide la importancia de la individualidad. Es preciso no olvidar nunca que la *familia* debe continuar siendo el *centro* y al mismo tiempo el *medio de la educación,* del que ésta debe valerse. Una exageración del concepto de la «educación comunitaria» puede acarrear la desvalorización de la persona individual; ésta quedaría reducida a un mero «número», en detrimento manifiesto de todo concepto de la dignidad del Hombre.

Precisamente con vistas a la pedagogía sexual, es de suma importancia la necesidad de encontrar el justo medio entre el respeto debido a la persona individual y la educación en relación con la comunidad. En efecto, este segundo momento desempeña, como aún veremos, un papel muy grande en toda educación desde el punto de vista sexual. Por esta razón quisiéramos ver eliminada de antemano una mala inteligencia, siempre posible, acerca de si la persona individual en cuanto tal no necesita ninguna consideración ni cultivo.

LA META DE LA EDUCACIÓN SEXUAL

Ahora bien, no resulta fácil determinar *la finalidad* de una educación sexual. Si se afirma que lo que importa es conducir al educando a una justa comprensión de las cosas sexuales, con ello aún habremos ganado muy poco, ya que precisamente el concepto de la «comprensión justa» suele interpretarse de maneras muy divergentes. Podríamos invocar las enseñanzas de la Iglesia y presentar las reglas sentadas en ellas como determinación del concepto que nos interesa. Ello resultaría, claro está, no sólo lícito, sino incluso justo en sí y para sí. Sin embargo, en no pocos lectores se suscitaría entonces, sin duda, la impresión de que la Ciencia de la Educación, en cuanto tal, no es capaz de determinar sus propios objetivos, aun cuando se tenga

que postular su establecimiento a toda ciencia animada por intenciones prácticas. Incluso en círculos católicos tropezamos con el criterio de que todas aquellas enseñanzas de la Iglesia que no constituyan un dogma se ven obligadas a justificarse hasta cierto punto ante el tribunal de la Ciencia. Dado que consideramos este criterio como equivocado, e incluso como el resultado de un autoengaño, ya que en realidad no se halla menos «ligado al dogma» que aquel «espíritu medieval», contra el cual sus representantes elevan incansablemente sus acusaciones (en la mayoría de los casos sin saber mucho del espíritu que pretenden combatir), insistimos con toda energía en que los postulados de la moral católica no sólo no contradicen para nada la «naturaleza» (aunque en algunos puntos rebasen sus fronteras), sino que el cumplimiento de sus postulados constituye realmente la condición de la realización perfecta de dicha naturaleza. *Gratia non tollit naturam, sed perficit:* la Gracia Divina no quita la naturaleza, sino que la perfecciona.

Ya en párrafos anteriores apuntábamos que los resultados de la investigación etnológica llegaron a acabar con una serie de criterios formados con excesiva precipitación y a base de conocimientos insuficientes. Hemos visto ya que en las tribus primitivas no reina de ningún modo una «inmoralidad», sino que, al contrario, rigen unos puntos de vista morales que no se hallan muy lejos de los del Cristianismo. La inmoralidad que se observa en muchas tribus «primitivas» no es expresión de la constitución primigenia y fundamentalmente inmoral de la naturaleza humana, sino consecuencia de un prolongado proceso de degeneración. Poligamia, promiscuidad, laxitud de la moral sexual en todos los sentidos no forman parte de la humana naturaleza tal como ésta se presentara en un principio y ni siquiera después de la Caída. Tan sólo la inclinación hacia el mal le es propia a la naturaleza caída; sin embargo, un destino favorable preservó a no pocos pueblos de ceder excesivamente a dicha inclinación. Hemos insistido también en que aquellas construcciones de la vida anímica de los primitivos, que podemos observar sobre todo en el Psicoanálisis freudiano, aparecen como completamente equivocadas, puesto que los ejemplos aducidos por esta escuela provienen casi exclusivamente de civilizaciones que han sido ya víctimas de una degeneración. Estos hechos constituyen un argumento de mucho peso a favor de la moral, tal como nosotros la entendemos.

Añádase a ello otras consideraciones más que pueden ser deducidas de una observación libre de prejuicios del Hombre actual y de su forma de vida. Ni la así llamada «miseria sexual» es tan enorme, ni se halla tan generalizada como se pretende desde un cierto punto de vista; tampoco subsiste en proporciones verdaderamente considerables el peligro de que la observación de las prescripciones de la moral cristiana puedan perjudicar a la personalidad o provocar dolencias neuróticas y otras consecuencias graves. Sobre alguno que otros de estos puntos aún volveremos en lo sucesivo.

Hemos expuesto en el capítulo II que todo aislamiento que ampute la sexualidad del conjunto de la personalidad conduce a ideas equivocadas, tanto acerca de la misma sexualidad como de la personalidad. No podemos comprender debidamente ni una ni otra si atribuimos arbitrariamente a cualquier parte o aspecto de ellas una importancia peculiar, sin tener en cuenta al mismo tiempo todo lo demás. Puede concederse la posibilidad de una formación relativamente independiente de la inteligencia, mas el tratar esta facultad aisladamente conduciría a resultados poco deseables.

Querer definir en este lugar la esencia de la moral, aunque sólo *in parenthesi*, rebasaría considerablemente el tema forzosamente limitado de la presente obra. La educación supone la ética, ya que de ella recibe aquellas reglas a las que debe ajustarse y al mismo tiempo es la meta hacia la cual debe tender. Una conducta establecida según las reglas de la moral significa: conocimiento del puesto que le corresponde a toda cosa, o del hecho particular dentro del orden de los valores objetivos, y una manera de obrar dirigida por dicho conocimiento. Es, pues, deber

de la educación sexual suministrar una opinión verdadera acerca de las cosas sexuales y colocar al educando en la posibilidad de obrar según dicho conocimiento.

DIFICULTADES FUNDAMENTALES

Ya esta fórmula, aunque muy general, encierra en sí una dificultad significativa e importante, un dilema nada fácil de superar. Está completamente claro que el objeto y el sector de cualquier clase de comportamiento deben ser reconocidos primero, ya que de otro modo no resultaría posible ningún orden ni reglamentación del obrar. Ahora bien, en el caso de la sexualidad, el objeto propiamente dicho o materia de la conducta que se deriva del conocimiento sólo puede ser experimentado por y en el obrar. Según un dicho, sólo se aprende a nadar en el agua. Por consiguiente, el aprendizaje de las reglas de la moral sexual será una empresa completamente irrealizable si la persona no traba conocimiento previamente con el obrar sexual. Mas el hacerlo significaría automáticamente una grave infracción a las mismas leyes morales susodichas.

Punto menos que todas las formas de conducta del adulto se hallan de alguna manera anticipadas y por decirlo así representadas en algún que otro rasgo de la vida infantil. En efecto, los niños no poseen aún ningún conocimiento de sí mismos ni experiencia alguna acerca de las características propias de la vida comunitaria de los adultos; sin embargo, poseen cierto saber acerca de ellos mismos y se hallan implicados, ya durante los años de la más tierna infancia, en más de una relación con los adultos, relación que más tarde establecerán también con otros niños, mayores y menores que ellos. Pasan así paulatinamente de una forma de relaciones humanas a la inmediatamente siguiente, sin tropezar por ello con nada completamente nuevo ni desacostumbrado. Entre juego y «obra» se abre un abismo; no

obstante, ambas formas de actividad son ya una «ocupación» que apunta hacia una «transformación del mundo circundante». El *deber*, en un sentido más estricto, sólo surge en la vida infantil algo más tarde; sin embargo, desde un principio todo niño se ha visto constreñido a obedecer, ser «bueno», etc. Por lo tanto, aun cuando el niño no haya podido conocer todavía los mismos objetos y las mismas modalidades de conducta del adulto, no obstante va cobrando ya conocimiento de algunos que acusan cierta analogía — y a veces una analogía muy amplia — con los objetos nuevos y las conductas aún inéditas que irán añadiéndose a los suyos propios. No ocurre así con respecto a la sexualidad: para ésta no existe analogía en los años de la primera infancia. Incluso si quisiéramos admitir, con la escuela psicoanalítica de Freud, la existencia de una «sexualidad infantil», a pesar de ello no podríamos afirmar que la relación entre la actitud sexual de los años infantiles y la de la persona madura se parece a la existente entre las relaciones humanas del niño y las del adolescente. Hemos aducido ya más arriba la sagaz observación de Carlota Bühler de que la relación entre la conducta sexual infantil y la madura es la misma que media entre juego y «obra». Sin embargo, esta analogía tan sólo parece referirse a la significación objetiva de ambos modos de conducta, y no a su papel dentro de la estructura total de la personalidad o de la vivencia. (Queda claro sin más que el «juego» ocupa en la vida del niño un espacio completamente distinto al de la sexualidad.) La propia investigadora citada hace resaltar una circunstancia capaz de mostrar, sin duda, cuán poco la conducta pretendidamente «sexual» del niño se puede concebir como una «preparación», o como una anticipación — por rudimentaria que ésta fuera, a la manera de una «sombra» — de la sexualidad madura. En efecto, al comportamiento sexual infantil no le corresponde, según las observaciones de C. Bühler, ningún acento claro de relación *personal;* se insiste en que precisamente aquellas personas hacia las cuales se dirigen el amor y el cariño del niño no se convierten de ninguna manera en meta de sus deseos sexuales. Sexualidad,

amor, ternura, no se hallan por tanto separados entre sí, en cuanto vivencias, en la vida del niño, si es que de la primera se puede hablar ya del todo en un sentido propio. Ni la marcha del desarrollo natural ni tampoco el conjunto de medidas pedagógicas nos brindan la posibilidad de preparar al adolescente en trance de madurar una conducta sexual normal. No tenemos posibilidad alguna de ejercitar la función aún insuficientemente desarrollada, aunque hagamos que el niño pequeño se arrastre por el suelo y le enseñemos los primeros pasos, ya que todo comportamiento sexual, fuera de la situación vital únicamente admisible, a saber, el matrimonio, queda de antemano excluido. Esta circunstancia justifica precisamente que se tenga que hablar de la «Educación Sexual» como de un problema especial, que se distingue de los que se plantean a la educación general.

Otra segunda dificultad surge a raíz de una peculiaridad esencial de lo sexual. En efecto, la apetencia de éste, contrariamente a todos los otros deseos suscitados por objetos exteriores, puede encontrar satisfacción dentro de la misma persona que experimenta vivencias. Precisamente el aspecto que permite la transformación de la conducta autoerótica en la «formación que se le brinda al cobarde para rebelarse» llega a ser un peligro primordial en la educación sexual.

La tarea de la educación en este punto preciso es más rica en obstáculos que en muchos otros, puesto que los impulsos sexuales aparecen a menudo con suma brusquedad, en vez de desarrollarse paulatinamente, partiendo de otros fenómenos, que se podrían interpretar como estadios previos. He aquí también la razón por la cual el momento para imponer ciertas limitaciones y comunicar determinados conocimientos constituye, por consiguiente, un problema en sí.

Toda conducta sexual es, ante todo, *una forma peculiar de relaciones humanas*. Pertenece a la esencia del «todo» funcional y vivencial la orientación y ordenación de la conducta hacia una persona del sexo opuesto. Para que la educación encuentre desde este punto de vista peculiar una superficie de ataque, es necesario

suponer de antemano la existencia de una postura adecuada frente al prójimo, ya que precisamente la conducta sexual debe ser concebida como una simple variante de aquélla en general.

EL PROBLEMA DE LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

Como se entiende sin más, la dificultad principal estriba en la fuerza de seducción que es inherente a las apetencias sexuales. Nos incumbe la tarea de enseñarle al educando que debe, y cómo, oponer resistencia a las tentaciones sexuales. Sin embargo, la tentación no se le acerca a la persona humana exclusivamente del lado de la apetencia sexual. Por consiguiente, un segundo camino hacia la preparación del terreno para la educación sexual consiste en una orientación con vistas a la lucha eficiente contra la tentación en general. Se suele hablar en este sentido de una *educación de la voluntad*. Tal concepto, por sumamente sencillo que parezca a primera vista, no está desprovisto de considerables dificultades íntimas.

Podría preguntarse con toda razón si puede haber una educación de la voluntad en cuanto tal. En verdad no existen personas abúlicas, «desprovistas de toda voluntad». Lo que uno haga, cualquier cosa que ello sea, lo hace y sólo lo puede hacer porque lo quiere. Incluso en el caso de que no hiciera nada — si es que puede darse jamás caso tan extremo —, tendría entonces precisamente la voluntad de no hacer nada, y el objetivo de su voluntad sería entonces la inactividad completa. El que esta meta pueda existir, por lo menos como un caso-límite posible, nos lo enseñan las tesis de determinadas escuelas del Lejano Oriente; recuérdese, por ejemplo, la frase de Lao-Tsé: «El sabio practica el no-hacer». También el no hacer nada es aún un hacer, en el sentido de que debe haber sido precedido de una decisión, de un acto de la voluntad. La educadora de un niño de

tres años manifestó acerca de su educando: «Sí, es muy bueno..., pero no tiene la menor fuerza de voluntad.» Con ello quería decir que el pequeño no hacía lo que se le intimaba a hacer; pero, naturalmente, el chiquillo poseía suficiente fuerza de voluntad, sólo que sus propios objetivos no coincidían con los deseos de su institutriz, y no estaba dispuesto, por lo pronto, a renunciar a su «voluntad propia»; su voluntad no era «débil» en absoluto, puesto que era perfectamente capaz de querer «enérgicamente», pero tan sólo lo que le causara placer, y no cuanto los demás considerasen como deseable que hiciera.

En otra ocasión hemos reproducido un pasaje de las *Confesiones* de San Agustín que contiene una teoría de la voluntad mucho más clara que la mayor parte de los tratados de psicólogos y pedagogos (cf. *Confesiones*, VIII, cap. 7-9).

Una exposición de la Psicología de la Voluntad no entra en este lugar entre nuestros objetivos; tenemos que contentarnos con resumir tan sólo alguna que otra idea fundamental. Una «educación de la voluntad» no podría tener otro sentido sino la producción de una postura interior perdurable (*habitus*) con vistas a disponer el obrar según el reconocimiento de los valores. En esto estriba el sentido de toda educación: a saber, que primero se establezca una armonía entre las actitudes estimativas subjetivas y las vigencias valorativas objetivas, sin lo cual la persona no sería del todo capaz de obrar de una manera justa y debida; y luego que se despierte la capacidad de ordenar la propia manera de obrar según tales conocimientos acerca del orden de los valores.

Por consiguiente, también la educación sexual se fracciona por principio en dos partes. En la primera es preciso describir aquellos medios que pueden servir para preparar al educando; esto es, crear en su alma una inclinación, una disposición para seguir las advertencias e instrucciones de los educadores y someterse al «todo» expuesto por éstos tan pronto como la sexualidad entre en su vida de una manera que ya se pueda notar. La segunda parte debe englobar todas aquellas medidas de influencia

educativa que se hacen necesarias una vez haya surgido ya la vivencia sexual.

Dentro de este segundo conjunto de problemas, es preciso distinguir nuevamente dos subtareas: 1.ª, la transmisión del necesario saber, y 2.ª, la producción de la actitud íntima adecuada y justa, al igual que el logro de una conducta conforme con los valores.

LA PREPARACIÓN

Sin embargo, ya la misma *fase preparativa* tiene un doble significado.

Debemos conferir una forma tal a las influencias pedagógicas a fin de que la persona joven tenga en general la inclinación de hacer lo debido, oponer la necesaria resistencia a impulsos cualesquiera y ser capaz de sacrificar deseos al reconocimiento de las reglas o mandamientos de la moralidad. Sin embargo, debemos cuidar al mismo tiempo de que la confianza natural que los niños suelen depositar de antemano en sus padres, educadores y maestros, no quede destruida (1). No podemos impedir,

(1) Cuán delicada es esta materia y cuán frágil, a menudo, la confianza del niño en sus mayores nos lo demuestra elocuentemente el siguiente caso: el «análisis individual» (adleriano) de un joven que sufría timidez sexual, fantasías homosexuales, autoerotismo neurótico compulsivo, etc., reveló como una de las raíces de los males que le aquejaban la pérdida de confianza en su madre. En efecto, hacia la edad de ocho años, el futuro paciente, a quien compañeros suyos de la misma edad le habían revelado que «las niñas no tenían su *gusanito* como nosotros...» y que por esta razón hacían «pipí» sentadas, con confianza suma preguntó a su madre un día, al verla salir del excusado, «si las mujeres tenían también *aquello* para hacer pipí...». La madre, que se creía muy «avanzada» en materias psicopedagógicas, y especialmente en las sexua-

desde luego, què los niños nos critiquen; debemos procurar, sin embargo, por todos los medios, comportarnos de tal manera que podamos hacer verdaderamente justicia a tales exigencias críticas infantiles. Estas observaciones requieren cierta aclaración, aun cuando no puedan ser objeto en este lugar de ninguna exposición exhaustiva (que vendría a ser entonces toda una teoría completa de la Educación).

No raras veces oímos, de boca de los padres, descripciones de un niño o un adolescente del siguiente tenor: «En general, todo va muy bien; pero hay un punto preciso...», y entonces sigue una queja acerca de una conducta no deseable en el aspecto sexual. Acaso existan, efectivamente, tales casos; por regla general, sin embargo, la situación real no suele ser de esta índole. En cuanto se penetra algo más profundamente en el examen de un caso, se descubre bien pronto que en verdad no es muy cierto que «todo va muy bien», y que aún existen otras perturbaciones o dificultades, *además* de las del sector sexual.

Tropezamos, por ejemplo, con toda clase de fenómenos de un carácter más o menos neurótico que provocan dolencias, y a veces incluso de cierta gravedad; o bien con otros rasgos de la conducta que, al igual que los mismos «síntomas nerviosos», no se pueden tomar a la ligera. (Naturalmente, muy a menudo son precisamente los propios padres los que saben menos de todo ello; ignoran qué es lo que tortura a su vástago y hasta qué punto; por una parte debido a que no quieren saberlo, y por la otra porque en realidad ni siquiera podrían enterarse de ello, puesto que la psique juvenil no se suele abrir a los padres, ya por su modo de ser cerril, ya por timidez o vergüenza, pero también por tenerles a éstos unos miramientos peculiares.)

Son tan frecuentes las experiencias de esta índole, que parecen permitir incluso un cierto grado de generalización. Se puede deducir de ellas que las dificultades o perturbaciones de orden sexual se enlazan en la mayoría de los casos con otras de carácter distinto, mas sin que estas últimas sean — tal como se suele creer a menudo — consecuencias de las primeras; ocurre más bien que las segundas están en el mismo nivel que las primeras. En tales concatenaciones se nos revela una vez más una circunstancia en la que es preciso insistir: a saber, que dentro de la personalidad no existe nunca nada «aislable», nada que existiera sólo en sí y para sí. Por consiguiente, tales concatenaciones deben advertirnos de cuán necesario resulta emprender muy temprano la solución de las tareas de la educación sexual; en realidad hay que iniciarlas a partir del primer día de la vida. Y esto no como si la sexualidad se nos apareciese como punto

---

les, pues había aprobado varios cursos especializados, y que se había propuesto de una vez para siempre «no ocultar nunca nada» a su vástago, quiso contestar «honradamente» y con toda franqueza. Precisamente por creer que la pregunta se refería al órgano sexual, contestó que, «desde luego, sí: también las mujeres tenemos un órgano parecido...». Sin embargo, el niño, que tenía absoluta confianza en sus camaradas, varios de los cuales tenían hermanas mayores y menores, la perdió en el acto, bruscamente, en su propia madre. «Era como si un mundo entero se derrumbase en mi interior», nos confesó el interesado «¡Mi madre acababa de mentirme!». Sin duda, aquella vivencia: «mi madre me miente», estaba preformada ya en el niño en cuestión, previamente y a raíz de otras experiencias; tal vez por alguna razón aparentemente paradójica, «necesitaba» comprobar que su madre no merecía su confianza (como «mujer» que era, a raíz de la «opinión» imperante en su medio ambiente acerca de las mujeres como personas menos dignas de confianza que los varones). Nótese que la madre «mintió» precisamente por querer ser *demasiado franca;* a menudo, explicarles a los niños cosas que su entendimiento aún no es capaz de comprender será experimentado por éstos, y por la razón susodicha, como «mentiras», aunque la misma verdad sea bien patente. Aquella «ruptura de la confianza» depositada hasta entonces en su madre sonó para el futuro paciente neurótico como un verdadero timbre de alarma: tuvo los efectos de un traumatismo psíquico, y nunca más consiguió confiar completamente en su madre. Desde luego, la culpa no la tenía en verdad la madre, sino ante todo la «opinión» general que prevalecía en el ambiente y la «clase» social del niño en cuestión acerca de una pretendida minusvalía, no sólo física, sino incluso moral de «la mujer», o «las mujeres» en general. (*N. del T.*)

central de toda la vida, sino porque la conducta en este sector vital se convierte en piedra de toque de la mentalidad y la postura generales, producidas por la educación. Aun cuando en este lugar se trate solamente de exponer la educación sexual, no nos podríamos contentar con hacer constar sin más que un niño debe ser educado de una manera justa *en todo*, si se quiere que sea capaz de superar con éxito las dificultades que surgirán durante la fase de la maduración sexual y aún después. Es obligación nuestra señalar aquellas medidas que consideramos como decisivas y — lo que resulta aún más importante — también aquellos errores que deberían evitarse en todas las circunstancias. Por otro lado, nunca debemos olvidar, al tratar de esta clase de problemas, que nuestro tema es única y exclusivamente la educación sexual, de modo que debe quedarnos vedado el adentrarnos de una manera demasiado pormenorizada en otras cuestiones, por muy importantes que éstas puedan ser.

Sabido es que el primer peligro moral, que es al mismo tiempo también el más inmediato, que se presenta junto con el despertar del impulso genésico, es el de la conducta autoerótica. Hemos creído poder determinar como sentido íntimo de éste una forma muy peculiar del egoísmo, como consecuencia o bien como expresión de una incapacidad íntima de hacer don de la propia persona, de rebasar el círculo estrecho del propio yo, y de una ineptitud más o menos claramente marcada de un amor verdadero y abnegado. Las posturas íntimas así designadas requieren, por tanto, un cultivo especial durante los años de la infancia. Hemos observado igualmente que la persona humana es capaz de olvidarse de sí misma cuando se ha consevado y se ha desarrollado debidamente en ella la conciencia primigenia de su valía personal. Cuando la conciencia del valor personal (autoestimación) queda continuamente socavada en las capas más profundas de la persona por unas dudas acerca de su justificación, el *sí-mismo* (1) debe sentirse incesante y cuidado-

(1) «Sí-mismo»: es la traducción habitual del término alemán *das Selbst* y del inglés *the Self*, a falta de otra palabra mejor. Sabido es que C. G. JUNG coloca a ese «sí-mismo» en el centro de su «Psicología Analítica»: el mero «Yo», más o menos superficial, tiene el deber de llegar, por el camino a veces doloroso y difícil de la así llamada «individuación», a su «sí-mismo». El estudio del *self* es hoy igualmente uno de los temas que parecen interesar más intensamente a la moderna «Psicología del Yo» — *Ego Psychology* — en Norteamérica, que por un lado se inspira en la Teoría del Yo del célebre psicoanalista Paul FEDERN, y por el otro en la «Psicología del Individuo y de la Comunidad» de Alfred ADLER, que en los Estados Unidos es considerada como una «Psicología del Yo» por excelencia. (*N. del T.*)

samente preocupado de su autoconservación; no debe desviar nunca la mirada de sí mismo, sino que debe agarrarse con ambas manos («Tengo que quedarme siempre sentado sobre mí mismo», con esta frase, muy gráfica, describió una vez un nervioso esta postura), porque si no, las mencionadas dudas harían surgir un presentimiento de que el valor propio podría perderse por completo, y así el propio yo se vería expuesto a un aniquilamiento total. Para que la educación sexual pueda lograr plenamente sus objetivos, es imprescindible, por lo tanto, que la conciencia de la propia valía no quede destruida. (Desde luego, no se debe concebir esta conciencia autoestimativa como un saber explícito y claro, sino como una «tonalidad» afectiva que impregna toda la vida íntima.) Acaso se nos permita señalar a este respecto, para quien desee leer una exposición más pormenorizada de este mismo tema, nuestro libro *Das Werden der sittlichen Person* (2).

La conciencia de ser portador de un valor es necesaria desde otro punto de vista. Las sensaciones sexuales que empiezan a surgir, su crecimiento y los deseos que ello produce, en un principio aún indeterminados, la novedad de los sentimientos así provocados, la experiencia de un poder que brota en el

(2) «La formación de la persona moral.» Señalemos que hay traducción española, bajo un título algo cambiado — *Naturaleza y educación del carácter* —, en Editorial Labor. (*N. del T.*)

propio *sí-mismo* y que, no obstante, resulta en cierto modo ajeno y extraño y que le vence a uno, y más tarde — una vez se haya conseguido la comprensión de lo que ocurre — el conflicto entre instinto y deber, todo ello no podría ser superado ni soportado; tampoco sería posible movilizar la necesaria fuerza de resistencia si el individuo no poseyera la conciencia de su valor intrínseco propio y no cobrase a raíz de ella la seguridad interior de que su resistencia contra las tentaciones de las apetencias sexuales y el terror a lo desconocido pueda verse coronada por el éxito. No pocas personas jóvenes experimentan la vivencia de un «derrumbamiento» bajo la presión del conflicto y del instinto sentido como excesivamente poderoso, por la sola razón de que la confianza en la propia fuerza ha quedado socavada ya años antes; serán entonces causa de unas perturbaciones nerviosas, no demasiado raras durante los años juveniles, no tanto las dificultades sexuales propiamente dichas, como la falta de confianza en las propias fuerzas. Por esta misma razón es preciso dedicar una atención máxima a la conservación y cultivo de la conciencia del propio valor, y esto ya a partir de los primeros años de la infancia.

CONCIENCIA AUTOESTIMATIVA Y CONFIANZA

Una persona que haya perdido la confianza en sí misma resulta igualmente incapaz de depositar realmente su confianza en los demás. Un individuo fuerte no propende por regla general a desconfiar de sus semejantes; en la mayoría de los casos sólo llega a tal extremo cuando la posición que ocupa termina por rebasar sus fuerzas. La postura del tirano propiamente dicho podría decirse que es antinatural. Verse encumbrado por encima de todas las demás personas y existir en una atmósfera de superioridad sobre sus semejantes, en un alejamiento divino, resulta insoportable a la naturaleza humana. La «cesaromanía» es una expresión visible de este hecho; ni siquiera el hombre más fuerte

lo es de una manera suficiente para resistir interiormente a una posición tan excepcional.

En la vida corriente observaremos cómo la fuerza suele ir aparejada con la confianza, y la debilidad con la desconfianza. Quien haya perdido su conciencia autoestimativa, y con ella también su confianza en sí mismo, pierde necesariamente la confianza en sus prójimos. El hecho de que personas débiles quieran encontrar a menudo a alguien en quien poder apoyarse, a alguien que les pueda proteger, etc., no representa argumento alguno contra esta observación nuestra.

Se sabe — o se descubre pronto — que tales personas débiles son sumamente exigentes y fácilmente se sienten defraudadas o zaheridas; apenas se puede prever en qué ocasión y por qué clase de hechos se sentirán relegadas, traicionadas o incomprendidas. Tal particularidad es una de las consecuencias de que esta clase de personas no confíen nunca plenamente en las personas en quienes se apoyan; todo parece indicar como si estuvieran, de antemano, siempre en acecho del instante del desengaño. Tras su confianza, tan sólo aparente, y la necesidad constante que tienen de otras personas se oculta una propensión siempre atenta a la *desconfianza*, dispuesta a aparecer en la superficie en cualquier instante.

La confianza auténtica en el prójimo que se conserve inquebrantada, aun cuando la persona se sienta incomprendida, y que no pierda la fe ni siquiera cuando la manera de obrar del otro pueda aparecer como rara e inexplicable, no puede subsistir sino mientras dure la confianza en sí mismo. Sin embargo, cuando se trata de educación sexual, debemos reclamar una confianza ilimitada y absoluta, sin reserva alguna, por tener que postular posturas, actos y fe, pero ello sin que podamos fundamentar por completo y de una manera suficiente estas exigencias nuestras. Por esta razón y precisamente en atención a esta tarea parcial de la educación, el *cultivo de la conciencia autoestimativa* constituye una condición previa imprescindible.

Los padres y otras personas encargadas de educar ven a

veces con asombro cómo un niño que antes obedecía a la menor señal y nunca presentaba ninguna clase de dificultad seria se va desenvolviendo hasta convertirse en un joven extremadamente reacio y llega a ser causa de máximas preocupaciones precisamente con respecto a su conducta sexual. Es preciso tener la noción clara de que la «bondad» de un niño no constituye aún ninguna garantía absoluta para su conducta idónea en años ulteriores. Acerca de este punto se pueden conseguir ilustraciones llenas de enseñanzas si se considera la historia previa de personas que padecen enfermedades nerviosas o han llegado a hacerse insoportables a sus semejantes a causa de su conducta disocial. Es desproporcionadamente alto entre tales personas el tanto por ciento de niños que nunca han sido «malos» y que fueron siempre buenos alumnos: más alto que el promedio. Naturalmente no pretendemos afirmar con ello que un niño «bueno» tenga que enfermar de neurosis en todas las circunstancias, o que tenga que convertirse en una persona con un carácter disocial. Sin embargo, lo que el historial clínico de muchos «nerviosos» consigna — «Fue siempre un niño especialmente bueno y obediente», etc. —, tendría que obligarnos a meditar.

Se ha observado en algunas ocasiones que el juicio del maestro y el del médico acerca de un alumno resultan muy a menudo totalmente divergentes. El profesor considera que el niño no le resulta «difícil» ni le da motivo para medidas especiales, como normal que es, y cree poder esperar de él sólo lo mejor; el médico, en cambio, tiene la impresión de que su comportamiento adolece de algo no natural, y bien podría ser, según toda probabilidad, consecuencia de una *subordinación prematura*, de una falta de ánimo y valor, de una duda extraordinariamente viva acerca de su propia valía. Hay niños que no encuentran ninguna dificultad en acatar las leyes que su mundo circundante hace valer, ya que tienen la sensación de que pueden depositar su confianza en padres, profesores, etc.; otros, en cambio, han acabado por descubrir que el «ser bueno» es el

mejor método para evitar dificultades, para evitar situaciones en las que se trataría de poner de manifiesto la propia valía y la propia personalidad, cosas que, sin embargo, ya no se atreven a hacer por causa de haber sufrido previamente una seria merma y mengua en su conciencia autoestimativa. Estos niños mencionados en segundo lugar cobran, una vez entran en la edad juvenil, la conciencia de una fuerza mayor (aun cuando el sentimiento de insuficencia o inferioridad no les habrá abandonado por completo ni siquiera entonces), y acaban por descubrir que el poder de los adultos no es, a pesar de todo, tan enorme como a ellos les había parecido en un principio; entonces empezarán a rebelarse, a veces de una manera completamente abierta, y a menudo a escondidas. Hemos expuesto ya que ciertas aberraciones de tipo sexual, sobre todo de la clase de conducta autoerótica, pueden ser una de las formas de expresión de esta postura de rebelión (1).

---

(1) También en este capítulo ALLERS se muestra fiel a las enseñanzas de su maestro Alfred ADLER. Éste desconfiaba fundamentalmente de todo niño *demasiado* obediente y bueno y que no diera lugar, por lo menos aparentemente, a ninguna queja. Nos enseña a desconfiar, verbigracia, de todos aquellos niños que aprenden muy temprano a escribir con una caligrafía tan impecable que sus cuadernos parecen más grabados por un artista que escritos por una mano infantil, etc. La obediencia suele ser muy a menudo una máscara, tras la cual se esconde un profundo desánimo y desconfianza en las propias fuerzas: un «pequeño arreglo». También la moderna Medicina Psicosomática nos enseña los peligros debidos a ciertas «represiones» del menor impulso a desobedecer: por ejemplo, parece ser que muchos asmáticos habían sido unos niños que, siempre que sentían una propensión a llorar, suprimían el llanto y se obligaban a *no* llorar para no desagradar a sus padres, que no soportaban el lloriqueo. Se pretende que existe una relación directa entre tales esfuerzos de reprimir el llanto y la dolencia asmática muy posterior. De la misma manera que MÜLLER-ECKHARD supo mostrar la existencia, en los niños, de la «enfermedad de no poder caer enfermo», podríamos hablar de una manera análoga de la incapacidad parecida de cierto tipo de niños, y sobre todo de niñas, de *no poder ser* «malos», inobedientes, de ponerse «pesados», etc. Podría

Si queremos conservar nuestra influencia sobre los niños — al fin y al cabo nos vemos obligados a ello —, aunque éstos hayan rebasado ya la fase de la niñez y entrado en el estadio de la edad juvenil, cuando ya se sienten próximos a los adultos y al mismo tiempo van cobrando una conciencia más clara de su propio yo, entonces no puede haber ninguna condición previa más importante que ésta: *preservar la conciencia autoestimativa del joven de toda merma, debilitamiento o destrucción.*

Una vez perdida esta conciencia de la propia estimación, ya sólo podría ser reconstruida al precio de un esfuerzo extraordinario; además, una reconstrucción tal no se conseguirá a menudo en la medida necesaria para que las relaciones entre niño y padres puedan volver a ser lo que habían sido. La pérdida de la autoestimación conduce a un enajenamiento entre el niño y sus padres precisamente porque se ha perdido con ello la mencionada situación de confianza; durante la época del extrañamiento se habrán cambiado ambas partes y ante todo, naturalmente, el niño. Es difícil, pues, conseguir un acercamiento entre ambos, ya que las modalidades de comportamiento acostumbra-

---

considerarse que en todos estos casos nos hallamos en presencia del resultado de algún proceso de represión no sólo anímica, sino incluso y sobre todo de manifestaciones de exteriorización y expresión de afectos, y que tales represiones, en aras no de un auténtico espíritu de obediencia o humildad, sino tan sólo del afán de gustar a los adultos, de conciliarse su simpatía y buena voluntad, de no provocarles, etc., se pagan más tarde a un precio demasiado elevado, en detrimento de la salud psicosomática. El ejemplo que acabamos de citar de la caligrafía impecable ilustra sumamente bien la observación de cuán diferentemente enjuicia a un mismo niño o niña el maestro (o maestra) y el médico (sobre todo si este último es un psicólogo profundo); al maestro le satisface sobremanera observar tan hermosa caligrafía y saca de ello un juicio favorable; el psicólogo, en cambio, siente despertarse inmediatamente su desconfianza ante un fenómeno de excesiva perfección, tras el cual sospecha inmediatamente, a raíz de su experiencia, algo «anormal». (*Nota del Traductor.*)

das, las posturas y actitudes de antaño, sin duda todavía recordadas, etc., ya no existen.

Lo que ocurre en tales casos recuerda bajo varios aspectos el caso, sin duda conocido por todo el mundo, de los amigos que se encuentran tras largos años de separación. Subsisten aún no pocos recuerdos comunes dentro de los cuales ambos se «comprenden» y vuelven a «encontrarse» mutuamente; mas no ocurre lo mismo en cuanto a los temas y problemas de la vida momentánea, real y actual, que es, sin embargo, la única decisiva. Padres y madres suelen decir a menudo, cuando descubren que su vástago se ha enmarañado en dificultades múltiples de lo sexual: «¿Por qué no me lo has contado a mí? Yo me hubiera esforzado en ayudarte y te hubiera podido explicar perfectamente esto o aquello» Sin embargo, olvidan siempre que era su propia actitud para con su hijo o hija la que acarreó aquel relajamiento de las relaciones, conduciendo de este modo a un extrañamiento mutuo cada vez mayor. Por esta misma razón, a los jóvenes les resulta no pocas veces más fácil buscar consejo e ilustración cerca de personas completamente desconocidas antes que cerca de aquellas personas con las que en un principio se hallaban más próximas, en las que tenían depositada toda su confianza y que finalmente — por regla general, por su propio modo de comportarse para con sus hijos — llegaron a ser las últimas a las que el joven quisiera dirigirse.

Erígense aún otras barreras entre padres e hijos, las cuales sólo podrán ser superadas en cuanto se haya conservado efectivamente la confianza primigenia más completa. Poco importan las causas que hayan podido producir tales efectos: las sensaciones y pensamientos que se relacionan con lo sexual aparecen como cosas que uno «no podría decir a sus padres» (1). Ello es el caso no sólo allí donde todo cuanto se refiere a lo sexual cons-

---

(1) Suele considerarse que esta clase de inhibiciones son sobre todo frecuentes en el seno de las familias «burguesas» de la clase media, a raíz del estilo de vida «hipócrita» de la aludida clase social. Tal vez haya

tituye un verdadero «tabú», sino incluso cuando se permite tratar de tales cuestiones (por ejemplo, con motivo de los conocimientos acerca del acoplamiento de los animales).

Naturalmente, el factor del *pudor* desempeñará un papel

---

en ello cierta dosis de verdad: las relaciones entre padres e hijos en muchas familias aparecen «reguladas» tan exactamente, que a menudo un padre o una madre que encuentra a su hijo o hija de edad juvenil inesperadamente, como «fuera de programa», sólo es capaz de sostener con su vástago una conversación «de circunstancias», algo forzada. Conocemos no pocos casos por el estilo. Sin embargo, los mismos problemas suelen plantearse en hogares de todas las capas sociales; no debe olvidarse que, incluso para las familias de otras clases sociales, las normas conscientes e inconscientes y las costumbres de la burguesía representan un modelo a seguir. El autor no parece extenderse en este punto sobre el hecho de que la *demasiada* confianza entre padres e hijos puede ser tan contraproducente como la excesivamente poca, y esto sobre todo en cuanto a los temas y problemas sexuales se refiere. Especialmente hoy, cuando a menudo los padres se han casado jóvenes y la diferencia de edad entre las generaciones tiende a disminuir cada vez más, se instala a menudo una «camaradería» excesiva entre padres e hijos: los hijos llaman a sus padres «chico» y «chica», etc, imitando el estilo de vida norteamericano (así, sobre todo, en aquellos países sudamericanos que más intensamente han sufrido el impacto de la influencia estadounidense). Muchos padres llegan incluso a «forzar la nota»; se vanaglorian de no ser «padres autoritarios», sino «verdaderos camaradas» de sus hijos: «Un amigo más, tu mejor amigo(a)...». Olvidan que lo que los hijos necesitan no es, generalmente, «un camarada más», sino personas en cuya superioridad auténtica se pueda creer y en quienes uno pueda depositar su confianza, precisamente a raíz de su mayor saber, su mayor experiencia, en una palabra, de su «autoridad moral» (que nada tiene que ver con los aspavientos falsamente «autoritarios» de unos padres que no gozan de la menor autoridad a los ojos de sus vástagos). En cierta capa de la burguesía acomodada de Francia, los padres consideraban un deber el coronar la «educación sexual» de su hijo varón (sobre todo si era hijo único y, por tanto, más dependiente de sus padres y más «mimado» y consentido); así pues, *ellos mismos* conducían a éste a una *boîte* nocturna, donde, en el salón, esperaban la «pérdida de la inexperiencia» del vástago en uno de los gabinetes discretos del establecimiento. No cabe mayor imprevisión, hija precisamente de un exceso de intento de «pre-

importante en todo ello; sin embargo, la fuerza inhibitoria de éste no resulta suficiente aún para explicar la mencionada reserva precisamente frente a los propios padres; en efecto, el mismo muchacho que encuentra completamente imposible conversar con su padre sobre esta clase de temas se mostrará tal vez completamente franco y sincero frente al médico, el sacerdote o un amigo mayor que él, y, sobre todo, frente a algún muchacho

---

visión». Hay en realidad acaso demasiadas pocas cosas en la vida actual que planteen problemas que cada cual viene obligado a resolver él sólo, sin la ayuda de sus mayores, y especialmente de los educadores: montar en bicicleta o a caballo, nadar, etc., son actividades que nadie podría hacer por nosotros. Así también, el amor, la corte, la «conquista», el *flirteo;* hacer el amor en nombre de otro — como *Cyrano de Bergerac,* de Edmond ROSTAND, por el guapo pero algo tonto y tímido Cristián — es inmiscuirse indebidamente en la esfera más íntima de otra persona (generalmente por razones poco confesables y hasta inconscientes en quienes lo hagan). Nada más aleccionador acerca de las posibles consecuencias negativas de la pretensión — siempre egoísta en padres como los aludidos — que «velar personalmente por la iniciación sexual» de los jóvenes, como la timidez y las desviaciones sexuales de más de un príncipe de sangre real, cuya «Educación de Príncipe» prevé la eficaz intervención de un ayo o edecán en la primera «hora pastoril»... Las crónicas escandalosas de todas las cortes europeas están llenas de historietas «galantes» consideradas como tragicómicas, pero que en realidad son mucho más trágicas que cómicas. Precisamente, príncipes y princesas son educados con una exclusión a veces total de toda *autonomía personal,* y sabido es que una tal falta de autonomía en ningún aspecto se suele vengar tan cruelmente como precisamente en el sexual. Hemos encontrado citada — no por casualidad, en una excelente obra sobre *Patología Sexual* — la triste anécdota de la pobre princesa Adelaida de Luxemburgo que, acostumbrada a no hacer nunca nada por cuenta propia, en la hora de su muerte le preguntó a su enérgica (y tiránica) madre: «Mamá: en toda mi vida no he hecho nunca nada sin tu consentimiento previo. ¿Me permites, pues, que ahora me muera?»... La timidez, que es una falta de autoridad a raíz de una educación equivocada, no es nunca meramente «sexual»; toda timidez aparentemente «sexual» es sólo consecuencia de una timidez *general,* aun cuando en otros aspectos de la vida la persona consiga «camuflarla» mejor. (*N. del T.*)

de su misma edad. Ahora bien, los padres deben estar al tanto de esta circunstancia; así, en cuanto les parezca que ha llegado ya el momento de una intervención, aconsejarán, ayudarán, pondrán en guardia a sus hijos; imposibilitarán ellos mismos la realización de sus buenas intenciones mediante algún paso falso y asimismo tendrán aquella preocupación absolutamente indicada, la buena disposición de facilitar las cosas a sus hijos y el tacto necesario. Hoy día se halla demasiado difundido el criterio de que sólo es preciso usar de tacto frente a personas ajenas; éste, en verdad, nunca es tan bien empleado como precisamente dentro del seno de la comunidad.

La conciencia de la propia valía, la autoestimación, es pues, una condición necesaria para que pueda producirse y conservarse la confianza en el prójimo; sin embargo, por sí sola aún no es suficiente. Cuando la preservación de esta conciencia y la evitación de su debilitamiento capacita a la persona en cuestión para «regalar confianza», entonces es preciso que se cumplan también determinadas condiciones por parte de quien postula confianza o está dispuesto a aceptarla. Ocurre no raras veces que pese a una conciencia bien desarrollada de la propia valía (lo que es algo completamente distinto de toda arrogancia, impertinencia o insolencia, síntomas todos que en demasiadas ocasiones no son más que meras máscaras, formas producidas por una «supercompensación» de una conciencia de inferioridad), un joven no brinda su confianza a nadie, aun cuando los padres u otras personas que creen tener pleno derecho a ella le postulen confianza. Por lo demás, sería muy difícil contestar a la pregunta de si los padres o sus representantes tienen efectivamente un *derecho* a dar por descontada la confianza de sus hijos, y hasta a exigirla. Frente a niños más pequeños, un observador tan sólo hasta cierto punto clarividente ni siquiera necesitará de confianza, ya que sabrá adivinar o ver lo que ocurre en la psique del niño; o bien, a condición tan sólo de que las relaciones entre padres e hijos sean tal como deben ser, el problema de un fallo en la confianza quedará excluido de antemano. Toda confesión de alguna mala acción tendrá que acarrear naturalmente el correspondiente castigo, y siempre se tiene cierto miedo a cualquier castigo. Sin embargo, toda educación inteligente y precavida sabrá cuidar de que el niño se haga cargo, a una edad muy temprana, de las graves consecuencias que acarrearía el negar o silenciar una mala acción cometida. En fin, es imprescindible para cualquier clase de educación conocer al dedillo las actitudes y los pensamientos de los educandos. A este respecto existe efectivamente un derecho a exigir confianza e incluso obligar a los niños a ella.

Sin embargo, en los niños algo mayores y en los jóvenes, las cosas no se presentan ya tan sencillas. La tarea de la educación seguirá siendo la misma: enseñarles lo que es debido y lo que debe evitarse, hacerles entrever sus propias faltas y laborar en pro de su perfeccionamiento moral. Sin embargo, hay razón para dudar de si los modos de operar deben y pueden o no continuar siendo idénticos. En la juventud y la adolescencia el yo inicia su formación definitiva; la vida de personas adultas contiene siempre cosas que no podrían ser formuladas sin más mediante palabras, y ello no porque acaso sean vergonzosas o malas, sino porque pertenecen al núcleo más íntimo de la persona, o bien porque no han cobrado todavía formas suficientemente maduras y perfiladas como para que se las pueda manifestar. La vida de los niños se desarrolla más o menos públicamente; aquellos niños que acusen una marcada inclinación a obrar de una manera oculta, que se muestren cerriles y que propendan a «secretitos», según toda probabilidad, se ven implicados ya en algún conflicto con la realidad. El modo de ser infantil llano, cándido y abierto se irá transformando paulatinamente, para acabar convirtiéndose en el estilo de vida fundamentalmente distinto del adulto. Es bastante grande el peligro de que un derribo prematuro de las barreras que habían quedado erigidas en torno al Yo, todavía no acabado de formarse y por lo tanto más vulnerable, afecte el desenvolvimiento pausado y tranquilo del carácter y la personalidad. La educación

debe buscar un camino que observe el justo medio entre una constante toma de conocimiento de los procesos que se van desarrollando en el alma juvenil y al mismo tiempo debe procurar la cuidadosa evitación de todo cuanto pueda perjudicar el desenvolvimiento de éste.

Los padres, aunque les corresponda el derecho de requerir franqueza y confianza de sus hijos, tienen que escoger el momento y la ocasión con sumo cuidado y cautela. La juventud, aún muy poco segura de sí misma, todavía no se encuentra en el mundo como en «su casa» y ni siquiera, por raro que ello pueda parecer, en su propio «yo»; por consiguiente, sólo difícilmente soporta toda intervención dura y poco amable que pretenda desgarrar el velo tras el cual se ocultan tantas cosas extrañas y aterradoras (1).

Los padres suelen cometer demasiadas veces un determinado error, muy grave, que puede acarrear consecuencias sumamente desagradables, siempre y cuando se propongan imponer su «derecho a la confianza» frente al joven mediante la dureza y hasta la brutalidad. A menudo oímos quejarse a los jóvenes de que se les pregunta demasiadas cosas en su hogar; se sienten zaheridos cuando oyen frases como ésta: «Tienes que decírmelo, tengo derecho a saberlo...», etc. En no pocas ocasiones, un ser joven, muchacho o muchacha, estaría dispuesto a ello, pero tiene que realizar la experiencia de que se le rechaza precisamente en el momento en que siente la necesidad íntima de hablar, y de verse, al contrario, sometido a un verdadero interrogatorio cerrado precisamente cuando por inclinación natural quisiera callar.

(1) Sin duda, la «edad de la maduración» de los jóvenes de los países de habla española presenta todos estos problemas de una forma mucho más atenuada, en la mayoría de los casos, que en la Europa Central o en los Estados Unidos. Los «latinos» propenden a «complicarse la vida» considerablemente menos que los jóvenes europeos no «latinos». No obstante, tales problemas son, en el fondo, muy análogos por doquier, en Occidente, *mutatis mutandum*. Fue un gran español quien dedicó un libro a *El sentimiento trágico de la vida*, aun cuando el promedio de los jóvenes de ambos sexos, en los países de habla española, no propendan tanto a la «tragedia» y sepan tomar muchas cosas con mayor dosis de humorismo. Sin embargo, con el creciente «aburguesamiento» de tales países, empiezan a surgir aspectos más semejantes a los que describe el autor: ya hay países «latinos» donde empieza a cundir el «suicidio de escolares» (Francia, Venezuela), antaño desconocido; la vida de los jóvenes se va «complicando», aunque precisamente la virulencia de los «problemas sexuales» tienda más bien a disminuir, incluso en la Europa Central. Sin embargo, esta «simplificación» no siempre resulta muy saludable: piénsese cómo sexólogos norteamericanos denuncian la creciente pérdida del erotismo anímico en la juventud, substituido por un enfoque puramente pagano, por no

Como ya hemos observado, toda educación requiere precisamente sumo tacto, y la de los adolescentes y jóvenes todavía mucho más. Debemos aprender, a raíz de una observación esmerada, a saber distinguir entre una animadversión fundada y primigenia contra la manifestación de los secretos del corazón y una resistencia aparente que sólo anhela verse derribada.

La situación se presentará de una manera distinta según la tarea primordial de la familia coincida o no con la de la escuela, y esto sobre todo cuando algún joven sea educado en un internado. Por otra parte, en los internados, existe una gran diferencia entre la educación que se inspira más o menos en la idea de la Familia y la que tiende hacia otro ideal más moderno, el de la «educación comunitaria», de cara a la Comu-

decir «fisiológico» y animal de esta clase de problemas. Tanta mayor importancia cobra, pues, la presente obra, inspirada en el hondo espíritu religioso católico de su autor; sería absurdo querer restarle importancia, y aún más echar en «saco roto» sus consejos y análisis, aunque éstos —como casi siempre todo intento de formular en palabras advertencias de tipo pedagógico— puedan parecer a primera vista algo pedantes o exagerados. Ningún educador es «perfecto», y la mayoría de los padres, desgraciadamente, suelen ser unos «pedagogos» menos que mediocres. Razón de más para meditar las explicaciones de ALLERS, aun teniendo en cuenta las diferencias civilizatorias, culturales y caracteriales que separan los países en que él haya trabajado de los de habla española. (*N. del T.*)

nidad. Éste apunta precisamente hacia la creación de una atmósfera esencialmente distinta de la del hogar familiar. No queremos entrar aquí en un examen crítico pormenorizado de este ideal educativo, equivocadamente construido a nuestro parecer. Sin embargo, será preciso poner de relieve que en el decurso del desarrollo se irán presentando cada vez más problemas y situaciones que requieren imperiosamente un *tratamiento individual*. Si algún que otro teórico de la educación opina que un desarrollo favorable del carácter queda asegurado ya automáticamente con sólo crear «un pequeño mundo circundante pedagógico y adecuado», o con someter a un montón de jóvenes a una disciplina más o menos rígida, sin tener en cuenta las diferencias individuales, ello revela tan sólo un extraño optimismo que en realidad nada justifica ni fundamenta. Acaso no tenga una importancia decisiva el que se formen o no unas relaciones personales entre los jóvenes y personas ya adultas, dentro del seno de la familia, de la escuela o del internado, pero sí importa muchísimo que exista la posibilidad de formación de tales relaciones de tipo personal y de un acceso libre a alguna personalidad que merezca suficiente confianza por parte de los jóvenes.

DIÁLOGO Y COMPRENSIÓN

Si se quiere que la confianza, tanto la que se da como la que se recibe, produzca frutos, entonces es preciso que se cumpla aún otra condición. A menudo resulta ya suficiente que una persona que se halla en dificultades de cualquier clase tenga ocasión de contar a alguien sus vivencias, sentimientos y dudas; saldrá de la entrevista aliviado en cuanto se haya podido «quitar el peso de encima, explicando lo que le preocupaba» (1). Sin embargo, muchas veces se necesita *más*.

(1) «*Sich die Dinge von der Seele reden*», dícese gráficamente en alemán. Nótese de paso que toda una nueva «escuela» de psicoterapia,

En cierta ocasión, C. G. Jung clasificó las formas de tratamiento psicológico en cuatro grupos, que valdrá la pena considerar por lo menos un instante, aunque no podamos estar completamente de acuerdo con sus denominaciones ni con otros pormenores más. Jung menciona como primer grado la *explicación*, el *diálogo*, la *conversación*, o sea el exteriorizar lo que a uno le preocupa. En efecto, resulta generalmente desfavorable para una persona el guardar un secreto que, en cierto modo, le envenena en su interior. Con ello no se refiere naturalmente a un secreto que le haya sido confiado a la persona por un tercero, aun cuando también en tal caso el impulso de comunicarlo pueda ser bastante intenso. Piénsese sobre todo en los niños y sus exclamaciones: «¡Yo sé algo!».

Denomina Jung el segundo grado *esclarecimiento*, en cuyo decurso se trata de aclarar a una persona los móviles verdaderos y subyacentes de sus dificultades. Este procedimiento es propio del Psicoanálisis, punto de vista que nosotros no sabríamos compartir con él, ya que no le reconocemos a este método la actitud de revelar los móviles ocultos verdaderos. Sigue como tercer peldaño o escalón la *educación*, o mejor *reeducación*, tal como la entiende, por ejemplo, la escuela adleriana de la Psicología del Individuo (1). Y el supremo grado Jung lo denomina *renovación*, un concepto que acaso coincida con el de la *conversión*, o con el cumplimiento de la intimidación: *Mensch, werde wesentlich!* («Ser humano: ¡llega a ser esencial!»)

No pocos individuos «vacían sus cuitas explicándolas» y se van aliviados, tranquilizados y con su seguridad recuperada.

la «consulta no-directiva» de ROGERS (*non-directive counseling*), debe todo su enorme éxito a este fenómeno en los Estados Unidos. Recientemente se la ha introducido también en Alemania. El consultor psicólogo sólo «deja hablar» al paciente, y se limita, a lo sumo, a resumir cuanto éste haya dicho en su monólogo. (*N. del T.*)

(1) Véase una exposición clara y comprensible para toda clase de lectores de la obra de Alfred ADLER, *El Sentido de la Vida*, en nuestra traducción en esta misma Editorial. En cuanto a la idea de la «renova-

Otros saben bien lo que tendrían que hacer, pero no encuentran la posibilidad de hacerlo, pues se ven enmarañados en una red de dificultades y confusiones íntimas de las que no encuentran la salida; deben aprender primero a orientarse en su propio interior. Aún otros no saben siquiera cuáles son las metas y tareas de la vida humana en general ni de la suya propia, y necesitan orientación e información, sobre todo porque en bastantes casos no se dan cuenta de sus posibilidades más genuinas. Finalmente, existe el tipo de personas cuyo desarrollo alcanzado hasta el momento presente no les ha liberado todavía la visión sobre su propia personalidad, sus talentos, su posición verdadera en el mundo; por consiguiente, tienen que pasar por algo como un «segundo nacimiento», ya que su sí-mismo auténtico tiene que romper primero, como diligencia previa, la capa de barro y escoria que, por así decirlo, se ha venido depositando sobre éste.

Por muy claramente que se perfilen estos grados diversos, en realidad las fronteras nunca son tan rígidas. Apenas habrá explicación sin alguna forma de respuesta, ni esclarecimiento sin alguna orientación. Cuando se trata de personas en edad juvenil, es decir, de jóvenes que naturalmente aún no están muy informados acerca de las cosas que desean, pero que quisieran saber, y que todavía no son capaces de alcanzar un grado mayor de conocimiento de sí mismos, porque todo en ellos está aún en un continuo fluir, entonces el escuchar una confesión se enlazará siempre necesariamente con un intento de influencia pedagógica. Éstas serán, en tales casos, las condiciones a cumplir por la persona en quien el o la joven deposita su confianza: debe reunir en sí suficientes conocimientos, suficiente interés, suficiente firmeza moral y suficiente aptitud para comprender. He aquí, sin duda, el mayor problema. Difícilmente puede esperarse que todos los

---

ción», es uno de los polos fundamentales de otra escuela antipsicoanalítica: la *Psicosíntesis*, del gran psicoterapeuta sueco Poul BJERRE. (*Nota del Traductor.*)

padres o educadores sepan reunir tantas cualidades a la vez; sólo podríamos formular este deseo como un caso-límite ideal. Y, desde luego, lo mismo debe decirse de los profesores. Aun cuando, en el caso de éstos, la preparación previa y la selección sean ya algo más cuidada, resulta, no obstante, muy inverosímil que todos los maestros o profesores sepan corresponder a tan complejo postulado.

Es de sospechar, por tanto, que las cualidades mencionadas sólo en raras ocasiones se encuentran todas y completamente desarrolladas en una persona. Su presencia depende en gran medida de sus aptitudes personales; sin embargo, no poco e incluso mucho se podrá conseguir mediante la educación de uno mismo; podemos aprender cómo debemos conducirnos frente a nuestros hijos y educandos durante los años juveniles de éstos.

Existe sobre todo una determinada postura que debe anular ya de antemano todo intento de inspirar confianza y el deseo de explicarse, pues es la actitud diametralmente opuesta a la que cabría desear. Nadie debe esperar muestras de confianza si él mismo no se siente dispuesto a confiar en los demás. Bien es verdad que el significado exacto de la palabra «confianza» no es estrictamente el mismo en ambos casos. Por parte de quien busca consejo y orientación, esta palabra significa abrir las recámaras íntimas del corazón, revelar las luchas interiores que sostiene el alma y que la llenan de confusión, confesar las dificultades en que la psique se halla enmarañada. En cambio, por parte de aquel que está dispuesto a escuchar la confesión y que está designado para ello por su función o misión, significa creer en la buena voluntad de todo prójimo, tener fe en la seriedad de la confesión que está escuchando y en la determinación de superar las propias dificultades; fe en la palabra ya antigua de que «todo ente propende al Bien». Cuando un alma se propone abrirse con toda la confianza a otra que supone afín a sí misma y tropieza entonces con la desconfianza, si tiene la sensación de que se toma demasiado a la ligera sus dificultades, u observa que quien le escucha propende a descubrir mala vo-

luntad o mala fe allí donde en verdad sólo late un afán sincero y una lucha enérgica, aunque desprovista de esperanzas, contra un adversario apenas entrevisto a medias, entonces, por regla general, el resultado no será otro sino que la psique juvenil vuelva a replegarse dentro de sí misma y cierre, por decirlo así, el caparazón que estaba a punto de abrirse por completo y expulsar toda confusión y todo sufrimiento.

Hemos tenido ya ocasión de exponer en otro lugar que esta actitud de la desconfianza significa una inhibición gravísima para toda educación. Sólo podremos albergar esperanzas de obtener que se desenvuelva en un niño alguna buena cualidad si tenemos fe en la existencia, o por lo menos en la posibilidad correspondiente a ella.

La educación tropieza luego con otro obstáculo no menos serio — no en los mismos educandos, sino en los propios educadores — en la inclinación a pasar por alto la seriedad de los problemas y dificultades de la psique infantil o juvenil. Podría ocurrir perfectamente que — desde el punto de vista del adulto, que antaño había pasado por todos aquellos abismos anímicos — muchos de aquellos problemas aparecieran efectivamente insignificantes; mas esto no prueba para nada que dichos problemas sean también así para la mente de quien pecisamente se está debatiendo en medio de ellos. En efecto, incluso unos problemas objetivamente insignificantes sólo podrán ser explicados al interesado como tales a condición de que se los tome en un principio tan en serio como le tienen que parecer a éste. Precisamente esta actitud de «entrever la situación de otro y colocarse en ella», colocarse en el pellejo del otro, como vulgarmente se dice, es lo que se llama comprender. Tal como un «representante» lo es de algo a raíz del hecho de que uno substituye a otro, así la comprensión se verifica colocándose en el punto de vista de éste (1).

(1) Esta facultad de «colocarse en el pellejo» de otro, pensar y sentir como él, es lo que se suele llamar en psicología «empatía» o también «introyección sentimental» (ORTEGA Y GASSET). Es generalmente el verdadero secreto del éxito en la vida de muchas personas «listas», aun cuando sean muy poco cultas: instintivamente se imaginan lo que piensa, siente, intenta y ambiciona su interlocutor o, en general, el prójimo, y al saber prever sus reacciones — un poco a la manera del buen jugador de ajedrez, que sabe calcular de antemano varias jugadas posibles de su contricante —, adaptan su propio comportamiento a la conducta probable del otro (*N. del T.*).

Debemos saber emanciparnos de la idea de que niños y adolescentes pueden ser considerados sin más como unos adultos aún no desarrollados. Desde luego, este modo de ver no está del todo desencaminado en un sentido, pero resulta falso en otro. Una crisálida no es menos perfecta en sí que la mariposa que va a salir de ella en la próxima primavera, aun cuando en último análisis no sea más que una «mariposa aún no desarrollada». Aunque el niño tenga que convertirse un día en un adulto, no por ello deja de poseer su propia perfección; olvidar este hecho equivaldría a cometer un error gravísimo. Nuestras propias dificultades son de otro carácter — por lo menos en su mayor parte, aunque seguramente no todas — que las de los niños y adolescentes; son distintas materialmente según su contenido. Sin embargo, en tanto que dificultades, desde el punto de vista formal, las de los seres humanos aún inmaduros no son menos torturadoras, y los sufrimientos que producen no menos violentos. Si pretendemos comprender al joven para ayudarle, debemos ante todo tomarle completamente en serio. Aun cuando lo que pueda torturar a un niño o a un adolescente le pueda parecer ridículo a un adulto, puesto que gran parte de ello aparecerá a nuestros ojos como desprovisto de importancia y sabemos que a fin de cuentas todo el mundo acaba por superar su crisis tarde o temprano, tales experiencias penosas son sumamente reales para el alma juvenil, y no se le ayudaría mucho con declararle simplemente que sus sufrimientos son completamente triviales. Desde luego, no deberemos nunca confirmar a un joven en el criterio — al que ya de por sí suele propen-

der demasiado — de que su caso sea «excepcional». Naturalmente, en un cierto sentido, toda persona humana *es* un «caso excepcional», puesto que le corresponde por definición el carácter de único e irrepetible; sin embargo, en otro sentido, *nadie* tiene el derecho de considerarse como una excepción, puesto que los rasgos esenciales de la naturaleza humana son siempre y en todas partes necesariamente idénticos. Lo que vale en general para la naturaleza humana vale asimismo para las fases evolutivas que constituyen su ley.

Por consiguiente, siempre tendría alguna utilidad inmediata explicar claramente a una persona joven que (y cómo y por qué) las dificultades en las que se está debatiendo son, en el fondo, sumamente típicas; pero al mismo tiempo tendremos que tener sumo cuidado de no tratar sus dificultades como una *quantité négligeable:* como algo totalmente desprovisto de importancia. Del mismo modo tendremos que poner un cuidado muy especial en evitar que por alguna actitud o manifestación nuestra parezca revelarse nuestra falta de fe en la seriedad de su confesión y de sus quejas. Este «tomar en serio» es, dicho sea de paso, completamente compatible con el humor y hasta con una amable ironía. A menudo una crítica irónica y hasta humorística — a condición de que ésta no sea nunca malévola — podrá ser de una utilidad mucho mayor que explicaciones demasiado prolijas.

Cuando se trata de confesiones de jóvenes, hay que recordar aún otra circunstancia. Muy a menudo la confesión no nos habla de aquellas cosas que han provocado las dificultades del momento, sino más bien de otras cuyo contenido ya no resulta ni tan vivo ni tan actual. Este proceso es el resultado de un compromiso entre la necesidad de una relación confidencial y el deseo de explicarse, por un lado, y por el otro de una repulsión no superada contra el tener que manifestar a todos los problemas verdaderos. A un observador con alguna experiencia no le será difícil descubrir cierta falta de resonancia en la explicación de los problemas razonados y asimismo cierta falta de interés en la manera como son formulados; ello revela precisamente la ausencia de una actualidad verdadera. Puede ocurrir que incluso problemas interiormente ya resueltos sean explicados con gran participación íntima; esto se debe a una inclinación muy difundida entre la juventud (al igual que entre no pocos adultos) de asignar una importancia extraordinaria a la propia persona. Todo cuanto pueda relacionarse de alguna manera con ésta cobra entonces el mismo colorido y un significado máximo, aun en el caso de que el motivo particular en cuestión, en cuanto tal, haya pasado a importar muy poco para el interesado mismo.

En nuestro papel de educadores debemos estar dispuestos a escuchar confesiones y explicaciones; tenemos incluso que invitar a ellas, aunque mucho más por toda nuestra actitud en general, por nuestra «postura», que mediante palabras. Sin embargo, al mismo tiempo debemos salvaguardarnos de que se abuse de nuestra disposición de escuchar y aconsejar, y no porque con ello se nos inflija ninguna injusticia, lo que tendría que resultarnos bastante indiferente, sino porque un tal abuso podría perjudicar a aquel que lo comete y porque significa una injusticia desde su propio punto de vista. Ocurre, en efecto, no pocas veces, que una persona se apoya completamente en otra (1) y confía en ella de una manera absoluta, de tal forma

(1) La situación así descrita es una variante peculiar de la afirmada por el psicólogo adleriano Fritz KÜNKEL — cuyas obras fueron introducidas en el ámbito de la cultura hispana por la Editorial Luis Miracle — bajo el nombre de *Beziehungsperson* («persona relacional»), término que pierde su sabor al ser traducido. Se trata de que un individuo, y sobre todo un niño (preferentemente uno mimado y único, pero también otros) lo haga y lo enfoque todo en «relación» con una sola persona, procurando inconscientemente «ligar» a ésta a sí mismo. Otra variedad de esta estratagema inconsciente o «arreglito» ha sido descrita por nosotros bajo el nombre de «satelitismo» (en *Los «Complejos»*, Caracas-Barcelona, 1951). ALLERS señala muy bien cómo, aun tras las aparentes actitudes de sumisión, en el fondo se trata de «ejercer un poder»

que llega a ser completamente incapaz de hacer ni decidir la menor cosa sin comunicárselo a ésta y sin haber discutido con su confidente pormenorizadamente todo; una tal relación, apenas establecida, cobra un sentido diametralmente opuesto a la adecuada y deseada. La persona que busca ayuda echa bruscamente mano, por decirlo así, de la dirección, al ejercer sobre su consultor un poder mayor o menor; y a menudo el que así abusa sabe muy bien cómo valerse de su poder. Todo médico psicólogo y todo sacerdote conoce tales situaciones.

También dentro de la educación ocurre este fenómeno con cierta frecuencia, sobre todo cuando de adolescentes se trata. Sin embargo, muy curiosamente, los pedagogos no parecen entrever con toda la debida claridad este hecho ni las experiencias que se relacionan con él. Más de un educador o profesor que se alegra de poseer la confianza de un adolescente y capacidad para ayudarlo, en realidad no es más que la víctima de un afán

---

sobre la «persona relacional». A menudo la forma consociativa de «persona relacional» es *doble*, o sea se ejerce por «partida doble» o «doble vía»; ello es frecuente en adolescentes y jóvenes, sobre todo si se sienten «incomprendidos» en su hogar o en el internado; muchas amistades de «Orestes y Pilades», o de dos muchachas — relación de «mejores amigos» o «mejores amigas», amistades *exclusivas* —, son en el fondo una consociación de *dos* «personas relacionales» recíprocas: ambas «se someten» y ambas «tratan de dominarse mutuamente». La pareja de amigos o amigas se asemeja a lo que a principios de siglo se denominaba «matrimonios a lo Strindberg»; en éstos, dos personas se odian y se aterrorizan mutuamente, aun al precio de grandes sufrimientos, y si no se separan es por causa de su recíproca incapacidad de renunciar, al liberarse del dominio del *partner*, también a su propio dominio y poder sobre éste. El pedagogo debe *comprender* el mecanismo de esta verdadera «institución necesaria» que representa para jóvenes de ambos sexos el «mejor amigo» y «la mejor amiga»; asimismo debe evitar el peligro, llegado el caso, de verse convertido en «persona relacional» en el sentido poco deseable para un educando, con miras exclusivas de éste. ADLER decía que en tales casos «es el educando (o el paciente) quien trata a su educador» o (terapeuta). (*N. del T.*)

de dominar, una voluntad de poder y otras actitudes muy poco generosas (1).

Por un lado es preciso observar a la persona joven e incluso cuestionarla en cuanto subsistan sospechas fundadas; por el otro, un interés demasiado vivo para esta clase de temas resulta peligroso. Desde luego, las dificultades sexuales son un mal muy difundido y un fenómeno más o menos normal. Sin embargo, la forma y manera en que los mismos interesados se conducen en relación con ellas recuerdan no pocas veces las posturas neuróticas. La Psicología del Individuo de Alfred Adler concibe todas las actitudes neuróticas como «arreglitos» que se ponen al servicio de determinados fines, aun cuando generalmente éstos no resulten completamente claros ni conscientes al propio interesado. Es posible obligar a nuestros semejantes, mediante sufrimientos nuestros, a que nos atestigüen mayor interés; y un dolor psíquico consigue este efecto con más seguridad que las dolencias físicas. Conocemos un número bastante crecido de casos de dificultades de tipo sexual en los que la causa última de la terquedad en detenerse debía buscarse en una relación sumamente peculiar entre el interesado y un profesor, los padres, el médico o el director espiritual. Tales educandos vivían con la preocupación (desde luego infundada) de que el interés del educador se podía esfumar tan pronto ellos mismos demostrasen que no representaban ya ningún «caso difícil».

Es, por lo tanto, imprescindible, aunque en muchos casos resulte difícil, encontrar un camino medio entre, por un lado, la despreocupación y la bagatelización, y por el otro un interés exagerado y excesivo. Esta última actitud encierra en sí

---

(1) Una de las más hermosas descripciones de una relación de esta índole entre un educador y su pupilo se encuentra en la novelita del gran escritor húngaro, ya fallecido, Mihály BABITS, *El Hijo del Padre Virgilio Timar*, que hace muchos años vertimos al castellano para Editorial Diana, de Madrid, pero que no se ha publicado aún; hay traducción francesa. (*N. del T.*)

otro peligro más: se corre el riesgo, al demostrar un interés demasiado manifiesto por los temas de la vida sexual juvenil, de llamar indebidamente la atención de los jóvenes sobre aquellos mismos. Sin embargo, se sabe de sobra que llamar la atención sobre cualquier proceso corporal o anímico produce con mucha facilidad un incremento de los fenómenos en cuestión. Es suficiente que concentremos nuestra atención sobre cualquier parte de nuestro cuerpo, por ejemplo, el dedo pulgar, para que inmediatamente surjan en él toda una serie de sensaciones extrañas. Y si observamos la marcha de nuestra respiración, el ritmo e intensidad de ésta sufrirá un cambio inmediato (no pocos trastornos nerviosos de la respiración se deben, efectivamente, al hecho de que se concentra en ésta una atención mayor). La inhibición de las funciones que se efectúan de una manera automática cuando se vuelve la atención intencionadamente sobre ellas queda ilustrada de una manera muy gráfica por aquella vieja fábula del ciempiés, que ya no pudo mover sus «cien» pies tan pronto como empezó a reflexionar en cómo los movía realmente. Cuando una función se vea perturbada, igual si es por una enfermedad o sólo de la manera que acabamos de señalar, entonces penetran inmediatamente en la conciencia unas sensaciones que en condiciones normales no se hallan presentes en ella. (La persona sana no se percata de que posee hígado, observa en cierto pasaje el protagonista de la narración de Rudyard Kipling *En tinieblas*.)

Por otra parte, tales sensaciones desacostumbradas, debidas a que se vuelca la atención sobre algún proceso somático o psíquico, pueden conducir acaso a unos trastornos muy reales. Éste será el caso, sobre todo, cuando la función afectada se halle supeditada hasta cierto punto al influjo de la voluntad y la fantasía. Tal es el caso, precisamente, en cuanto a la función sexual. También en el adulto una ocupación duradera en pensamientos de esta clase de temas puede conducir muy fácilmente a una excitación sexual. Unas fantasías en las que tales motivos cobran cierto relieve pueden ir acompañadas incluso de unas

reflexiones meramente teóricas, y huelga decir que son todavía mucho más capaces de desencadenar las sensaciones correspondientes.

ACLARACIONES SEXUALES

Es probablemente la comprensión de tales concatenaciones lo que — junto a otras — constituye la causa principal de que algunos pedagogos consideren como contraproducente toda «aclaración» en materias sexuales, incluso la que sólo tenga un carácter completamente teorético. El problema de las *aclaraciones sexuales* ha sido discutido muy ampliamente en estos últimos tiempos (1). Los criterios sobre este tema son muy divergentes: los unos consideran tales «aclaraciones» como imprescindibles, mientras que los otros rechazan su idea *a limine* o a lo sumo sólo quieren admitirlas en algunos casos bien determinados. Uno de los bandos desea que se sostengan conversaciones con los niños pequeños acerca de la procreación («¿De dónde vienen los niños?»), y más tarde sobre las funciones de los órganos genésicos y la esencia de las relaciones sexuales; otros, en cambio, postulan

(1) En alemán: *sexuelle Aufklärung*, concepto que llegó a ser tan corriente que se dejaba caer el adjetivo *sexuelle* para hablar sólo de *Aufklärung*, ya que se sobreentendía que se trataba de «aclaración sexual». Ello fue causa de que el traductor español de un libro alemán de Psicotecnia no comprendiera las alusiones del autor a una «*Aufklärung*», que se refería a lo sexual, y tradujera la palabra alemana por «el siglo de las Luces» (significado que también le corresponde). Padres demasiado «racionalistas» y que se creen muy «modernos» intentan decir a sus hijos «toda la verdad», pero no quieren darse cuenta de que el niño muchas veces es aún incapaz de comprender el acto sexual, la fecundación y gestación, etc. Así, aun cuando se le diga la verdad — conocí un padre, por lo demás persona de una inteligencia y cultura superiores, que a la primera pregunta de su hijito de cuatro años sobre la procedencia de los niños, lo condujo al cuarto de baño para darle allí una lección con la ayuda de grifos y tubos; no se daba cuenta de que el propio niño, incapaz de comprender sus «aclaraciones», convertiría

que toda aclaración quede aplazada hasta el despertar del instinto genésico, hasta el momento preciso de un primer contacto sexual. Se ha propuesto en más de una ocasión iniciar las explicaciones con ejemplos tomados de la vida animal y progresar gradualmente hacia las circunstancias humanas, etc.

No cabe duda de que en estas discusiones y disputas intervienen motivos no exclusivamente pedagógicos: todo el problema se enfoca — tal como ya lo hemos dicho en un principio — desde puntos de vista más generales. El problema «sexual» se ha convertido en un campo en que libran batalla concepciones encontradas acerca del Hombre, la Vida y la Moral en general.

Sobre los intereses extrapedagógicos que desempeñan un papel en las discusiones sobre el tema cae bruscamente una cruda luz de vez en cuando, por ejemplo, mediante una observación como la que encontramos en el libro de un autor de la

---

luego mentalmente «la verdad» en una especie de cuento de hadas o mito, más conforme a su mentalidad protoinfantil. Como se ve, muchas veces es *inútil* decir la verdad; pero importa mucho no decir tampoco mentira alguna al niño que pregunta. Acaso sea lo mejor explicarle sólo a grandes rasgos «la verdad», diciéndole que en cuanto sea un poco mayor se le explicarán también más pormenores. Importa igualmente que el padre o educador, si el niño le pregunta algo relacionado con «lo sexual», no se confunda, no se muestre cohibido, etc., sino que sepa «aceptar la conversación con el máximo desenfado, con naturalidad». Es imposible prescribir una «receta» de lo que debe decirse; depende en cada caso de muchos factores: de la situación concreta, de la forma en que el niño o la niña pregunta, etc. He aquí la razón del por qué gran parte de los numerosos libros que se publicaban a principios de siglo en los países de habla alemana — *Wie sage ich es meinen Kinde?* «¿Cómo se lo voy a decir a mi hijo (o hija)?» —, resultaron siempre ridículos, pedantes y «cursis» a los educadores de verdad. Este tipo de título parece revelar ya en sí toda una mentalidad típicamente «burguesa»: una mala conciencia en el adulto, con la que los hábiles autores y editores de tales textos parecían especular de antemano. Así, las tales publicaciones son hoy más bien un documento interesante de Psicología social que no un medio «pedagógico», como pretendían ser en su día. (*Nota del Traductor.*)

escuela psicoanalítica. Éste habla nada menos que de «las intenciones destructoras de una Sociedad que aún cree en la propiedad privada y está interesada en la opresión de la vida sexual». Merecerá la pena indicar que el mismo autor, Wilhelm Reich (1), en su libro sobre *Análisis del carácter* (edición alemana, pág. 277), declara expresamente que su maestro, Freud, fue el primero en echar los fundamentos, aun cuando sólo lo hiciera inconscientemente, de una Psicología «materialista y dialécticohistórica». Nosotros venimos afirmando desde siempre que todo el Psicoanálisis freudiano es, en el fondo, un materialismo puro, y que su sistema no podría existir siquiera sin el supuesto de una postura básica estrictamente materialista. Esta interpretación nuestra queda, pues, plenamente confirmada

---

(1) Wilhelm REICH, figura trágica (por no decir tragicómica) del movimiento psicoanalítico freudiano, fue en verdad uno de los pocos comunistas de dicha escuela que intentó conciliar su «concepción del mundo» psicoanalista con la del materialismo dialéctico marxista, llegando a extremos no alcanzados por nadie. Al huir de Alemania, fundó en Copenhague una «Revista de psicoanálisis y psicología colectiva» (en alemán) que sólo publicó un par de números; explicaba en ella la psicología de los españoles a raíz de la «represión de la sexualidad» y el valor propagandístico de la cruz gamada de Hitler, interpretando esta figura (un símbolo solar) arbitrariamente como la representación esquemática de una pareja en el acto sexual (!!), etc. Pasó luego a Noruega, donde, en un laboratorio fisiológico, pretendió medir la excitación sexual en los órganos genésicos con un galvanómetro eléctrico (!!), y se estableció finalmente en los Estados Unidos. Fundó allí un «Orgon Institute»; pretendía haber descubierto la fórmula para «fabricar» células vivas en el laboratorio, denominando la materia viva así producida «orgón». Su tema favorito era el *orgasmo*: todos los síntomas o síndromes neuróticos se debían, según él, a inhibiciones en éste, etc. La Administración de Correos de los Estados Unidos le retiró el derecho de envío postal de sus publicaciones por considerarlas «inmorales»; en el XIV Congreso Internacional de Psicología (Montreal, 1954), hizo distribuir unos folletos protestando contra dicha disposición, «injusta y arbitraria». Murió aislado, sobre todo de sus ex compañeros de escuela, en 1958. (*N. del T.*)

por un partidario «ortodoxo» de aquella escuela. En efecto, entre el Psicoanálisis y toda filosofía no materialista se abre un abismo que no podría colmarse y sobre el que no puede tenderse un puente de comunicación; todo aquel que esté convencido de que el mundo es algo más que un mero conglomerado de elementos materiales no puede aceptar ni una sola de las tesis de la teoría psicoanalítica freudiana. Si queremos continuar educando a nuestros hijos en un espíritu cristiano, debemos mantenernos completamente alejados de los criterios psicoanalíticos. Un compromiso entre una concepción cualquiera del mundo espiritualista y el Psicoanálisis es esencialmente imposible; sólo puede creer en tal posibilidad el que no haya comprendido la esencia de la una ni tampoco el sentido verdadero del otro (1).

Hemos expuesto ya en el primer capítulo de este libro cómo todo el «problema sexual» pudo producirse e hincharse hasta cobrar tamaña importancia. Esta vez sólo queremos insistir en

(1) Recuérdese a este respecto la *práctica* de ciertos psicoanalistas freudianos de la «primera época»: abolición del pudor; ejecución de la «escena primigenia» (*Urszene*) en presencia de los hijos; considerar la religión como expresión de la «represión de la sexualidad» y como una «ilusión»; iniciar a los niños pequeños en los temas sexuales y hablar ante ellos sin la menor reserva, etc. Sin embargo, debemos decir, en honor a la verdad, que no *todos* los psicoanalistas ni todas las tendencias actuales que se valen de los resultados y la «técnica» psicoanalíticos caen en tales errores y aberraciones; el «movimiento psicoanalítico» se ha ido suavizando y «*neutralizando*» ampliamente, sobre todo en los Estados Unidos, en donde se empezó por echar en cesta rota la «sexualidad infantil» (aun cuando no dentro de la «escuela ortodoxa»). ALLERS ha sido hasta ahora sin duda uno de los críticos más «duros» del Psicoanálisis en su obra *The Successful Error* (1941); si ésta tuvo gran aceptación en muchos medios católicos —Fray César VACA en España, Oswaldo ROBLES en México fueron lectores aplicados suyos—, en cambio, el R. P. Pedro MESEGUER, S. J., le dedicó al libro una crítica bastante acerba desde las páginas de *Razón y Fe*. Nadie ha sabido poner de manifiesto las contradicciones íntimas de tipo lógico del «freudismo» como ALLERS; pero el mismo Psicoanálisis, en su teoría y práctica, ha venido limando desde

que no es completamente justo concebir, como ocurre a veces, la idea de este «problema sexual» como resultado de la investigación empírica y de situaciones vitales concretas. No cabe duda de que la vida de hoy es distinta a la que correspondió a nuestros antepasados y contribuye bajo múltiples aspectos a convertir la sexualidad en «problema» (piénsese, por ejemplo, en las dificultades económicas que impiden el matrimonio temprano o el matrimonio en general). Sin duda muchas cuestiones relacionadas con la sexualidad sólo han cobrado una importancia mayor en estos últimos tiempos. No obstante, estamos convencidos de que debe atribuirse una influencia por lo menos tan grande, y probablemente incluso mayor, a la difusión y divulgación de determinadas concepciones acerca de moralidad, sexualidad,

entonces no pocas asperezas. El discurso de S. S. Pío XII debe seguir siendo para el psicólogo y pedagogo católico pauta segura en su actitud ante el Psicoanálisis (el R. P. MESEGUER publicó su traducción en *Razón y Fe*, 1953, fácilmente asequible por tanto). Fue el propio ALLERS el primero en llamar la atención sobre el hecho de que ni éxitos ni fracasos en la práctica confirman ni infirman la justeza de una teoría. Si él esgrimía este argumento contra el Psicoanálisis de FREUD, hoy acaso se le podría objetar a él que las «peticiones de principio», las fallas de lógica interior y todas las flaquezas de una *teoría* no son óbices para encontrar en la *práctica* y la «*técnica*» psicoanalíticas elementos acaso valiosos, sobre todo mientras no se disponga de una teoría y práctica unificadas más perfectas. Nótese, de paso, la reaparición de Rhaban LIERTZ, el primer psicoanalista católico de lengua alemana, en el Congreso Católico de Psicoterapia (dedicado al tema de la Responsabilidad Moral, Lyon, 1955), después de cinco lustros de «silencio» en que le sumiera la fogosa y vehemente crítica allersiana, como ya expusimos más arriba. Es mérito de los psicoanalistas franceses, el abate Paul JURY (ya fallecido), R. LAFORGUE, Maryse CHOISY, y belgas el haber «salvado» del Psicoanálisis todo cuanto fuese posible salvar para una Psicoterapia y Pedagogía inspiradas en las enseñanzas de la Iglesia y la Filosofía perenne. Sin embargo, nunca estará de más recordar, como un *memento*, las críticas y la postura cien por cien negativa de ALLERS frente a todo psicoanálisis «materialista» unilateral, y esto especialmente en cuanto a las cuestiones de la Pedagogía Sexual. (*N. del T.*)

cultura, los «derechos de la personalidad», la vigencia de los mandamientos religiosos, etc. Todos estos motivos, en parte muy difíciles de determinar, ejercen un efecto de conjunto y crean una determinada actitud mental frente al «problema sexual», de modo que se hace difícil, e incluso imposible, enjuiciar con toda objetividad los diversos criterios formulados en torno a este tema. En efecto, todos ellos están fuertemente codeterminados por opiniones preconcebidas y enfocan por tanto la realidad bajo ángulos peculiares y demasiado estrechos. Por consiguiente, no poseemos la menor garantía de que los «hechos» que se aducen como argumentos corresponden verdaderamente a algo real y empíricamente comprobado; parece más bien que todos ellos están revestidos ya de antemano por el ropaje de determinadas concepciones del mundo y de la vida. Esta circunstancia hace posible que unas afirmaciones diametralmente opuestas sean defendidas o atacadas con igual violencia y bajo la advocación de unos mismos «hechos»; en verdad, los que se contradicen mutuamente no son los mismos «hechos», sino las formas de enfocar éstos. Lo que se nos presenta como «hecho» no es, por regla general, más que un dictamen que se interpreta «según el cristal con que se mira» y a raíz de un modo de ver preconcebido, unilateral y bien determinado. Así, pues, la cuestión que nos interesa en este lugar se halla enmarañada en una confusión punto menos que inextricable; y esta confusión se extiende incluso sobre los pormenores más insignificantes: apenas existe un solo problema parcial en todo el sector de la educación sexual que no haya encontrado dos soluciones netamente antagónicas. Muchas otras cuestiones llegaron a ser opacas por la sencilla razón de que en su solución se halla interesada no sólo la Ciencia Empírica, sino también — y en gran medida — la concepción del mundo de cada cual.

No cabe la menor duda de que en no pocos casos la ignorancia más crasa de los temas sexuales ha producido daños en varones y mujeres. No pocas muchachas cayeron víctimas de

hombres poco escrupulosos, los cuales supieron aprovecharse de la ignorancia sexual de aquéllas; se descompusieron matrimonios sólo porque ninguno de los esposos conocía la verdad acerca de las relaciones sexuales, o porque la esposa no estaba preparada bajo ningún aspecto para la realidad; por la misma razón quedaron destruidas vidas humanas y muchas veces no se alcanzó la felicidad deseada. Sin embargo, el querer ver en la «aclaración sexual» la panacea universal cuya aplicación podría hacer desaparecer todas las tragedias — a menudo se trata sólo de comedias — sería una simplificación excesiva de las cosas. Nada en la vida humana depende de una sola condición exclusiva. La ignorancia, sea cual sea la faceta de la realidad a que se refiera, acarreará siempre consecuencias nefastas; mas, por el otro lado, un mero saber tampoco es suficiente para evitar que se produzcan errores y surjan complicaciones trágicas.

Sólo se puede afirmar una cosa: tal como la situación se presenta actualmente, queda planteado el problema de la «aclaración» sexual. Por otro lado, significa decididamente ir demasiado lejos si se asevera que insertando la aclaración sobre temas sexuales muy temprano en los programas educativos, aumentaría y se aseguraría la dicha de nuestros hijos. En la medida en que tales cosas puedan tener importancia, sin duda alguna no constituyen más que un momento parcial dentro del conjunto de la educación.

Naturalmente, es preciso que adaptemos nuestra educación en lo posible a las condiciones de la vida realmente existentes, y no sólo con respecto a lo sexual. Sin embargo, la manera como muchos autores presentan las cosas produce la impresión como si a la educación sexual le correspondiera una importancia semejante a una posición clave en toda educación «moderna». Tan exagerada insistencia en lo sexual es, sin la menor duda, equivocada y falsa; mas la postura opuesta que quisiera ignorar completamente todo este conjunto de problemas no resultaría certera. No creemos que todas las medidas empleadas desde siempre y que han llegado hasta nosotros por vía de la tradi-

ción tengan que ser consideradas como «anacrónicas»; sin embargo, tampoco una edad venerable constituye ninguna prueba convincente de la valía de algo. No todos los cuadros antiguos son automáticamente valiosos sólo por su edad; bien pueden resultar interesantes para el historiador y ser, no obstante, francamente feos. La admiración de lo antiguo sólo por su antigüedad podría conducir a juicios equivocados, tanto en este sector de cosas como en cualquier otro.

De todas formas, la «edad» no constituye ninguna razón suficiente para admirar algo, al igual que tampoco lo es la «modernidad». El entusiasmo que suscitan siempre de nuevo las ideas modernas es un hijo legítimo de la cándida fe en el «Progreso», tan característica en el siglo pasado (1). El «conservadurismo» no es, por lo menos en parte, sino una reacción ante unas «reformas» demasiado precipitadas. Si en el campo del Arte se predican siempre nuestras «tendencias» noveles y modernas, no tiene importancia directa alguna; hemos visto surgir y fenecer no pocas consideraciones de esta índole, pero sin que tales cambios constantes hayan ejercido una influencia muy grande sobre la vida real. Incluso si el «progreso» trae consigo que en

(1) Existe hoy toda una extensa bibliografía de obras que desenmascaran la curiosa «religión del Progreso» y la cándida convicción de tantos y cuantos contemporáneos nuestros de que en el mundo *sólo* hay «progreso», y que lo «moderno» es siempre y en todos los casos superior a lo «antiguo». En la Francia de los Luises hubo una muy sonada «querrella de antiguos y modernos»; aún *se discutía* por lo menos la «superioridad» de unos sobre otros, pero hoy ni siquiera se discute ya, sino que se da por sentada la preferencia que debe darse a «lo moderno». Esta idea falsa de «lo moderno» ha sido discutida ampliamente desde el punto de vista católico por Jacques MARITAIN (*L'Antimoderne*), por el psicoanalista Ch. BAUDOUIN y muchos otros. La «religión del Progreso» fue sometida a agrias críticas por un autor que procede de las filas del liberalismo agnóstico, a las que vuelve tras haber pasado por una prolongada fase comunista: Georges FRIEDMANN, uno de los sociólogos internacionalmente más apreciados (*Le Mythe du Progrès*, 1.ª ed., 1938). (*N. del T.*)

una determinada ciencia una teoría quede desplazada por otra, ello importa bastante poco, puesto que los hechos puros siguen siendo siempre los mismos. Sin embargo, reformar la vida social o la educación es ya un asunto considerablemente más grave, ya que en estos dos sectores no se puede separar entre sí teoría y realidad. Cualquiera que sea la teoría que se profese acerca de la naturaleza de la luz, por ejemplo, las leyes de su polarización serán siempre las mismas; probablemente para la construcción de un telescopio no resultará demasiado importante si tiene razón Huyghens o si la palma debe corresponderle a Maxwell. En cambio, cualquier teoría pedagógica «nueva» provoca inmediatamente una actitud igualmente nueva frente a niños y jóvenes y acarrea una responsabilidad considerablemente mayor que una teoría sobre átomos o sobre la substancia viviente. Por consiguiente, no sólo tenemos el derecho, sino que incluso nos vemos obligados a someter a una severa crítica los «nuevos» postulados en cuanto a la educación sexual, pero no menos también las tradiciones antiguas.

Incluso en el caso de aceptar la teoría moderna sobre la necesidad imprescindible de la ilustración sexual, habría que postular, no obstante, ciertas limitaciones. Debería de quedar claro, ante todo, que una facilitación de conocimientos en esta clase de materias sólo puede ser en cada caso un *proceso individual*, de persona a persona. Todo el mundo se da instintivamente cuenta de que la sexualidad es un problema sumamente íntimo. Se puede, desde luego, exponer una cuestión de esta índole, hasta cierto punto, también públicamente, por ejemplo, ante una clase de alumnos de un centro docente. Resulta dudoso, sin embargo, que los individuos puedan sacar de una tal exposición pública algún que otro provecho para su vida personal; sin duda aumentarán sus conocimientos, pero difícilmente quedarán facultados por ellos para valerse de tales conocimientos y ponerlos al servicio de la superación de sus dificultades íntimas. No resulta nunca muy fácil sacar de unas verdades generales unas instrucciones de aplicación personal; a la juventud ello le será más o

menos imposible, ya que bajo muchos aspectos no existen relaciones de comprensión entre las palabras del profesor y el propio sentir personal. En cambio, si los jóvenes comprenden estas relaciones, entonces surge por el otro lado el peligro no menor de que se llegue aún menos que antes a una aplicación práctica, puesto que la contrariedad natural a que se mencionen cosas que afectan los estratos más profundos del sí-mismo constituirá un obstáculo. Hemos conocido casos en los que precisamente una tal ilustración sólo provocó una consolidación aún mayor de una postura ya de por sí «introvertida» del enmarañarse en sí mismo. O la pretendida ilustración no quedará comprendida siquiera, ya que no se hallará en ella la menor relación con la vivencia personal, y, por consiguiente, no podrá aportar sus frutos, o será comprendida, pero sus efectos no serán, en muchos casos, mayores. Este escrúpulo nos parece más importante que la mayor parte de las objeciones formuladas habitualmente por los adversarios de la ilustración sexual, como, por ejemplo, el hecho de que en una clase escolar se encuentren reunidos jóvenes de madurez desigual, de edades diversas y de distinta capacidad de comprensión, o que una mención de las cosas sexuales pueda acarrear efectos contraproducentes. Si es preciso ilustrar a los jóvenes acerca de la sexualidad, entonces ello *sólo debe hacerse entre cuatro ojos* (1). Una información de esta índole resulta naturalmente más difícil e implica asimismo una responsabilidad mucho mayor.

No es difícil moverse en el sector de exposiciones meramente teoréticas, aun cuando se trate de temas «delicados»; sin

(1) Los RR. PP. jesuitas húngaros practicaban ya hace siete lustros una consulta llamada *négyszemközti* («entre cuatro ojos»), con el fin de conocer a fondo la vida anímica íntima de sus alumnos, y se valían en ella de la técnica psicoanalítica a título de ensayo. Hoy las autoridades eclesiásticas se preocupan en muchos países de que los fieles no lleguen al matrimonio con una ignorancia crasa de los problemas incluso carnales del matrimonio. En la diócesis de Colonia (Alemania), los con-

embargo, es cosa muy distinta contestar debidamente a preguntas personales y adaptar las explicaciones que se den a la necesidad y al modo de ser peculiar de una persona individual concreta.

Determinar de una manera general el momento más adecuado para una ilustración de esta clase es imposible. Mientras la confianza natural entre padres e hijos se conserve incólume, aún podemos escoger el momento más favorable con cierta seguridad, ya que éstos no vacilarán en dirigirse a aquéllos con sus preguntas correspondientes. Sin embargo, los padres deben estar realmente dispuestos a dar a sus vástagos las explicaciones nece-

trayentes futuros venían obligados, ya hacia 1928, a seguir un cursillo sobre tales temas, explicados a las parejas en la intimidad. Sin embargo, ciertas situaciones eran a veces penosas: un joven sacerdote de aquella diócesis, en viaje de estudios en España, como historiador que era, nos confesó en 1929 que le invadía no pocas veces cierto malestar, sobre todo al explicar ciertas intimidades del matrimonio a parejas de las que tenía la impresión de que en su interior se burlaban de él: «Sus miradas parecían decirme: «¿Qué sabes tú, con *tu* voto de castidad, de tales cosas que nosotros conocemos ya al dedillo a raíz de nuestra experiencia personal?». Salta a la vista el inconveniente y dificultad de esta forma de «aclaraciones» prescrita por la Iglesia, que por un lado no podría correr a cargo de «cualquiera», y por el otro no debería de encargarse nunca como mera tarea de «rutina» a sacerdotes demasiado jóvenes, excepto en el caso de que posean suficiente *seguridad en sí mismos*, en todos los aspectos. Sabemos por experiencia que nada perturba acaso tanto a los jóvenes de ambos sexos que acuden a consultar a un sacerdote sobre problemas de tipo sexual como la *inseguridad* de éste en contestarles, o la impresión que les causa la comunicación de algo «grave» — por ejemplo, la revelación de que en alguna institución religiosa de renombre hayan podido ocurrir «cosas sexuales» —. Lo que los jóvenes consultantes anhelan es un *criterio firme*, una *réplica pronta y segura;* prefieren que el consultorio se declare inmediatamente «incompetente» y les envíe a un sacerdote muy versado en tales materias. De modo que *nunca* debería de ocuparse de «ilustración sobre temas sexuales» sino la persona muy versada y preparada en la materia (lo que — como explica brillantemente ALLERS en este libro — no supone, desde luego, «experiencias personales» vividas en la propia carne). *(N. del T.)*

sarias y deben saber cómo tendrán que efectuarlas. Demasiadas veces no se produce ni lo uno ni tampoco lo otro. Aun cuando un niño no nos formule preguntas espontáneamente, una observación atenta nos revelará, en un número suficiente de casos, si su alma juvenil está preocupada o no por preguntas de esta índole. (Huelga observar que una postura tal nunca debe degenerar en un «espionaje».) Hemos dicho ya que no nos es posible compartir el criterio que pretende interpretar *todas* las preguntas formuladas con mucha terquedad y que se refieren a mil temas diversos — los niños de varias edades suelen formularlas —, como encaminadas en último análisis al descubrimiento de la verdad acerca de lo sexual (1).

Si preguntásemos a uno de esos pequeños seres tan deseosos de saber si quiere enterarse de dónde vienen los niños, obtendríamos, naturalmente, una respuesta afirmativa. Sin embargo, probablemente la contestación no resultaría distinta si le propusiéramos una conversación sobre el problema de procedencia de la Luna o sobre qué puede pensar el agua cuando pasa saltando por las rocas. En efecto, un niño lo quisiera saber sencillamente todo; en muchísimos casos «inventa» hasta las preguntas más extrañas sólo con tal de obtener contestación.

A nuestro modo de ver, la observación directa no nos aporta ninguna confirmación para aquella teoría que afirma que los niños están interesados muy especialmente en los temas de orden

(1) El autor alude aquí, una vez más, a la teoría psicoanalítica freudiana. En efecto, la escuela de FREUD supone que *toda* curiosidad, incluso la científica, se reduce en último análisis a la «curiosidad por los secretos sexuales». Admiten algunos psicoanalistas la existencia de un «instinto epistemofílico» (M. KLEIN) de honda raigambre sexual. Esta teoría queda rebatida por la observación de los etnólogos de que, incluso en aquellas tribus primitivas donde no existe ningún «secreto sexual» y los niños viven en completa promiscuidad con sus mayores, existe igualmente el «instinto de la curiosidad», que por lo tanto no puede derivarse de ninguna «represión sexual» por la «censura social» de las civilizaciones adelantadas. (*N. del T.*)

sexual; es preciso conceder que un niño puede experimentar en un momento determinado una vivísima curiosidad a este respecto. Sin embargo, más de una vez, este interés se deberá a motivos casuales y meramente externos: conversaciones entreoídas de adultos y otros factores similares. Por otra parte, el que aquella curiosidad no quede satisfecha, o que no se la satisfaga inmediatamente, ¿podría acarrear consecuencias verdaderamente tan graves como se pretende? Conocemos a un crecido número de personas que llegaron a sus conocimientos acerca de los temas sexuales sólo más tarde, si bien ya desde hacía mucho tiempo existía en ellas un interés, y ello sin que sufrieran la menor desventaja por esta razón. Será preciso preguntarse si los efectos pretendidamente nocivos de no facilitar información sobre cuestiones sexuales no podrían deberse a causas completamente distintas.

Además, la ilustración sexual no podrá ser la misma para chicos y chicas. Ya hemos dicho lo que pensamos acerca de la tendencia actual a negar todas las diferencias esenciales entre los dos sexos. Sin embargo, es preciso que volvamos aquí una vez más sobre este tema, considerándolo desde el punto de vista peculiar de la aplicación de medidas pedagógicas.

El problema de la *coeducación* abarca toda una serie de problemas parciales. La cuestión de si la coeducación trae o no consigo el peligro de una mayor excitabilidad sexual, etc., es sólo una de sus facetas; mas en este lugar es precisamente la faceta citada con la que tenemos que habérnoslas. La coeducación durante los años infantiles carecerá, sin duda, en el promedio de los casos, de toda importancia (1) — desde el punto de vista sexual —, ya que en aquella fase de la vida la

(1) Desgraciadamente, muchos pedagogos *exageran*, animados por la mejor voluntad del mundo, los escrúpulos en cuanto a la coeducación de los *niños pequeños*. Ésta, como dice muy bien el autor, no acarrea ningún peligro; en cambio, una separación de chiquillos y chiquillas por razones «misteriosas» que esos pequeños seres son incapaces

sexualidad no desempeña ningún papel, ni tampoco las diferencias anímicas de los sexos se manifiestan aún de una manera decisiva.

Durante la adolescencia, sin embargo, o incluso durante los años que la preceden inmediatamente, no se podría aconsejar la coeducación, por la sencilla razón de que el decurso del desenvolvimiento psíquico es considerablemente diverso entre muchachos y muchachas. Mas, para volver sobre el problema parcial que nos interesa en este lugar, digamos que se ha argüido que una educación en común crea un acostumbramiento que permite una mayor confianza entre los sexos, por lo cual la seducción de lo nuevo y desacostumbrado tendrá que disminuir, y el contacto caracterizado por el desenfado o la desenvoltura se hará más fácil. Pues bien, no cabe duda de que una educación que produzca una separación total del otro sexo provoca más tarde una serie de dificultades: las personas jóvenes o se convierten en tímidas y toscas (o también, como efecto de una «supercompensación», en francamente descorteses y groseras), o sufren una atracción a la que no están acostumbradas y a la que difícilmente sabrían resistir. El peligro de modalidades de comportamiento muy poco deseables parece ser acaso mayor en muchachas que nunca hayan tenido ocasión de tratar a muchachos que en muchachos en idéntica situación. La mejor manera para un chico de conocer al sexo femenino es que tenga una hermana, y por esta

---

de comprender todavía, acarrea generalmente más mal que bien. Al visitar un hogar infantil excelentemente instalado en Ciudad Trujillo (República Dominicana), la Superiora catalana, recién llegada, nos dijo: «Imagínese usted: ¡niños y niñas jugaban juntos, en completa promiscuidad! La primera medida que tuve que tomar fue separarlos inmediatamente...». Y aquellos niños frisaban en la edad de tres a cuatro años tan sólo. Toda gazmoñería sexual es siempre contraproducente, ya que siempre arraiga en una falta de comprensión y madurez personal frente a este clase de problemas. Bien se ve la *enorme falta* que hace una Pedagogía «Sexual» católica en sectores muy amplios, basada en criterios tan seguros como los del autor de este libro. (*N. del T.*)

razón, una muchacha que tenga uno o varios hermanos se encontrará en una situación más favorable que otra que se cría como hija única, o sólo entre hermanas; de igual modo, el círculo de amistades de un hermano o una hermana suele brindar ocasión a que vaya madurando una buena comprensión. Sin duda ésta es la mejor forma de ilustración, que no resulta en nada menos eficiente por la sencilla razón de que no se efectúa *ex professo*, programáticamente. Sin embargo, tampoco chicos y chicas que hayan pasado juntos en el seno de la familia su infancia y juventud se verán protegidos contra la seducción que podría surgir a raíz de la presencia constante del sexo opuesto en una clase escolar.

Si se considera necesaria la ilustración sobre temas sexuales, entonces hay que preguntarse, además, de qué manera debe efectuarse la transmisión de conocimientos. Es cierto que el primer problema que surge es el del nacimiento o del comienzo de la existencia propia. Sin embargo, lo que les interesa a los niños no es de ningún modo el hecho propiamente «sexual». Las preguntas que giran de una manera directa o tan sólo velada en torno a la cuestión: «¿De dónde vienen los niños?», significan en verdad una investigación — casi estaríamos tentados a decir filosófica —; es decir, que brotan de una actitud mental que en los adultos podría ser designada como «filosófica». Muchos autores parecen creer, como ya queda dicho, que «tras» el incesante «¿por qué?» de los niños sólo late este interés único y exclusivo dirigido hacia lo «sexual». Sin embargo, resulta por lo menos verosímil que las preguntas que se refieren a lo sexual no son más que casos especiales de un interés general por las concatenaciones causales y problemas del Ser en cuanto tal. Acaso pueda sonar algo paradójicamente esta atribución a los niños de un interés por problemas «ontológicos», por cuestiones del Ser. Ontología significa el intento de aclarar la Existencia o el Ser. La Psicología de los Niños ha sabido mostrar cómo el primer concepto que el niño pequeño llega a formarse es, en efecto, el más general del Ser, lo que por lo demás

coincide admirablemente con las aseveraciones de la filosofía escolástica. Ahora bien, tan pronto como se haya formado el concepto del Ser en general y el yo se experimente como ente, el planteamiento del problema «ontológico» quedará extendido también sobre la propia persona; es así como surge el llamado interés por los problemas de la sexualidad.

En toda la filosofía actual, y muy especialmente en la así llamada «filosofía existencial», se insiste renovadamente en el hecho de que la persona humana nunca puede lograr una idea plástica o una imaginación de su propia muerte. Sabemos, desde luego, que el ser mortal es uno de los rasgos esenciales de la existencia humana, pero nunca seríamos capaces de imaginarnos por entero nuestra propia muerte, ya que, en tanto que pensantes, siempre somos vivientes y asistimos entonces como tales —en la fantasía— a nuestro propio morir y habernos muerto. Sin embargo, se produce la misma situación paradójica tan pronto como intentamos meditar en que hubo tiempos en que aún no existíamos; nos es tan difícil imaginarnos nuestra entrada en la existencia como nuestra salida de ella. Ahora bien, los niños suelen acusar una sensibilidad curiosamente vivaz para con los problemas de la existencia. Si una persona pudiera conservar la manera cándida e inmediata con la que un niño ve las cosas y supiera enlazar con ella la agudeza y fuerza lógica de un verdadero filósofo, entonces se convertiría sin duda en el máximo metafísico de todos los tiempos. Ahora bien, los niños tropiezan muy temprano con el problema que el espíritu humano tiene planteado como tal por el hecho de su propia existencia. Querer explicar, por tanto, el interés por el comienzo de la propia existencia, interpretándolo como un interés por la «sexualidad», no es más que una interpretación totalmente arbitraria. Los hechos no nos obligan de ninguna manera a concebir un supuesto tal; éste es más bien el resultado de determinados prejuicios, que conducen a quienes hayan caído en él sin darse cuenta a interpretaciones que no son concluyentes, sino que resultan incluso manifiestamente falsas.

No se podría negar, sin embargo, que los niños poseen un derecho natural a que sus preguntas les sean contestadas. No podrían menos que preguntar, puesto que día por día van trabando conocimiento con hechos nuevos que deben articular a su saber previamente adquirido; necesitan un conocimiento de la realidad en la que se van moviendo. A veces, los educadores se verán obligados a interrumpir la cadena de sus preguntas; en efecto, no pocas veces los niños continúan preguntando, sin estar impulsados ya por una sed de saber verdadero, y tan sólo para continuar hablando y concretar sobre su persona la atención de los padres o mayores. Una tal forma de preguntar puede ser muy bien expresión de una «voluntad de poder».

En otras ocasiones, unos motivos completamente exteriores pueden obligarnos igualmente a continuar contestando las preguntas del niño. Sin embargo, *nunca debemos rehusar una respuesta* por la sola razón de que ésta, o la misma pregunta, nos resulten desagradables. Habrá siempre, desde luego, preguntas a las que, francamente, no se puede contestar. El niño debe aprender muy temprano que el saber humano en general tropieza con limitaciones, y el de cada cual todavía más. Tampoco es aconsejable que se deje al niño en la creencia de que los adultos lo saben todo; la creencia en la omnisciencia y omnipotencia de los «mayores», que tan fácilmente se forma en el alma de un niño, suele acarrear consecuencias inesperadas y malas tan pronto como surge la inexorable desilusión. Ello podría ser causa entonces de hacer peligrar la relación de confianza, puesto que dicha creencia cándida produce asimismo un desconocimiento de las posibilidades propias y por consiguiente un cuadro totalmente falso del propio futuro. No se debe temer que la confesión de las insuficencias y limitaciones propias por parte del educador pueda menguar el amor o el respeto del niño; sin embargo, dicho peligro surge fácilmente si abandonamos al mismo niño, que llega por sus propios medios a descubrir aquellas insuficiencias nuestras.

El niño nos formulará más de una vez preguntas que no

podrían ser contestadas debidamente, por la sencilla razón de que su inteligencia aún no es apta para comprenderlas; en este caso no nos queda otro remedio sino prometerle la respuesta *para más tarde*. Importa mucho insistir en que el niño no las comprende «todavía», pero que un día las podrá comprender, ya que esta garantía es adecuada para disminuir hasta cierto punto la curiosidad y conservar de este modo la confianza en sí mismo del niño. Cuanto más profundamente arraigue en padres e hijos una recíproca relación de confianza, tanto más fácilmente se dará por satisfecho el niño con una respuesta tal, ya que está convencido de que algún día obtendrá la información deseada, y no dudará lo más mínimo de que sus padres tienen toda la razón. Si en cambio un niño tiene la sensación de que una respuesta sólo se le ha denegado porque los adultos no quieren verse molestados en su comodidad, o porque no creen que su interés sea sincero y real, entonces la promesa de una información para más tarde no surtirá su efecto o, mejor dicho, producirá el efecto contraproducente de que el niño se ponga a indagar en secreto y por su propia cuenta, y que intente procurarse los conocimientos que le han sido denegados cerca de sus pequeños camaradas, criados, extraños, etc.

Las pretendidas consecuencias nefastas del rehuso de informaciones sexuales deben atribuirse probablemente mucho menos a esta misma circunstancia, y mucho más al espíritu general que informa toda la educación. También aquí se pone de manifiesto, una vez más, que toda educación sexual sólo puede ser impartida y debidamente apreciada dentro del marco de la educación total.

Si se considera como necesaria la ilustración sexual, entonces no se impartirá hasta que se haya despertado un interés auténtico para con esta clase de temas en la mente del niño. Una mujer muy inteligente nos contó un día la siguiente historieta sumamente aleccionadora: se había propuesto explicarles a sus hijos lo más precozmente posible cómo nacen los niños del cuerpo de la madre y su crecimiento previo dentro de éste. Cuando sus dos hijitos habían cumplido cuatro y tres años,

respectivamente, les contó a ambos lo que le parecía justo explicar, y así también las penalidades del embarazo y los dolores del parto. Al día siguiente, los dos pequeñuelos se dirigieron a la madre y le dijeron: «Mamá: sólo tú has tenido tantas molestias con nosotros; a nuestros amiguitos Enrique e Ilse los trajo la cigüeña.»

Como ya queda dicho, no se puede determinar de un modo general el *momento* exacto en que debe hacerse la aclaración sexual. Es preciso adaptarse siempre a la situación individual concreta. Lo mismo vale también en relación con el *método* a escoger. También a este respecto es la actitud mental de los niños la que debe orientarnos siempre. Una vez surgido el problema de la propia existencia, volverá a pasar siempre de nuevo, en las más variadas ocasiones, a un primer plano. Acaso el niño haya oído a su madre proferir frases como ésta, dirigiéndose a terceros: «Tal o cual cosa ocurrió antes de que tuviera el niño...» Observa también cómo la gata o la perra tienen gatitos o perritos; oye hablar de la llegada esperada o ya efectuada de un hermanito o hermanita; o llega a su conocimiento otro hecho cualquiera. Sería completamente imposible enumerar aquí todas las ocasiones favorables posibles.

A menudo será preciso escoger los motivos con los que se puede enlazar la contestación de las preguntas. Se ha creído que la enseñanza de la Historia Natural ha de facilitar al niño el medio de llegar por sí mismo a determinadas conclusiones. Sin embargo, es dudoso que las conclusiones sobre circunstancias de la vida animal y sus relaciones con las humanas se impongan automáticamente a todos los niños. En ocasiones, las palabras *Ave María* pueden brindarnos un punto de enlace adecuado. Naturalmente, lo mismo un embarazo de la madre, el nacimiento de un hermanito o hermanita, o procesos análogos en la vecindad. Los niños de las ciudades tienen menor número de impresiones que puedan constituir un punto de partida que los hijos de campesinos o de lugares pequeños. En el primer caso, las posibilidades de solución del problema de la ilustración

quedan afectadas por la «falta de naturalidad» de la vida urbana. No es tanto el espíritu peculiar de los ambientes «burgueses» lo que priva a los niños de la información; en las ciudades grandes, incluso los hijos de las capas inferiores y más bajas carecen de informaciones auténticas, aun cuando por otra parte suelen trabar conocimiento mucho más precozmente con lo sexual.

Más dificultoso que la transmisión de conocimientos acerca del embarazo y el parto es lo que concierne a las relaciones sexuales propiamente dichas y otros temas afines. Existe todavía menos acuerdo entre los educadores acerca del momento más apto para una información sobre tales temas. Algunos opinan que debe proporcionarse años antes de que se inicie la vida sexual de los niños, diciéndoles absolutamente todo acerca de las relaciones entre los sexos; creen que un conocimiento de esta índole no significa ninguna carga ni peso anímico, y que, por otro lado, el joven, en cuanto tenga sus primeras vivencias sexuales, no sentirá ninguna inquietud ni deseará ninguna experiencia concreta. Otros prefieren aplazar tales explicaciones para después del comienzo de los procesos de maduración, alegando que un tal saber bien podría perjudicar al niño, por la sencilla razón de que éste no puede comprender todavía nada de todo ello; por consiguiente, no podría sacar de las aclaraciones ninguna clase de provecho. Aunque se considere como prudente una aclaración temprana, habría que repetir ésta más tarde, ya que los pensamientos y los giros que al niño todavía le son suficientes, al joven le parecerán, en la mayoría de los casos, sumamente insuficientes. La situación no es distinta de la que concierne a los conocimientos de Historia o de Matemáticas. En efecto, un niño de diez años aprenderá no poco acerca de la antigua Grecia, Egipto, los triángulos; sin embargo, a la edad de catorce o quince años tendrá que volver a empezar de nuevo, por así decirlo, el estudio de las mismas materias.

Lo repetimos: toda ilustración en esta clase de temas requiere imperiosamente una *completa intimidad de la conversación* entre cuatro ojos, así como la subsistencia de una confianza auténtica en el sentido ya expuesto más arriba. Sin embargo, cuanto más se vea cualquier proceso supeditado a condiciones individuales, tanto menos posible será formular unas reglas generales cualesquiera. Un conocimiento profundizado de la personalidad del joven ser —en general, como también en especial, de cada muchacho o muchacha concretos—, así como de su modo de pensar individual, una fina sensibilidad para sus reacciones sentimentales y afectivas, un presentimiento lleno de tacto y paulatino son condiciones imprescindibles si se quiere prevenir cualquier choque o escándalo.

En muchas ocasiones, informaciones por parte de una persona ajena, de alguien que no forme parte del estrecho círculo de la vida de cada día, serán mucho mejor soportadas. Cuando el choque o sacudida resulte bastante violento, lo que ocurre en no pocos casos, entonces una pausa intercalada entre la primera y la segunda conversación podrá ejercer frecuentemente un influjo favorable; mas ello no es posible dentro del seno de la familia. Hay que obervar también que los jóvenes perdonarán a sus propios padres. En efecto, se puede observar a menudo cómo ciertas personas «difíciles» se entienden muy bien con sus amigos, pero de ningún modo con sus parientes y allegados más cercanos. La causa de esto debe buscarse probablemente en el hecho de que todos nosotros tenemos más o menos la sensación de que por lo menos los miembros de la propia familia deberían de comprendernos y comportarse para con nosotros tal como a nosotros nos gustaría que lo hicieran; si no lo hacen, entonces sus faltas o defectos serán juzgados mucho más severamente que un idéntico comportamiento en una persona extraña. Esta actitud es sumamente comprensible, aunque difícilmente se la podría llamar lógica; pero, ¡cuán pocos de nosotros solemos dejarnos guiar por motivos racionales!

En cuanto al problema de si una aclaración precoz es aconsejable o no, no podemos decidirnos a formular tampoco una recomendación de carácter general e incondicional; incluso qui-

siéramos considerarla, tal como se la suele concebir corrientemente, como *superflua*. Desde luego, no estaría de más poder crear cierta forma de separación, una cierta disposición previa que luego, cuando llegue el momento oportuno, permita una recepción mejor y en el espíritu más adecuado. Constituye probablemente un error dejar a los niños en una ignorancia completa acerca de las diferencias de sexo más esenciales. También a este respecto la situación de los niños urbanos es más desfavorable. Acaso no estaría del todo mal que los niños pequeños pudieran descubrir tranquilamente ellos mismos las diferencias morfológicas de ambos sexos. Allí donde se crían juntos hermanos y hermanas, separados sólo por una diferencia de edad ínfima, un tal conocimiento es adquirido sin dificultad. Los hijos únicos, o los que sólo tienen hermanos de su propio sexo, no gozan de tales ocasiones. Sin embargo, nos podríamos arreglar para que viesen cuadros, por ejemplo, reproducciones de pinturas clásicas; en los primeros años de la vida no se podría causar el menor daño con ello. Naturalmente, con vistas a evitar abusos, será preciso quitar de su vista tales cuadros (no sólo en la prepubertad, sino mucho antes); pero entonces ya se habrá adquirido el conocimiento que conservará incólume y acaso pueda preservar al niño de toda curiosidad malsana.

Huelga observar que toda educación sexual digna de este nombre debe ser algo más que una mera ilustración teórica, por sumamente útil que ésta pueda resultar en muchos casos. El joven no sólo debe enterarse de los aspectos principales de lo que concierne a la sexualidad, al sentido verdadero de ésta y su destinación propia, sino ante todo de cómo conducirse, cómo comportarse frente a sus experiencias propias, sus sensaciones y pensamientos personales. En este punto, la tarea educativa tendrá un cariz doble: por un lado, tendrá que ir construyendo una forma de vida dentro de la cual los peligros de la sexualidad queden reducidos, siendo más llevaderas las dificultades que de ella surgen; y por el otro, debe hacer posible que los jóvenes lleven una vida moral.

PORMENORES DIVERSOS

La primera tarea le corresponde, en líneas generales, a *la higiene*, tanto del cuerpo como de la psique; no es, por consiguiente, una tarea de la educación sexual propiamente dicha, sino una empresa de orden completamente general. No debe olvidarse que todo mal estado de salud puede representar un peligro también desde el punto de vista sexual. Tener que guardar cama durante largos períodos, o bien con mucha frecuencia, favorece el establecimiento de malos hábitos y crea la ocasión para soñar despierto. Un estado enfermizo duradero es, según parece, aún más peligroso que una enfermedad seria; ésta, a fin de cuentas, acaba por pasar y cede el paso a una vida normal. En cambio, un estado enfermizo y una debilidad crónicos, así como la necesidad de tener que cuidarse acá y acullá, junto con el verse excluido a causa de tan mala disposición, de tantas y cuantas experiencias y posibilidades de vida agradables y alegres en las que pueden participar los demás, puede producir fácilmente una «huida ante lo real»: una retirada al mundo de los sueños y una busca de otra clase de placer que, desde luego, se obtiene con demasiada facilidad.

Una muchacha de dieciocho años nos confiesa: «No me es accesible la alegría de los deportes; los placeres de una vida al aire libre durante las vacaciones me están vedados; ni siquiera se me permite trabajar mucho; sin embargo, debo disponer de algo que represente un contrapeso a la monotonía de mi vida; he aquí la razón de por qué no puedo renunciar a mis ensueños y hábitos sexuales». Aun cuando este intento de autojustificación no se fundamentase en nada objetivo, no obstante, tenía suma fuerza convincente para la muchacha misma. También las preocupaciones excesivas de unos padres demasiado ansiosos, que están temblando constantemente por la salud de sus hijos, pueden producir a su vez efectos análogamente nocivos al estado enfermizo crónico.

Decir algo en este lugar acerca de la *higiene del cuerpo* me parece superfluo, puesto que estas cosas son ya del dominio público y, además, suelen ser tratadas pormenorizadamente en todos los tratados de Pedagogía General (1). Del mismo modo podemos limitarnos a unas pocas observaciones acerca del lado psíquico de las medidas higiénicas. El problema de una «*psico-higiene*» no entra en el marco de la presente obra; nos contentaremos con unas cuantas indicaciones.

Se ha insistido mucho sobre la imperiosa necesidad de *distraer la atención* de los jóvenes de los temas sexuales, así como sobre los métodos más adecuados para lograr este objetivo. Sin embargo, sólo se puede *dis*traer si se sabe dónde *a*traer la atención: no es suficiente conocer el objeto que no debería ocupar el espíritu de nuestros educandos, sino que es preciso saber al mismo tiempo con qué otra cosa lo podríamos substituir. Si nos contentamos meramente con decirle a una persona, cuyos pensamientos giran constantemente en torno a un objeto determinado, que

(1) Esta observación del autor nos parece demasiado optimista. Mientras en nuestros países no se divulgue la saludable costumbre norteamericana, dictada por la higiene, de circuncidar a todos los neonatos masculinos, siempre habrá jóvenes que no sabrán que deben lavarse tan a menudo debajo del prepucio como en las demás partes de su cuerpo; es el consejo que se da a un muchacho en uno de los tomos de la *Crónica de los Pasquier* (edición española; José Janés, Barcelona), de Georges DUHAMEL, que además de novelista es también médico. Hemos conocido a jóvenes que, por no haberles iniciado nadie, en el momento en que ello empezaba a hacerse no sólo posible, sino también necesario, confundían los resultados de una falta de higiene en el órgano viril y se creían víctimas de una infección sexual, aun sin haber tenido nunca una experiencia directa; ello, forzosamente, les sumía en una depresión completa y duradera. En uno de tales casos, el joven en cuestión había «revelado» lo que creía ser una gonorrea a su cuñado, quince años mayor que él, profesor de Pedagogía (!), el cual, ignorando a su vez de qué se trataba, propinó un sermón moralizador al joven, recomendándole que tratara la supuesta enfermedad con un producto que podía adquirir en la farmacia. La profunda crisis moral del muchacho sólo quedó superada tras una consulta médica, que le mostró que se trataba no de una contaminación venérea, sino tan sólo de una pequeña falta de higiene de su cuerpo, acerca de la cual *nadie* le había informado. Esto ocurrió en la culta y progresiva Alemania, ¡pese a todos sus Tratados de Pedagogía General! Tales faltas de higiene provocan, desde luego, una irritación del glande, la cual induce con una frecuencia extraordinaria al autoerotismo, etc. Como se ve, ilustrar a los jóvenes de *ambos sexos* en la higiene del cuerpo es tarea importantísima. (*Nota del Traductor.*)

haría mejor no pensando en él, sino en otras cosas, una advertencia de esta índole tendrá que resultar infructuosa en la mayoría de los casos si al mismo tiempo no somos capaces de proponer otro eje para sus pensamientos. Por consiguiente, podemos observar a menudo una relación directa entre la falta de intereses y un intelecto obtuso con malos hábitos sexuales. Muchas veces se cree que estos últimos son la «causa» de los rasgos mencionados; en realidad, con gran frecuencia ocurre exactamente al revés, y los malos hábitos son la consecuencia, no la causa, de la indiferencia mental. Una persona indiferente que no participa, o no es capaz de participar, suficientemente en el universo de cosas e ideas, se orientará con facilidad suma hacia las únicas experiencias en las que pueda notar su propia vivacidad. Es como si el espíritu humano sintiera por naturaleza una necesidad de vivencias capaces de impresionarle e intentase captarlas dondequiera que éstas se le ofrezcan. Una persona capaz de interesarse vivamente por una multiplicidad de temas y asuntos no va a caer muy fácilmente en sueños despiertos de carácter sexual ni en hábitos autoeróticos. Resulta, por tanto, sumamente necesario dedicar atención a los *intereses* de los niños y jóvenes para cultivarlos debidamente. Teniendo en cuenta los efectos muy saludables que de este modo se pueden obtener respecto al comportamiento sexual, todos los escrúpulos dictados por otros puntos de vista —como, por ejemplo, el peligro de una distracción de los deberes escolares y otras preocupaciones por el estilo— deben quedar relegados en un segundo plano.

Los efectos saludables de las *actividades deportivas* deben atribuirse, como es natural, en parte a las influencias meramente corporales, como son el cansancio y el sueño profundo que éste provoca (1). Sin embargo, no se podría desconocer que también en esta clase de actividades físicas intervienen a su vez motivos anímicos, puesto que el deporte requiere una actitud «extravertida» y por consiguiente desvía la atención del propio cuerpo.

---

(1) Este pasaje parece revelar una familiaridad insuficiente del autor con el tema de los deportes en los jóvenes. Muchos pedagogos desconocen el hecho de que precisamente una fatiga excesiva — al igual que el hambre, en períodos de escasez de alimentos —, en vez de «apagar» los impulsos sexuales, al contrario, ¡los despierta y agudiza en muchos casos! Hemos conocido a numerosos jóvenes que, tras un esfuerzo deportivo que les sumía en un gran cansancio, no podían ser dejados solos sin caer inmediatamente en el «vicio solitario». *Sapienti sat*! Véase nuestro estudio *Espíritu y deportes*, en *Revista de Espiritualidad* de los RR. PP. Carmelitas Descalzos, Madrid, 1943. Nos parece otro error creer: 1.º, que el deporte fomenta *siempre* la «extraversión»: al contrario, muchísimos ejercicios requieren una enorme concentración de la atención y con ello, precisamente, una actitud «introvertida», 2.º, que los deportes «distraen la atención del propio yo», ya que, por regla general, ocurre *todo lo contrario*. Muchos deportistas jóvenes llegan a caer en un verdadero «narcisismo de su propio cuerpo», además de desarrollar — si sus rendimientos son superiores a los corrientes — un narcisismo también anímico: un «complejo de superioridad», altanería y altivez para con sus compañeros, rasgos de «divo» y «estrella», etc. Hay que haber vivido en ambientes deportistas para conocer a fondo los peligros, tanto físicos como morales, que los deportes pueden acarrear. Aun en el caso de que el joven deportista logre imponerse una abstinencia completa (sexual, alimenticia, además de no beber ni fumar), y de los valores morales certeros que todo ello pueda representar desde el punto de vista moral, del de la educación de la voluntad, etc., por otro lado una tal abstinencia no siempre resulta *únicamente* positiva. Ocurre, en efecto, demasiadas veces, que un joven «abstinente» lo sea, por lo menos en parte, por un deseo inconsciente de *no madurar;* también que, aun sin este móvil, que su vida «ascética» le cause un retraso *objetivo* en la maduración, quedándose estancado en cierto estado de infantilismo psíquico. En tales casos, sobre todo si su abstinencia es meramente «pragmática» — es decir, si su *única* finalidad estriba en «conservar su forma» deportiva, sin el menor contenido espiritual, a raíz de una indiferencia religiosa y moral y de la ausencia de un director de conciencia —, su «narcisismo de deportista» puede conjugarse con el de otros compañeros suyos que se hallan en el mismo caso, cayendo todo un grupo de dos o más deportistas jóvenes en el «autoerotismo mutuo», con el peligro de deslizarse por la peligrosa pendiente del homosexualismo. Tales casos se han dado en todas partes y también en España, aun cuando el ambiente hispano parezca menos favorable al homosexualismo, gracias al «complejo de virilidad» y a la «protesta varonil» que en él imperan. El tema sumamente importante de los deportes y la educación sexual hubiera tenido que merecer una exposición más pormenorizada y también un conocimiento más directo que las fugaces observaciones del autor, cuyo lado más fuerte no parece ser, desde luego, éste. (*N. del T.*)

Debemos admitir, sin embargo, que el concepto del «*interés*» no es suficientemente claro. No pocas personas sólo depositan su interés en el éxito que puedan conseguir mediante una entrega de sí mismas a alguna «performancia»; en tales casos los esfuerzos no son dirigidos a la performancia por la performancia, al rendimiento por el rendimiento objetivo, y la «obra» sólo se realiza por el deseo de satisfacer la vanidad personal, por el afán de verse reconocidas y admiradas por los demás. Aun cuando también esta forma del interés puede conducir a la realización de rendimientos y performancias sumamente valiosos en sí y al mismo tiempo distraer la atención del propio Yo, no obstante no es el interés auténtico, ni podría merecer toda nuestra confianza desde el punto de vista de nuestras intenciones educativas. Si una persona se dedica a una labor que reconoce como un deber suyo y sabe que su trabajo debe ser realizado, entonces estará dispuesta asimismo a aceptar algún que otro fracaso, y al producirse eventualmente éste, volverá a empezar de nuevo. En cambio, el individuo que sólo tiene fija la mirada en el éxito personal, por regla general, soporta mal el menor fallo o fracaso, ya que éste se le aparece como una derrota;

por consiguiente, propenderá con excesiva facilidad al descorazonamiento y al desánimo, se inclinará mucho más hacia la retirada ante la realidad y se encerrará en el sector de su propio Yo o en el de su pequeño mundo de fantasías.

También desde el punto de vista de la educación sexual resulta de suma importancia que el joven descubra lo más temprano posible hasta qué punto su valía personal es *independiente* de sus éxitos y fracasos, valía que no aumenta por sus logros ni disminuye por sus fallos, mientras él pueda tener la conciencia tranquila de haberse esforzado siempre hasta donde alcanzaron sus posibilidades. Sin embargo, no se puede exigir a nadie más de lo que sea capaz de rendir. El sector sexual —tanto si se trata de meras fantasías y ensueños de un joven como de los «éxitos» de un seductor donjuanesco— representa muy a menudo un excelente refugio en donde se puede esperar la cosecha de unos triunfos que la realidad no sabría brindarnos nunca de ninguna de las maneras. Conocemos a hombres que gozan de mucha fama a raíz de sus «éxitos» cerca de las mujeres, pero que por lo demás fracasan completamente tan pronto como se les exige un rendimiento cualquiera en la esfera de la vida y una performancia comunitaria y social.

Las *actividades deportivas* pueden convertirse a su vez en un tal refugio, sobre todo cuando la vida real no brinda al joven ningún éxito compatible con su necesidad. No pocas personas se consuelan de su fracaso en la vida real diciéndose que son, por lo menos, unos excelentes jugadores de fútbol, o que sobresalen en alguna otra rama de los deportes. Nada más lejos de nosotros que la intención de restar importancia a los deportes; sólo quisiéramos llamar la atención sobre algún que otro peligro que acarrean. No cabe duda de que muchos jóvenes cobraron suficiente valor para la lucha en la vida a raíz de sus buenos rendimientos conseguidos en el estadio. Sin embargo, hubo igualmente casos en que éste o aquél se contentaban tan sólo con sus éxitos deportivos y encontraron en ellos un *ersatz:* un substitutivo para sus derrotas sufridas en otros campos de la vida, que nunca hubiesen tenido que sufrir forzosamente.

Las diversas medidas de la *higiene del cuerpo* que suelen ser recomendadas para disminuir la excitabilidad sexual deben sin duda su éxito al hecho de que fomentan y aumentan la sensación de salud y fuerza, y así contribuyen un poco al fortalecimiento de la seguridad en sí mismo. Sin embargo, unas duchas frías no serán nunca suficientes en sí para ayudar a un joven introvertido, demasiado encerrado en sí mismo, a superar sus inclinaciones sexuales. Debemos ser incluso muy precavidos y cautos en recomendar y ensalzar tales medidas, puesto que su falta de eficacia podría ser no raras veces la causa verdadera de que la conciencia de la propia insuficiencia y flaqueza eche raíces más profundas (1).

Los problemas ya genuinamente higiénicos o médicos no podrían entrar en el modesto marco del presente libro. Por consiguiente, tampoco nos ocuparemos de las posibilidades de un tratamiento anímico propiamente dicho —psicoterapia— en casos de dificultades sexuales o trastornos. Cuando la educación se demuestre ineficaz y las perturbaciones correspondientes al-

(1) También en este punto las observaciones del autor nos parecen muy atinadas, pero sin duda poco explícitas. Ningún educador moderno podría creer hoy día que sólo mediante ciertas medidas de higiene del cuerpo, duchas frías, ejercicios físicos hasta cansarse, se pueda obtener la continencia sexual. En nuestra juventud se nos explicaba incluso que, con la fatiga, el cuerpo descargaba lecitina, substancia que intervenía en la formación del semen (!), y que con ello se «resolvía» perfectamente el «problema» sexual mediante la castidad lograda. Sin embargo, no se debe olvidar que para ello se necesita también y sobre todo un *fortalecimiento moral* de la persona joven, lo que no se consigue con meras pláticas y sermones, sino ante todo mediante la reducción de sus *sentimientos de insuficiencia e inferioridad* —o de su «complejo de superioridad», que viene a ser lo mismo, puesto que éste no es más que una «supercompensación» de los primeros— y la consolidación de su confianza y seguridad en sí mismo. Unas medidas meramente «corporales» como las ya mencionadas pueden más bien *aumentar* la actitud «neurótica», enmarañándole en una especie de «círculo diabólico» y una

cancen un grado descomunal, o aparezcan en unión de otros fenómenos de tipo «nervioso», entonces, naturalmente, es preciso solicitar la ayuda de un médico muy experimentado, por lo menos como consejero del pedagogo.

Si ya en lo que antecede hemos aludido repetidas veces a la importancia del «*vivir hacia el mundo y alejarse del propio yo*», entonces con ello nos hemos internado en el campo de la formación pedagógica general de la vida anímica o de la personalidad. En efecto, dicho postulado no pierde su vigencia tampoco más allá del sector propio de la educación sexual. Desde luego, en las relaciones sexuales, la «entrega de sí» cobra una forma y un significado peculiares; mas no por ello se debería olvidar que la misma postura es necesaria y postulada no menos que en otras esferas de la existencia humana. La entrega de sí es, en general, la actitud debida y genuina en la vida, tanto frente a personas como ante tareas y valores. Es desde luego falso y representa una perversión de la realidad, debida a una ceguera naturalista, el creer que toda entrega de sí «se deriva» de la entrega erótica y en «último análisis» se la puede «deducir» y explicar mediante ésta. La entrega de sí es, al contrario, una de las formas fundamentales posibles de la existencia humana, que toma formas peculiares, muy variadas siempre según el sector de la vida en el que se verifica. Por consiguiente, existen formas de dicha entrega de sí primigeniamente diferentes según los sectores de objetos: una entrega al amor sexual, al amor de las personas, que se diferencia a su vez, según las modalidades, de la

---

presión anímica cada vez más fuerte, al observar que las «medidas» empleadas no aportan la solución anhelada. Un joven (centroeuropeo), que «luchaba contra sus malos hábitos», llegaba a salir de noche al patio en busca de un témpano de hielo para aplicarlo a su órgano con tal de evitar su excitación, ¡sin éxito! Sólo unos *consejos psicológicos* llegaron a ayudarle verdaderamente a romper el círculo vicioso (que podría compararse más bien con una espiral diabólica que «sube» — o si se quiere: «baja» — cada vez más, aumentando la tensión psíquica y nerviosa). (*N. del T.*)

«proximidad» o la «altura» de éstas; la entrega al servicio y a la tarea, a la belleza, a la santidad, etc. Sin embargo, puesto que la conducta justa y debida de los individuos sólo podría traducirse mediante la fórmula universal: «entrega al valor reconocido, en cada caso, como superior»; puesto que la realización de aquellas posibilidades que yacen ocultas en nuestro interior — es decir, el «despliegue de la personalidad» — sólo se consigue rebasando el círculo excesivamente estrecho del propio Yo, la educación hacia la entrega de sí en general será al mismo tiempo la forma más amplia y fundamental de preparación para la educación sexual, que debe conducir al joven a capacitarse para entregarse de la manera más adecuada en la esfera de sus relaciones sexuales. Sólo es posible «entregar» algo que uno haya conservado previamente. De ahí la doble tarea de la educación sexual: el que la persona se conserve y que esté preparada. Mas, como quiera que éste es el tema de *toda* educación, creemos que no será necesario decir nada más al respecto.

La mejor educación general será al mismo tiempo la mejor educación sexual.

ALGO MÁS SOBRE EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

Sin embargo, varios puntos ya tocados requieren aún alguna que otra observación complementaria. Un conocimiento meramente teórico — así nos lo enseña la observación de cada día — no asegura todavía un comportamiento correspondiente. Acerca de la *educación de la voluntad* se han escrito verdaderas bibliotecas; no obstante, aún no reina una claridad completa en cuanto a tales problemas, desde luego muy complicados. Acaso valdría más no hablar de una educación de la «voluntad», sino más bien de una *educación de la conducta;* se evitarían de este modo algunos escrúpulos conceptuales que se enlazan automáticamente con la idea de una educación de la voluntad.

En efecto, sin duda la «voluntad» en cuanto tal no puede ser «educada», en el sentido de conducirla de un estado de posi-

bilidad a otro de actualidad. A partir del momento en que un ser humano posea conciencia y actúe, también posee ya voluntad. Nada podríamos hacer sin la voluntad, y en realidad sólo hacemos lo que queremos; hasta el no hacer nada debe ser «querido» de alguna manera.

Se produce mucha confusión a este respecto a raíz de la polivalencia del sentido de la palabra «voluntad», o su empleo poco estricto en el lenguaje coloquial de cada día. Desear, querer, volición no son sinónimos. Lo que yo «quisiera» de buena gana dista mucho de constituir el objetivo de mi volición, y mi desear, en su peculiar modo de ser, como vivencia, algo muy distinto de mi voluntad propiamente dicha. Lo que vulgarmente se llama una «voluntad débil», por regla general, no es ninguna voluntad; una meta a la que se dirige instantáneamente la volición no es siquiera una meta en un sentido propio, sino que es a lo sumo meta y objetivo de algún *deseo* («¡Qué bonito sería si...!» «¡Ojalá que...!», *utinam*!). Del mero deseo hasta la volición propiamente dicha hay mucho trecho. Se pueden desear incluso cosas que esencialmente resultan inalcanzables y que no dependen en absoluto de nuestro obrar; sólo puede ser objeto de una verdadera volición la propia acción posible. Y aun ésta sólo será objeto de la volición en cuanto ya se inicie el obrar. «Y la ejecución sigue tan velozmente a la decisión que ni se puede decir en absoluto dónde acaba ésta y dónde empieza aquélla» (San Agustín).

La «educación de la voluntad» (si se quiere conservar a toda costa esta fórmula habitual, aun cuando inapropiada) tiene, pues, ante sí, dos tareas: 1) la persona debe aprender cómo reconocer los objetivos justos; 2) debe desear lo justo e incluso realizar todo cuanto haya reconocido como tal. La postura que la educación ocupa frente a las cuestiones de la «educación de la voluntad» depende esencialmente de actitudes fundamentales de carácter filosófico y ético. En ningún otro punto se nos aparecerá con la misma claridad la diferencia que media entre las diversas filosofías como precisamente en este punto.

Una concepción del mundo o *Weltanschauung* podrá llegar acaso a un compromiso con otra bajo muchos aspectos, o mostrarse acá o acullá conciliadora. No cabe la menor duda de que es muy poco deseable que niños católicos reciban enseñanzas de Historia por parte de un secuaz del materialismo dialéctico, o de Psicología por parte de una persona completamente agnóstica; sin embargo, se puede esperar que la enseñanza religiosa o ciertos conocimientos filosóficos puedan aportar incluso en tales casos la necesaria corrección. Por otra parte, no podemos admitir que a nuestros niños se les inculquen ideas sobre valores y sobre su jerarquía que se hallen diametralmente opuestas a nuestras convicciones fundamentales. Toda transmisión de un saber sólo hasta cierto grado podría resultar indiferente desde el punto de vista filosófico; una educación, nunca. Un sistema ético, por ejemplo, que tenga por admisible o acaso hasta necesario el *comercio sexual prematrimonial*, y que pusiera en duda el carácter pecaminoso de los hábitos autoeróticos, es completamente incompatible con cualquier forma de una concepción cristiana del mundo. La tarea de una educación sexual en el sentido cristiano se halla exactamente circunscrita por los mandamientos de la Ética cristiana.

Estamos convencidos de que dichos mandamientos se hallan en completa armonía con los postulados de la Naturaleza — tomando aquí «Naturaleza» en el sentido de determinación del ser humano íntegro y completo, y no en el significado estrecho de unos dispositivos meramente biológicos — y de que la personalidad humana sólo puede desplegarse hasta su más alta perfección posible dentro de este marco. Por esta razón, una educación sexual debe transmitir a sus educandos, ante todo, un conocimiento claro y convincente del orden jerárquico de valores objetivamente vigente y asignar al mismo tiempo y dentro de este orden a la sexualidad el rango que le corresponde. Lo que se pueda decir acerca de este punto, el segundo capítulo ha intentado resumirlo ya.

Queremos preguntarnos ahora qué clase de medidas edu-

cativas concretas pueden ser empleadas para la obtención de este objetivo.

Con motivo de nuestras observaciones acerca del tema de la «pureza», hemos puesto ya de manifiesto que los conflictos entre los mandamientos de la buena moral y los deseos de origen sexual sólo deben ser concebidos como un caso especial del problema mucho más universal del antagonismo entre el Yo y el No-Yo, entendiendo por este último no sólo el mundo de los objetos e incluso el de nuestro prójimo, sino también todos los demás objetos de cualquier clase, a saber: verdades, valores, situaciones, tesis de la Filosofía, la Ética y la Religión. No podemos esperar que una persona cualquiera pueda ser educada en un comportamiento sexual sano y justo si no le educamos con vistas a un conocimiento adecuado para con *todo el No-Yo*, en todas las más diversas formas de manifestación de éste.

Sólo podría haber una «educación sexual» dentro del marco de la educación general, cuyos supuestos últimos e intenciones deben coincidir con aquellos que se hallan en la base de nuestras ideas acerca de un comportamiento sexual adecuado y justo. Es simplemente imposible postular abnegación y resistencia frente a los violentos impulsos brotados de las capas profundas del Yo en el sector de lo sexual, y *al mismo tiempo* fomentar una conducta egoísta y egocéntrica, que hace concesiones al sí-mismo bajo otros aspectos. Así, pues, el joven no comprende la necesidad y el sentido de un sacrificio en el campo de la apetencia sexual si no se le ayuda previamente a comprender *en general* el sacrificio como una regla y forma corriente de la vida moral.

Ahora bien, el sentido de «sacrificio» es: entrega de un valor en aras de otro valor superior. Sólo hay *sacrificio* en el caso de que lo sacrificado posea un valor en sí. Si queremos que la juventud se mantega libre de toda actividad sexual, por razones de la buena moral, y que comprenda esto como un sacrificio, anhelándolo, entonces *no debemos desvalorizar a sus ojos todo lo sexual*. Si todo lo relacionado con el sexo le es presentado

como malo e inmoral en sí, entonces no sólo haremos caso omiso a la verdad, sino que además perderíamos de este modo un motivo sumamente útil, y en verdad el único motivo eficiente que podemos transmitirle a la juventud.

EDUCACIÓN Y FIDELIDAD A LA VERDAD

Si se degrada todo lo sexual, despojándole de valor y rebajándolo hasta considerarlo como algo abyecto, entonces se le amputa a la educación un motivo modernísimo y —por muy paradójico que ello pueda parecer a primera vista— se le confiere a la esfera cargada con tan severo juicio condenatorio una nueva fuerza de atracción. La idea de que al resistir a las apetencias sexuales no sólo se obedece a un mandamiento o se observa obediencia a alguna ley, sino que se realiza asimismo una serie de valores auténticos, se muestra, en efecto, como el motivo acaso más eficiente en dicha lucha. Si la persona juvenil comprende que no sólo pugna contra algún adversario demoníaco en su propio fuero interno (aun cuando en verdad aquel adversario, si bien el Demonio puede valerse perfectamente de tales instintos, no pertenece en absoluto al mundo de las Tinieblas), sino que el triunfo sobre una inclinación de tal índole es ocasión de una conducta verdaderamente «magnánima» —no conocemos ninguna palabra más idónea para designar aquella postura que se postula en toda entrega de valores en el sacrificio—, entonces ello representará seguramente una incitación más fuerte y una animación mayor para el progreso, en el sentido de un desenvolvimiento moral, que no el que llegue a predominar la sensación de que uno tiene que habérselas dentro de su propio yo con unos poderes que deberían ser considerados como absolutamente «malos»; en efecto, una tal conciencia sólo podría poner en grave peligro la vivencia autoestimativa de los jóvenes.

Quien nada tenga que donar dudará fácilmente de «ser algo», es decir, «ser un valor»; quien vaya observando en su fuero interno unas «tendencias malignas», propenderá con excesiva facilidad a creerse a sí mismo malo y desprovisto de todo valor. Tales peligros se producen, sin duda alguna, en cuanto se presenta a la juventud lo sexual como la quintaesencia misma de todo lo Malo en cuanto tal.

Por otro lado, sabido es de qué modo lo prohibido ejerce sobre los seres humanos una fuerza de atracción no despreciable. Dígasele a un niño que deje de hacer esto o aquello y se verá que el acto que hasta aquel instante acaso no había ejercido sobre él ninguna seducción cobra inmediamente una atracción extraordinaria. Todo «*camino prohibido*» es una tentación. Un enfermo del estómago al que se le prohiben determinados platos deseará éstos precisamente con más fuerza que nunca. La naturaleza humana soporta muy mal cualquier limitación; y el afán más profundo de nuestro corazón continúa consistiendo, según todo parece indicar, en «ser como Dios». En un cierto sentido, este deseo aparece como plenamente justificado, ya que se confunde con el destino supremo del Hombre; el error no yace en el planteamiento del objetivo en cuanto tal, sino en los caminos por los que las personas procuren realizarlo. La serpiente no prometió más de cuanto iba a ser realmente dado al Hombre; sólo que los medios propuestos por el Maligno demostraron ser completamente falsos y fatales. Como observa San Agustín, aun al pecar intentamos todavía imitar simiescamente a Dios. Toda extralimitación frente a cualquier mandamiento es siempre seductora, pues, al ejecutar un acto tal, podemos creernos por un fugaz instante mayores que incluso Aquel mismo que en sus mandamientos formuló su ley eterna.

La ilusión de que la «grandeza» puede ser alcanzada mediante una infracción encierra en sí una seducción tanto más intensa cuanto más monstruosa se nos aparezca aquella acción. Hacer algo prohibido no nos tentará mientras la mala acción sea algo vulgar y corriente; mas la misma postura podrá aparecernos

como «grande» en cuanto se trate de algo extraordinario, algo fuera de lo normal. Así lo expresan ciertos giros de expresión usuales (por ejemplo, cuando se habla de «grandes criminales»), al igual que una sensación general muy difundida que tributa admiración a determinadas figuras de la vida real o de la literatura que en verdad sólo poseen muy poca, o incluso ninguna, «grandeza» auténtica.

La tentación de tender hacia la grandeza mediante una infracción resulta especialmente intensa para aquellos individuos que no confían en poder alcanzar dicha meta por el camino recto de un comportamiento justo y adecuado. «Si no consigo llegar a ser un ángel, quiero ser un demonio», pudo escribir una muchacha de más o menos veinte años. El monólogo con el que se inicia la tragedia de Shakespeare, *Ricardo III*, ilumina mejor este hecho paradójico que toda una larga disertación sobre psicología de la delincuencia (1).

---

(1) Ésta es la teoría sobre la criminalidad de la escuela adleriana de la Psicología del Individuo: el criminal es un individuo desanimado y descorazonado (cf. Oliver BRACHFELD, *Los sentimientos de inferioridad*, publicado en esta misma Editorial). Una buena ilustración de la actitud señalada aquí por ALLERS es la de quien incendió el templo de Diana, en Éfeso, con tal de que su nombre pasara a la posteridad, como quiera que no veía ningún otro camino para ello, dado su poco mérito personal («complejo de Heróstrato» hemos denominado esta tendencia común a muchos delincuentes; cf. Oliver BRACHFELD, *Los «complejos»*). He aquí, por lo demás, el aludido monólogo que ADLER solía citar siempre en sus clases y conferencias sobre delincuencia, explicando ésta como consecuencia del «complejo de inferioridad»: «Pero yo que no he sido formado para estos traviesos deportes ni para cortejar a un amoroso espejo...; yo, groseramente constituido y sin la majestuosa gentileza para pavonearme ante una ninfa de libertina desenvoltura...; yo, privado de esta bella proporción, desprovisto de todo encanto por la pérfida Naturaleza, deforme, sin acabar, enviado antes de tiempo a este latente mundo, terminado a medias, y eso tan imperfectamente y fuera de la moda, que hasta los perros me ladran cuando ante ellos me paro... ¡Vaya, yo, en estos tiempos afeminados de paz muelle, no hallo delicia en que pasar el tiempo, a no ser en espiar mi sombra al sol, y hago glo-

Descorazonamiento, pérdida de ánimo y valor, disminución de la autoestimación, sensación de insuficiencia frente a todos los postulados de la realidad, todo ello puede conducir a que un individuo procure satisfacer la necesidad, hondamente arraigada en la naturaleza humana, de grandeza y valimiento, infringiendo las leyes declaradas como vigentes para la vida humana.

Figurarse que los pecados de índole sexual sean más importantes y graves de por sí bien puede constituir incluso un móvil para cometer tales pecados. Ello parecerá paradójico y, sin embargo, es cierto.

Nada más lejos de nosotros que la idea de reducir la importancia del Sexto Mandamiento. Sin embargo, acaso no resulte completamente superfluo e inútil recordar aquí que los demás mandamientos no son menos importantes que éste. La muchacha de cuya carta acabamos de citar tan significativo pasaje y que — para imitar al Demonio por lo menos en su «grandeza» — se había perdido en toda serie de exacciones sexuales, no se percataba en lo más mínimo de que había llegado a cometer otros pecados, probablemente más graves, a raíz de sus repetidos intentos de suicidio; que existiera también el Quinto Mandamiento, lo había olvidado casi por completo. En ocasiones uno llega a tener la impresión de que muchas personas, aun cuando evitan de la manera más esmerada toda infracción al Sexto Mandamiento e incluso se van soleando en el mérito de su pureza, son capaces, sin embargo, de acusar al mismo tiempo unos modos de conducta diametralmente opuestos al amor. Sin duda, una falta de pureza corre parejas con la falta también de amor; pero en tal caso, muy probablemente, la incapacidad de amar es el fenómeno primerizo.

---

sas sobre mi propia deformidad! Y así, ya que no puedo mostrarme como un amante, para entretener estos bellos días de galantería, *he determinado portarme como un villano* y odiar los frívolos placeres de estos tiempos. He urdido complots, inducciones peligrosas, para crear un odio mortal entre mi hermano Clarence y el monarca...» (*Ricardo III*, trad. de ASTRANA MARÍN, I, 1). (*N. del T.*)

Toda educación sexual debe permanecer siempre fiel a la realidad. La sexualidad es un valor; no podría estar desprovista de valor «en sí», ya que es uno de los fundamentos esenciales del sacramento del Matrimonio, y ni siquiera un sacramento podría transformar algo que fuese esencialmente un sinvalor en un valor. Lo que carece de valor no es la sexualidad *en cuanto tal*, sino *sus abusos;* no aquélla, sino tan sólo éstos son, por consiguiente, «del Maligno».

Cerrar completamente los ojos ante el hecho de la sexualidad sólo podría conducir a las personas jóvenes hacia más de una actitud malsana. Un exceso de atención podría acarrear idénticas consecuencias. Entre estos dos polos extremos, entre Escila y Caribde, debe saber conducir su navecilla la educación. Este curso tendrá que ser distinto en cada uno de los casos concretos individuales; la educación no obedece a ninguna clase fija de reglas que puedan ser aplicadas en todos los casos a la manera de panaceas universales, o como las leyes de la Química. Toda persona humana es algo absolutamente único, es irrepetible, no volverá a existir nunca más y no ha existido nunca antes tampoco; de ahí que la tarea educativa, pese a toda experiencia, ciencia y teoría, se nos presentará en cada caso individual como una *tarea inédita*.

Por consiguiente, esta tarea sólo podrá ser resuelta a raíz de una actitud estrictamente «personal»; entendemos por ésta una relación de una persona individual con otra, en cuanto tal, y de ninguna manera como un mero «caso de...». Es desde luego posible indicar tal o cual medida concreta y vaticinar hasta cierto punto sus efectos probablemente favorables o desfavorables. Se pueden formular también determinadas reglas — más bien de contenido negativo que positivo — y trazar fronteras cuya transgresión podría acarrear un peligro. Sin embargo, no es posible redactar prescripciones ni panaceas universales, y esto ni siquiera en el sentido en que es práctica corriente en el campo de la Medicina. También la Medicina supone, por ser un arte práctico, una cierta relación personal (1) y se ve obligada a enfocar

cada «caso» como un individuo; sin embargo, le corresponde aún el derecho de hablar de «casos», es decir, de fenómenos individuales de validez universal, porque la enfermedad obedece en su evolución más o menos a unas leyes. Cuanto más algún estado se aleje de la norma, tanto más fácil resulta subsumarlo a una fórmula general. Hay, por decirlo así, «casos» de enfermedad, mas no de salud. Se ha dicho que toda persona enferma lo es según su manera de ser individual (2); sin embargo, la salud es todavía mucho más «individual». Lo mismo vale, y hasta en un

(1) Nótese aquí de paso que el movimiento actual de «Relaciones Humanas» interpreta casi toda la Medicina *ante todo* como una variedad importantísima de éstas, aspecto que a menudo tiene mayor importancia con vistas a la curación que la misma medicación «objetiva». (*Nota del Traductor.*)

(2) Los autores cristianos han insistido siempre, más o menos explícitamente, en que cada cual «muere siempre su propia muerte» — RILKE suplicaba a Dios que le hiciera morir la «suya» —; en cambio, la idea de que toda persona sólo puede enfermar a «su» manera, y de ninguna otra, es mucho más reciente. Si bien ya la Psicología del Individuo adleriana condujo a alguno que otro a la idea de que existe no sólo un «estilo de vivir», sino también un «estilo de enfermar», el primer intento con apariencias muy «científicas» de relacionar el destino individual —con sus cinco orientaciones o tropismos fundamentales: «elección» de amigos, esposo o esposa o *partner* sexual, trabajo o profesión, las formas de enfermar y la de morir: filotropismo, erototropismo, operotropismo, morbotropismo y tanatotropismo — sólo fue realizado por el Fatoanálisis de SZONDI, introducido en España por el R. P. GERENCSÉR, Sch. P. y nosotros. Ahora bien, SZONDI cree que los cinco tropismos se deben a los «genes» hereditarios y que el «destino» obedece a un «fatalismo dirigible»; en esto ya no le podemos seguir. La idea de que es «individual y personal» el modo de ser sano, y no sólo el enfermar, es sin duda original del autor de este libro, y por cierto muy anterior a la aparición del Fatoanálisis szondiano. Se deriva en línea recta del concepto adleriano de «estilo de vida», frecuentemente empleado hoy, pero sin que se haya sacado del mismo todo el «jugo» —el provecho— que contiene. Existen también «estilos de amor» (tomando aquí el concepto de amor en su sentido más lato), y sin duda una de las tareas primordiales de toda educación debería estribar en formar el *estilo de*

grado mucho mayor, también para la vida anímica. Los idiotas se parecen, efectivamente, unos a otros, casi «como un huevo a otro huevo»; cuando la psique, a raíz de un fallo de sus dispositivos corporales, no es capaz de hacerse valer hacia fuera ni tampoco dejarse impresionar desde allí, la «personalidad» irá desvaneciéndose cada vez más. La fuerza niveladora e igualadora de la anomalía llega a ser, sin embargo, visible aun sin que tengamos que bajar hasta las formas más degradadas de la existencia humana. Los niños débiles mentales y «psicopáticos» —valdría más llamarlos caracterialmente desviados— pueden clasificarse más fácilmente en tipos que los niños normales. La teoría de la educación de individuos anormales posee, por tanto, el derecho de formular determinadas prescripciones de validez general. Mas la transferencia de maneras de ver obtenidas a raíz del estudio de casos anormales sobre los normales constituía, tal como ya hemos dicho, uno de los más graves errores del siglo XIX. Ninguna educación, ni la general ni la sexual, tiene derecho a orientarnos a base de ideas sacadas de la observación de lo anómalo. Por lo menos habría que asegurarse primero de su aplicabilidad.

Seremos nosotros los últimos en poner en duda que la Psicología Médica ha descubierto, efectivamente, toda una serie de hechos sumamente importantes para la educación; sin embargo, reconocemos por otro lado que un traslado de los modos de ver medicopsicológicos sobre la Ciencia de la Educación sólo se podría efectuar sin peligros en cuanto se los hubiese sometido previamente a un examen y a una comprobación esmerados. El que existe un peligro de esta índole es indudable; hoy día resulta incluso especialmente grave, ya que padres y educadores, fascinados como están por determinadas fórmulas muy convincentes de la Psicología Médica, propenden a aceptar éstas

amar del educando; luego su «comportamiento sexual» no sería sino una manifestación más de su modo de amar en general. (*N. del T.*)

sin más, y con ello también todas las otras. De esta manera creen ser verdaderamente «modernos» y hallarse a la «altura» de los tiempos, haciendo así lo mejor para sus hijos y educandos, respectivamente. El resultado de todo ello es (como ya queda dicho) que hoy día «se trata» demasiado y, en cambio, se «educa» en verdad demasiado poco; que ya no quedan en el mundo niños «malos», sino tan sólo niños «neuróticos»; y que se recaba la ayuda del médico allí donde resultaría mucho más adecuado solicitar la del educador. Esta situación está tanto más preñada de peligros cuanto que los pedagogos mismos suelen generalmente comprender equivocadamente la Psicología Médica, y que por su parte los médicos sólo poseen unos conocimientos sumamente superficiales de la Pedagogía.

Cuando hoy día se habla de una educación sexual, es preciso conservar la conciencia de todas las celadas en las que podríamos caer fácilmente. Nadie de entre nosotros podría saber de verdad hasta qué punto su propio pensamiento ha podido quedar falseado por teorías muy populares, aun cuando heterodoxas. Se cometen demasiados errores en educación sexual porque se desconoce la seriedad de la situación moral — por nuestra parte la consideramos enfermiza — o a raíz de un puritanismo exagerado, porque desconocemos el lugar exacto que les corresponde a las cosas dentro del orden jerárquico objetivo de los valores.

Toda desviación, sin embargo, del camino medio, seguro aunque estrecho, de la verdad sólo puede acarrear consecuencias nefastas; porque, en efecto, todos y cada uno de nuestros actos y actitudes ejercerán influjo sobre el alma de nuestros educandos y dejará tras sí unas huellas a veces sumamente profundas.

LA ACTITUD PEDAGÓGICA

La observación excesivamente ansiosa, también con respecto a las dificultades sexuales, está demasiado emparentada con la desconfianza para que no llegue a socavar la disposición a la confianza y a la confesión en el alma juvenil. Pasar por alto esta clase de conflictos (aun cuando no pocos jóvenes más o menos descarriados los puedan experimentar solamente como algo agradable), sería considerado, a pesar de todo, aunque inconscientemente, también como una falta de interés y como expresión de indiferencia por parte del educador. Incluso cuando una persona joven se haya convertido en esclava de malos hábitos y encuentre en ellos su placer, no obstante, nunca dejará de saber, por decirlo así, en un rinconcito de su alma, que su comportamiento es indebido. Experimentará confusamente la necesidad de alguna ayuda o por lo menos de que se muestre una participación comprensiva de la situación en que se encuentra, por mucho que le asuste toda pregunta o explicación acerca de ella.

En tales casos, toda pregunta demasiado directa tendrá que tropezar con una resistencia completa, bajo la forma de negación, de rechazo malhumorado, de terquedad o de silencio. Para poder penetrar en una psique de esta clase es preciso valerse a veces de unos rodeos muy complicados.

El primer punto decisivo es, en todos los casos, el siguiente: establecer un contacto personal entre la persona juvenil y nosotros mismos. No pocos jóvenes supieron encontrar ayuda en una persona que en un principio les manifestó simpatía por sus ambiciones deportivas, su interés por la Historia, su afán de saber, su pasión política, etc. Muchas veces, el primer instante de una relación incipiente con jóvenes de ambos sexos resulta ya decisivo: cuando en el decurso de la primera o las primeras conversaciones la psique juvenil y sensible — *siempre* es sensible, aun cuando manifieste una actitud exterior aparentemente

contraria — tenga la impresión de verse tomada en serio y de que uno no se burla de sus ideas y proyectos favoritos, ya casi se habrá logrado todo.

Si a raíz de nuestras observaciones descubrimos con absoluta certidumbre que tal muchacho o tal chica se encuentran en dificultades sexuales o han caído en malos hábitos, y aunque estemos incluso completamente seguros de ello, no obstante, tendremos que proceder con la máxima cautela: a saber, en la medida en que la situación admita aún un acercamiento paulatino. En efecto, hay casos en que no podemos perder ya el menor tiempo. Sin embargo, el motivo de una intervención inmediata no yace en tales ocasiones en la personalidad del (o de la) joven en cuestión, sino en *sus relaciones con los demás;* sus compañeros o compañeras de clase, de dormitorio, etc. El *bonum publicum* debe pasar siempre delante del *bonum privatum.* Debemos ponderar siempre, en la escuela y sobre todo en un internado, el peligro de una «contaminación». Existe una situación determinada en la que este peligro es mayor que en todas las demás; es la presencia de un compañero «demasiado mayor», entregado a malos hábitos, o que acaso tan sólo adopte una postura algo dudosa frente a los temas sexuales. Un tal camarada mayor obtiene con facilidad suma, por su edad, o porque posee «experiencia» sexual, o «sabe cosas», una preponderancia sobre los más jóvenes, que son o bien «puestos al corriente» por él o incluso inducidos a ciertos juegos sexuales; la seducción puede efectuarse también mediante una violencia brutal, o conseguirse mediante ironía y burla («¡Los demás son demasiado tontos!»), o de muchas otras maneras; mas siempre una situación de esta índole adolece de ciertas desventajas. Será siempre necesario dedicar atención especial a tales situaciones; antes de que se consienta que un muchacho (o también una muchacha) mayor comparta la vida común de los más jóvenes, habría que procurar por todos los medios llegar a conocer a fondo la personalidad del (o de la) mayor.

Tampoco para la dirección de un «diálogo pedagógico» — el término fue acuñado por W. Cimbal — se podrían formular unas reglas pormenorizadas. El grado evolutivo alcanzado, el carácter, la sensibilidad, la actitud afectiva, el saber ya adquirido acerca de las relaciones en general y los temas sexuales en particular, la inteligencia, la aptitud de comprender analogías o captar alusiones, la facultad de sacar conclusiones o buscar un sentido oculto (lo que o bien obliga al interlocutor a llamar las cosas por su nombre, o a evitar cuidadosamente todo giro que podría quedar mal interpretado), la libertad espiritual que posibilita una visión de conjunto de consecuencias de largo alcance, o su ausencia, y la situación concreta peculiar, si el interés por esta clase de personas sólo brota de una necesidad de ver claro o bien ante la presión de la sensualidad, o bien si predomina la admiración ante el surgimiento de experiencias inéditas o una profunda inquietud, todo ello y probablemente muchos otros factores deben ser tenidos en cuenta al emprender la tarea difícil de hablarle a un joven de todo este círculo especial de cuestiones y problemas. Nada podría resultar más equivocado que el querer aplicar en todos los casos un solo esquema rígido, por muy buenos resultados que éste nos haya podido reportar (ya que en otros casos podría suscitar un tremendo daño), y tratar los problemas sexuales como si fueran de la misma índole que, por ejemplo, los matemáticos.

Huelga decir que habrá que tener en cuenta, sobre todo, el *grado de edad,* cuando nos toque la tarea de iniciar a una persona joven en el sentido verdadero de la sexualidad y en su propio papel sexual. La edad importa mucho, aun cuando no se pueda observar regularidad alguna en la aparición de dificultades sexuales en relación con ella. Éstas surgen a veces más temprano y otras más tarde; sin embargo, siempre caen en una fase en la que inteligencia y carácter aún se hallan en pleno período de evolución. Y puesto que, como ya queda dicho, la forma que debemos escoger para nuestras explicaciones tendrá que ajustarse siempre a la capacidad de comprensión de nuestro interlocutor, será preciso tener buen cuidado de no subestimar ésta,

como tampoco formarnos una impresión demasiado favorable de sus dimensines reales.

El conocimiento, un conocimiento *real* de la personalidad del interlocutor, será siempre imprescindible, y sin él nadie debería emprender la tarea de «dar aclaraciones» a un adolescente. Representa, por consiguiente, una estupidez que los padres —por temor de no hallarse a la altura de tan delicada tarea— envíen al hijo o a la hija a un tercero, por ejemplo, a un médico, esperando de éste que suministre a su vástago la necesaria «aclaración», por decirlo así, en un santiamén.

Ni siquiera el médico de la familia que conozca a tales jovénes desde muchos años antes puede encargarse sin más de esta tarea. Pero en ningún caso es posible explicar cosas tan complejas a una persona sin haber trabado con ella un conocimiento tan exacto y completo como sea posible.

EL DESARROLLO DE LAS MUCHACHAS

El desarrollo sexual de las chicas es completamente distinto del «mismo» proceso en los muchachos. Ello no sólo por el significado ya mencionado más arriba, dentro de conjunto de la personalidad femenina, sino también porque esta vez hay que tener en cuenta, además de la experiencia de la sensación sexual pura, también aquella otra del *menstruo* o *regla*.

Es muy probable que los actos autoeróticos sean más raros en las muchachas que en los chicos. Quizá a aquéllas la mera vivencia en la fantasía les brinde más fácilmente una satisfacción que a éstos. Todo parece indicar, además, que para muchas chicas la mera excitación, aun cuando no conduzca a la satisfacción propiamente dicha, les resulte más plancentera que el mismo estado en los muchachos. Asimismo, en muchísimos casos, la sexualidad, pese a determinadas vivencias, aún no se ha despertado verdaderamente en la muchacha, sino que permanece

durante bastante tiempo en un estado tan sólo semidesarrollado. Sin embargo, aun prescindiendo de tales pormenores, que se hallan estrechamente relacionados con la constitución peculiar del organismo femenino, interviene en ello cierta tendencia a la pureza probablemente mucho más propia de la mujer que del varón. (En la medida en que no existan para esta diferencia unas causas históricas o sociales, sin duda le corresponderá un sentido más profundo a la interesante circunstancia de que en todos los idiomas la designación del carácter incorrupto de la mujer —virginidad, *virginitas*— es la palabra que sirve para designar la pureza en general.) Ello nos explica asimismo que no pocas mujeres, una vez derrumbadas las barreras de la contención, pueden propender en su conducta sexual a cierto descomedimiento.

La existencia de un acoplamiento riguroso y estricto de la madurez física —que se anuncia mediante el comienzo del menstruo— y el despertar sexual no han podido demostrarse. Cada uno de estos fenómenos puede presentarse en completa independencia del otro. Por consiguiente, la aclaración se encuentra aquí ante una doble tarea: explicar el sentido del menstruo y el de los fenómenos sexuales propiamente dichos. Estas tareas son diferentes también por la sencilla razón de que desde el punto de la vivencia subjetiva no existe ninguna relación íntima entre ambos fenómenos.

A veces la primera aparición del menstruo significa una vivencia de *shock* manifiesto. La sacudida afectiva así desencadenada puede ser inocua, incluso en el caso de que la muchacha se encuentre completamente desprevenida, a condición de que el acontecimiento se le explique de una manera natural y razonable, sin que se hagan observaciones en el sentido de que se trata de un efecto parcial del «triste sino de la mujer», o de «la inferioridad del sexo femenino» y otras lindezas por el estilo. Más de una perturbación de la comunidad matrimonial y de la felicidad de ésta se deben a una interpretación equivocada de los papeles respectivos de los sexos, y especialmente del sexo femenino. Mas antes es preciso que nos refiramos una vez más

a un tema que hemos empezado a comentar más arriba, pero sin haberlo seguido hasta el final: el de la «educación de la voluntad».

VISIÓN DE LOS VALORES Y EDUCACIÓN

El primer paso requerido, hemos dicho, estriba en que la persona que va creciendo alcance una *visión justa del orden de valores objetivamente vigente*. Importa ante todo que comprenda el puesto que ocupa cualquier placer dentro de dicho orden, así como la ordenación relativa de los valores egoicos y los otros.

Representaría un retraso si la transmisión de una tal visión de los valores se iniciara tan sólo cuando los problemas de la sexualidad ejerciesen ya su presión. La tarea de ayudar a la mente que va formándose a llegar a un criterio justo acerca del puesto del Hombre dentro del conjunto de todo el Ser en general, así como de la intimación a la performancia que se dirige automáticamente a cada cual —no sólo al adulto, sino empezando ya con el niño—, es uno de los deberes más fundamentales de toda educación. Aun cuando no pretendamos extendernos pormenorizadamente sobre nuestra tesis formulada ya repetidas veces —una «educación sexual» coronada por el éxito sólo es posible dentro de una educación general bien ordenada—, es preciso no olvidarla en ningún momento.

Luego, es preciso que sepamos inducir a los niños y jóvenes a *obrar según la visión alcanzada de los valores y el orden que les atañe*. No es éste el lugar para brindarle al lector siquiera un resumen de la Psicología de la Voluntad ni de los procedimientos más diversos que hayan sido propuestos para servir mejor a la formación de la voluntad. Un panorama tal resultaría difícilmente de algún provecho, ya sea por la mera razón de que los criterios de los autores son demasiado divergentes. Todo este círculo de problemas es sumamente complejo, dado que entran en él algunos de tanta monta como el de la libertad.

No podemos admitir que un mero conocimiento, y ni siquiera la más profunda comprensión teórica, puedan ser suficientes para asegurar una orientación permanente del obrar inspirado en el reconocimiento de las leyes morales, puesto que un tal criterio se acercaría de una manera muy problemática a la negación de todo pecado; en efecto, si los conocimientos racionales fuesen seguidos necesariamente por las acciones correspondientes, entonces no subsistiría ninguna justificación para un concepto propiamente dicho de «pecado». Sólo podría haber errores, faltas, ignorancia y desconocimiento. Caeríamos, por así decirlo, en un *socratismo* exagerado. Por otro lado, es preciso conceder que conocimiento y comprensión son la «vía regia» que conduce al obrar como es debido.

Hay más, sin embargo: nos resulta difícil admitir la posibilidad de un «entrenamiento» propiamente dicho de la voluntad, puesto que (como ya quedó dicho) la voluntad siempre está presente. Lo único que podemos hacer es ir construyendo dentro de una persona una postura, un *habitus:* a saber, el de obrar siempre según su mejor conocimiento y comprensión. Esto, sin embargo, sólo podrá ser logrado a su vez en cuanto el valor de una manera de obrar semejante haya quedado comprendido. Se produce aquí la apariencia de un círculo vicioso, pero sólo su apariencia.

En efecto, la elaboración de una postura tal en el decurso de la educación no se realiza, o sólo se efectúa en una parte nimia, mediante meras palabras y una comprensión teórica que se enlace con ellas; el comportamiento moral de niños y jóvenes es siempre muchísimo más una consecuencia de las experiencias que brotan de los modos de comportamiento de los padres y, en general, de los adultos que tiene ante su vista, y no de sus palabras. Podría uno imaginarse muy bien que un niño se vaya desarrollando hasta llegar a tener un carácter de pleno valor moral, sin haber oído ni una sola palabra de mandamientos a observar ni de actos a evitar, con la única condición de que no hubiera asistido jamás a ninguna infracción de las reglas

morales por parte de terceros, y especialmente por parte de sus padres. El dicho tantas veces repetido de que «no hay regla sin excepción», es en el fondo uno de los más estúpidos; al igual que el dicho de «hecha la ley, hecha la trampa»; y tampoco las excepciones «confirman la regla», sino que la suprimen en toda su vigencia. En el instante mismo en que la regla que el niño «lee» en la conducta de sus padres haya quedado infringida una sola vez, acaba de perder su carácter de regla, así como su influencia formadora sobre el comportamiento del niño. Por esta razón, sin duda alguna un santo será siempre —*ceteris paribus*— al mismo tiempo el mejor educador; se conoce suficiente número de ejemplos y bastará con recordar la venerada figura de Dom Bosco para comprender la profunda verdad de esta aseveración. El santo es, ante todo, el que ha logrado alejar de sí todo egoísmo; y por esta razón su educación se verá tan libre de toda perturbación por vanidad, mezquindad y egoísmo, como su persona es ejemplo de la esencia misma de la entrega-de-sí.

La filosofía escolástica, en vez de proceder como ello se ha impuesto en la era moderna y limitar todas las relaciones de causa y efecto a una única modalidad, a saber, la que reina única y exclusivamente en la Naturaleza inanimada, suele discriminar entre toda una serie de tales concatenaciones. Una de ellas se denomina *causa exemplaris*. Sin entrar aquí en una exposición pormenorizada, podremos observar sin duda que esta forma de causación desempeña un papel importante en *todas las relaciones humanas*, pero muy especialmente en la educación. Una persona de mal carácter bien puede realizar una buena performancia científica o artística, mas no podría ser un buen educador, por mucho que ella misma se esforzase en serlo. Si queremos formar un carácter, debemos merecer primero que nos designen como carácter a nosotros. Nadie, desde luego, está exento de defectos; pero debemos conocer nuestras deficiencias, al igual que debemos saber cómo deberíamos ser. Si cultivamos nuestros defectos, nunca conseguiremos que nuestros hijos lleguen a ser personas con pleno valor moral, ni tampoco si

con un narcisismo farisaico no queremos reconocer nuestras deficiencias. El giro de «educación de los educadores» (Nietzsche) posee un sentido profundo y serio.

El *ejemplo* que la conducta de los educadores debe representar para los niños no está limitado naturalmente tan sólo a su comportamiento sexual; al contrario, debe dejar entrever de éste lo menos posible. Los niños de las clases bajas, que se ven reducidos a existir en medio de circunstancias económicas muy precarias, tienen bajo todos los aspectos más experiencias de las que les pueden resultar provechosas; pero también en las otras clases que viven en condiciones sociales y económicas mejores más de una vez echamos de menos la *retenue* y el comedimiento debidos. No se debe creer, sin embargo, que tales impresiones, por muy lamentable que sea su producción, pueden acaso destruir la posibilidad de un desenvolvimiento moral; para ello sólo es preciso cumplir con determinadas condiciones.

Mas precisamente en éste y otros aspectos se echa de menos, por desventura y demasiadas veces, una discriminación y un autodominio. Es un error creer que los niños no observan determinados rasgos y motivos de la conducta de los adultos, o que dejan de comprenderlos; comprenden —aunque acaso de una manera distinta a nosotros— mucho más y coleccionan una cantidad de impresiones mucho mayor de la que sospechamos. Quien quiera ver a un niño seguir determinadas reglas tendrá que ajustarse él mismo muy estrictamente a ellas, y esto, por decirlo así, a partir del primer día de vida del bebé. Sin embargo, como quiera que resultaría muy difícil «iniciar una vida nueva» a partir del instante en que acabe de nacernos un hijito o una hijita, nunca podremos empezar con bastante antelación nuestro propio entrenamiento con vistas a la educación de nuestra prole. Y puesto que es punto menos que imposible llevar una vida de dos caras, ajustarse en presencia del niño a las reglas y dejar de observarlas al creerse inobservados, no nos toca más remedio que formar nuestra propia vida según

aquellas orientaciones y pareceres que queramos ver impresos decisivamente en la vida de nuestros vástagos. Puesto que lo sexual no es más que un lado o un aspecto de la conducta en general, debemos tener cuidado de no inculcar al espíritu infantil ciertas ideas que se hallen en contradicción con nuestro concepto de la conducta justa y debida. Es imposible, sobre todo, darle a comprender a un niño la necesidad de un sacrificio, si nosotros mismos somos incapaces de vencer nuestras inclinaciones naturales y de erigir la idea del sacrificio en directriz de nuestra propia vida.

No resulta muy sencillo educar a un niño hacia el sacrificio. A este respecto se cometen muchos errores, precisamente por parte de padres y educadores repletos de la mejor fe del mundo. La naturaleza humana es sumamente razonable y sus actos deben ser determinados por unos móviles racionales. Los motivos racionales del sacrificio sólo difícilmente pueden ser impuestos a un niño. Huelga decir que desde este punto de vista la Religión representa un medio auxiliar invaluable e insubstituible.

Existen dos caminos para darle a comprender a un niño el concepto de sacrificio. Ya hemos descrito el primero; consiste en formar nuestro propia vida de tal manera que resulte modélica para el pequeño. Todo infante propende a imitar las formas de comportamiento de sus padres; esta tendencia natural es el motivo más eficiente durante los años infantiles y aun más allá, mientras el lazo del amor y de la confianza se conserven incólumes. Sin embargo, en cuanto la actitud de amor y confianza quede substituida por otra, la de la desconfianza y el extrañamiento, si bien la tendencia a la imitación continúa aún existiendo, ello no obstante sufrirá una deformación; entonces el niño o bien intentará ser «mayor» que sus padres y, a raíz del inevitable fracaso en este su empeño, tratará de desviarse del camino recto, o bien, impulsado por su actitud de antipatía, emprenderá una senda evolutiva diametralmente opuesta, transformando, por ejemplo, la figura de su padre en un ideal

negativo (1). Mas en este comportamiento descubriremos al mismo tiempo el segundo camino de una educación hacia el sacrificio; aun cuando éste no haya quedado comprendido en su sentido propio, se hará más comprensible y más realizable a raíz del amor que enlaza al hijo con los padres. De una criatura se puede obtener punto menos que todo, con tal de apelar a su amor; desde luego, esto tan sólo si el amor existe en el sentido más auténtico de la palabra y la actitud natural y llena de confianza no ha quedado destruida.

Éste es, pues, el aparente círculo vicioso de la educación. Muchas cosas sólo podrán ser comprendidas a condición de que se hagan; sin embargo, se cree que es necesario comprenderlas primero para poder efectuarlas. Sólo se llega a ser arquitecto construyendo, tallista cortando piedra con el buril, y tambien una virtud sólo se adquirirá si se la ejerce; estas palabras de Aristóteles designan exactamente lo que pretendemos decir aquí. Tan sólo realizando un sacrificio podrá una persona llegar a una comprensión verdadera del significado de una tal actitud y adquirirla. El problema no estriba en «entrenar» la voluntad, sino en construir en el alma infantil la actitud justa y adecuada.

No podríamos esperar que los niños se supeditasen íntimamente a nuestros deseos, si no reina el amor. El argumento: «Debes hacer esto o aquello porque ¡te lo digo yo! ...» no tiene ninguna eficacia sin un verdadero amor, a no ser que medie el miedo al castigo. Sin embargo, ese miedo irá perdiendo cada vez más su fuerza de impresión en la misma medida en que vaya creciendo la conciencia del propio yo y de su derecho propio; o bien conducirá — en el caso de que se produzca un desánimo más profundo — a la hipocresía, a la gazmoñería. En cambio, la conciencia de existir en un mundo de auténtico amor produce el sabor — explícito o implícito — de que los padres sólo

(1) Véase sobre la importancia de lo que hemos denominado «negativo del ideal» *Los Sentimientos de Inferioridad* y *Los «Complejos»*. (*Nota del Traductor.*)

quieren en verdad lo mejor para el hijo y se lo procuran efectivamente. Lo único que habrá que evitar, sin embargo, es que nuestros hijos lleguen a idealizarnos con exceso, pues en tal caso será muy grande la decepción en cuanto se lleguen a enfocar las cosas tal como realmente son.

Si ya el niño aprendió a hacer sacrificios, entonces el adolescente dejará de hallarse ante una tarea completamente nueva e inédita cuando oiga hablar de la obligación a una conducta debida en lo sexual. Entonces ya sabrá de antemano que el sacrificio es un elemento necesario de la vida moral. Sólo será preciso mostrarle la necesidad de un sacrificio, precisamente en este sector de la vida. También ello requiere cierta preparación. Los niños propenden a menudo a creer que los desagrados y dificultades por los que pasan van a desaparecer más tarde por completo, como por ensalmo, en cuanto lleguen a ser mayores. Idealizan, pues, la vida de los adultos (por considerarlos con excesiva facilidad —si éstos no se previenen contra ello— como omnipotentes y omniscientes) y descuentan, por consiguiente, que su existencia se hará más fácil con cada año que pase. Por consiguiente, el ingreso en la escuela significará para ellos a menudo un gravísimo desengaño y no pocas veces una ocasión para saber que, andando el tiempo, las dificultades no se harán más raras y menos graves, sino más bien lo contrario; aun cuando, como es natural, muchos inconvenientes típicos de la edad infantil irán desapareciendo, por otro lado surgirán otros nuevos en número suficiente. Los niños deben aprender que resolver dificultades siempre nuevas es la tarea peculiar del Hombre: su manera de realizar el sentido de la vida (1).

No se debe temer que el ánimo natural de los niños vaya

(1) Nótese las analogías —pero también las diferencias— entre la «filosofía de la vida» de Rudolf ALLERS, tal como queda expresada en este libro, y la de su maestro Alfred ADLER, tal como éste lo formuló en *El Sentido de la Vida* (Ed. Luis Miracle). *(N. del T.)*

perdiéndose, si se les inicia en el hecho de las dificultades que irán surgiendo a medida que transcurra el tiempo para ellos; la valentía no se arredra ante las dificultades, sino que las necesita, y una conciencia de la propia valía (autoestimación) incólume postulará más bien ocasiones adecuadas para poder probar que «vale», tanto a sí misma como también al mundo. Sólo importa que se llegue a discriminar debidamente entre una demostración de valía y performancia (*Leistung*) auténticas, y por otro lado su mera apariencia y caricatura. En el caso de que el espíritu general del joven haya quedado preparado debidamente, mediante una educación adecuada durante la infancia, entonces el problema de hacerle comprender la necesidad de una conducta idónea también en el campo sexual dejará de representar una tarea difícil.

Ahora bien, ¿cuáles son los móviles de que podemos valernos para conducir al educando a una comprensión tal? Sólo se pueden encontrar motivos verdaderamente decisivos dentro del mundo de la Fe, o acaso en una filosofía que no se halle demasiado alejada de los principios básicos del Cristianismo. Sin embargo, ninguna filosofía —por muy consecuente que pueda ser en desarrollar sus teorías— puede resultar tan convincente como la Religión, ya que nunca es tan concreta como ésta. Los mandamientos de Dios nos hablan de una realidad completamente distinta de lo que podrían hacer los postulados de un sistema filosófico cualquiera. Y no es que las ponderaciones de la filosofía carezcan de valor; al contrario, pueden resultar de suma utilidad, precisamente dentro del marco de tales «diálogos pedagógicos». Como es natural, deben ser adaptadas en cada caso a la edad, la capacidad de comprensión y la inteligencia del joven interlocutor. La juventud propende, a menudo, a lucubraciones filosóficas, puesto que los problemas más propios y más íntimos que brotan de la inseguridad y giran en torno a los problemas del yo, el mundo, etc., son, efectivamente, de carácter filosófico. No raras veces nos quedamos muy sorprendidos ante las meditaciones filosóficas formuladas por algún

que otro joven que no pertenece a las capas de la *intelligentzia*, ni ha pasado por una formación filosófica, y aun cuando por estas mismas razones los términos empleados puedan resultar bastante cándidos y torpes.

Es preciso no perder de vista que, especialmente en nuestros tiempos actuales, un mínimo de *alegría de vivir* forma parte de las exigencias, y casi diríamos: de las que se derivan del Derecho Natural (1) del Hombre. Cuantas menos alegrías, cuanta menos satisfacción de las necesidades naturales y justas brinde el mundo a la juventud, tanto mayor será el peligro de que se emprendan caminos ilícitos en la busca de placer. Si la tentación de infringir el Sexto Mandamiento ya es de por sí bastante grande, sólo podría quedar intensificada a raíz de situaciones de compulsión económica y social de la vida, y sobre todo por la falta de trabajo y de perspectivas con respecto al porvenir; y esto hasta tal punto que haríamos mejor si nos abstuviéramos de formular juicios demasiado severos acerca de la «moralidad en baja» de las capas socialmente inferiores. En cambio, nuestros juicios no serán nunca bastante severos cuando se trate de las capas sociales en las que no imperan tales situaciones de compulsión.

Las dificultades de tantas personas jóvenes de ambos sexos que arraigan en la situación general de la vida de hoy, de carácter tanto externo como interno, nos dan a entender que una de las tareas fundamentales de la educación sexual, en numerosísimos casos, es punto menos que insoluble. En efecto, cometeríamos un grave error si confiáramos — incluso en las circunstancias más favorables para ello — única y exclusivamente en la comprensión racional y la fuerza moral de la juventud. Todas las medidas a las que hemos aludido podrían demostrarse como

(1) Uno de los estudios más actuales sobre el concepto del Derecho Natural, tan importante para la filosofía de la vida y de la sociedad cristianas, puede leerse en Joh. THYSSEN, *Das Problem des Naturrechts, Philosophisches Jahrbuch der Görres-Gesellschaft*, año 1957 (Editorial Karl Albert). (*N. del T.*)

insuficientes si no cuidáramos también de que precisamente la *situación vital total* quede estructurada en el sentido de una disminución de la tentación y la excitación.

TENTACIÓN Y SEDUCCIÓN

La *tentación* brota de impresiones y experiencias muy diversas. Incluso un saber teorético, sobre todo si es adquirido sin una verdadera necesidad íntima, puede ejercer en este sentido una influencia desfavorable. Consideramos como peligrosa una «aclaración» detallada que se extienda sobre los pormenores de la vida y comercio sexuales, tal como hoy la vemos recomendada en muchos ambientes. Ésta es asimismo la razón que nos invita a evitar toda ilustración en materias sexuales sobre una base general y colectiva en vez de *individual*.

Las tentaciones, al igual que los motivos que fomentan o provocan la excitación sexual, suelen partir más frecuentemente de determinados *factores ambientales* que necesitan una explicación más pormenorizada. Podemos diferenciar entre una *seducción directa o inmediata*, intencionada o no, y *ocasiones casuales* que produzcan los mismos efectos.

Hemos rozado ya más arriba el tema de la *seducción* al tratar del peligro que puede representar la presencia de unos compañeros o compañeras «demasiado mayores» en el seno de una comunidad educativa cualquiera. Sabido es asimismo la influencia a menudo fatal que suele partir de vecinos, domésticos, niñeras y también de ayos que no sean de fiar, etc. Además de todo ello, la seducción se presenta bajo mil formas variadas en la vida sexual de todas las capas sociales. Acaso el peligro de una seducción no intencionada e inconsciente resulte todavía mayor que la intencionada, y por consiguiente, también el daño respectivo. De todos modos, resulta más fácil preservarse de una seducción abierta, del intento directo y declarado de seducir, que de otras situaciones distintas.

Surge aquí el espinoso problema de la importancia del *trato social con personas del sexo opuesto*. Es difícil, desde luego, trazar las demarcaciones exactas de lo que debe llamarse «trato social»; por ejemplo, pertenecer al cuerpo de una administración, una oficina, o un taller mismo, de cualquier clase, aún no tiene un carácter «sociable»; pero las pausas e interrupciones, el camino común al lugar del trabajo o al salir de éste, etc., sí le confieren ya este carácter. Pero, por regla general, tales circunstancias sólo empiezan a aparecer en las edades más adelantadas.

Sin embargo, si se aísla a la juventud de una manera estricta de todo contacto con el sexo opuesto, entonces el deseo de un encuentro — que a fin de cuentas brota de unos rasgos fundamentales esenciales de la naturaleza humana — puede hacerse demasiado intenso y conducir a un comportamiento excesivamente violento y desmedido. Pero es igualmente posible que a causa de un tal aislamiento surjan más tarde dificultades en encontrar el camino hacia una conducta adecuada frente al sexo contrario y que la persona se vea incluso imposibilitada por ello, a raíz de cortedad, miedo y timidez, de realizar su dicha en la vida. Ahora bien, si una separación demasiado estricta resulta peligrosa, por otro lado, una libertad excesiva en este sentido debe suscitar a su vez escrúpulos, ya que con ello se despierta precozmente la curiosidad sexual y se excita la apetencia, y de vez en cuando hasta pueden producirse relaciones que llegan demasiado lejos.

Desde luego, las medidas de previsión deseables a este respecto serán muy distintas, siempre según la fase de edad correspondiente. Durante la infancia, por regla general, no deben surgir preocupaciones ni escrúpulos. (Prescindiremos en este lugar de las raras excepciones que en parte se deben a fuentes enfermizas, y que por otra son el triste resultado de una ausencia total de educación, o de una educación completamente irresponsable.)

Durante la primera fase de la juventud no es tan grande el peligro de la relación sexual con personas del otro sexo, aun

cuando durante la mencionada edad el número de casos ya acusa un aumento sensible. Sin embargo, es preciso tener en cuenta la posibilidad de una excitación sexual indeseable. Es sumamente probable que, efectivamente, un determinado grado de ilustración y saber acerca de las diferencias sexuales corporales puede contribuir a evitar no pocos inconvenientes, ya que gracias a ello el móvil muy poderoso de la *curiosidad* queda atenuado.

También la *timidez natural* en presencia de personas del otro sexo, que es una actitud muy característica en la primera fase de la pubertad, así como la tendencia que corre parejas con ella: el consociarse preferentemente con camaradas y jefes del propio sexo — que, como es sabido, puede llegar hasta el menosprecio y desdén del sexo contrario —, ejercen una influencia en el sentido de aminorar aquel peligro. Huelga decir que también a este respecto existen unas diferencias individuales máximas. Se ve sin más que en tales cuestiones es preciso siempre encontrar un *camino medio*, por muy difícil que ello pueda resultar, ya que todo aislamiento intensifica la curiosidad, y toda familiaridad amplia reduce la timidez, para no referirnos ya a ninguno de los otros motivos y móviles que intervienen. Todo este problema sólo llega a ser apremiante durante los años de la segunda fase juvenil.

Varios autores modernos abogan por un trato libre entre personas jóvenes de ambos sexos y consideran que no pocas formas consociativas que han surgido en estos últimos tiempos pueden contribuir a la superación de las dificultades ya aludidas. Esperan que una camaradería auténtica entre varones y mujeres jóvenes conduzca a crear un acostumbramiento a encontrarse juntos, contrarrestando de este modo la tendencia a la formación de relaciones más o menos eróticamente acentuadas. Hasta cierto punto tienen sin duda razón. Sin embargo, nunca se podría saber con certidumbre si una camaradería tal no se va a transformar, paulatina o incluso bruscamente, en una relación más estrecha y poco deseable. Ello resulta posible incluso cuando los dos sexos sólo se encuentran uno con otro en *grupos;*

en efecto, ninguna organización de grupo podría impedir la formación de amistades entre parejas y, por tanto, de una «vida privada» dentro de la vida del grupo.

Junto a los motivos amorosos sólo sexuales y también los auténticos, que desde luego se suelen entrelazar en su modo de expresarse, intervienen además otros factores que impelen a las personas jóvenes, hacia la fase final de la maduración o después de ésta, a buscar relaciones más estrechas con el sexo opuesto. Tales impulsos secundarios, pero que no por ello dejan de ser a menudo muy poderosos, brotan en parte de una «voluntad de sentirse superior».

La juventud se irá familiarizando inevitablemente con ciertos modos de ver muy difundidos, aun cuando totalmente falsos, y sufrirá su influencia. Un joven varón que haya crecido en una atmósfera bañada en criterios y opiniones de tal índole «aprenderá», por ejemplo, sin saberlo ni pretenderlo, que el imponerse a las mujeres, hacerse admirar por ellas como «macho», tener «éxito» con ellas sólo demuestra que se es «todo un hombre» (¡cuando en realidad sólo demuestra que se es un «machito!») (1).

(1) Llegamos aquí a un punto que tiene importancia especial para la sociedad hispana y sobre todo la hispanoamericana actuales, en las que a menudo predomina aún el así llamado «machismo». Si Alfred ADLER fue el primer estudioso no hispánico que nos supo mostrar hasta qué punto la civilización occidental se fundamenta en una flagrante sobreestimación del «principio masculino», sus descripciones se aplican *a fortiori* sobre las sociedades hispánicas. No constituye sin duda ninguna casualidad que haya sido el psicólogo más idóneo para la psicología española, como lo hizo constar el Dr. SARRÓ en el prólogo a una de las numerosas reediciones de *El Sentido de la Vida* (Editorial Luis Miracle, Barcelona). La «protesta varonil» es, sin duda, tal como lo venimos afirmando desde hace muchos lustros, uno de los rasgos fundamentales del carácter español. «Ser un macho» es el ideal supremo en la mayor parte de las sociedades de la América hispánica, aun cuando ello se halle muy a menudo en flagrante contradicción con la insistencia del catolicismo consubstancial con ellas. *(N. del T.)*

Puesto que el joven varón, aun cuando haya alcanzado la madurez física, no puede ser considerado como verdaderamente «maduro» — es decir, dado que se halla en pleno período de formación —, continuará sintiéndose tan inseguro como antes; por consiguiente, no le disgustará alcanzar por todo «triunfo» uno de esta índole, ya que con ello podrá consolidar ilusamente su conciencia autoestimativa. Las muchachas «aprenderán» con excesiva frecuencia, en idénticas condiciones, que el sexo femenino es inferior al masculino, y, por consiguiente, experimentarán una profunda satisfacción si consiguen subyugar a un varón — aun cuando por lo pronto sólo se trate de algún «chico tonto» — y esto incluso en el caso de que a veces tengan que pagar tan fútil triunfo a un precio excesivo y desproporcionado. La «lucha de los sexos», de la que se habla tanto (1), en la mayoría de los casos no es consecuencia de una actitud propiamente sexual; en muchos de ellos representa solamente uno de los aspectos de la *lucha por la superioridad* que libran hombres y

(1) El tema de la «lucha de sexos» — *slogan* lanzado por el hábil publicista francés de fines del siglo pasado J. FINOT (seudónimo), fundador de la *Revue Mondiale* —, desaparecido ya casi completamente en el resto de Europa, quedó resucitado en España durante estos dos últimos lustros por el libro de la condesa de CAMPOALANGE, escrito con galana pluma y que, publicado por la prestigiosa editorial de la Revista de Occidente, alcanzó en ocho años tres ediciones. Es acaso sintomático que en la Península la publicación de *El Segundo Sexo*, de Simone de BEAUVOIR, mujer de Jean-Paul SARTRE, haya suscitado una reacción bajo un título que aún habla de una «lucha» de los sexos y que nos parece algo trasnochado. Véase lo que decimos sobre el tema en nuestro libro *Los complejos de inferioridad de la mujer* (3.ª ed. en preparación). Señalemos aquí también el excelente libro del gran psicólogo holandés BUYTENDIJK, *Psicología de la Mujer* (Rev. de Occidente), y saludemos la aparición de la traducción del precioso librito sobre *La Mujer Eterna*, de la gran escritora alemana y conversa católica Gertrudis von LE FORT, sin duda lo más hermoso y lo más profundo que se haya escrito jamás sobre el tema del «eterno femenino». *(N. del T.)*

mujeres con las armas de la sexualidad. Creemos seriamente que el peligro de las relaciones sexuales prematuras e ilícitas se reduciría no poco si la conciencia de la propia valía fuera objeto de un cultivo más cuidado en nuestros hijos y con ello también se cultivara la dignidad de la persona.

Habrá que distinguir de los casos que acabamos de mencionar aquellos otros en los que una aproximación amplia es buscada preponderantemente con vistas a la satisfacción sexual, por haber llegado la excitación genésica a un grado elevado. Debe rechazarse desde luego de plano el criterio que se formula de vez en cuando de que un comercio sexual pre- y extramatrimonial podría constituir un medio de apaciguamiento de dicha excitación. No menos condenable es, naturalmente, la recomendación del trato sexual como medio de eliminación de fenómenos neuróticos. *La continencia sexual en cuanto tal no acarrea generalmente daño alguno.*

Tener que resistir a estados de intensa excitación sexual resulta desde luego difícil y torturador, pero no es causa alguna de ningún trastorno o dolencia ni somática ni anímica. En la exploración de no pocas personalidades neuróticas, desde el punto de vista de una concatenación entre trastornos psíquicos o síntomas nerviosos por un lado y la satisfacción sexual vedada por otro (1), la verdadera causa de la neurosis no es nunca la continencia en cuanto tal, sino la actitud que la persona adopta frente a su destino. El mal fundamental radica en que el ser humano no quiera aceptar la idea de tener que renunciar a algo perfectamente alcanzable para los demás. Dicho sea de paso, la experiencia nos enseña que la creencia de ver aliviada la excitabilidad aludida mediante un comercio sexual ocasional, en muchísimos casos, no corresponde a la realidad; al contrario, los efectos pueden resultar más bien totalmente contrarios.

La decisión de si, y hasta qué punto, un trato sociable entre

(1) Tal como enseñan FREUD y sus seguidores más exagerados y materialistas. (*N. del T.*)

los dos sexos debe ser tolerado durante la edad juvenil, y cuáles deben ser sus formas, depende de un sinnúmero de factores que resulta completamente imposible enumerar. Intervienen aquí las formas de trato que prevalecen en general en una determinada civilización o «cultura», el «espíritu» general del mundo circundante, el sentido que se atribuye a determinadas modalidades de conducta — el mismo comportamiento puede resultar en un determinado ambiente completamente «inocuo» y en otro completamente «escabroso» (1) — y otros numerosísimos factores. Sólo nos detendremos a considerar con más detalles un punto único: el así llamado «amor platónico» y el «flirteo».

Si el *amor platónico* — en el sentido que se da a este giro en la conversación corriente, y no en el filosófico o en el pederástico — existe verdaderamente, bien nos puede parecer como dudoso. No hay duda de que una amistad auténtica, sin mezcla alguna de elementos eróticos, entre hombre y mujer es desde luego, posible y concebible; la Historia nos proporciona bastantes ejemplos. Sin embargo, la amistad no es el amor, aun cuando éste sea platónico; es, para valernos del léxico más matizado y rico de los antiguos griegos, *filía* y no *eros*. Es igualmente posible que, en ocasiones, la atracción erótica que pueda surgir

(1) Aduzcamos unos pocos ejemplos: si *en Occidente* un invitado ofrece un ramo de rosas rojas a la señora de la casa, tal acto es de «buen tono» y será considerado como una atención. Hacer lo mismo en *el Japón* causaría, en cambio, una penosísima impresión; en efecto, la rosa en sí (por sus espinas) y hasta el color rojo tienen allí un significado «maligno» (o «pavoso», como se dice en Venezuela). O, para quedarnos dentro del ambiente occidental: si una dama asiste a una reunión *íntima* ataviada de un vestido de *soirée* muy escotado y «provocativo», ello no podría menos que chocar; en cambio, el mismo vestido se considerará como «normal» y hasta le cosechará admiración y cumplidos en cualquier reunión *numerosa* de gala y «etiqueta». Pagarle a una dama una comida o una consumición no se considera en algunos países europeos como una galantería o una atención, sino como un insulto; lo mismo invitar a una compañera de estudios al cine. Podríamos multiplicar los ejemplos. (*Nota del Traductor.*)

en el decurso de una tal amistad quede descuidada y superada por ambos interesados, por la sencilla razón de que la experimentan como algo que nada tiene que ver con la esencia misma del núcleo propio de la relación.

Si el «amor platónico» no fuese nada más que el amor entre dos amigos, entonces ni siquiera hubiera surgido la necesidad de acuñar esta expresión. No cabe la menor duda de que las fronteras entre ambos fenómenos resultan a menudo poco claras y que existe lo que un novelista sagaz designara como *amitié amoureuse*, amistad amorosa; es más que una amistad en un sentido y menos que ella en otro. Allí donde la sexualidad se pone de relieve, no puede tratarse en absoluto de amor puro, el *ágape* de San Pablo, la *caritas* de los teólogos, ya que el amor sexual busca «lo suyo», o sea la satisfacción, tal como ya lo hemos expuesto más arriba.

No creemos lo que a veces se intenta hacernos creer, a saber, que los peligros de la sexualidad pueden ser aminorados mediante una relación amorosa «platónica»; a lo sumo se podrá producir la apariencia de una tal reducción por el hecho de que esta relación, a pesar de todo, no suele permanecer tan completamente «platónica», si no en la vida real, entonces por lo menos en la imaginación.

El *flirteo* bien podrá aparecernos como inocente, mientras entre los dos *partners* no ocurra ningún acto prohibido. Sin embargo, también esta vez subsiste el peligro de que unas experiencias en sí inocuas cobren una transformación muy diferente y excesiva por lo menos en la fantasía y suministren de este modo un material de construcción para ensueños poco deseables. Acaso resulte lícito conceder el flirteo, hasta cierto punto, a personas que por su edad y demás circunstancias puedan pensar en un matrimonio eventual; obviamente no se puede establecer una línea de demarcación precisa y exacta entre «flirteo» y todos los demás caminos de acercamiento y cortejo. El concepto del flirteo es sumamente borroso y abarca tanto unas formas relacionales, que son perfectamente compaginables con los

postulados de la buena moral, como otras que se acercan de una manera inquietante a una pronunciada inmoralidad. El carácter de los dos *partners* será sin duda el factor decisivo. Quedaría aún mucho que decir sobre Psicología y Sociología del Flirteo; sin embargo, puesto que tales temas ya sólo difícilmente entran en el tema de la educación, renunciaremos a ello (1).

---

(1) Aun respetando plenamente el alto criterio del autor, consideramos esos escarceos amorosos que se suelen designar como *flirteo* no únicamente como una actividad profundamente inmoral, por su carácter fundamental: *la irresponsabilidad* —interpretación de la escuela adheriana—, la falta de seriedad. Consideramos que en la *reeducación sexual*, necesaria siempre que existe una timidez excesiva, una falta de experiencia en el trato del sexo contrario o de inclinaciones homosexuales, el flirteo *inocente* puede representar un buen «entrenamiento». Por lo demás, copiemos aquí, de nuestra traducción del libro de WEXBERG, ya citado, los párrafos siguientes acerca del tema del flirteo: «Debemos dedicar unas breves consideraciones a esa forma menos trascendente del erotismo que comúnmente se suele designar como *flirteo*. Tal vez no se haya observado aún debidamente que la superficialidad no sólo es esencial para todo flirteo, sino que precisamente la *acentuación* de aquélla ocupa el primer plano de cuanto acontece en él. Mientras que en las relaciones amorosas serias los *partners* parecen competir uno con otro respecto a la profundidad e intensidad de sus sentimientos, en el flirteo ocurre todo lo contrario: se da a entender cada vez de nuevo a la otra parte que se está muy lejos de toda relación duradera y que sólo se considera aquel asunto como un deporte divertido y atrayente. Ambas partes parecen hacer gala del manejo más virtuoso y juguetón posible de cierta técnica amatoria que en último análisis no pretende sino procurar a quien la practica determinado máximo de *placer sexual previo*, sin que ninguno de los dos que en ella intervienen pierda el dominio de la situación. Quien pierda el dominio de sí mismo e intente *atacar a fondo* tendrá el juego inmediatamente perdido. La superioridad corresponde a aquella parte que ama menos. El ideal autoestimativo de la mujer parece ser en tales relaciones de flirteo el de la *cocotte*, y el de *Don Juan* o Casanova el del varón. Empero, los objetivos que se persiguen no son definitivos; esto sería demasiado peligroso. Para el objetivo que se persigue, basta dar a conocer que *se podría si se quisiera*. El flirteo contiene, pues, buena parte de embuste y no poca de cobardía. Es muy fácil desprender del flirteo lo que

Se ha venido recomendando también muchas veces una especie de «*escarmiento*»; habría que pintar, suele decirse, los peligros que acarrea para la salud una promiscuidad en el trato sexual con colores tan vivos como fuera posible, y no en último lugar las enfermedades venéreas, para correr un pestillo; lo mismo las consecuencias sociales de un parto fuera de matrimonio, etc. Todo esto suena muy razonablemente y, sin embargo, no por ello da en el clavo de la cuestión. Es preciso ambicionar la

---

en él es equivocado. Quien quiera *asegurarse* mediante el mero flirteo ante las conmociones y peligros de un amor serio renuncia automáticamente a aquella felicidad más profunda que no nos brinda sino el amor verdadero; con ello renuncia asimismo a un pedazo de valor vital. Este valor no se alcanza nunca sin riesgos. La inclinación hacia el flirteo como propensión característica del individuo no suele ser más que una expresión sintomática de un estilo de vida de *mitad y mitad*, para el cual no existen en la vida sino únicamente frentes de lucha de orden tan sólo secundario. Se puede flirtear tanto con las mujeres como con la propia profesión, o con la comunidad y solidaridad humanas. En tal caso, no se produce nunca nada definitivo ni serio, y el individuo, por miedo ante la posible seriedad del caso, se contenta con una limitación de su actividad verdadera a todo lo largo del frente de acción, gastando toda su vida en eternas pero meras alusiones a que *se podría si se quisiera*. La excitación frustrada es elevada a principio fundamental de tales vidas». Nótese la extensión del concepto de flirteo ¡mucho más allá del sector de lo erótico, como «estilo de vida»! Sin duda todas estas observaciones de WEXBERG —adleriano del «ala izquierda» como ALLERS lo era del «ala derecha de la escuela» — son muy pertinentes y merecen ser meditadas. Podríamos decir, sin embargo, que el flirteo se relaciona con el amor como el «juego» (que lleva su finalidad en sí mismo y no en algo objetivo, «más allá de sí mismo») y la «obra», en el sentido en que ha quedado expuesto por el autor, siguiendo las ideas de la Psicología Evolutiva de los BÜHLER. Concluyamos, pues, diciendo que el flirteo en cuanto «juego», y concebido éste como preparación y entrenamiento a conductas «serias» futuras, posee cierta justificación. Nótese también que al aspecto del *dominio de sí mismo*, que postula imperiosamente la observación de las reglas de juego del flirteo — tal como todo juego —, puede corresponderle, si es efectivo y eficiente, cierto valor moral mínimo. (*N. del T.*)

continencia sexual, no porque con ella se puedan evitar los peligros señalados, sino porque así lo postula la Ley Moral. Podrá sin duda insistirse en que las leyes morales y los consejos de la higiene apuntan en la misma dirección. Sin embargo, un mero miedo a la enfermedad o a ciertas desventajas de orden social nunca resultan suficientes en sí para fundamentar en ellas una conducta justa y debida; así nos lo enseña la experiencia (1). A fin de cuentas, el peligro de una contaminación venérea y otros por el estilo no constituyen más que una posibilidad; en cambio, el carácter pecaminoso de las conductas que nos acupan es una certidumbre absoluta.

El problema de la continencia sexual es en primer lugar e incluso exclusivamente de orden ético. Todos los motivos y causas que no broten de la Ética, o sea que no arraigan en último análisis en la Ley Divina, son tan sólo de una naturaleza periférica y por consiguiente de una influencia nimia. La amenaza de un daño corporal o anímico a raíz de actos autoeróticos no impide en absoluto que éstos se produzcan. Naturalmente, el mero amonestar invocando leyes morales puede resultar en muchos casos no menos inoperante. Se nos suele contestar en tales casos que

---

(1) La inmensa mayoría de personas que hayan sufrido infecciones venéreas, a veces con consecuencias sumamente graves, no podría invocar su ignorancia previa de tal peligro. No obstante, el mero saber de aquéllas, y ni siquiera el haberlas sufrido, no suele ser motivo suficiente para que la mayoría de los varones de nuestra civilización sepa imponerse continencia. De ahí la sospecha de que no pocos entre aquellos que observan una continencia completa no lo hacen por el miedo a la infección, sino por otros móviles anímicos inconscientes, y, de invocar el «peligro», sólo practican un «arreglito» o una «racionalización» (en el sentido freudiano de este término certero: justificación mediante motivos que el sujeto sólo aparenta para justificarse ante su propia conciencia moral, y tras los cuales se oculta otro móvil más profundo, ignorado o reprimido por él en lo Inconsciente). Una continencia motivada tan sólo por el «miedo al peligro», ¿qué valor moral podría tener? Lo mismo una continencia debida sólo a la timidez, a un «complejo», al «miedo al otro sexo», etc. (*N. del T.*)

la seducción es demasiado intensa y la voluntad demasiado débil, aun cuando la persona en cuestión tenga plena conciencia de que comete actos ilícitos, e incluso le anime un vivísimo deseo de poder emanciparse de su compulsión. En no pocos casos —no quisiéramos afirmar de ninguna de las maneras que *siempre sea así*— un estudio más profundo de la personalidad del sujeto nos mostrará cómo los móviles propiamente dichos para tal clase de actos, así como para la continuación del hábito malo, no se deben buscar en absoluto en el sector propio de la sexualidad, sino que manan de las fuentes ya descritas más arriba. En tales casos, cualquier forma de proceder directamente contra los malos hábitos, un «ataque frontal», tendrá que quedar inoperante e infructuoso.

Valdrá mucho más transformar previamente el carácter, partiendo de otros aspectos distintos: despertar primero en la personalidad unas fuerzas que sean capaces de contrarrestrar siempre la postura general total que se esconde tras aquellos casos con mucha mayor claridad que en otros sectores vitales y no precisamente en el de la sexualidad. Si un «ir descubriendo» fuerzas impulsoras escondidas y la transformación de un carácter es más bien tarea de un tratamiento curativo, o si debe considerarse como una tarea pedagógica, es discutible; no es posible proceder a una exacta delimitación de los campos respectivos. En todo caso individual concreto, la decisión dependerá de la situación total, tanto exterior como íntima; la presencia de otros fenómenos pronunciadamente «nerviosos» hará aconsejable en todo caso que se solicite la colaboración de un médico muy versado en esta clase de materias y que tampoco pueda ofrecer duda alguna en cuanto a su concepción del mundo.

Mucho depende también de si se consigue devolver a la persona interesada su ánimo, valor y confianza en sí misma. Si una tal persona caída en malos hábitos puede convencerse mediante algún que otro éxito suyo, sea cual fuere el campo de la vida en que lo alcance, de que en realidad no le faltan ni voluntad ni posibilidad de llevar a término un objetivo, entonces

se incrementará también su confianza y convicción de que podría dominar sus desviaciones de tipo sexual.

Con ello acabamos ya de rozar, sin embargo, aquellas medidas que se han venido designando como *ascetismo «indirecto»*.

La idea fundamental del ascetismo «indirecto» es más o menos la siguiente: si alguien consigue vencerse hasta el punto que actúa y obra en *cualquier* sector de actividades contra sus propias inclinaciones, entonces se hallará capacitado para resistir a tendencias suyas *también allí* donde hasta entonces desesperaba siquiera de poder hacerlo. Tomemos un ejemplo: un muchacho sufre una aversión marcadísima contra el estudio de la lengua francesa; no obstante, se obliga a su estudio y acaba por superar su animadversión, llegando a realizar mediante un ejercicio diario progresos apreciables; finalmente acaso saque incluso algún placer de aquella actividad que en un principio le causaba repulsión. Con ello (según se afirma) habrá quedado fortalecida su voluntad, de modo que luego podrá resistir victoriosamente también sus tendencias al autoerotismo.

En el texto que antecede ya nos hemos elevado contra la idea de la posibilidad de «fortalecer la voluntad» de esta manera; ésta corresponde a una concepción cándida y, además, sumamente mecanicista de la vida anímica. La voluntad humana nunca se muestra indiferente frente a sus objetivos u objetos, ni es siempre «la misma», como es el caso de la electricidad, que puede mostrarse indiferente ante el hecho de que sea utilizada para hacer brillar una bombilla, impulsar un motor o descomponer una aleación química. Las fuerzas de la Naturaleza inanimada son *indiferentes* frente al objeto sobre el cual ejercen su fuerza, mas no así la voluntad.

Sin embargo, aun prescindiendo de este aspecto excesivamente mecanicista, habrá que observar que el «ascetismo indirecto», en muchísimos casos, ni siquiera logra su objetivo. No está dicho que todo muchacho acabe por llegar mediante el ejercicio mencionado a una actitud de mayor simpatía para con la lengua francesa. Conocimos a una persona que no quería visitar nun-

ca en su vida el país cuyo idioma había aprendido de la manera indicada y en una forma verdaderamente perfecta, puesto que su animadversión no había hecho más que profundizarse a raíz de aquel «entrenamiento». Se puede observar muy frecuentemente que un tal entrenamiento, aun en el caso de que se vea coronado por el éxito, no ejerce la menor influencia sobre la «fuerza de voluntad» bajo otros aspectos. Ocurre que el interesado argumenta más bien de la siguiente manera: «Es cierto que he superado mi aversión contra el idioma francés, aun cuando ello me costara un considerable esfuerzo; en cambio, no sabría superar mis desviaciones sexuales; por consiguiente, éstas son insuperables, precisamente porque he podido mostrar en otro sector que poseo fuerza de voluntad».

En algunos casos se llega al objetivo deseado por el camino indicado. Sin embargo, la causa de este éxito no debe buscarse en un pretendido «fortalecimiento de la voluntad», sino *en haber cobrado ánimo y valor* y en haber aumentado la confianza en sí mismo conseguida por el éxito alcanzado y la experiencia de su posibilidad — es decir, la conciencia de poder efectivamente «rendir» algo y alcanzar una performancia, etcétera —, y puesto que hasta entonces la persona interesada venía creyendo en su fuero interno que jamás sería capaz de tal «hazaña».

La aparente incapacidad de saber resistir con éxito las tentaciones sexuales o vencer hábitos tales brota a veces de una actitud sumamente peculiar que podríamos describir acaso de la siguiente manera: «Si soy capaz de resistir frente a mis tendencias sexuales y obedecer a las leyes morales cuya vigencia, desde luego, reconozco, entonces tendré que ser capaz asimismo de realizar otros rendimientos y performancias; ahora bien, si hago esto, entonces entraré en un contacto estrechísimo con la realidad y correré el riesgo de sufrir acaso también una derrota; mas esto ya no me lo podría permitir, ni lo soportaría, puesto que en tal caso no me tocaría más remedio que reconocer lo que en secreto ya me estaba temiendo: a saber, que no llevo

en mí ningún valor auténtico. Por consiguiente, tengo que continuar dejándome vencer por las tentaciones sexuales; en tal caso estaré autorizado a aferrarme a mi incapacidad para un rendimiento o performancia cualquiera, ¡si no consigo hacer ni siquiera conmigo mismo lo que tan ardientemente anhelo!...»

En innumerables casos hemos podido oír esta manera de argumentar: «¿Cómo demonios podría resolver los problemas de la vida si no consigo siquiera dominarme a mí mismo?» Sin embargo, entrar en la discusión de esta clase de problemas, que ya pertenecen mucho más al concepto de «curación», no sería oportuno en este lugar.

Las causas que suelen aducirse para explicar el fracaso en la superación de las tentaciones sexuales son múltiples; resultaría difícil enumerarlas todas. De todos modos, no sólo la firmeza interior de los jóvenes debe ser adecuada, sino que también las tentaciones de orden sexual pueden ser disminuidas en la medida de lo posible. Vamos a formular ahora unas cuantas observaciones, aunque incompletas, sobre este punto.

Buena parte del incentivo sexual, así como del material, que — sin modificarse o trasformado — entra en la elaboración de los sueños despiertos, proviene de las *lecturas*. Es difícil saber de antemano qué es lo que puede producir efectos poco deseables y qué no. Existen naturalmente libros que no quisiéramos ver nunca en manos de nuestros hijos y educandos, ni antes ni después de la adolescencia y la pubertad (y resultaría sin duda alguna sumamente saludable si los mismos adultos fueran capaces de imponerse a este respecto un poco más de reserva y disciplina). Sin embargo, en muchos casos sólo difícilmente podremos llegar a formular un juicio.

No pocos pedagogos abogan por que todo cuanto pudiere brindar un material cualquiera para el soñar despierto erótico, o punto de partida para las curiosidades sexuales, quede prohibido. Otros opinan, en cambio, que una previsión tan exagerada no se justifica por nada, puesto que el instinto sexual, una vez haya cobrado suficiente vivacidad, haría interpretar eróticamente in-

cluso palabras y situaciones en sí completamente neutrales. (Conocemos, efectivamente, un caso en que unos sueños despiertos sexuales sumamente exuberantes se enlazaban con determinada frase de un libro en sí completamente anodina, que rezaba así: «Ambos abandonaron el jardín para trasladarse a la habitación de Olga».) En cambio, otros pasajes más eróticos no producen la menor impresión en personas jóvenes cuya postura sea distinta.

Surge a menudo la dificultad debido a que nos parece ineludiblemente necesario prohibir la lectura de un libro que un compañero, una amiga, y acaso incluso hermanos o hermanas mayores pueden leer. También en esta clase de casos lo que decide es la *relación de confianza* ya descrita. Dificultades de este orden suelen ponerse mucho menos de manifiesto en las instituciones educativas, a causa de una mayor homogeneidad del material de lectura disponible, que en la educación hogareña. Merece ser apuntado aquí que también no pocos libros llamados «buenos» pueden convertirse en peligrosos por la sencilla razón de que no pocas veces encontramos en ellos un sentimentalismo sumamente malsano que — especialmente en las muchachas — puede excitar la imaginación de una manera indebida. El motivo decisivo estribará siempre en la actitud de un niño o adolescente frente a la realidad. Para un niño verdaderamente normal y sano que se educa en un medio ambiente cuyo espíritu nada deja que desear, el peligro no es, por regla general, demasiado grande. No se debe olvidar que, con frecuencia, la lectura de libros prohibidos no se efectúa por sentirse atraídos por su contenido, sino a raíz de una actitud de resistencia, un espíritu de contradicción, y con vistas a hacer precisamente aquello que está prohibido; ya hemos hecho algunas observaciones, más arriba, acerca de tal postura infantil y juvenil.

Hoy día, acaso la lectura no desempeñe ya un papel demasiado importante, pues los temas sexuales acosan a la juventud por doquier y de mil otras maneras, tanto en la ciudad como en el campo. Carteles, prensa gráfica, fotografías sacadas de películas, la «erotización» en general de nuestra civilización, se encargan de ello. No creemos que una gazmoñería exagerada pudiera brindarnos provecho alguno; abrigamos la esperanza de que las páginas de la presente obra convenzan a todo lector de que se puede hablar de tales temas sin reservas indebidas. Sin embargo, una exposición seria de los problemas sexuales, igual si se realiza con intenciones científicas o con miras pedagógicas, es algo fundamentalmente distinto de aquel «estilo» con que hoy día se suelen tratar tan frecuentemente. Puesto que en la situación actual resulta completamente imposible preservar a la juventud de impresiones de esta índole, no nos toca más remedio que limitar nuestro esfuerzo a ayudar a los jóvenes a que sepan resistir la tentación o, si ello es factible, no se sientan tentados.

Representa sin duda un grave peligro el *cinema*.

El carácter concreto, tan parecido a la vida real, y la vivacidad de las situaciones a las que se asiste al ver una película poseen una fuerza especialmente eficaz. Por lo demás, la técnica cinematográfica hace necesario incluso cierto carácter de superacentuación de lo real (aun cuando ello quedara aliviado en cierta medida con la aparición del cinematógrafo sonoro). Muchas películas están vedadas a los jóvenes de ambos sexos; sin embargo, hay muchísimas más, e incluso las que se inspiran en intenciones francamente buenas, que pueden convertirse a su vez en peligrosas. Se pueden ofrecer perfectamente a personas jóvenes películas que les muestran el triunfo del Bien sobre el Mal, y tomarán partido por la parte de los vencidos; ven otra película en que se muestra el antagonismo entre la podredumbre de la Roma pagana y la pureza de los primeros cristianos, y aquella Roma les fascinará más que el heroísmo de los mártires. La psique juvenil propenderá con facilidad suma — no a raíz de alguna «maldad» sino, al contrario, a consecuencia de cierta generosidad y por compasión — a compartir el destino de los vencidos. La conocida frase de Lucano: *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni...* («La causa victoriosa les gustó a los dioses, mas la vencida a Catón»), caracteriza perfectamente esta actitud de los jóvenes.

Es completamente imposible preservar de una manera absoluta a las personas jóvenes de todo contacto con la sexualidad. Ésta desempeña un papel demasiado importante en la vida y en la Historia. No se puede suprimir de la enseñanza de la Historia a Mesalina ni a Cómodo, como tampoco mil otros ejemplos de lujuria y depravación moral. Sin embargo, «contacto» no debe significar todavía mancillamiento.

Podrían ser planteados aquí un simnúmero de problemas particulares. Sin embargo, apenas parece necesario entrar en su discusión; en último análisis siempre tendríamos que concluir en lo mismo, ratificándonos cada vez de nuevo en nuestro punto de vista fundamental, a saber, que lo decisivo no es siempre un pormenor parcial, por importante que pueda parecer, y que ninguna intervención pedagógica, tomada en sí, sería capaz de garantizar el éxito de una educación sexual. En efecto, ello depende siempre y sin excepción alguna de la educación general y del espíritu que anime a ésta. Si nuestros hijos son educados de una manera adecuada bajo todos los aspectos, entonces lo serán asimismo en cuanto a lo sexual.

Sólo a una única cuestión queremos dedicar aún unas consideraciones más pormenorizadas, puesto que en fin de cuentas se refiere al sentido básico de toda educación sexual: acabamos de aludir a la preparación al matrimonio.

V. LA PREPARACIÓN AL MATRIMONIO

No requiere ninguna exposición ulterior afirmar que toda sexualidad encuentra la realización de su fin, en último análisis, en el *matrimonio*. Por consiguiente, preparar a jóvenes y educandos a éste será tarea anexa de toda educación sexual. Sin embargo, esta última, concebida en un sentido estricto y más inmediato de la palabra, sólo constituiría una preparación completamente insuficiente, puesto que el matrimonio es mucho más —o mejor dicho: es algo completamente distinto— que una relación que se pueda agotar en lo meramente sexual. Aquellos individuos que pretenden ver la esencia suprema y última de la comunidad matrimonial en lo meramente sexual han sido manifiestamente incapaces de comprender el significado verdadero de esta última.

El matrimonio es la *comunidad de dos personas* (1). También esta vez vale la observación de que la persona se halla «contenida», o se expresa, en cada una de sus actitudes y manifestaciones como totalidad, pero que por otro lado no sería capaz de llegar a expresarse sin resto alguno, con toda la plenitud de su ser, tan sólo en una determinada forma de donarse y manifestarse a sí misma. «Comunidad de dos personas» sólo puede significar: comunidad en todos los planos, sectores y esferas de conductas humanas y de la vida, en las que en general la persona sea capaz de aparecer hacia fuera, y por encima de sí misma, y por

(1) Otra definición más corriente reza: la comunión de dos cuerpos y almas. (*N. del T.*)

consiguiente también en aquellas en las que se hace «accesible» del todo a otra persona.

Una «transfusión» completa de una persona en otra es, desde luego, algo totalmente imposible, por muy intensamente que alguien sintiera la necesidad íntima de una amorosa entrega de sí, bajo la presión de su conciencia de la suprema soledad del Hombre. Un «sentirse-uno» absoluto es una ilusión en cuanto vivencia, una utopía en cuanto meta. La individualidad es una característica completamente irrenunciable que pone coto y obstaculiza de una manera insuperable toda voluntad de «fusión total». Incluso en la realización más ideal de la unificación de un «nosotros» seguirán siendo las dos personas que se unen sendas existencias individuales, separadas una de otra y nunca anuladas ni aniquiladas hasta lo último en el seno de un «todo» nuevo que se realice. Sin duda existe un «ir hacia» el otro, allí y en la medida en que éste se muestre accesible a ello; hay igualmente un «entrar» en él, pero nunca un «disolverse» verdadero en el otro. Todos los hermosos giros de «disolverse en otra persona», de «un solo corazón y una sola alma» son meras metáforas. En realidad sólo se refieren en el fondo a *una unificación de la conducta*, de la mentalidad, del opinar y ambicionar, mas nunca también del Ser. De modo que si en una comunidad se establecen unas limitaciones en lo que respecta a una «fusión» en cualquier sentido de esta palabra, entonces aquel grado extremo de comunidad —nos vemos obligados a expresarnos de esta manera, aun cuando no se trata de «magnitudes» de ninguna índole y ni siquiera de «intensidades» — que se pueda lograr como máximo sólo es realizable si la aproximación se verifica en todas las «capas» de dos personas.

Hemos creído poder determinar la relación de tales «capas» dentro de una persona, en el sentido de que la «capa» inferior, en cada caso, independientemente de su autonomía y su valor propio, «se funde» en primer lugar con la inmediatamente superior, y en segundo lugar le brinda la «materia» que trata de penetrar y transformar. Ello podría dar pie a la tentación de

admitir la existencia de una situación similar también en cuanto a la relación de dos personas; mas si ello fuese cierto, lo sería entonces también el criterio que considera como imprescindible una armonía en lo sexual; en tal caso no podría existir un buen matrimonio sin el cumplimiento de esta condición.

Sin embargo, a este modo de ver se oponen consideraciones muy bien fundadas.

EL ASPECTO SEXUAL DEL MATRIMONIO

Estas consideraciones son ante todo de un carácter general. En primer término, sería preciso probar que las leyes estructurales que reinan dentro de un ente se dejan transferir sin más, en general, sobre las relaciones entre entes, y luego también habría que demostrar la influencia que ejerce sobre dos entes que entran en relación, la realización de esta misma relación. Ya la formulación algo complicada que acaba de leerse señala el enmarañamiento de la problemática que se abre ante nuestros ojos. Debemos inhibirnos de todo intento de esclarecimiento en este lugar; en cambio, nos ha parecido útil aludir a esta clase de cuestiones, ya que no pocos hablan a este respecto de una manera demasiado liviana (según nos parece) de «cosas que se sobreentienden», y que en verdad constituyen un tema que es sumamente difícil entender.

Luego existen comunidades de vida íntima en las que el *eros*, y aún mucho menos lo sexual, no interviene para nada. El tópico ya citado «de un corazón y un alma» suele aplicarse preferentemente sobre comunidades no eróticas, y ante todo sobre la amistad. Es, pues, perfectamente posible una recíproca relación auténtica y duradera, *sin* la aludida fundamentación en la capa «tan sólo vital».

También el criterio de que la realización del sentido del matrimonio (en conformidad con el Ser) reclame la relación sexual

carece de significado. En efecto, en primer lugar, dicha realización de sentido no aparece en la vivencia inmediata; y en segundo término se la puede realizar incluso en casos de muy amplias disarmonías eróticas.

Sin embargo, se suele invocar el argumento de que, ante todo, hablar de un matrimonio «bueno» tiene un doble sentido; primero, se llama así a un matrimonio que satisfaga las condiciones objetivas; luego se enfocan las vivencias de orden subjetivo. Aun cuando en la inmensa mayoría de casos *ambas* condiciones o no están satisfechas o brillan por su ausencia, no obstante se las podría equiparar sin más. (La designación de un matrimonio como «feliz» se refiere exclusivamente al aspecto de las vivencias subjetivas.)

Sin duda resulta más fácil llevar un matrimonio adecuado — llamemos así a aquel que es «bueno» en el sentido objetivo — cuando sea al mismo tiempo «feliz»; sin embargo, la felicidad subjetiva no constituye ninguna condición imprescindible. Por regla general, un matrimonio adecuado que lo sea a raíz de la voluntad recíproca de los esposos constituye también una garantía de felicidad; sin embargo, no es forzoso que sea así, puesto que el estado subjetivo de dicha — por lo menos a lo largo de un prolongado período de tiempo — puede existir incluso en el caso de una equivocada ducción de la vida, lo que, como es sabido, no es ninguna exclusiva del matrimnio.

Puede ocurrir también que precisamente la voluntad de llevar un matrimonio adecuado acarree una disminución de la vivencia subjetiva de la dicha, aun cuando en este caso sea preciso matizar algo más si también en el «sentirse feliz» puede haber modalidades cualitativas y si una disminución de dicha en un plano puede correr parejas con un aumento de felicidad en otro (y viceversa). Recuérdese a este respecto lo que hemos dicho en el capítulo segundo acerca del sacrificio.

Aunque una realización objetiva del sentido del matrimonio no sea posible sin su realización en el comercio sexual, con vistas a engendrar y concebir vidas nuevas, lo es, sin embargo, sin

placer sexual. En este sentido lo sexual «fundamenta» el matrimonio. Y puesto que la alegría sexual que los esposos encuentran uno en otro — la mera satisfacción y el placer por sí solos *no* agotan la situación — fundamenta sin duda alguna un enriquecimiento de la dicha y posibilita una comunidad íntima a más no poder, al igual que partiendo de ello sirve a la realización de valores que se hallan en su debido lugar y se convierte en expresión de la relación amorosa específica, así como de la voluntad de entrega de sí mutua, le corresponde indudablemente una importancia muy alta. Mas aún no está dicho de ninguna manera que al no producirse dicho momento, o si se pone muy poco de relieve, la comunidad de los esposos quedaría suprimida; en cambio, éste sería el caso si la relación comunitaria estuviera efectivamente fundamentada en la sexualidad.

El sociólogo alemán F. Tönnies (1) formuló la esencia de

(1) Ferdinand TÖNNIES (1855-1936), *Gemeinschaft und Gesellchaft*, 1887 (8.ª ed., Leipzig, 1935). Oponía a «comunidad», forma consociativa humana más bien instintivo-afectiva, a «sociedad», forma consociativa racional. Los ejemplos más típicos de la primera son la relación madre-hijo, la familia, y de la segunda, la Sociedad Anónima (que se halla al servicio de un fin utilitario). La Comunidad se fundamenta en una *Wesenswille*, «voluntad esencial» que brota del mismo modo de ser uno, mientras la Sociedad se basa en una *Kürwille*, o «voluntad electiva» no «esencial». Durante más de medio siglo, este doble concepto de las formas consociativas básicas privaba en la Sociología alemana. «Comunidad» llegó a ser la «verdad absoluta» para ADLER y poco a poco también otras naciones se fueron acostumbrando a emplear estos términos, de los que DURKHEIM observara, ya al aparecer en la primera edición de la obra de TÖNNIES, que «no tenían traducción exacta» al francés (ni a otros idiomas). La crítica más reciente de este binomio tönniesiano se debe a René KÖNIG (*Kölner Vierteljahrsschrift f. Soziologie*, VIII, 3, 1955), como también la del concepto alemán de *Gemeinschaft* en general (*Soziologie*, 1958, págs. 83 a 88, donde traza en forma condensada, y sin duda un tanto incompleta, la historia de este concepto). Añadamos que en la filosofía y psicología católicas «comunidad» goza actualmente de sumo favor, no en último lugar bajo la influencia de Emanuel MOUNIER, quien rechaza el binomio «individuo-sociedad» por demasiado

toda «comunidad» como la unión de la «voluntad esencial» (1) de dos o más personas. Si se acepta este criterio, que nos parece justo en un sentido muy amplio, entonces queda claro que unas orientaciones volitivas pueden encontrarse en todos los planos de la existencia humana. En su manifestación más completa, una comunidad sólo puede producirse mediante una tal unificación de todas las capas peculiares a la persona (o de orientaciones, si se tiene en cuenta el comportamiento del «salirse de sí»). Ahora bien, a dichas capas les corresponde un rango distinto, o una dignidad diferente, por la sencilla razón de que —tal como hemos intentado mostrarlo— las capas en cada comparación superiores representan el principio de forma de las inferiores; por consiguiente, éstas no podrían llegar a la realización de sus posibilidades interiores sin la añadidura de un tal conferimiento de forma. (Por esta causa se designa con justa razón todo comportamiento meramente pulsional en una persona como un «comportamiento animal».) Mirando así las cosas, les corresponde incluso a las capas superiores en la persona una importancia mayor en la fundamentación de una auténtica comunidad.

Acaso las cosas se presenten de la siguiente manera: el factor necesario no es la producción *efectiva* («factual») del gozo sexual o de la alegría de un esposo en otro, sino la mera *posibilidad* por principio de ello. Ahora bien, la realización efectiva de dicho gozo y alegría *no* es condición imprescindible. Lo prueba así la existencia de los «matrimonios de José», los «*Josephshehe*», como se dice en alemán.

Aun cuando la afirmación de que en el matrimonio lo sexual es el factor esencial —a veces se pretende erigirlo incluso en factor ¡exclusivo!— nos parece injustificada y debida a una

mecanicista y lo substituye por el de *persona-comunidad* (sin percatarse de la influencia tönniesiana). (*N. del T.*)

(1) Para la explicación de este término de Ferdinand TÖNNIES, véase la nota anterior. (*N. del T.*)

inversión de la perspectiva (es decir, a un enfoque «desde abajo»), por otro lado nadie podría dudar de su importancia. Sin embargo, y es preciso insistir en ello con la máxima energía, el querer hacer depender un «matrimonio perfecto» (1) *exclusivamente de la sexualidad* equivale a un tremendo desconocimiento de la esencia verdadera de la comunidad matrimonial.

Hay más, incluso: entre la relación exclusivamente sexual y la tarea de constituir una auténtica comunidad para toda la vida aparece cierto antagonismo. En efecto, un tal matrimonio debería de ser —acerca de ello no reina la menor duda— un *matrimonio de amor*. Ahora bien, aun cuando sea cierto que el amor encuentra en lo sexual su expresión específica, al igual que lo instintual a su vez en la realización de su sentido, ello no obstante es inherente a esta esfera de la existencia humana un rasgo que contradice todos estos asertos. El instinto o pulsión reclama satisfacción, y ésta se verifica en la persona misma; éste encuentra en ella su placer y al querer éste, «busca lo suyo». De modo que si por un lado lo sexual es expresión y medio de la entrega de sí, por el otro se le queda imborrablemente pegada la característica del *egoísmo*, o sea un algo que se halla en contradicción crasa con la entrega de sí y hasta amenaza constantemente a ésta con destruirla (2). Esta paradoja o esta tensión sólo

(1) Alusión al título de una obra sumamente «cruda» de VAN DE VELDE, *El matrimonio perfecto*, que tuvo enorme éxito en la Europa Central, lo que sólo se explica por la poca habilidad en la «técnica sexual» de los no latinos. (*N. del T.*)

(2) El íntimo amigo y colaborador del autor, Oswald SCHWARZ —profesor de Urología y especialista en todo lo «sexual»—, solía preguntar a sus alumnos al examinarlos: «¿Qué hace un hombre que, en el momento de la suprema unión carnal, sólo contesta a su mujer, que le ruega apague la luz, con un gruñido?» La respuesta correcta era: «Se masturba, se autosatisface; nada más». En efecto: hasta en tan nimios pormenores se manifiesta la «traición» a la entrega de sí *total*, en cuerpo y alma, y el mero afán de (auto)satisfacción egótica. Hasta el urólogo exigía, pues, la amorosa y más completa entrega de sí como condición ineluctable de un acto sexual «correcto». (*N. del T.*)

puede ser superada en el amor, y solamente por el hecho — aun cuando nunca quede completamente eliminada, pues se trata de algo esencial — de que el que ama quiere también el placer y la alegría *del otro*. En este sentido, P. Haeberlin afirma con toda razón que la sexualidad «no podría ser el soporte de un matrimonio concebido como comunidad de vida, sino que, al contrario, podría perturbar constantemente ésta». Por consiguiente, un matrimonio fundamentado única y preponderamente en la atracción sexual (que suele llamarse sin duda mejor «amor sexual»: «*Geschlechts-Liebe*») lleva en sí ya de antemano la semilla de su decadencia. Si se piensa en esta clase de «amor», entonces sin duda el escéptico Montaigne tiene razón al decir que, según su experiencia, el «matrimonio de razón» ofrece mayores garantías de subsistencia y dicha que el «matrimonio de amor» (1).

Por consiguiente, la «preparación al matrimonio» constituye una tarea que rebasa considerablemente el marco de una Pedagogía Sexual, en el sentido propiamente dicho de este término. Sin embargo, aun cuando nos extendiéramos sobre las observaciones que este tema tiene que suscitar, tendríamos que abandonar en gran parte nuestra exposición, de no haberse comprobado que este sector no podría poseer de ninguna manera justificación de ser una como provincia limitada dentro de la Pedagogía general en cuanto tal. Incluso desde el punto de vista de la preparación al matrimonio, los problemas que se plantean sólo

(1) Los pueblos sagaces, hebreos, japoneses, así como en Europa las naciones más «aburguesadas», solían siempre preferir el «matrimonio de razón» al mero «matrimonio de amor» — que algunos de ellos ni siquiera parecían conocer, ya que según algunos autores sólo surgió en Europa con la heterodoxia cátara —. Sin duda sabían por qué. Es más frecuente, en efecto, que el amor más abnegado nazca en el seno de un «matrimonio de razón, que no la transformación de un mero «matrimonio de amor», una vez esfumada la embriaguez de los sentidos, la belleza y la juventud, en un matrimonio «perfecto» en cuanto comunidad de vida total. (*N. del T.*)

pueden ser enfocados como un mero aspecto parcial de una preparación a la vida en general. Naturalmente, este tema es tan vasto, aun en el caso de que lo quisiéramos limitar únicamente al matrimonio, que no podríamos aportar a ello sino unos comentarios muy accidentales.

El matrimonio es comunidad de vida; una educación con vistas a él es, pues, en primer término, una *educación a la comunidad* en general; luego, una educación con vistas a aquellas formas y aquellos postulados de la Comunidad que son característicos precisamente para el matrimonio en cuanto tal. El carácter peculiar de la comunidad matrimonial no es tan sólo una consecuencia de la posición especial de ésta como núcleo central de la familia y con ella de la Sociedad, de su carácter sacramental, que la distingue frente a todas las otras formas de Comunidad, sino también de la indudable circunstancia de que a aquellas dos formas que constituyen el *nosotros* del matrimonio les corresponde una posición *sui generis*. De este hecho primigenio óntico se deduce que el «papel sexual» que les corresponde a ambos esposos no es más que un efecto, un reflejo o una representación. A la preparación al matrimonio le incumbe la tarea de iniciar y familiarizar a la persona con el papel, función y posición que le va a corresponder dentro de la comunidad matrimonial.

La finalidad de toda preparación al matrimonio podría formularse por lo demás en los términos siguientes: *educación hacia una comunidad auténtica y familiaridad con el papel sexual específico*.

Empezaremos con lo poco que creemos poder decir sobre el segundo de estos puntos.

EL «PAPEL SEXUAL»

Hemos llamado ya más arriba la atención sobre el hecho de que la educación tiene la obligación de tener en cuenta, en tiempo útil, a la persona joven que va formándose, tanto en su modo de ser individual como también en sus rasgos esenciales determinados por su sexo. Es preciso educar a un muchacho como un muchacho y a una muchacha de acuerdo con su sexo.

Es preciso insistir en este postulado que, en realidad, debería sobreentenderse, ya que a diario vemos realizarse estupideces múltiples. Por ejemplo, unos padres que deseaban tener un hijo varón, pero que vieron bendecido su matrimonio con una niña, educan a ésta como si fuera un niño; tales casos son mucho más frecuentes de lo que generalmente se cree. Puesto que la pertenencia a uno u otro sexo es un hecho de la Naturaleza, nunca puede significar un postergamiento. La educación basada en la pertenencia a uno u otro sexo viene a ser al mismo tiempo una educación hacia la conciencia de la tarea peculiar e insubstituible de cada cual, así como hacia la dignidad propia que en ésta se fundamenta.

Como en tantos otros aspectos, a la educación le incumbe menos, también esta vez, tomar determinadas medidas positivas y evitar los errores. En ningún caso a la persona que va creciendo debería aparecérsele su tarea como indigna, trágica, fatal, ni su destino como digno de conmiseración. Sin embargo, más de una actitud de las personas que constituyen el medio circundante educativo — en el sentido más amplio de la palabra — ejerce una influencia nefasta en este sentido. Esto ocurre primero, de una manera indirecta, a raíz de unos «discos» o «rollos» que «sueltan», por ejemplo, las madres a sus hijas, lamentándose acerca del duro destino de la mujer en general y de la mujer casada en particular; les describen sus respectivos futuros con rasgos poco agradables y les enseñan más o menos

que el varón debe ser considerado como un adversario, y otras lindezas por el estilo. Del mismo modo, cuando una mujer haya tenido mala suerte al escoger marido, o cuando considere su propia vida como fracasada, no debería nunca proceder a generalizaciones precipitadas e indebidas. En efecto, la desdicha propia no es motivo para poner en duda las posibilidades de felicidad de los demás, sobre todo porque siempre puede pensarse que *uno mismo* tiene la culpa de la desdicha propia, que hubiera podido evitar o por lo menos aliviar.

También los padres suelen hacerse culpables de manifestaciones análogas frente a sus hijos. Sin embargo, más importantes que las palabras son las impresiones que niños y jóvenes reciben de las relaciones que median entre sus padres. Un marido que tiraniza y trata brutalmente a su esposa suscitará en las mentes de sus hijas un espeluznante espectro de la manera de ser masculina en general. Una mujer insoportable y dominadora provocará involuntariamente en sus hijos una actitud hostil frente a todo el sexo femenino, y muy a menudo hasta frente al mismo matrimonio en cuanto tal. En estos casos, como siempre, pesa mucho más en la balanza el ejemplo vivido que todas las pláticas y palabras. Sólo puede preparar bien a sus hijos e hijas para el matrimonio una pareja de esposos que «viva» un matrimonio digno de este nombre.

Sin embargo, la formación de una actitud adecuada ante la tarea específica del sexo propio nunca podría realizarse, como tampoco ninguna otra, de una manera aislada dentro de la educación o de las tareas de la personalidad humana. Sólo se puede realizar cualquier actitud adecuada peculiar cuando la *postura general* resulte adecuada y justa. Dicho en otras palabras: conserva toda su validez también para el tema de la preparación al matrimonio la afirmación de que sólo se la puede realizar bajo el supuesto y dentro del marco de la «preparación a resolver la tarea» en general.

Suele causar no pocos daños el que las personas que están dispuestas a aceptar el sagrado lazo del matrimonio no enfoquen

éste suficientemente bajo el aspecto de una tarea que les espera, de una performancia que tendrán que cumplir; lo miran demasiado poco desde el punto de vista de «donar» y demasiado bajo el de «extraer» y «recibir». Sin duda alguna, cada cual debe «sacar» mucho del matrimonio, puesto que éste se fundamenta en una relación recíproca de «donar». Sin embargo, si se coloca demasiado en primer plano el aspecto de la esperanza de «sacar provecho» o incluso de exigirlo o postularlo, entonces se podrá producir con excesiva facilidad una actitud que enlaza el «rendimiento» propio, la entrega de sí mismo o su «donar» con unas *condiciones* que deben ser cumplidas «previamente» por la otra parte contrayente para que la primera se muestre por su parte dispuesta a «cumplir».

Esta postura, demasiado difundida y hasta cierto punto incluso «natural», es fuente de numerosas malas inteligencias y conflictos, mas esto no únicamente en el matrimonio. Todo parece indicar que, en general, *los seres humanos se dan muy poca cuenta de que las leyes morales poseen una vigencia «incondicional»;* es decir, que requieren de cada cual una imperiosa e inexorable obediencia, en completa independencia de cómo se comporten el otro o los otros, y esto tanto de una manera general como también ante tal persona individual concreta. Así también en el matrimonio. La actitud equivocada de uno de los esposos dificulta naturalmente también al otro para observar a su vez una conducta completamente idónea; sin embargo, ello no le redime de esta obligación ni representa para él una excusa válida.

LA EDUCACIÓN HACIA EL ESPÍRITU COMUNITARIO

Si nos proponemos educar a hombres y mujeres para el matrimonio, si queremos capacitarles para propender, aun en medio de todas las contrariedades y desagrados de la existencia terrenal, hacia la altísima meta de la realización de una verdadera comunidad de vida, para que no pierdan nunca la voluntad de lo Auténtico y lo Justo a pesar de todos los fracasos, entonces debe cumplirse un doble postulado fundamental: *la persona humana debe saber* SERVIR, en el sentido supremo y propio de la palabra, y *debe tener valor para la aventura.* Acaso estas aseveraciones — que a primera vista sin duda sonarán algo extrañas, y hasta extravagantes — no signifiquen en el fondo sino una y la misma cosa.

El ser humano debe saber *servir* en el sentido propiamente dicho. La persona: hombre y mujer, y no sólo esta última. Ahora bien, sólo podrá «servir» (como ya queda dicho) el que posea plena conciencia de su valía personal; se requiere para ello una decisión libre de la persona que no se pierde a sí misma ni pierde su valor a raíz de la relación de «servir». Sólo en la actitud de querer «servir» puede cumplir debidamente una persona su tarea, cualquiera que ésta sea. Por esta razón, «servir» es la postura incluso de aquel que se vea colocado por encima de los demás; y el saber que nadie que toma en serio su existencia está (ni podría estar) exceptuado de esta actitud general, despoja de toda amargura el «servicio» de los «inferiores». El sentido peculiar por el orden jerárquico del Ser sólo se pierde, incubando la rebelión, siempre y cuando los «superiores», en vez de concebirse a sí mismos como servidores de algo superior y hasta de lo Supremo, olvidan en su egolatría que tampoco ellos están desligados de la obediencia de las leyes de la existencia humana, llegando a comportarse con altanería. La actitud «objetiva» que posterga el yo y lo hace vivir para la tarea es en último análisis la de un servicio; es al mismo tiempo la única postura en la que el mismo yo puede prosperar con vistas a su propio perfeccionamiento personal (1).

---

(1) No será necesario recordar al lector que el propio Sumo Pontífice se designa, en la conciencia más plena de esta idea de Servicio, «Siervo de los siervos de Dios»; que el lema heráldico de una familia soberana es *Je sers,* «sirvo»; que la palabra ministro significa en su ori-

Si las personas comprendiesen —tanto en general como de un modo especial respecto al matrimonio— que la mejor manera de fomentar su propio yo precisamente es la entrega de sí y el servicio, entonces sin duda no pocos «problemas» y no pocas dificultades perderían importancia e incluso se resolverían por sí solos, como por ensalmo. El matrimonio fue instituido para los humanos, pero también los humanos estamos en el mundo para el matrimonio, dentro del cual tenemos el deber de colaborar, mediante su formación, en la realización del Reino de Dios. En efecto, el sentido profundo del matrimonio no estriba tan sólo en engendrar y criar hijos, ni únicamente en la satisfacción de la apetencia natural o la creación de una comunidad de vida y con ella de la célula nuclear de la Sociedad Humana, sino también —y no menos que todo lo otro— en la santificación de los esposos (véase *I Cor.*, VII, 13 y 14). Por consiguiente, la relación recíproca de los esposos es, ante todo, servicio del uno por el otro, pero luego también servicio del Todo, y en último análisis del Reino de Dios. Visto desde nuestro punto de vista, el prójimo ocupa el primer plano, ya que «está ahí» visiblemente, y lo que le hagamos a él, despertará respuesta y efectos retroactivos inmediatos sobre nosotros mismos. Sin embargo, según la esencia del tema y «fundando» primero todo lo demás, el primer plano les corresponde en realidad a las relaciones supremas, o sea las que apuntan al *finis ultimus* y con ello al sentido más profundo de la vida.

gen «servidor»; que incluso asociaciones de personas pudientes de filiación protestante o agnóstica como las que componen el «Rotary Club», de factura pragmática norteamericana, tienen por lema la palabra «Servir», etc. En nuestro mundo actual, en el que todo el mundo parece únicamente interesado en «mejorar su nivel de vida» (material), acaso no resulte superfluo recordar —como lo hace el autor de este libro— que sólo el olvido del propio yo, en aras del Servicio a la Comunidad, nos permite un verdadero despliegue pleno de este mismo yo, como la enseña Alfred ADLER. Precisamente por esta razón pudo ser llamado ADLER «apóstol de la libertad», por su inspirada biógrafa Phyllis BOTTOME, en el subtítulo de la obra *Alfred Adler*, traducida por nosotros para esta misma Editorial. (*N. del T.*)

Ambos esposos se sirven, pues, mutuamente y realizan un *mutuum obsequium;* ello en el fondo sólo es posible por la sencilla razón de que cada cual sirve, en la persona del otro, a un Todo superior. Esta relación recíproca de servir de ambos esposos subsistirá *siempre*, independientemente de cualquier especialización en sus tareas y de la posición que corresponda a cada cual a raíz de su pertenencia a uno u otro sexo.

He aquí por qué también la preparación al matrimonio, si bien recibe su perfil y tarea, bajo el aspecto que nos debe interesar en este lugar, de la idea universal de *servir*, tendrá que ser distinta en el caso del muchacho y de la joven. Estudiar este tema con todos sus pormenores y enumerar todas las medidas necesarias para el logro de su perfección nos parece superfluo; en efecto, ello vendría a ser una exposición de la educación hacia la auténtica virilidad y femineidad, y con ésta de la educación del carácter y de la personalidad en general. Porque la tesis de que toda persona debe percatarse claramente de su tarea y del destino que le espera en la vida, adoptando frente a ellos una actitud de completa aceptación y afirmación, no es válida tan sólo respecto al «papel sexual», en un sentido específicamente vital; vale asimismo para el «todo» de la existencia, que debe ser vivida —se quiera o no— en virtud de la dicotomía de la naturaleza humana, una en la de varón y hembra, y que por consiguiente no podría ser idéntica para ambos.

Esta aceptación sumisa del destino triple, universalmente humana, determinada no menos universalmente según el sexo e individual-personal, requiere luego aquella postura íntima que hemos querido designar con el giro «valor para la aventura». Decir que el Hombre desconoce el porvenir es una afirmación trivial; pero acaso no siempre reflexionemos suficientemente sobre lo que significa para la formación concreta de nuestra vida este hecho fundamental de nuestra existencia, y qué postulados se derivan de él. No sería lícito plantear en este lugar la pregunta

que conduce directamente a las honduras máximas de la existencia humana y su problemática básica, o sea las *relaciones con el destino*, según el sentido y significado de este concepto, o bien el hecho primigenio de la Creación acerca de que el Hombre tiene, en general, «historia», y que sólo él tenga «historia». Sin embargo, el que esta pregunta surja tan pronto como profiramos una palabra como «preparación» tendría que señalarnos inmediatamente que ningún instante de nuestra existencia se puede hallar huero de relaciones. Éste es tanto más el caso, desde luego, en cuanto se trate de acontecimientos tan decisivos para nuestra vida —como acaso tan sólo lo sea también la elección de su exacto contrario: el celibato o el estado sacerdotal— que deciden nuestro destino.

Acaso se puedan intercalar aquí algunas palabras acerca del *celibato*, ya que también desde este punto de mira se desprenderá alguna luz sobre el matrimonio mismo. Recordemos ante todo lo que ya hemos dicho acerca de la virginidad. Tal como el valor de ésta no podría existir si la sexualidad a la que se renuncia no tuviese el suyo, así también el valor del celibato volitivamente intencionado fundaméntase *en el valor del estado matrimonial*. Sin embargo, sus relaciones mutuas son esta vez algo distintas que en el caso de la virginidad. Ante todo la renuncia al matrimonio es *más* que renunciar meramente a la legítima alegría sexual, puesto que en el matrimonio se trata siempre de mucho más que sólo de ésta, a saber, de una comunidad de vida, de una forma específica que no podría quedar substituida por ninguna otra, como, por ejemplo, la del convento: el *bíos koinós*. Ello se pone de manifiesto ya por el hecho de que la vida comunitaria monástica admite una cierta soltura en el sentido de una amplia individualización y aislamiento relativo de los miembros del cenobio, tal como se puede ver, por ejemplo, en la vida e incluso en la disposición arquitectónica de una cartuja. Con ello queda dicho ya, sin embargo, que un mero vivir uno al lado del otro, por muy armonioso que resulte, e incluso repleto de amor, aún no agota la esencia misma de una comunidad de vida.

Ni la unión sexual ni tampoco un tal estar-juntos, y ni siquiera engendrar y criar hijos, agotarían la esencia plena del Matrimonio. Y los aspectos últimamente mencionados no podrían agotarlo nunca, ya sea por la sola razón de que si bien constituyen la finalidad del matrimonio, su ausencia, de producirse (o la renuncia a ellos por razones sobrenaturales), no suprime el ligamen.

Si recordamos la idea de que en la persona humana se han fusionado varias capas o modos existenciales en una unidad, constituyendo así dentro de ella una posibilidad para varias tendencias básicas de la conducta, entonces se podrá decir (según nos parece) que la vida humana, para ser plena y completa, tendrá que desplegarse en todas estas direcciones fundamentales (aun cuando no en todas con la misma intensidad). «Comunidad de vida» significa entonces un «confluir» en todas las direcciones básicas que le sean esenciales a la naturaleza humana.

Tan sólo cuando sea posible realizar una tal «confluencia» de dos vidas, podrá hablarse propiamente de un matrimonio armonioso. Sin embargo, ello no significa de ningún modo que los dos esposos tengan que ser siempre y en cada caso concreto de la misma opinión; el *mutuum obsequium* no podría concebirse de este modo. Un matrimonio fundamentado en una unificación tan completa conduciría, según toda probabilidad — por ser como son las personas humanas —, a la opresión de la parte más débil, pero acaso también de la parte mejor.

LA ELECCIÓN DEL CÓNYUGE

Rozamos aquí un problema muy delicado y que no se presta a ninguna solución universal: el de los principios básicos de la *elección de esposa y esposo*.

Sin duda se podría decir, desde un punto de vista de prin-

cipios: dos personas que se obliguen bajo todos los aspectos y con toda seriedad a hacer lo bueno y lo justo tendrían que ser capaces de constituir un buen matrimonio en medio de todas las circunstancias. Acaso. Pero, ¿también un matrimonio feliz? El Hombre es flaco y las desgracias, sobre todo aquellas inevitables, como las puede acarrear una comunidad de vida indisoluble, podrían más que cualquier otra cosa socavar la voluntad del Bien. Por consiguiente, la decisión de enlazar nuestra vida con la de una persona única es de bastante gravedad.

La situación real queda obscurecida por el hecho de que muchos matrimonios brotan del amor recíproco. Sin embargo, este amor no constituye aún una segura garantía para un futuro feliz. Prevé, desde luego, el porvenir como feliz y cree poder superar con facilidad suma cualesquiera dificultades de las que de vez en cuando también se percata. Entonces el amor tiene y no tiene al mismo tiempo razón. Sin embargo, sólo hablamos aquí de un *amor personal auténtico* y no del mero amor nacido de la atracción sexual o acaso de otros motivos parciales del amar; porque para éstos sí es cierto el dicho de que «nos ciegan». El amor que mana del núcleo central más íntimo de una persona e irradia hacia otra, y el amor al que esta segunda persona se abre para reciprocarlo, es en verdad un *amor vidente* y no un «amor ciego». Su mirada penetra a través del fenómeno momentáneo de la personalidad tal como es y capta el ser integral del Tú con todas sus realidades y sus posibilidades todavía no realizadas. Éstas, sin embargo, son sin duda, en todos los casos, sin excepción, mucho más ricas que las realidades que constituyen la personalidad actual. En este sentido el amor está en lo cierto: ver las posibilidades, las realidades posibles. Mas no se trata tan sólo de que las posibilidades existan y «estén ahí», sino también de que su transformación en otras realidades se realice de verdad. Ahora bien, esta transformación no se verifica tan sólo, y probablemente ni mucho menos, según una ley de nuestro desenvolvimiento interior, como en el caso de tantas y cuantas disposiciones biológicas nuestras; necesita de múltiples

causas para realizarse, de muchos momentos, que vengan a añadírsele desde fuera; sin tales momentos incluso la óptima disposición intelectual permanecería tal vez sempiternamente en el estado de un ser tan sólo posible. La totalidad de las posibilidades que se le brindan a la persona desde fuera, es decir, precisamente la realización de momentos que significan posibilidades, forma parte esencial de lo que llamamos destino.

Ahora bien, el amor ve las posibilidades en la otra persona; mas no ve ni podría ver si la realización de aquéllas podrá producirse verdaderamente, y en qué condiciones. Tampoco el amor podría ser omnisciente. Y en este sentido ya *no* tiene razón. Tampoco en el hecho de que cree de una manera demasiado absoluta en su propia duración eterna. Sin duda alguna, el amor apunta hacia el valor de la otra persona, no sólo tal como ésta *es*, sino también, y acaso hasta en primer lugar, tal como *podría ser;* sin embargo, esta posibilidad posee su valor, a pesar de todo, esencialmente a raíz de que apunta hacia una realidad futura; si a fin de cuentas ésta deja de producirse, entonces el amor quedará «defraudado», perderá en la mayoría de los casos su don de clarividencia y con ello la fe en las posibilidades y en el valor del otro; se pierde entonces en el vacío y se agota. Acaso un amor tal no haya sido nunca un amor «ideal» ni se haya elevado nunca hasta la cumbre máxima de sí mismo; mas exigir precisamente esto como postulado universal equivaldría a desconocer la general debilidad de la naturaleza humana. De una tal superación última de las barreras erigidas por la falibilidad humana acaso sólo sea capaz el santo; y aun cuando todo ser humano debería ambicionar la santidad, la realización de este ideal no depende, sin embargo, de él, sino que es obra de la Gracia.

Toda decisión, incluso la más insignificante, acarrea siempre un cierto riesgo, ya que se refiere al futuro. El futuro es siempre una aventura y consiste en exponerse a cualquier eventualidad que le pueda *ad-venir* a uno; aventura es «ad-ventura». Tiene un sentido profundo el que en las lenguas románicas *aven-*

tura y *porvenir* se expresen mediante palabras derivadas de la misma raíz. Sin duda hay una bien fundada «confianza en la regularidad del mundo»; mas nunca podría haber una seguridad perfecta, ya que no somos capaces de abarcar con la vista todas las complejísimas urdimbres de las más diversas regularidades; así, pues, el riesgo de la decisión debe ser aceptado personalmente en todos los casos. La vida va produciendo siempre de nuevo cosas imprevistas e imprevisibles; *l'imprévisible*, como decía Henri Bergson (1).

Por consiguiente, en el fondo se necesita valor para aceptar la aventura, en realidad en todo instante. La incapacidad de decidirse que caracteriza más o menos a tantas personas (2), es expresión de *la falta de valor para la aventura*, así como de la falta de voluntad para aceptar eventuales consecuencias; finalmente, para poder sentirse libre de responsabilidad, siempre que se trata de decisiones graves, uno acaba por evitar el tomar ninguna.

Sabido es que no pocas personas demuestran una incapacidad muy evidente de decidirse, precisamente ante la posibilidad de contraer matrimonio. El que se deba meditar seriamente un paso decisivo para la vida se entiende de sobras. Sin embargo, meditar o ponderar no es lo mismo que no saber decidirse. Las razones que se suelen formular contra el matrimonio, y que a menudo pueden parecer incluso muy importantes, con frecuencia *nada tienen que ver* con las verdaderas. En efecto, el «nunca se sabe» es rasgo característico de toda decisión humana, y la mayor parte de otra clase de escrúpulos y dudas son susceptibles de quedar o desenmascarados o resueltos, en un sentido u otro. Sin embargo, lo que suele oponerse como una inhibición grave

(1) El título de uno de los libros del compatriota de éste, André Maurois, formula aún mejor esta misma idea: *Toujours l'Inattendu arrive*: «Siempre ocurre lo inesperado». (*N. del T.*)

(2) El autor se refiere aquí al concepto de la «actitud indecisa» —*zögernde Attitüde*—, que fue descrito por vez primera, muy certeramente, por Alfred Adler. (*N. del T.*)

a contraer matrimonio es casi siempre la falta de disposición íntima de aceptar los deberes y responsabilidad que éste acarrea, así como de tener que satisfacer los postulados de la sexualidad natural. Sería preciso que se tuviera plena conciencia del carácter serio de la responsabilidad; al Hombre le es exigido también, empero, que sepa aceptar ésta y cargar con ella.

Toda educación y todas aquellas circunstancias sociales que entrañan y enajenan al Hombre en su papel natural, en vez de acostumbrarle a la aceptación libre de sus responsabilidades, condicionan una preparación insuficiente e incluso falsa para el matrimonio. En bastantes casos nos sería fácil descubrir que las causas últimas de una actitud indebida ante el matrimonio, y luego ya dentro de éste, se remontan muy lejos. Una severidad excesiva que haya destruido la conciencia del propio valer, al igual que éste mismo, que no permite que brote la menor conciencia de responsabilidad, suele fundamentar posturas íntimas que por igual se opondrán más tarde a la decisión de casarse y a la buena conducción de la vida matrimonial. Ahora bien, puesto que el matrimonio le está garantizado a la persona humana por el Derecho Natural —consúltese la encíclica *Casti connubii*—, la preparación al matrimonio se inicia ya al mismo tiempo que los primeros influjos pedagógicos destinados a conducir al ser humano hacia el pleno despliegue de su ser.

La decisión con respecto al matrimonio se le postula a toda persona humana, indiferentemente del hecho de si las circunstancias externas le permiten o no contraerlo. Aplazar una decisión tan trascendental hasta que se plantee de manera candente nos parece equivocado. En tales instantes debe tomarse tan sólo la decisión de si tal o cual persona podría ser «idónea» como esposo o esposa; mas el modo de enfocar el matrimonio en general es algo que todo el mundo debe haber aclarado ya de antemano.

En este lugar es necesario recordar una vez más que el ejemplo vivo, «vivido como modelo» —es decir, el matrimonio de los padres—, representa siempre la preparación más eficaz,

como puede representar asimismo el escarmiento más peligroso. Dicho ejemplo es infinitamente más importante y ejerce una influencia mucho más intensa que cualquier explicación, aclaración o ilustración, por muy pormenorizada que ésta sea.

Además de ello, pesarán, naturalmente, todas aquellas propiedades, actitudes y también aptitudes cuya ejercitación influya de una manera decisiva en la formación del matrimonio. En lo particular se presentan como variedades peculiares de la postura general del «servir».

EL HOMBRE Y LA MUJER EN EL MATRIMONIO

Aun cuando reine entre los esposos una jerarquía natural, esencial y fundada en lo sobrenatural, siendo el varón «la cabeza de la mujer», con ello no queda suprimida de ningún modo la reciprocidad de la voluntad de servir ni la obligación de hacerlo. La hermosa palabra alemana *Frauendienst* (1) ha venido perdiendo algo de su sentido primigenio, a raíz de ciertas exageraciones de tiempos pretéritos; sin embargo, designa exactamente aquella actitud íntima que el varón debería de adoptar en sus relaciones con su esposa.

Su posición de preferencia arraiga ante todo en la determinación y destino sobrenaturales del matrimonio y se hace patente en lo social y económico; sin embargo, no da el menor derecho ni a la tiranía ni a la arbitrariedad, sino que debería de ser al contrario, a causa de la *responsabilidad* que implica, motivo de humildad y autorrestricción más bien que de altanería y engreimiento de sí mismo. No autoriza dicha preponderancia, de ninguna manera y en absoluto, actitud alguna que pudiera recordar de algún modo una «condescendencia» para con la esposa. Una educación que hiciera nacer en el futuro varón el criterio de que por la mera razón de ser un «macho» pudiera reclamarse derechos y privilegios especiales, no podría tener sino efectos deplorables en un matrimonio. La posición de preferencia condiciona ante todo responsabilidades y deberes, y sólo en relación con ellos también determinados derechos.

(1) *Frauendienst:* el ideal caballeresco del «Servicio a la Mujer» (originariamente el «servicio a las damas» por los caballeros andantes). Como tal, título de varias obras célebres de la literatura alemana medieval, entre las cuales descuella por sus exageraciones la de Ulrich von LIECHTENSTEIN, figura comparada a veces con Don Quijote. Ulrich, que se hirió el dedo meñique en una justa, llegó a amputárselo, como testimonio de amor a la dama de su corazón; ya de paje se bebió el agua en que su «dama» se lavara las manos, etc. (*N. del T.*)

El hecho del orden natural en el matrimonio no debe permanecer oculto para la futura esposa cuando todavía sea una muchacha. Mas tampoco es lícito presentar dicho orden, en flagrante oposición a la verdad, como si fuese un postergamiento del sexo femenino. Si, en vivo antagonismo con el sentido de este orden natural, la relación entre esposos llega a equipararse a un tal postergamiento, entonces, en muchísimas ocasiones, la culpa de ello se debe a una postura equivocada del marido, pero en otros casos, no menos numerosos, a una conducta falsa de la misma mujer. Cuanto menos ésta se haga cargo de su verdadera tarea y de su propia manera de ser esencial, cuanto menos sepa adoptar la actitud que le corresponde, tanto mayor será el peligro de un «abuso» de la posición preponderante del varón.

Las mayores dificultades del matrimonio suelen brotar del hecho de que, por regla general, los esposos *no saben nada acerca del modo de ser peculiar del otro sexo.*

Todos solemos propender *grosso modo* a concebir a los demás como muy semejantes en lo esencial a nosotros mismos.

Ya la negligencia de las diferencias individuales entre las personas suele conducir en la vida, muy a menudo, a toda clase de conflictos, que bien podrían evitarse con sólo tener debidamente en cuenta la posibilidad de que otros sienten y comprenden las cosas de otra manera que nosotros. Malas inteligencias así surgidas podrán presentarse con una facilidad aún mayor cuando se trata de una persona del otro sexo. Podemos oír demasiadas veces que uno de los esposos «no acaba de com-

prender» al otro, y acaso aún más frecuentemente que uno de ellos se siente «incomprendido» por el otro. Ambas afirmaciones designan algo cierto tan pronto como la mujer concibe al varón según el modelo de su propia manera de ser y da por descontado que ella misma se comporta tal como desearía hacerlo en aquella situación; y desde luego, lo mismo debe decirse también del varón.

Los hombres les han reprochado a las mujeres, según parece desde siempre, una pretendida «falta de lógica». Sin embargo, no es cierto, ni mucho menos, que las mujeres carezcan de lógica; lo que ocurre es que, al proceder en su pensamiento de una manera fundamentalmente lógica, parten de unos supuestos completamente distintos, puesto que todo su modo de ver y sentir enfoca ante todo los aspectos concretos, individuales y vivos de situaciones y cosas, en vez de hacerlo con la abstracta universalidad de la ley que hay en ellas. Con ello, naturalmente, muchísimos aspectos que al varón se le aparecen como «secundarios», cobran para ellas un significado insospechado, y «pierden el tiempo en naderías» que, desde luego, para ellas no lo son. Sin embargo, la posición preponderante del varón no prejuzga aún que su criterio u opinión haya de ser siempre e infaliblemente el justo. La idea de que la manera de ser de la mujer tiene que medirse siempre en comparación con la del varón, y hasta la ocurrencia de que se la pueda medir así, son completamente falsas. La plenitud de la naturaleza humana sólo llega a ser visible en la conjunción de ambos sexos, y no se podría afirmar que únicamente es representada en lo principal por el varón. Por esta razón se ha dicho también que Dios creó «el» Hombre como varón y hembra.

Transmitir a los educandos la comprensión de este modo de ser peculiar del otro sexo aparece, pues, como una de las principales tareas de toda preparación al matrimonio. No nos es posible plantear aquí el problema de una «psicología diferencial de los sexos»; alguna que otra observación sobre este tema se ha leído ya más arriba.

Una condición previa para la comprensión incluso de un modo de ser que resulte muy diferente del propio yace en la superación del egoísmo, de la acentuación excesiva del propio yo y en la permeabilidad ante todo lo real. El círculo se cierra: volvemos siempre de nuevo sobre el mismo punto fundamental. Tal como una educación hacia una conducta sexual adecuada, así también la preparación al matrimonio depende de una educación general adaptada a las grandes leyes de la vida real. También a este respecto son condiciones previas al hecho de que una persona sea capaz de hacer justicia, junto a otras situaciones, igualmente a aquella vital típica del matrimonio, el conocimiento de las tareas esenciales y existenciales del ser humano, de su posición en el orden de todo Ser en general, la idea del sacrificio como forma fundamental de la existencia humana, o sea de todo aquello que en los párrafos que preceden hemos podido señalar más que exponer de una manera pormenorizada.

La superación del egoísmo en el caso de contraer matrimonio significa, sin embargo, que cada uno de los esposos futuros debe reconocer que no debe efectuarlo, en primer lugar, «para sí». Las dos personas que contraen matrimonio no deben hacerlo para tener un hogar propio, ni para gozar del apoyo y la protección de un varón, ni para tener a un ama de casa esmerada. Tampoco deben hacerlo, si tomamos las cosas en su exactitud, para «tener hijos propios»; las palabras «propios» y «tener» muy fácilmente podrían cobrar aquí un acento falso. Sin duda, el sentido del matrimonio estriba en engendrar y criar hijos; mas no que yo o nosotros «tengamos hijos», sino *por* ellos, por su salud y salvación temporal y eterna, y por fin para que el Reino de Dios se vaya extendiendo. El matrimonio está instituido también para conceder a la sexualidad una satisfacción legítima. Mas esto es todavía un aspecto que apunta demasiado hacia el Yo.

Penetra ya más profundamente en el último sentido del matrimonio el concepto de la performancia del servicio mutuo, el *mutuum obsequium*. Sólo que éste no debe concebirse de tal

modo como si el servicio a rendir por el Yo estuviese siempre pospuesto al servicio que debe cumplir el otro; el acento debe estar más bien en el servicio que *yo* debo rendir. Con ello la relación de los esposos se estructura en el seno del «todo» de amor que la Humanidad debería ser, en el sentido del «hallarse entregado en amor» los unos a los otros (véase *Efes.*, V, 21).

Es preciso concebir el matrimonio sacramental en su última esencia, a pesar de todo, partiendo de la idea del *corpus Christi mysticum*. Aunque fundado en la Naturaleza, recibe su último sentido, no obstante, sólo de éste. Esta aseveración no contradice nuestra exposición anterior según la cual las *ob-ligaciones* humanas yacen ya dentro de la «naturaleza» del hombre, sin que se las pueda derivar de la «Supernaturaleza». En efecto, el matrimonio propiamente dicho, ya que en vivo contraste con otras relaciones humanas se le puede y debe fundamentar sacramentalmente, a pesar de toda posibilidad «natural», se halla elevado *por encima* de la Naturaleza. Por lo menos *esta* forma de relaciones interhumanas y de consociación encierra en sí una, por así decirlo, ordenación más directa hacia lo Sobrenatural que cualquier otra. La tesis universalmente válida de que la Gracia supone la Naturaleza cobra de este modo un relieve peculiar.

Sin embargo, si la estructuración dentro del *corpus Christi mysticum* se efectúa por el mandamiento de que «el hombre debe alabar a Dios, venerarle y servirle» (como se puede leer en el comienzo del librito de ejercicios), entonces también para el matrimonio —que acaso se podría llamar, extendiendo lógicamente la palabra de cabeza y miembros, un «órgano» del cuerpo místico de Cristo— encontramos perfilada de antemano la postura básica del «servir como un miembro».

CONCLUSIÓN

No intentaremos ningún resumen de la exposición que acaba de leerse. Que se nos permita tan sólo una mirada panorámica sobre uno o dos problemas fundamentales.

Hemos insistido una y otra vez en que una educación sexual solamente es posible dentro de una educación total; es sólo *un* aspecto de la educación en general. Este concepto del «todo» o de lo general se orienta, pues, en dos direcciones distintas. Significa en primer término: educación de todas las «facetas» o aspectos del educando, y en segundo lugar: educación para todos los aspectos o facetas de la realidad o del No-Yo. El criterio que se tenga de esencia, sentido y tarea de una educación general dependerá, por lo tanto, de la idea que uno tenga formada del ser del Hombre y de la estructura de la realidad, como asimismo de las relaciones que median entre ambos.

Una educación «sin supuestos previos» es un contrasentido desprovisto de toda razón. Ya el mero hablar de una ciencia «sin supuestos previos» pretende algo imposible; los que emplean tales giros tienen concebidos no pocos supuestos previos, aun cuando no se percaten de ellos, y son víctimas, además, de unos cuantos prejuicios que van más allá que aquéllos. Postular una ciencia aplicada o una práctica cualquiera que esté «libre de supuestos previos» es un absurdo.

En efecto, una u otra deben partir siempre necesariamente de determinadas representaciones acerca de sus propios objetivos y fines, así como de la posibilidad de alcanzar éstos, y con ello acerca de la estructura de los existentes que deberán ser formados mediante ellas. Por consiguiente, se nos plantea no sólo la obligación de colocar nuestra teoría pedagógica con plena conciencia sobre la base de unos cimientos filosóficos claramente elaborados, sino también la de examinar todas y cada una de

las medidas pedagógicas propuestas desde el punto de vista de su compatibilidad con los supuestos. Hablar de una educación «científica» sólo puede significar que nos valemos de los conocimientos de la Psicología, la Sociología o la Medicina, o de cualquier otra disciplina, pero nunca que nos podamos ver obligados a supeditar la educación al dictado de una ciencia cualquiera. Es misión de la educación *ayudar a la persona a ser lo que debe ser y a serlo de tal modo como debe serlo*. Ahora bien, la ciencia sólo puede decirnos qué clase de contextura le podrá convenir probablemente a un ser humano en tales o cuales condiciones corporales, anímicas y sociales; pero nunca sabrá indicarnos cómo debe ser una persona.

En su anhelo de comprenderse a sí misma y a su tarea, la educación necesita de la Filosofía, pero no de la Biología, Medicina, Psicología o Sociología. Si queremos «ir sobre seguro», tendremos que ajustarnos a unas ideas rectoras filosóficas. La «crisis de la Educación», de la que hemos oído hablar tanto, es la consecuencia de que la educación haya intentado desprenderse del único suelo capaz de sostenerla, a saber, la Antropología Filosófica, y así de la Filosofía a secas. Buena parte de las disputas acerca de la educación «justa y adecuada», el carácter lícito o ilícito de determinadas medidas pedagógicas, etc., no son en realidad sino una última consecuencia de divergencias de criterios en últimos supuestos filosóficos previos.

Leibniz había formulado en algún texto suyo la idea: *Toute philosophie est vraie en tant qu'elle affirme, et fausse en tant qu'elle nie* («Toda filosofía es verdadera en cuanto afirme, y falsa en cuanto niegue»). Una filosofía que se empeñe en simplificar la infinita multiplicidad del Ser y reducir la existencia humana a unos pocos y pobrísimos «elementos» tendría que despertar ya de antemano la sospecha de una crasa arbitrariedad. Afortunadamente, hoy en día se ha perdido ya en ambientes muy amplios la fe en la omnipotencia de la fórmula «no es más que...» (esto o aquello) que el siglo XIX pareció elegir por lema suyo. Hemos dejado ya de creer que la persona humana «no es

más que» un conglomerado de átomos ciegos y de fuerzas insensibles. En cambio, empezamos a creer nuevamente que el Universo está regido por leyes eternas e inmutables. Incluso un pensador tan alejado de todo Cristianismo positivo como Bertrand Russell intituló, hace ya muchos decenios, uno de sus libros *Los fines eternos de la Educación*. Estas palabras suyas (aun cuando no su modo de pensar) pueden ser también las nuestras. Se trata de objetivos verdaderamente eternos; y es preciso que lleguemos a comprender este concepto en toda su hondura y gravedad.

Así, pues, «educación general» significa para nosotros: en tanto que educadores no debemos olvidar nunca que el Hombre es una unidad de cuerpo y alma; que se le ha planteado la tarea de entablar relación con el mundo de los objetos, de las personas, de la Verdad, de la Cultura y de la Fe. *Una educación que hiciese caso omiso de la Religión es a nuestros ojos algo absolutamente imposible*. Especialmente frente por frente con la tarea especial de la educación sexual no se podría conseguir nunca fundamentar debidamente los motivos eficientes y las formas de conducta oportunas fuera del sector de la postura religiosa. Tan sólo señalando los mandamientos de Dios, el sentido de la existencia humana que rebasa esta vida, el significado del sacrificio que sólo se llega a comprender por completo dentro de un mundo de la Fe y partiendo del cuerpo místico de Cristo, es posible contestar de una manera convincente a la pregunta de la Naturaleza rebelde: «¿Por qué debo hacer lo que no me gusta y por qué no debería hacer lo que me apetece?»

Hemos intentado, en el libro que acaba de leerse, exponer que, en último análisis, la persona humana, al servir a Dios observando sus mandamientos, se sirve de la mejor manera también a sí misma; en efecto, el antagonismo tantas veces invocado entre la ley moral y las exigencias de la naturaleza se nos ha revelado como una ilusión, debida a cierto prejuicio de carácter bastante superficial.

Por lo demás, el citado antagonismo sólo surge, y con él también la pretendida imposibilidad de cumplir con los manda-

mientos, en cuanto las leyes de la moral sexual son enfocadas aisladamente, separadas de la integridad del Ser humano y de la totalidad de los mandamientos. Estos sólo podrán ser observados de verdad *cuando el Hombre los obedezca*. Es imposible postular una limitación de sí mismo única y exclusivamente en este único sector de lo sexual, ni querer educar hacia la pureza tan sólo en él, y enseñar para los demás sectores de la existencia, al mismo tiempo, el egoísmo.

Cuando a la juventud no se le inculca el respeto a la Persona en general, con demasiada facilidad llegará a ver en el Otro tan sólo un mero medio o una ocasión para su propia satisfacción: la de sus apetencias sexuales u otras.

También la «voluntad de una comunidad», en que hoy se suele insistir tanto y con razón, requiere una fundamentación; aludir meramente a la «utilidad» resulta verdaderamente insuficiente: en las almas de nuestros hijos es preciso despertar un saber vivo acerca de *la dignidad de la persona humana*. Mas ello no se hará nunca si no podemos apelar al alma inmortal del Hombre, y tampoco nos sería posible creer sin más en alguna meta eterna y obligada si no nos asimilamos plenamente y sin la menor reserva la idea de la Eternidad, si no confesamos: creo en un Dios.

Sólo a la luz de la Verdad Eterna somos capaces de contemplar las cosas y su orden. Así también el puesto que la sexualidad ocupa en nosotros y en nuestra vida, y que tiene derecho a ocupar. Mas esto precisamente: descubrir el tal puesto de todo Ser y Valor y ordenar nuestra conducta según este descubrimiento, *he aquí la meta de toda educación*. Una visión de los valores sólo se abre ante la mirada que enfoque el conjunto que forman; éste, sin embargo, culmina en dirección hacia el *Summum Bonum* y se fundamenta en Él. Ahora bien, descubrir al Padre sólo nos lo enseñó el Hijo.

Por consiguiente, no hay más que una educación: la educación en Él y hacia Él: *paidagogia en to Christo - eis ton Christón*.